CONFERENCIAS APOLOGÉTICAS

por

Mons. CARLOS GIBIER

Obispo de Versalles

CON AUTORIZACIÓN DEL EDITOR FRANCÉS P. LETHIELLEUX

CONFERENCIAS APOLOGÉTICAS

por Mons. CARLOS GIBIER, Obispo de Versalles

IV

OBJECIONES

CONTEMPORANEAS CONTRA LA RELIGION

VOLUMEN I

TRADUCCIÓN DE LA VIGÉSIMA EDICIÓN FRANCESA POR EL

DR. MODESTO H. VILLAESCUSA

CON LAS DEBIDAS LICENCIAS

EDITORIAL LITÚRGICA ESPAÑOLA, S. A.

SUCESORES DE JUAN GILI

CORTES, 581 - BARCELONA

1926

NIHIL OBSTAT

El Censor,
AGUSTÍN MAS FOLCH, PBRO.

Barcelona, 16 de Junio de 1925

IMPRÍMASE

El Vicario General,
JUAN FLAQUER

Por mandato de Su Sria.
LIC. SALVADOR CARRERAS, PBRO.
Scrio. Canc.

Tipografía de los editores

OBISPADO
DE ORLEÁNS

Orleáns 1.º de Diciembre de 1902

MI QUERIDO SR. CURA

Acabo de recorrer en pruebas el volumen de las "Conferencias apologéticas para hombres", que me habéis enviado, pidiéndome permiso para imprimirlo.

Todo el mundo conoce aquí el medio en que fueron pronunciados esos discursos, y todo el mundo admira la obra que han originado.

Cada domingo reunís en la hermosa iglesia de San Paterno, cuya construcción tan felizmente habéis acabado, cuatrocientos o quinientos hombres.

A este auditorio admirablemente fiel, dirigís durante la misa de las ocho, una corta instrucción. Es vuestro sermón, si se quiere, pero un sermón especial, un sermón a los hombres, un sermón dogmático, breve, substancial. Hace quince años que esto dura, y estos quince años ni han cansado vuestro celo ni enfriado vuestra elocuencia.

Preciso es que améis mucho a vuestro auditorio. ¿Y vuestra elocuencia? Es esta una palabra que tenemos

derecho a pronunciar cuando se os ha leído, y más aún, como ocurre con los verdaderos oradores, cuando se os ha oído; vuestra elocuencia, repito, ostenta dos caracteres que a nadie pasarán inadvertidos: es deliberadamente sencilla y vigorosa.

Vuestra locución no se cuida de detalles: líneas vigorosamente acentuadas; divisiones puestas claramente de relieve; pensamientos que se deducen lógicamente; he ahí lo que os agrada, porque lo encontráis útil para nuestros feligreses. A la objeción contemporánea, no oponéis generalmente ni filosofías sabias ni grandiosas teologías. Vuestro auditorio del domingo tiene prisa, y vos también. Así, pues, apeláis a su buen sentido, a su corazón, a sus religiosos y rectos instintos; le ofrecéis soluciones muy claras, muy humanas, muy rápidas, y me atreveré a decir, aun empleando unas palabras que ciertamente no os ofenderán, muy familiares. *Y digo que estas palabras no os ofenderán porque seríais capaz de serviros de ellas, ya que, en efecto, no retrocedéis ni ante la imagen pintoresca, ni ante el diálogo popular, ni ante el término familiar.*

¿Pero no es de todo esto de lo que vive la palabra verdaderamente hablada?

Leyéndoos, he experimentado otra impresión que quiero señalar: la de la preocupación constante que se os adivina por las necesidades sociales del mundo a que pertenecemos. Las sentís con viveza, y las sentís—la cosa es clara,—porque habéis pensado mucho en ellas, como también porque habéis experimentado una elevada y sincera piedad a causa de ellas.

En una palabra, hombre de acción en vuestras empresas parroquiales, se os encuentra hombre de acción en vuestras conferencias pastorales.

Vuestro libro es realmente vuestro.

Y por cuanto os deseo vivamente todos los éxitos apostólicos, pido para vuestro libro la mayor fortuna que vuestro corazón, muy sacerdotal, pueda ambicionar para él.

Recibid, señor cura, mi más cordial y afectuosa felicitación.

ESTANISLAO, *Obispo de Orleáns*

INTRODUCCION

La religión es la gran necesidad, la suprema necesidad de todos los hombres. Sin ella, ignoramos y perdemos nuestro eterno destino. Y "cosa admirable—dice Montesquieu,—la religión, que parece no tener otro objeto que la felicidad de la otra vida, constituye también la felicidad de nuestra vida presente." Y Thiers decía también desde la tribuna en 1845: "Si tuviera en mis manos los beneficios de la fe, los derramaría sobre mi patria. Por lo que a mí se refiere, prefiero cien veces una nación creyente que una nación incrédula. Una nación creyente está mejor inspirada cuando se trata de obras del espíritu, es más heroica cuando se trata de defender su grandeza." En efecto, la religión es la ciencia de las ciencias, el bien deseable, útil, irreemplazable, la necesidad de todos los días y de todos los estados, la base inmutable de todos los deberes y de todas las virtudes. Asegura la sumisión a las leyes, el respeto a los magistrados y a las propiedades, el honor de las familias, la seguridad de las sociedades, la paz del mundo. Salva las almas, salva los hogares, salva los pueblos.

Nuestro siglo, por indiferente e incrédulo que parezca, tiene el secreto presentimiento y como el instinto de la verdad. Preocúpale la religión; la religión es el objeto principal de la curiosidad contemporánea. Se habla de ella en los libros, en las revistas, en los periódicos, en las conferencias. Se habla en las academias, en los salones, en los talleres, y aun en los campos. Se habla en la casa, en la calle, en las plazas públicas. Se habla en las asambleas deliberantes, en Francia, en Europa, en ambos hemisferios. Todo el mundo habla de ella. Pero ¡ay! casi nadie la conoce. Hubo un tiempo en que la religión era estimada en su justo valor, y ampliamente conocida de todos. Hoy puede decirse sin exageración que es profundamente ignorada.

A las tres cuartas partes de los incrédulos de este siglo, tendríamos derecho de repetirles las palabras de Tertuliano a los emperadores romanos: "La religión cristiana sólo pide una cosa, que no se la condene sin conocerla: *ne ignorata damnetur.*" Particularmente los hombres son las víctimas de la ignorancia religiosa.

***

No faltan, en la hora presente, hombres inteligentes y hábiles. Tenemos agricultores, industriales, comerciantes en gran número, muy activos, muy experimentados. Tenemos sabios, artistas, literatos de primera fila. Tenemos soldados, magistrados y funcionarios en abundancia. Mas para ser un pueblo próspero, feliz, perfecto, nos falta algo. No tenemos suficientes hombres cristianos. Sin duda que tenemos cierto número de ellos, y aun muchos más que hace cincuenta años; no es posible negar los progresos de la religión entre

los hombres de medio siglo a esta parte; los hombres son más numerosos que antes en nuestras iglesias; pero distan mucho aún de ocupar el puesto que les corresponde. La mayoría de las mujeres y de las jóvenes practican el cristianismo; pero la porción viril del rebaño sólo en minoría acude al redil. No tenemos suficientes hombres cristianos; de aquí esos desfallecimientos en la vida *privada*... sobre los cuales no quiero insistir, porque es demasiado claro. ¡Cuántas ruinas, en la vida *doméstica!* ¿Quién las ignora? Y en la vida *parroquial* ¡cuántas lágrimas! Ofrecemos a todos nuestros sacramentos, que son necesarios, y cuando el joven o la joven se arrodillan ante el santo tribunal o se acercan a la sagrada mesa, sienten la tentación de decir: "¿Dónde está mi padre? ¿Dónde están mis superiores?" Nuestras obras parroquiales solicitan el concurso de todos... pero se reclutan generalmente en la porción femenina del rebaño. La parroquia es como una familia. ¡Cuántas parroquias hay en Francia que parecen viudas, que están decapitadas, y que, por consiguiente, no tienen más que una vida lánguida y moribunda!

No tenemos suficientes hombres cristianos.... De aquí los graves peligros que ofrece la vida social. Sólo la religión puede asegurar la paz entre los ricos y los pobres, entre los grandes y los pequeños, porque sólo la religión es capaz de infundir moderación, justicia y caridad arriba, y templanza, probidad y resignación abajo. No tenemos bastante cristianismo arriba, tampoco lo tenemos abajo. El egoísmo impera en todas partes; de aquí que la lucha de clases tenga a la sociedad en peligro permanente... Además, la sociedad se compone de poder y de súbditos. De un lado, el poder, que con una mano se apoya en la ley y con otra

en la fuerza... y frente al poder un pueblo cansado de obedecer e impaciente por sacudir el yugo. ¿Cómo arreglárselas para que no se devoren esos dos leones? Nada como la religión para poner en el corazón de los que mandan la humildad, la moderación, el espíritu de sacrificio, y en el corazón del pueblo la obediencia y el respeto. Desgraciadamente, no hay bastante religión en el poder, ni bastante religión en los súbditos.

Pero lo más grave es que, en las sociedades modernas, los hombres, al propio tiempo que son súbditos, son soberanos; son legisladores, hacen leyes. Si, pues, los hombres no son cristianos, tampoco lo serán los legisladores, y si los legisladores no son cristianos, las leyes tampoco lo serán. Pero si las leyes no están impregnadas del espíritu cristiano, serán insuficientes, como una hoja seca, a la que arrastra el viento... o malas, como un brevaje que, en vez de refrescar y reconfortar el cuerpo social, acaba por marchitar y emponzoñar.

En resumen, un pueblo vale lo que valen los hombres que lo componen, porque de éstos emanan las grandes influencias, los potentes ejemplos, las soberanas decisiones... y en la hora presente somos un pueblo enfermo, porque no tenemos bastantes hombres cristianos.

***

El hecho está suficientemente comprobado. Muchos hombres no son cristianos. ¿Por qué? Porque saben poco. Si la ignorancia no es el único motivo de la abstención religiosa de los hombres, es, por lo menos, uno de sus principales motivos.

Ved en nuestras ciudades y en nuestras aldeas esas masas profundas y bautizadas... apenas conservan algunas reminiscencias de las instrucciones catequísticas recibidas en la primera edad. Hace mucho tiempo que olvidan constantemente sin aprender nada nuevo. Sus ideas sobre religión se resumen con mucha frecuencia en los falsos prejuicios que se les han inspirado contra ella. No conociendo la religión, o conociéndola mal, ¿cómo podrían amarla y practicarla, vivir de ella, transmitirla a sus hijos? La ignorancia religiosa hace un pueblo sin altares. Y si alguna circunstancia extraordinaria, si alguna gran fiesta lleva a un obrero, a un campesino al lugar santo, no tiene el menor conocimiento de lo que contemplan sus ojos. Quizás se fije en el aspecto material y sensible de las cosas: la belleza del edificio, el esplendor de las decoraciones, la armonía de los cantos litúrgicos podrán conmover por un instante a su alma, pero todo ello no será más que una impresión fugitiva que se desvanecerá tan pronto haya traspasado el umbral del templo.

Pero en las clases ilustradas ¿está mucho más difundida la ciencia de la religión? Hubo un tiempo en que el gran Condé podía discutir con Bossuet sobre materias teológicas, ya que "no solamente la guerra le daba tanto esplendor, sino que su gran genio lo abarcaba todo, lo antiguo como lo moderno, la historia, la filosofía, la teología más sublime." Pero los tiempos han cambiado. ¡Cuántos hombres hay reputados como sabios, y que ciertamente lo son por varios conceptos, por cuanto tienen conocimientos profanos a veces muy vastos, pero que están medianamente informados, y son casi ciegos en materia de religión! Conocen algunas verdades secundarias, pero ignoran la verdad primera y esencial. La Harpe, después de su conversión, decía

a los incrédulos de su tiempo: "Señores, inquirid como yo, y como yo creeréis". Por desgracia, muchos hombres no examinaron nunca, muchos hombres muy inteligentes, muy ilustrados sobre otros puntos, son nulidades o casi nulidades sobre el punto capital del cristianismo. La instrucción profana está hoy ampliamente difundida, pero la instrucción religiosa de la mayor parte de nuestros contemporáneos, es, por lo general, enteramente insuficiente. En 1672, Madama de Sevigné escribía de su tierra de Bourbilly: "Yo pregono miseria sobre un montón de trigo." La gran dama tenía en efecto 80.000 celemines de trigo que no podía vender, y se encontraba literalmente sin una peseta. Así, numerosas personas que poseen en abundancia el trigo de las ciencias humanas, hállanse desprovistas de la ciencia divina, moneda preciosa que abre las puertas del cielo. Ricas de lo accesorio y desnudas de lo principal, pregonan miseria sobre un montón de trigo. Y si muchos de los más ilustrados son así, ¿qué será de los otros, es decir, de todos los que no poseen más que un tinte de cultura? Desconocen las nociones más elementales del cristianismo; tienen de nuestros dogmas fundamentales las ideas más extrañas, y con frecuencia se verían en un apuro, si les pidiese una respuesta precisa sobre las más elementales cuestiones del catecismo. No hay que asombrarse de esto: no tuvieron la dicha de recibir en su infancia sólida instrucción religiosa, y los mismos que fueron cuidadosamente instruídos, no conservaron de las lecciones recibidas en su niñez más que un vago e imperfecto recuerdo. Luego llegaron los negocios y los placeres... y en medio de las preocupaciones, de los intereses, de los atractivos de todo el género, no tuvieron tiempo, o no se les ocurrió la idea, el deseo, la vo-

luntad, de examinar algo detenidamente la religión. Por otra parte, las controversias que alimentan la polémica en los periódicos y folletos, ¿no son más propias para turbar los espíritus que para ilustrarlos? La mala prensa está muy difundida y es muy poderosa, y cada día pone en circulación ideas falsas e inexactas que obscurecen y deforman la verdad religiosa.

Pero voy más lejos, y me atrevo a afirmar que los mismos cristianos, los cristianos creyentes y prácticos, no están suficientemente alimentados de la ciencia religiosa. "No—dice Mons. Isoard, antiguo obispo de Annecy,—no conocemos nuestra religión, y hablo aquí de la inmensa mayoría de los fieles." Muchos católicos conocen poco el cristianismo, y de aquí que lo practiquen mal. No tienen más que una piedad sentimental o de tradición. Una piedad no alimentada por fuerte instrucción religiosa, es como un árbol que no tiene raíces, ni savia, un árbol que produce algunas hojas y flores, pero no frutos. Una fe sin ilustración, es incapaz de obrar, incapaz también de resistir. Muchos católicos conocen poco el cristianismo, y por eso no saben defenderlo. La menor objeción los halla desarmados e impotentes; la más ligera burla los agita y los tumba; quedan a merced del más pequeño empuje; retroceden, pierden terreno, porque sus convicciones están mal fundamentadas. He ahí la gran debilidad de los católicos en la hora presente; he ahí las ideas que rigen el mundo. Pero los católicos en general no tienen más que ideas muy confusas sobre Dios, sobre Jesucristo y su Iglesia, sobre el dogma, la moral y los sacramentos, sobre el Evangelio y la historia del cristianismo. No dirigen la barca, porque no saben empuñar el timón; no los siguen, porque no tienen más

que una marcha indecisa y flotante; ignoran el movimiento del siglo; perecemos de ignorancia religiosa.

*
* *

¿Qué hacer? Hoy es más que nunca necesario difundir la instrucción religiosa. No decimos que sea este el único remedio, pero sí que es el remedio que debe preceder y acompañar a todos los demás. En primer lugar, es preciso que la religión sea conocida, bien conocida; luego, nos será relativamente fácil amarla, profesarla, defenderla, propagarla, y hacer que produzca los frutos de vida de que tan necesitados están nuestras almas y nuestro siglo.

Pero salta aquí al punto una cuestión... *¿Cómo instruir a los hombres? ¿Cómo enseñarles la religión?* ¿Vamos a decirles: venid a la misa mayor y escuchad los sermones de la parroquia? Algunos vendrán. Sí, los que ya son muy cristianos acudirán de buen grado a nuestras grandes fiestas religiosas y a los sermones parroquiales; hallarán fácilmente un puesto en la iglesia, que es para ellos como una casa de familia; no les parecerá demasiado larga la misa mayor, porque sabrán ocupar bien el tiempo que dure; el sermón del cura o del vicario responderá perfectamente a sus necesidades espirituales; pero los otros, es decir, las cuatro quintas partes de hombres, ¿se someterán a este régimen? Ciertamente que no. Así, pues, si queremos que vengan asiduamente a la Iglesia, debemos primeramente facilitarles el acceso a ella, asegurarles un sitio honroso, y gratuito en lo posible. Luego, nuestros oficios parroquiales son generalmente demasiado largos para cautivar su atención, no habituada a las

cosas religiosas. Vedlos asistir a la misa de un entierro; no saben qué hacer allí; no saben orar, ni siquiera arrodillarse. Una misa que dura hora y media es superior a su capacidad religiosa. Importa, pues, ofrecerles un oficio especial, suficientemente corto e interesante, en el cual se consideren agrupados, yuxtapuestos, aguerridos, por consiguiente, contra el respeto humano... un oficio con cantos populares ejecutados por los asistentes mismos. Ninguna música iguala a la voz potente y unánime de los hombres que cantan el *Credo* o el *Magnificat*. Finalmente, la gran mayoría de los hombres, para entrar en la iglesia, quieren encontrar en ella, con un sitio seguro y un oficio que les interese, una predicación adaptada a sus necesidades, al estado de su alma. Mas ¿en qué estado están casi todos los hombres? Son muy débiles en la fe, cuando no enteramente ignorantes de las cosas y verdades religiosas; hay que instruirlos. A causa del medio en que viven, están más o menos materializados, y juzgan todas las cosas desde el punto de vista temporal y humano; hay que mostrarles el aspecto consolador, bienhechor, iba a decir utilitario, de la religión; hay que hacerles ver y tocar con el dedo que la religión, que parece no tener otro fin que nuestra felicidad eterna, hace también nuestra dicha en la vida presente; hay que exponerles con sencillez, con claridad, todo el cristianismo, tal como es en sí, en su espléndida historia y en sus beneficios sociales. Con semejante predicación, hecha, por decirlo así, con medida, podemos estar seguros de interesar e instruir, de disipar los prejuicios y las ignorancias, de depositar en las almas viriles ideas sanas y atrayentes a las prácticas religiosas.

Hay un período en el año cristiano en que la evangelización de los hombres es particularmente necesaria

y fecunda: la cuaresma. Si la Bretaña y la Vendée son las provincias más religiosas de Francia, lo deben especialmente a las grandes misiones que, en adviento o en cuaresma, conmueven y renuevan periódicamente todas las parroquias. La palabra del clero parroquial se enmohece y se enerva a la larga. "Solamente el tiempo—decía Lacordaire—la heriría de muerte al arrebatarle el hechizo de la novedad." A fuerza de ver las mismas cosas y de oír la misma voz, el alma del pueblo, como un timbre de plomo, recibe sin conmoverse el choque de nuestras ceremonias y la repercusión de nuestros discursos. En cuaresma, sacerdotes extraños a la parroquia, sacerdotes seculares o religiosos, se presentan a los pueblos, y les ofrecen las verdades antiguas revestidas de una forma nueva; dan a los hombres conferencias especialmente destinadas a ellos, y esta enseñanza está llamada a producir un verdadero bien.

Pero la cuaresma no es más que un pequeño período del año, y las predicaciones de la cuaresma, que preparan a la comunión pascual, son especialmente exhortativas. Los hombres necesitan un régimen permanente y no interrumpido de instrucción religiosa. Tenemos la convicción de que una misa de hombres, con conferencia cada domingo, es necesaria y posible, por lo menos en las parroquias algo importantes. Los hombres no tienen tiempo ni paciencia para leer libros grandes, los apologistas, los Padres, la Biblia; por otra parte, la misa mayor de la parroquia es inaccesible a la inmensa mayoría de ellos, y por eso nos dicen cuando son sinceros y tienen algún cuidado de su alma y de la verdad: "Los negocios nos absorben; tened compasión de nuestra vida tal cual es; no nos pidáis imposibles; dadnos un medio fácil de conocer la

religión." La misa de los hombres responde a este ...to y a esta necesidad; agrupa a los hombres y los instruye; ofrece ideas y convicciones; hace cristianos.

***

En la parroquia de San Paterno de Orleáns, la evangelización de los hombres es una de las grandes preocupaciones del clero, y la misa de los hombres hace ya quince años que está fundada. Nos atrevemos a decir que es una gran institución; grande a causa de sus labores que imponen al clero, grande a causa de las necesidades que está llamada a satisfacer, grande a causa del bien que ha producido. Desde hace quince años, cada domingo, vemos agruparse al pie del púlpito 300, 400 y aun 500 hombres, que tienen en la iglesia un puesto reservado. Encuentran en el reclinatorio un pequeño manual para seguir la misa; oran y se arrodillan juntos, y juntos cantan el *Lætatus sum*, el *Credo*, el *O salutaris, el Magnificat*, se edifican mutuamente y dan a la parroquia un magnífico ejemplo de fe y de vida religiosa. Cada domingo les damos una conferencia de veinte o veinticinco minutos, y es maravilloso contemplar sus viriles fisonomías, que la predicación no halla nunca indiferentes e insensibles. He aquí el plan de apologética religiosa que seguimos desde hace quince años y que representa más de 700 conferencias consecutivas.

año — *Dios y su obra.*
año }
año } *Jesucristo y su obra.*
año — *La Iglesia y su obra. La constitución de la Iglesia.*
año — *Los combates de la Iglesia.*

6.° año } *Los beneficios de la Iglesia.*
7.° año }
8.° año — *La Iglesia en el siglo XIX. Los hechos.*
9.° año — *Las doctrinas.*
10.° año } *Las obras.*
11.° año }
12.° año } *Nuestras llagas sociales.*
13.° año }
14.° año — *Las objeciones.*

Esta última serie, *las objeciones,* es la que hoy ofrecemos al público.

Se nos ha dicho y redicho que nuestras conferencias, después de haber hecho algún bien a los que las han escuchado, podrían ser útiles a los que tuvieran ocasión de leerlas y meditarlas. Se nos ha dicho y redicho que el clero hallaría en ellas indicaciones y materiales para la evangelización de los hombres. Sacerdotes y fieles nos apremian, hace ya mucho tiempo, a dar a la imprenta las palabras fugitivas que cada domingo se escapan de nuestro corazón y de nuestros labios. Cedemos, en parte, a estas incitaciones y publicamos un primer volumen, que quizás sea seguido de muchos otros.

Por otra parte, publicamos nuestras conferencias tales como fueron pronunciadas cada domingo, por lo que el lector no tardará en notar que nuestro trabajo está lleno de imperfecciones y salpicado de mil lagunas. Para rehacerlo y completarlo, necesitaríamos tiempo, mucho tiempo. Ahora bien, las ocupaciones y preocupaciones de nuestra vida pastoral, las cuotidianas solicitudes inseparables de la dirección de una gran parroquia, no nos permiten distraer para el público una sola de las que pertenecen a nuestros feligreses.

Puesto que voces autorizadas y amigas nos afirman que, por imperfectas que sean, nuestras conferencias servirán al clero y derramarán luz sobre muchos seglares, tenemos el candor de creerlo, y me decido a publicar un libro, en lo cual nunca había pensado. Si este libro es bien acogido, si logra conmover e iluminar algunas almas, Dios sea bendito por ello.

CARLOS GIBIER *Cura de San Paterno*

CONFERENCIA PRIMERA

No debemos asombrarnos de las objeciones contra la religión

SEÑORES:

Vuelvo a ocupar mi puesto de trabajo y de combate, empiezo hoy mi décimocuarto año de conferencias. Os he hablado, durante catorce años, de Dios y de obra, luego de Jesucristo y de su obra, de la Iglesia el siglo XIX, de nuestras grandes plagas sociales temporáneas: la profanación del domingo, el al-olismo, la desorganización de la familia, el aban-o de los campos. ¡Cuántas cuestiones hemos toca-estudiado y resuelto juntos merced a más de seis-as conferencias! Parece que hemos explorado ya os los asuntos, que nada nuevo nos resta por decir. lo creáis. La religión es inconmensurable como el mento. Es siempre antigua y siempre nueva. ece múltiples y variados aspectos, sin cesar nuevos editos.

¿De qué os voy ha hablar ahora?

He aquí mi asunto; es inagotable. Puede durar cinco, diez, veinte años, y aun más. Me acompañará hasta mi último momento. Absorberá la duración y las fuerzas que Dios se digne concederme. Os hablaré de las objeciones que el espíritu humano opone a la religión. Son innumerables. Pasaremos revista a todas, las miraremos de frente, las penetraremos a fondo. Comprenderéis que hay materia para un cuarto de siglo; no tenemos tiempo que perder. Empiezo desde esta mañana.

En primer lugar, aunque se susciten contra la religión muchas objeciones. os encargo que no os asombréis por ello. Esto ocurre, y añado que debe ocurrir.

ESTO OCURRE. ¿Qué no se dice contra la religión, en todas partes, en los salones, en el café, en el taller, en las academias, en los parlamentos, en los periódicos, en los libros? Desde el filósofo hasta el mozo de labor, todo ciudadano que se respeta opone su tesis al catolicismo, el uno con grandes frases de retórico, el otro con un tono vulgar y grosero, éste con aspecto serio y solemne, aquél con un aire chocarrero y burlón. Si la religión fuese vulnerable y mortal, hace ya mucho tiempo que la contradicción la habría muerto, tan numerosas son las piedras que se le han arrojado y las objeciones que se le han hecho. No os asombréis de ello.

ESTO DEBE SER. Es inevitable. Es fatal. En efecto:

1.º La religión es una institución *muy extendida*. Ved su superficie, su envergadura, su inmensidad. Todo lo toca. Penetra en las profundidades del ser divi-

no y en las profundidades del alma humana, en las profundidades de la historia y en las profundidades del espacio. Palpita en el misterio y en el milagro, en lo invisible y en lo incomprensible. Se arraiga en la lontananza de las edades y en la lontananza de los lugares. Ofrece, pues, a las objeciones un blanco ilimitado, y en el triple terreno de la filosofía, de la ciencia y de la historia, debe esperar contestaciones sin número. Imaginad un ejército que hubiese luchado durante siglos en todos los mares y en todos los continentes. ¡Cuántas escaramuzas no hubiera soportado! Pues esto ocurre con la religión. Su enorme extensión le procura miles y miles de objeciones que caen sobre ella como otros tantos proyectiles venidos de todas direcciones;

2.º Por otra parte, la religión es una institución *muy embarazosa*. "Quien me manda, me irrita"—dice Bossuet.—Ahora bien, la religión manda sin cesar, y manda en nombre de Dios. Nos rige, se nos impone desde lo alto, desde muy alto. Gobierna y censura nuestros pensamientos, nuestras palabras y nuestros actos. Proscribe cosas que gustan, y prescribe cosas que repugnan. ¿Cómo queréis que se la acepte sin discusión? No es posible. Los malos discípulos están siempre descontentos de sus profesores, y tienen mil reproches que dirigirles. Así proceden muchos con respecto a la religión. No quieren creer en su divinidad, por temor de verse obligados a obedecer a su autoridad, y, para evitar las consecuencias desastrosas de la fe, se desligan de ella merced a ciertas objeciones fáciles y fútiles y a ciertos argumentos sutiles y especiosos. Señalan en la fe religiosa tal o cual detalle atacable, tal o cual punto defectuoso del cuadro, tal o cual irregularidad más

o menos importante que quite a la ley su carácter divino.... Y se acabó. Quedan así salvados del peligro de creer, y, por lo mismo, de la necesidad de practicar una religión molesta. No lo dudéis, señores, pongo en estos momentos mi mano sobre un punto doloroso, y os indico la fuente de muchas objeciones, si no de la mayor parte de ellas. Un hombre de talento, habiendo sentado hace poco tiempo a su mesa gran número de escritores distinguidos, atrevióse a pronunciar estas palabras, que por nadie fueron contradichas: "Confesemos, señores, que tendríamos el valor de ser cristianos, si tuviésemos el de ser castos." El abate Miquel, vicario de San Felipe del Roule, fué arrestado por los comunistas de París—"¿Qué crimen he cometido?"—preguntó—"No se trata de eso—le respondieron.—Queremos desembarazarnos de la religión. Hace dieciocho siglos que nos molesta." La religión es fastidiosa. He ahí la verdad, el secreto, la profunda explicación de muchos incrédulos, de muchos indiferentes, de muchas objeciones. Y al decir esto, no calumnio a la naturaleza humana; compruebo simplemente sus miserias, sus debilidades, sus desfallecimientos, medio inconscientes con frecuencia.

3.° Finalmente, la religión es hoy especialmente una institución *muy ignorada.* No os asombréis, pues, de que se le dirijan numerosas objeciones. Cuanto menos conocemos una cosa, con más facilidad la discutimos. Durante la guerra oí a campesinos y ciudadanos discutir con seguridad los planes de batallas y las operaciones militares, de las cuales estaban a obscuras. En toda materia, los más incompetentes son los que hacen más preguntas, y las preguntas más ridículas. Señores, cuesta poco hacer preguntas; esto no es ciertamente un signo de vigor intelectual. Ya sabéis lo que dijo un elector a su diputado en una reunión pública: "Y bien, ¿qué es lo que habéis hecho desde que fuisteis elegido?"—"He hecho ciento noventa y tres preguntas a varios ministros."—A lo que replicó con mucha gravedad el otro, entre los aplausos de la concurrencia: "Si habéis hecho tantas preguntas, es señal de que sois muy ignorante." Aplico esta reflexión gala al asunto que nos ocupa, y sostengo que, en la hora presente, siendo espantosa la ignorancia de la religión, síguese que las objeciones llueven espesas como el granizo sobre la religión. Creo haberos referido ya la historia del sabio sulpiciano M. Boyer, que había pasado toda su vida estudiando y enseñando la religión. Encontró cierto día en su carruaje una dama incrédula, que se burlaba de todas las verdades cristianas con un aire de suficiencia sólo igualado por su ignorancia.—"Veamos, señora—dijo el Padre;—¿habéis estudiado el cristianismo? ¿Conocéis los escritos de Bossuet, Fenelón, Bourdaloue?"—"No"—"Pero, señora, si no conocéis nada de todo eso, decid que sois una ignorante, no una incrédula."

Se ponen contra la religión muchas objeciones; no os asombréis de ello, señores. La religión es una institución tan extendida, tan fastidiosa, tan universalmente ignorada, que debe estar dispuesta a soportar las contradicciones más diversas y extravagantes. Esto es lo que únicamente quería deciros en el día de hoy.

Y ahora, señores, reanudemos la marcha por un año, vosotros y yo, vosotros y yo unidos.

En primer lugar, yo, que os aporto toda mi alma en mi palabra. La palabra es el gran poder del clero. Es la palabra de Jesucristo, que rompió todas las cadenas de este mundo. Es la palabra de los Apóstoles,

que aseguró todas las libertades de los pueblos. Es la palabra del sacerdote, palabra virginal, palabra conquistadora, palabra autorizada y persuasiva, que continúa aquí bajo la palabra de Jesucristo y la palabra de los Apóstoles... Pero ¡cuán laboriosa y agotante es esa palabra para los que la distribuyen!... Rogad por nosotros, queridos fieles, para que Dios nos aligere nuestra carga, para que Dios ponga en nuestros labios los acentos más convincentes, para que Dios nos de las fuerzas físicas y morales que necesitamos para desempeñar dignamente nuestro cometido.

Y después, señores,

Vosotros también, poned manos a la obra, porque la misión que yo debo cumplir, tanto depende de vosotros como de mí. "Cuando uno tiene el honor de ser cristiano—decía a su hijo el coronel Paquerón,—no se trata de hacerse perdonar o tolerar, sino de hacerse principalmente respetar."

¿Cómo hacerse respetar? Afirmándose y agrupándose. No hay necesidad de que sean numerosos los buenos cristianos; jamás lo fueron. Pero su pequeño número obra sobre la muchedumbre. Las minorías ardientes son las que ganan las batallas y hacen triunfar las causas nobles. Tres siglos de martirio rechazaron cuarenta siglos de paganismo. Trescientos hombres determinados en su fe, arrastran seiscientos, luego, seis mil, finalmente, toda la colectividad. Los cristianos animosos no tienen que hacer más que mostrarse, afirmarse, asegurarse. Todo el mundo los reconoce, los respeta, los sigue.

He ahí nuestro programa. Poned toda vuestra fe en vuestra presencia y en vuestra actitud, y yo pondré toda mi alma en mi palabra... y

Vosotros y yo unidos, cogidos de la mano, continuaremos, acentuándolo todavía más, el apostolado que ejercemos juntos hace ya catorce años. Hay quien dice que la hora es desesperada. ¡Ah, qué palabras tan villanas! ¡Cuánto más prefiero las del caballero Bayard, que decía: "No hay puesto débil donde hay hombres de corazón." Profesada por hombres de corazón, nuestra divina religión es invencible. Seamos hombres de corazón, vosotros y yo. Dios, que nos creó sin nosotros, no nos salvará sin nosotros. Hagamos lo que nos sea posible, y Dios hará lo imposible. Clero y pueblo cristiano, cumplamos nuestro deber, y, con la gracia de Dios, rechazaremos las insolencias del error y del mal, cambiaremos los crepúsculos en auroras, haremos germinar con nuestros sudores las cosechas de lo por venir.

Así sea.

CONFERENCIA SEGUNDA

No deben extrañarnos las objeciones contra la religión

SEÑORES:

En todas las cosas, debemos desconfiar de los resultados demasiado prematuros. El álamo crece deprisa, pero su madera es blanda. La encina necesita mucho tiempo, pero su madera desafía los siglos. Así también, nosotros, vosotros y yo, trabajamos en una obra de iluminación religiosa y de renovación social. Es una obra de soberana importancia. Le dedicamos nuestro tiempo; hace ya trece años que trabajamos en ella, y hoy inauguramos confiados y serenos, nuestro año décimocuarto de conferencias dominicales.

Os he anunciado un nuevo asunto, que es inagotable, y tiene la doble ventaja de la variedad y de la oportunidad: las objeciones. Ya os he dicho que no os extrañéis de las objeciones que se oponen a la religión. A este aviso añado otro, no os espantéis de ellos.

...uchas objeciones son estúpidas y fútiles; algunas ...serias y embarazosas. No os espantéis de las unas ...e las otras.

... Muchas objeciones son estúpidas y fútiles.

...abéis lo que de Fouché decía *Talleyrand*. El mi...tro de policía es "un hombre que se cuida de lo que ...tañe, y luego de lo que no le atañe." Lo mismo po... decirse de una multitud de gente que se ocupa ...lo que conoce, y luego en lo que no conoce. No co...cen la primera palabra de la religión, y, esto no obs...nte, hablan de ella venga o no venga a cuento. Con...van un recuerdo vago e indeciso de algunas pági...s del *catecismo* aprendidas cuando niños, y los ve...os discutir dogmas, preceptos, sacramentos, perso...s y cosas religiosas, semejantes a esos ciegos de na...miento que pronuncian sentencias sobre los rayos ... sol, sobre los colores del firmamento, sobre los ma...ces de un paisaje. Recogieron en *conversaciones* co...entes algunas frases estereotipadas contra la reli...ión, y esto les basta para formular objeciones que les ...recen irrefutables, y que no son más que estúpidas. ... bien, la *prensa* incrédula les ofrece pasto cotidiano. ...Qué es la prensa incrédula? Un gran aparato para ...achacar a los hombres. Para formar lo que ellos lla...an opinión pública, los jefes del partido sectario re...urren a la prensa, y cada día empuñan la manivela, y ...da día repiten en sus periódicos la sonata que quieren ...poner al público, y muy pronto empiezan a cantar ...s babiecas; he ahí la opinión pública. Muchas ob...eciones son estúpidas y fútiles. Haríais mal en espan...ros de ellas.

Por lo general, deben excitar *nuestra risa*. Cosa cu-

riosa, el francés es valiente, es arrogante, pero le causan miedo ciertas palabras, ciertas afirmaciones que no merecen más que el desdén. El mariscal Bugeaud, que no tenía que dar pruebas de su valor, solía decir que temblaba ante una invasión de corderos, de corderos extranjeros, se entiende; se trataba de agricultura. Pues bien, también nosotros temblamos con mucha frecuencia ante fantasmas, ante espectros. Por ejemplo, yérguese ante nosotros el espectro del clericalismo. Esto no significa nada. ¿Qué hacer? ¿Discutir? No. No vale la pena. Avancemos contra el fantasma y matémoslo con una carcajada. Es lo único que merece.

O bien, si la risa no basta, *repliquemos con una palabra.* ¡Oh el poder de una palabra! El 6 de Julio de 1809, en plena noche, *Radet* fuerza la entrada del Quirinal y pide la abdicación de PíoVII. El Pontífice le responde: "No podemos, no debemos, no queremos." Radet queda excomulgado. *Una humilde aldeana* que volvía de Lourdes, es apostrofada por un señor que le dice: "Y bien, buena mujer, ¿se os ha aparecido la madre de Dios?"—Sí, señor—responde la peregrina;—se me ha aparecido la madre de Dios, y no solamente Ella, sino toda la Sagrada Familia del establo de Belén ¡Sólo faltaba el asno, pero se me aparece ahora!" Gran carcajada en la galería y eclipse del cómico. Un venerable *sacerdote* desciende un río en barco, con una sociedad numerosa y bien compuesta. Entre ellos hay un joven, como tantos se ven hoy en día, que empieza a declamar contra la religión pronunciando constantemente las palabras superstición, fanatismo, prejuicio... —"Joven—le dice el sacerdote,—¿queréis decirme lo que entendéis por prejuicio?" Naturalmente, el joven embadurnador no era capaz de definir la palabra prejuicio, por lo que el sacerdote acudió en su auxilio.

sintiendo por prejuicio una opinión temerariamente concebida sin prueba ni examen." ¿Es esto?—"Sí, eso es"—¿Cuántos años tenéis?"—"Veinte años"—"Yo tengo sesenta y uno y he consagrado más de cuarenta al estudio de la religión. Ahora bien, os ruego que me digáis quién de los dos puede ser llamado hombre de prejuicios, vos, que quizás no habéis dedicado veinte horas a la religión, o yo, que hace cuarenta y un años que la estudio" El joven, por toda respuesta, llevóse la mano a la frente, retorcióse su incipiente bigote, y juró, aunque un poco tarde, que no le cogerían en otra. Muchas objeciones son estúpidas y fútiles. No os espantéis de ellas. Quedan refutadas con una sonrisa o una palabra.

II. Algunas objeciones son serias y embarazosas.

No hay que negarlo. Hay manchas en el sol, y los astrónomos tienen mucho trabajo para dar de ellas idéntica y plausible explicación. Hay misterios casi en todas las ramas de los conocimientos humanos, y los sabios no se encargan de decirnos la última palabra acerca de ellos. Los más grandes sabios son precisamente los más modestos y reservados. Del mismo modo, y con mayor razón, el espíritu humano puede elevar contra la religión objeciones serias y embarazosas. ¿Hay que espantarse por ello? En manera alguna. Estas objeciones pueden ser refutadas en bloque por *pruebas generales,* por argumentos indirectos, que son como baterías de reserva, a las cuales nada resiste. Me explicaré. Se os arroja a la cara objeciones filosóficas, científicas, históricas, a las cuales no podéis responder. ¿Qué hacer?

1.° Recurrid *a los que son más instruídos que vosotros y que nuestros interlocutores.* Personas hay en el mundo encargadas de enseñar la religión, como las hay encargadas de enseñar astronomía, química, medicina, derecho, etc. Hay en el mundo personas que tienen la misión, y son competentes al efecto, de responder a las mil objeciones de detalle que la sutilidad de los librepensadores puede suscitar contra tal o cual punto en particular. Son los *sacerdotes.* Dirigid a los sacerdotes los espíritus de buena fe que tienen dudas y se encuentran trabados por dificultades que no podéis resolver. Además, a la vez que sacerdotes, hay millones y millones de *cristianos,* que han profesado y profesan la religión, y no son advenedizos, ya que entre ellos se encuentran reyes, sabios, filósofos, oradores, guerreros, políticos, y aun las más poderosas inteligencias, los más grandes genios en todos los órdenes. Señores, en ellos tenéis los que responderán por vosotros, los garantes de vuestras creencias. Con semejante compañía podéis desafiar todas las objeciones. Pero todavía hay algo más y mejor.

2.° Para refutar las objeciones en bloque, tenéis *el testimonio de la Iglesia.* La Iglesia es divina, sus orígenes milagrosos y su historia extraordinaria bastan para demostrarlo. Luego hay que admitir sin vacilación y sin temor todas sus enseñanzas. ¿Se le dirigen objeciones y se la persigue con odios feroces? Otras muchas ha visto. ¿Cuántas herejías no ha confundido, a cuántos perseguidores no ha enterrado? Cuando el océano reúne a lo lejos sus tormentas, toma aliento, y lanza sus ondas furiosas contra la roca apostada por la Providencia para guardar la orilla; ¿tembláis acaso por la roca? Pues bien, la Iglesia es

más sólida que la roca. Escuchad sobre esto unas palabras del abate Combalot. Predicaba él en una gran iglesia de Lión, y acababa de fustigar con su palabra vigorosa a esa especie estúpida de descreídos que anuncian sin cesar la muerte y funerales de la Iglesia. Descendía con paso lento del púlpito, cuando de repente se detiene y vuelve a subir... "Hermanos míos—dice a su sorprendido auditorio,—desde vuestra ciudad de Lión, veis el monte Blanco, ¿no es verdad? Pues bien, os lo digo yo: no se lo comerán las ratas." A todos cuantos atacan el monte Blanco divino, la religión, podréis decirle lo mismo. La religión es inquebrantable en sus bases, es de origen divino, es infalible en su doctrina. Las ratas librepensadoras no clavarán su diente en ella, como no lo clavarían en un bloque de granito; las ratas librepensadoras no se la comerán, sino que serán comidas antes que ella.

3.° *La actitud de los enemigos de la religión* es todavía un excelente argumento contra las objeciones. "Porque—como dice Bossuet—¿qué vieron esos genios raros, qué vieron que no vieron los demás? ¿Creen haber visto mejor las dificultades, porque a ellas sucumben, que otros que las vieron y las despreciaron? No han visto nada, no oyen nada... Los absurdos en que caen negando la religión son más insostenibles que las verdades cuya elevación los asombra, y por no querer creer misterios incomprensibles, siguen, uno detrás de otro, incomprensibles errores."

En efecto, a fuerza de combatir la idea religiosa, acaban por negar toda idea filosófica y moral: la familia, la autoridad, la propiedad, la libertad más elemental, la de la conciencia y el hogar. En verdad, señores, que, para creer en la religión, no hay que mirar

y escuchar a los que la combaten. Su actitud y su lenguaje son una provocación a la fe y una confirmación de nuestras creencias. Las objeciones más serias son mucho menos alarmantes que las enormidades del librepensamiento.

Y termino, señores, con un consejo. No os consideréis obligados a responder a todas las objeciones; no os consideréis obligados a servir de blanco a los contradictores que tienen por objeto atacaros, no ilustraros. Afirmad simplemente vuestra libertad, y decidles: "Nada tengo que ver con vuestra conciencia; dejadme en paz." Ea, cristianos; marchad con la frente alta. Tenéis un *Credo*. Mostraos orgullosos de él, y cantadlo con lengua agradecida, jovial e intrépida.

Así sea.

CONFERENCIA TERCERA

No deben desarmarnos las objeciones contra la religión

SEÑORES:

Dícese que el filósofo Alberto Magno construyó un hombre automático, que extendía el brazo y gesticulaba como un hombre vivo. Para ver el efecto que produciría su obra, puso en movimiento el maniquí en el instante en que entraba una visita, y se ocultó en un ángulo de su aposento. Pero el visitante, en vez de perder su sangre fría, golpeó con su caña llena de plomo al fantasma amenazador, y al punto quedaron rotos y cayeros en trozos por tierra los resortes tan delicados del hombre máquina. La creación facticia del filósofo se desvaneció ante un cañazo. Esto mismo ocurre con muchas objeciones estúpidas y fútiles; basta una sonrisa o una palabra para reducirlas a polvo.

Pero algunas objeciones son serias y embarazosas, si bien nada prueban contra la religión... ¿Qué puede

un niño que lanza la flecha de su arco contra las torres de una vieja catedral? Esto no obstante, pueden mucho contra el espíritu que no está armado, que no sabe defenderse. Señores, sepamos defendernos. Frente a las objeciones que intentan atacar la religión, os digo: No os extrañéis ni espantéis; y a estas dos advertencias, añado esta otra: *no estéis desarmados.*

I. La situación misma os dicta vuestro deber.

Estamos en estado de lucha. Es la ley de la vida. Es sobre todo la ley de nuestro tiempo; no podemos ignorarlo. La *prensa* nos impone la lucha. Más fuerte que los ejércitos y los gobiernos, más rápida que el viento y más vasta que el espacio, lleva por todas partes la prensa la verdad y el error, el bien y el mal, el Evangelio y la irreligión. La *opinión* nos impone la lucha. La opinión es soberana, soberana desordenada y furiosa como el océano. Agita todas las cuestiones, las cuestiones más graves del orden religioso, intelectual y moral, las cuestiones políticas y administrativas. En el mundo de las academias, de los salones, de las fábricas, de los almacenes, de los cafés, de los cuarteles, se agitan y chocan las ideas. Es preciso ser sordo para no oír las discusiones contemporáneas, y mudo para no tomar parte en ellas. Los *descreídos* nos imponen la lucha. No quisiéramos luchar más de lo que pudiéramos; pero los enemigos de todo bien y de toda religión atacan, no la medalla, ni el crucifijo, ni el rosario, ni la carmelita que ora en su claustro, ni al religioso que hace libros o sermones, sino al catolicismo. Para contentarlos, suprimamos las procesiones; nos pedirán que condenemos las campanas. Hagamos callar las campanas; exigirán que derribemos los campana-

rios. Arrasada la iglesia, si queda un sacerdote y un altar, se lamentarán todavía. He ahí la situación. Estamos en estado de lucha.

Culpa nuestra sería si quedáramos sorprendidos o descorazonados. Porque hace ya veinte siglos que dura este estado de lucha, y durará hasta el fin del mundo. Hubo en lo pasado horas muy difíciles por otros conceptos, mucho más dolorosas que la hora presente. En febrero de 1758, escribía Voltaire a su amigo d'Alembert: "Dentro de veinte años, nada quedará de la Iglesia." Veinte años después, Voltaire moría furioso, y exclamaba, según el testimonio del médico protestante Tronchin, que estaba presente: "Muero abandonado de Dios y de los hombres." Dios permite que su Iglesia soporte de cuando en cuando, aquí o allá, espantosos asaltos; pero, como dice Bossuet, "cuando Él quiere hacer ver que una obra es de su mano, lo reduce todo a la desesperación y a la impotencia; luego, obra." Interviene entonces, hace un signo, y sus enemigos quedan aterrados. Estamos en medio de la lucha. ¿Qué hacer? ¿Tener confianza en Dios? Sí, pero

II. El deber no termina con esto, sino que comienza.

Ayúdate y Dios te ayudará. Dios no dejará que la religión perezca en el mundo. Pero la religión puede perecer en nosotros, si no sabemos guardarla y defenderla, si carecemos de fuerza para responder a la objeción, si no nos hallamos provistos *de una fuerte instrucción religiosa.*

Antes podíamos contentarnos con una instrucción religiosa elemental; sabíamos lo que era preciso creer, sin saber por qué motivos y en virtud de qué pruebas. Éramos católicos por tradición, por hábito, por

la velocidad adquirida, como los noruegos son protestantes, y mahometanos los turcos. Ibamos a misa por imitar a los padres, pero sin saber personalmente el motivo.

Hoy es otra cosa. No es disputada nuestra fe, como un montón de trigo atacado por los ratones, como un vestido que tratan de arrebatarnos, como una casa que demuelen piedra por piedra. ¿Quién es el joven que, en el taller, en el almacén, en el despacho, no tiene que soportar interrogatorios sobre sus creencias? ¿Quién es el hombre hecho y derecho que, un día u otro, no se ve obligado, en una conversación, a justificar y defender su Credo? Si los católicos están mal armados para la controversia, el menor semisabio estará en condiciones de vencerlo por medio de sus objeciones... Señores, toda objeción sin respuesta lleva en el alma la flecha de la duda. Es una bala enemiga que ha penetrado en nuestro cuerpo y no muestra el orificio de salida; viaja en nuestros miembros, no podemos hacer un movimiento sin decirnos: ¡Ella está aquí, la siento! Por el honor de nuestra religión y por la seguridad de nuestra alma, es preciso que la objeción quede vencida y la bala estirpada. Es preciso que nos instruyamos; es un deber impuesto por la religión.

III. El método está al alcance de todo el mundo.

Podemos instruirnos *en los libros.* Encontró cierto día un amigo al general Lamoricière siguiendo en un mapa las fases de la guerra de Oriente. Dos libros, el Evangelio y la Imitación sujetaban el mapa, y esto asombró al visitante. "Pues bien, sí—dijo Lamoricière;—así soy yo. No quiero tener, como vos, un pie en el aire, entre la tierra y el cielo. Quiero saber a qué

atenerme, quiero saber a dónde voy, y no hago un misterio de ello." Podemos instruirnos en la religión por medio de libros, y os aconsejo encarecidamente que lo hagáis así. Pero todo el mundo no tiene tiempo para leer, todo el mundo no encuentra gusto en la lectura. Los libros, señores, no sustituirán jamás la palabra. *Fides ex auditu.* La fe entra en el alma, y en ella se implanta más por los oídos que por los ojos. Tal es el viejo método apostólico.

Nos instruímos en la religión principalmente *al pie del púlpito.* Por ínfimo que sea el predicador, ha recibido gracia y misión para predicar, y es generalmente más fuerte en religión que el noventa y cinco por ciento de sus oyentes. Las personas más cultas pueden aprender de él muchas cosas que jamás supieron o que olvidaron. Hállase un sabio en su gabinete ocupado en resolver problemas complicados de mecánica. Entra una joven criada suya, y le pide permiso para tomar fuego. "¡Pero si no traes nada para llevártelo!"—le dice él.—"No importa—contesta la pequeña.—Ya encontraré un medio" Se acerca a la chimenea, pone sobre la palma de su mano una espesa capa de ceniza fría, y encima coloca unos cuantos carbones encendidos. Sorprendido el sabio, cierra sus libros y dice: "Con toda mi ciencia, nunca se me hubiera ocurrido semejante cosa." Señores, el más humilde sacerdote posee la ciencia religiosa. Nos instruímos siempre al pie del púlpito, y hemos visto hombres como Drouot, Berryer y Pasteur saborear con delicia los sermones de su cura de aldea... El deber de los católicos en la hora presente consiste en armarse contra las objeciones, y para ello procurarse una fuerte instrucción.

Conclusión.—*¿Quiere esto decir que desde ahora todos van a conseguirlo?* Sería de desear, pero no es posible.

Bossuet, a los veinte años, sostenía su tesis teológica en el colegio de Navarra. Condé, a quien se la había dedicado, entra de repente en el salón. Bossuet, sin turbarse, saluda y felicita al vencedor de Rocroi. El príncipe tuvo la tentación de discutir con él. Hubiera podido hacerlo, porque su gran genio lo abarcaba todo, lo antiguo como lo moderno, la historia, la filosofía, la teología más sublime. Ya estamos muy distantes de aquellos tiempos heroicos; casi ya no se encuentran seglares en el día de hoy que posean a fondo la instrucción religiosa.

A pesar de ello, necesitaríamos *algunos grupos de católicos fuertemente convencidos* y sólidamente instruídos. ¿Qué importa el número? Hay profesores, aun de Universidad, miembros del Instituto, aun de París, que apenas tienen veinte oyentes, y, esto no obstante, consagran, como Cousin, toda una semana a la preparación de una sola lección. Modelan porciones escogidas, pero las porciones escogidas gobiernan el mundo. Así, en una parroquia, cuando hay un grupo de cristianos ardientes e instruídos, este grupo es un verdadero punto cardinal, sobre el cual se asienta la parroquia entera. Pero cuando una parroquia está asentada sobre un eje, no está lejos de ser cambiada. El día en que, en cada ciudad, aparezcan algunos centenares de hombres capaces de defender su fe contra las objeciones y agrupados en la afirmación potente de su Credo, la multitud, desilusionada, irritada por todas las vanas promesas del librepensamiento, acabará por decirse: "¡Si conociéramos ahora el Evangelio!... ¡Si volviéramos a la vieja y buena religión de nuestros

padres!... ¡Si entonáramos la antigua canción que jamás engaña!" Y el porvenir quedaría salvado, pertenecería a Cristo, Redentor de las almas y Libertador del mundo.

Vosotros, señores, constituiréis *ese grupo* de cristianos convencidos y armados de fuerte instrucción religiosa. *Y yo* prometo ayudaros en ello. En mi debilidad recuerdo las palabras de San Vicente de Paúl: "No tengo un céntimo en caja. Mas ¿qué importa? Cuando una obra es necesaria, hay que emprenderla sin temor. Dios proveerá." La obra en la cual trabajo hace trece años, es necesaria. Tengo confianza en... Dios y en vosotros.

Así sea.

CONFERENCIA CUARTA

No quiero oir hablar de religión

SEÑORES:

Empiezo hoy el examen detallado de las diferentes objeciones, fútiles o serias, que los hombres de hoy en día elevan contra la religión. Y primeramente,

No quiero oir hablar de religión, dicen los unos por hostilidad, los otros por indiferencia. Esta afirmación es tanto una afirmación de cólera como una afirmación de desdén. Juzguémosla.

I. No quiero oir hablar de religión. Afirmación de cólera.

En todo tiempo, señores, encontró enemigos la religión, y enemigos encarnizados. ¿Cómo queréis que hoy no los encuentre? La religión nos fastidia; es como un impuesto. En ningún país aman los contribuyentes el impuesto. No reflexionan en los multiples ser-

vicios de que es compensación; no piensan en los progresos de todo género que les procura el tesoro público. Por todas partes el fisco es temido y aun detestado; no le cuesta a uno mucho maldecirlo, y si pudiera, con gusto lo suprimiría. Lo mismo ocurre con la religión. Pesa sobre nuestra voluntad recalcitrante como el impuesto sobre nuestra bolsa... y entonces, a ciertas horas sobre todo, resuenan con rabia las palabras que acabo de citar: "No quiero oir hablar de religión."

"Antes la medialuna que la tiara", escribían los griegos la víspera misma de la toma de Constantinopla por los turcos. Frase orgullosa, grito salvaje de rebelión contra Roma. Bien escuchados fueron, pues la dominación musulmana aplastó sin piedad la civilización y la nacionalidad bizantinas.

No quiero oir hablar de religión. ¡Aplastemos al infame! exclamó el siglo XVIII. Y la consigna de los filósofos fué ejecutada a la letra por los legisladores y los verdugos. Los sacerdotes fueron encarcelados, desterrados, ejecutados; los templos fueron cerrados o dedicados a Venus; los altares fueron destruídos y vendidos los cálices; los púlpitos se tornaron mudos; la Iglesia, sus ministros, sus instituciones perdieron el respeto de los pueblos. ¡Conducta criminal! En los principios de esta época nefasta, el abate Maury fué rodeado un día por energúmenos que gritaban a sus oídos: "¡Maury, a la horca!" Mas sin perder su serenidad, ante semejantes clamores, volviéndose Maury, arrojóles por toda respuesta este apóstrofe: "Y cuando yo esté en ella, ¿veréis más claro?" En efecto, extinguida la Iglesia, no solamente no se vió más claro, sino que se entró en una noche obscura, y las ruinas económicas, morales y sociales siguieron de cerca a las ruinas del catolicismo. Pero el catolicismo

sobrevivió a la tormenta, y, como dijo San Cipriano, las víctimas fueron más fuertes que los verdugos: *steterunt torti torquentibus fortiores*. Pasó la tempestad, reanudó su misión la Iglesia, y, con ella, el curso de sus beneficios.

"No quiero oir hablar de religión. El clericalismo, ¡he ahí el enemigo!"—exclamó a su vez el siglo XIX. Y, bajo el impulso de esta declaración de guerra, vióse la Iglesia privada de sus principales medios de acción, y puesta por la ley fuera del derecho común. No se la ha abatido de un solo golpe, porque el peso de su caída hubiera aplastado al país; sino que poco a poco, lenta y seguramente, se han entorpecido sus movimientos, se han paralizado sus obras, se ha agarrotado su libertad. Se ha hecho con la religión lo que hizo ese insensato de que habla en alguna parte el conde de Maistre, el cual, lleno de furor, pisotea un reloj diciéndole: "¡Me irritas! Te impediré que hagas ruido y marches!" ¡Qué locura! Aun con la religión, cuesta mucho trabajo contener las pasiones e impedir que la sociedad salte hecha trozos. Sin la religión, ¿qué queréis que seamos sino un pueblo degenerado, desorganizado, desmoralizado? ¡Ah! no queréis oir hablar de religión, ¿y ponéis en esta declaración yo no sé qué acento de cólera que es una amenaza para el catolicismo? Tened cuidado; vosotros sois los que estáis amenazados, vuestra casa es la que arde. ¡Ah! la Iglesia os importuna, ¿y no os disgustaría contemplar su ruina? Tened cuidado, porque el campanario está en medio de la aldea, y las piedras que saltan del campanario hunden las casas vecinas. Las costumbres siguen a las creencias. Un pueblo sin fe no tarda en ser un pueblo sin ley. Las grandes impiedades son el preludio de las

grandes decadencias. Es la historia de ayer. ¡Quiera Dios que no sea la de mañana!

II. No quiero oir hablar de religión. Afirmación de desdén.

Muchos hombres dicen muy alto que no quieren oir hablar de religión, y lo dicen sin cólera. No detestan la religión, la desdeñan, la tienen por nada, la tratan como una cantidad despreciable. No son enemigos, son indiferentes.

No quieren oir hablar de religión. *¿Es esto razonable?* No, no es razonable. La religión es la única que resuelve el problema de nuestro origen y nuestro destino. Es el móvil que remueve más poderosamente el alma humana. Todo lo que se ha hecho de grande, ha sido hecho o por ella o para ella. ¿Y se le concedería menos atención que a la lluvia o al buen tiempo, menos que a un meteoro, o a un fuego de artificio, menos que al precio de los cereales o a los valores bursátiles, menos que a la delicadeza de tal postre o a la finura de tal vino? ¿No sería esto una verdadera irrisión?

No quieren oir hablar de religión. ¿Es esto posible? No, no es posible. Porque *todo el mundo habla de ella*. Observad, vosotros que tenéis ojos, y decid si la religión no es hoy, como en todas las horas solemnes, el fondo mismo de la política, de la sociología, de la ciencia, cualesquiera que sean su nombre y su dominio. Considerad al santo, considerad al impío. El impío no tiene más que una palabra en el alma, Dios, y bajo su laicismo superficial, bajo su neutralidad aparente, a Dios es a quien persigue con todos sus actos, con todos sus decretos y con todo su poder. Como el impío, también el santo tiene un solo nombre en el alma, Dios.

Le ve en la naturaleza, y una flor le habla de su belleza y de su amor. Le ve en la ciencia, y la ciencia se ilumina. Le ve en el arte, y pinta de rodillas. Le ve en la poesía, y la poesía se eleva y se idealiza.

No quieren oir hablar de religión. ¿Es esto posible? No, no es posible. Porque *todos los pueblos* han hablado de ella, y hablan todavía. Los judíos combatieron en defensa de su templo. Los griegos tuvieron sus guerras sagradas. Los romanos defendieron sus altares con la misma decisión que sus hogares. En la Edad Media, Europa entera se precipitó sobre el Asia gritando: "¡Dios lo quiere!" En el curso de la campaña de *Rusia*, en presencia de las llamas que devoraban a Moscú, Napoleón, sombrío, descorazonado, medio vencido, decía estremeciéndose: "Pero ¿qué tiene este pueblo que no acabo de dominarlo?" — "Señor — respondió Drouot,—contad las iglesias de Moscú. Los rusos son indomables, porque son un pueblo creyente." Y los *boers*, ese pueblo tan pequeño y tan grande, ¿no tienen en gran estima la religión? Escuchad la última proclama firmada por los presidentes y los generales en jefe de este pueblo asombroso: "Decidimos que el 8 de Agosto de 1901 será día de acción de gracias a Dios. Decidimos igualmente que el 9 de Agosto será día de penitencia. Como gobierno y como pueblo, pedimos perdón a Dios de nuestros pecados"

No quieren oir hablar de religión. ¿Es esto posible? No, no es posible. Todo el mundo habla de ella. Todos los pueblos han hablado de ella, y hablan todavía. Y diré más: *todos los lugares* hablan de ella. Hojead el anuario de correos, y en él encontraréis ciento siete páginas a tres columnas para los municipios que llevan nombres de santos, esto es, a veinticinco nombres por columna, ocho mil ciudades, villas o aldeas bajo

la advocación de un santo. Preciso es que los librepensadores se resignen a ello. La religión se encuentra en todas partes, en nuestras ciudades, en nuestras familias, en nuestras costumbres, en nuestras leyes. Está en la raíz de nuestra nacionalidad, en la frente de nuestros monumentos. Nuestra patria nació en ella, y en ella vive y respira. Sería preciso vaciarse los ojos para no verla y los oídos para no oirla.

No quieren oir hablar de religión. ¿Es esto posible? No, no es posible. ¡Ah! hombres honrados indiferentes, que os enceráis en la vida presente, mañana o pasado mañana, de grado o por fuerza, pondréis el pie en el umbral de la vida futura ¿Qué haréis entonces? ¿De que tendréis necesidad sino de oir hablar de religión, de oir que la religión os habla? En Abril de 1881, *Emilio de Girardín*, que tanto ruido había hecho durante su vida, estaba en sus últimos momentos, y ante Emilio Ollivier, que le visitaba, aludiendo con una frase a las diferentes luchas de su vida, decía: "¡Y todo eso para nada, para nada, para nada!" ¡Oh hombres, quienesquiera que seáis, si la religión no viene a calmar y purificar vuestro último suspiro, la muerte será para vosotros la más cruel de las decepciones, el más irreparable naufragio! Cierto día uno de los amigos de *Julio Janín*, viendo un crucifijo en su salón, cometió la inconveniencia de decirle: "¿Que es eso?"—"Eso—respondió Julio Janín—es Dios misericordioso. Cuando esté a punto de morir, no quiero que tengan que ir a buscárselo a mi portera." La religión, señores, es obligatoria durante la vida, y necesaria en la hora de la muerte; y esta frase: "No quiero oir hablar de religión", es injustificable ante el tribunal de la simple razón.

Conclusión.—¡Quiera Dios que no os asociéis jamás a esa frase, ora sea una afirmación colérica que maldiga a la religión, ora una afirmación desdeñosa que no haga aprecio alguno de ella! ¡Quiera Dios que en caso de necesidad, sepáis dirigirle la respuesta que merece! Preferid, señores, oír hablar de religión, y, si llega la ocasión, hablar de ella en torno vuestro.

Venid a la iglesia a oir hablar de religión. Así se emplea bien el tiempo; en la iglesia se aprende la ciencia de los derechos y de los deberes, lo que debemos creer y lo que debemos practicar, la manera de vivir bien y de morir santamente. Algunos que no tendrán valor de seguiros, quizás tengan la cobardía de desaprobaros. Los que no obran bien, por maravilla encuentran que los demás proceden con rectitud. A pesar de ello, venid. Venid a la iglesia a oir hablar de religión.

Y si se os ofrece oportunidad para ello, hablad de religión en torno vuestro. Los primeros apóstoles predicaron el Evangelio *in templo et circa domos* (Hechos, XLII), en el templo y en las casas. Haced vosotros lo mismo. Pronunciad vuestra palabra, afirmar vuestra fe. En los tiempos de crisis, los discípulos del cristianismo deben ser apóstoles. ¡Ah, qué misión tan hermosa! Es digna de cautivaros, y vosotros sois capaces de llevarla a feliz término!

Así sea.

CONFERENCIA QUINTA

No hay Dios

SEÑORES:

En el siglo XVII, decía Bossuet: "La tierra no sostiene esos insensatos que, en el imperio de Dios, en medio de sus obras, rodeados de sus beneficios, se atreven a decir que no existe." Hace tan sólo cincuenta años, al día siguiente de la revolución de 1848, en la cátedra de Nuestra Señora, exclamaba Lacordaire: "Por nada de este mundo quisiera yo demostraros la existencia de Dios. Creemos en Dios, y si dudara de vuestra fe, os levantaríais para expulsarme de entre vosotros." Y era aplaudido. Desde Bossuet, desde Lacordaire, hemos marchado, o mejor dicho, hemos retrocedido, y no es raro hoy en día oir esta afirmación: No hay Dios. Afirmación sospechosa, temeraria, irracional y peligrosa.

I. No hay Dios. Afirmación sospechosa.

¿Quién dice esto? ¿Son los santos, los justos, los

héroes, es decir, la flor del género humano? No. Son los impíos, los criminales, los perjuros, los blasfemos, es decir, la hez del género humano. "Quisiera ver—escribe La Bruyère—un hombre sobrio, moderado, casto, equitativo, afirmando que no hay Dios; hablaría por lo menos sin interés. Pero este hombre no se halla en parte alguna." Y Juan Jacobo Rousseau llegó a escribir: "Mantened vuestra alma en estado de desear siempre que exista Dios, y jamás dudaréis de El." En efecto, *¿Por qué* se dice generalmente: No hay Dios? ¿Es porque uno es bueno y para ser mejor? No. En buenos términos, tan villana afirmación puede traducirse así: "Tengo mucho miedo de que haya allá arriba alguien que me castigue. ¡Pobre de mí, si Dios existe! Dios me molesta. Declaro que Dios no existe." El ateísmo es una doctrina muy cómoda; suelta las riendas a las pasiones desordenadas del hombre caído.

¿Cuándo se dice; No hay Dios? Cuando uno se encuentra en plena salud, cuando lleva una vida alegre. En el momento de la muerte, todo cambia. La fermentación cesa, y reaparece la fe. *Mezeray,* convertido, decía a los que le objetaban su incredulidad pasada: "Creedme, amigos míos, Mezeray moribundo es más digno del crédito que Mezeray en salud." El impío *Volney,* en peligro de perecer en las costas de América, cogía su rosario y recitaba piadosamente el *Padrenuestro y el Avemaría.* El ateísmo rara vez es desinteresado y sincero.

II. No hay Dios. Afirmación temeraria.

El que la pronuncia tiene en contra suya el género humano, lo que hay de más inteligente y mejor en la gran familia humana.

A todo el género humano, desde sus orígenes hasta nuestros días. Por lejos que os remontéis, en las poblaciones más salvajes como en las civilizaciones más refinadas, allí donde el hombre eleva su frente augusta y su alma inmortal por encima del bruto, que sólo tiene instintos que saciar, en todas partes se levantan templos y altares, en todas partes arde la lámpara del santuario, en todas partes aparece la oración y el culto de Dios. Descarriados por sus pasiones, más de una vez se han engañado los hombres acerca de la verdadera naturaleza de Dios, pero jamás negaron su existencia. No hay Dios; afirmación temeraria, contra la cual se levanta el hombre en peso, y

Lo que hay de más inteligente y mejor en el género humano. Sí, los genios que han pasado por la tierra, tanto antiguos como modernos, paganos y cristianos, se han inmortalizado casi todos demostrando a Dios y adorándolo. Sí, las más bellas almas, los hombres virtuosos, todos los que murieron por las grandes causas, todos los que hicieron bien a sus semejantes, fueron profetas de lo Infinito y servidores de Dios.

De suerte que, si el ateo tiene razón, el género humano se equivoca. Y un hombre que dice: No hay Dios, está obligado por esto mismo a decir: "Todos los hombres de todos los tiempos y de todos los países; todos los hombres más notables por la inteligencia y por las virtudes se equivocaron, y yo sólo tengo más inteligencia que todos ellos. En otros términos: No tengo sentido común." Ponerse al margen del género humano... ¡qué temeridad! ¡Cuán merecido tiene el bofetón que una hermosa mano aplicó cierto día en la mejilla de un *incrédulo.* Este, después de predicar inútilmente el ateísmo en un círculo de damas, creyó vengarse diciendo: "Jamás hubiera creído, señoras mías,

que una casa en la que la inteligencia compite con las gracias, yo sólo hubiera tenido el honor de no creer en Dios."—No estáis sólo, señor—contesta el ama de la casa; también tienen este honor mis caballos, mi perro y mi gato; sólo que las pobres bestias tienen el buen gusto de no vanagloriarse de ello." En efecto, el ateísmo, no es solamente sospechoso y temerario, es también inepto.

III. No hay Dios. Afirmación irracional.

La razón dice que no hay efecto sin causa. Pero *el mundo existe.* Luego necesita un autor. ¿Quién puede serlo sino Dios? El mundo no se ha hecho por sí mismo. Como dice Victor Hugo: "Con todo, cuanto vemos necesita un eje; y siendo algo, es preciso que alguien exista."

La razón dice que no hay efecto sin causa. Pero *el mundo se mueve.* Luego necesita un motor. ¿Quién puede ser sino Dios? La ciencia prueba que la materia es inerte, y que un cuerpo en reposo no puede por sí mismo ponerse en movimiento. Luego fuera del mundo y por encima de él, existe un Ser infinito, dueño y motor. Como dice Voltaire:

> El mundo me embaraza y no puedo pensar
> Que este reloj marche y no tenga relojero.

La razón dice que no hay efecto sin causa. Pero *el mundo está ordenado.* Luego necesita un ordenador. ¿Quién puede ser sino Dios? En el mundo hay un plan, leyes, fines y medios propios para conseguir estos fines. ¿Quién concibió este plan, formuló estas leyes, estableció estos fines y combinó estos medios? ¿Quién sino una Inteligencia infinita, sino Dios? Como dijo Proudhón: "Tan absurdo es referir el sistema del mundo a leyes físicas sin contar con un Dios ordenador,

como atribuir la victoria de Marengo a combinaciones estratégicas sin contar con Napoleón, primer cónsul."

La razón dice que no hay efecto sin causa. Pero *yo tengo un alma.* Luego necesita un origen. ¿De dónde puede venir sino de Dios? Mi alma está en mí, pero no procede de mí. Me domina, me juzga, me aterra; me dice: "Esto es verdadero, esto es falso; esto es bueno, esto es malo." No hay legislación sin legislador. ¿Quién, pues, hizo mi alma, quién, pues, la puso en mí, quién, pues, grabó en ella las leyes inflexibles que la gobiernan? Ni el hombre, ni lo que del hombre procede, han creado al alma humana. Sólo puede provenir de Dios.

En vano para explicar el alma y el mundo, recurriréis al *azar.* "El azar—dijo Víctor Hugo—son los postres que fabrican los bribones para los estúpidos que se los comen." El azar nada significa. El azar no es más que una palabra. Querer explicarlo todo por el azar, es no explicar nada, es desatinar. "Qué es, pues, el ateísmo? Una obscuridad—dice *Lamartine*—que no quisierais decir muy alto a vuestro perro, por miedo de revolucionar el instinto de una bestia." Pocas palabras más:

IV. No hay Dios. Afirmación peligrosa.

Si no hay Dios, *¡cuidado con la moral!* ¿Qué motivo podrá hacer florecer las buenas costumbres, si no existe el temor del gran Juez? Si el justo que teme a Dios tiene grandes trabajos para marchar por la senda de la virtud, el impío que nada teme, ¿no será más bien un criminal consumado? No se edifica una casa sobre cimientos de arena, no se funda la virtud sobre la nada. El orden moral se apoya en el orden religioso.

Si no hay Dios, *¡cuidado con la familia!* Un obrero

beodo y blasfemador acabó por pervertir a su mujer y arrebatarle toda creencia. Cierta noche, al retirarse a su casa, encontró ante su puerta la policía y una muchedumbre compacta. Sube... ¿y qué ven sus ojos? Su mujer y sus tres hijos asfixiados, y la siguiente carta a guisa de adiós: "Mientras creí en Dios, tuve fuerzas para soportar mi miseria; ahora que el verdugo de mi marido ha hecho de mí una desesperada y una impía, no quiero que mis hijos sean desgraciados como yo, y me voy con ellos." Cuando el ateísmo penetra en un hogar, introduce con él el mal, y, con el mal, la desgracia y la ruina.

Si no hay Dios, *¡cuidado con la sociedad!* Sin Dios, el honor, el deber, la conciencia, no son más que débiles barreras muy pronto derribadas por la pasión. Fuera de Dios, ¿qué queda? La ley civil y la fuerza brutal. Pero con esto no se forma una sociedad. "Soy materialista y ateo; por eso soy anarquista."—exclamaba el 27 de Abril de 1894, el joven anarquista Henry, condenado a muerte. Y sobre esto escribía Julio Simón: "¡Pobre sociedad enferma, que te diriges a la cuchilla; a Dios es a quien debes dirigirte!"

¡Ay de los que arrancan a Dios de las almas, de la familia, de la sociedad! Al corromper los espíritus, se corrompen las costumbres. Al devastar las creencias, se arruinan los hogares. Al acreditar el ateísmo, deshonran y traicionan a la patria.

Atrás, pues, el grito de los negadores y sectarios: ¡No hay Dios! Es esta una afirmación sospechosa, temeraria, irracional y peligrosa.

Conclusión.—Dios existe, señores.

1.° *Esperad en El.* Los malos pueden maldecirlo, pero no pueden suprimirlo. Los malos sólo disponen de un día, y quieren emplearlo bien. A la noche, los espera el castigo, que es eterno. Dios está allá arriba para juzgarlos y pedirles cuentas. Robespierre, bañado en su sangre, escuchaba las injurias de que lo cubrían los padres, las madres, los hermanos, las hermanas de sus víctimas. Uno de ellos le gritó tirándole de un brazo: "Robespierre, Robespierre, ¿me oyes?" Y como el miserable guardara silencio porque no podía hablar, su interlocutor añadió: "Tengo que decirte que Dios existe." Sí, Dios existe; esperad de El.

2.° *Respetad su presencia.* Está presente en todas partes, pero reside en los templos y se encarna en las cosas y personas que le son consagradas. Un joven convaleciente, se levanta al paso de una religiosa y se descubre. Como se asombrara de esta deferencia un compañero de sala, le dijo el joven: "Amigo mío, me pongo de pie porque es una mujer y me descubro porque es una religiosa." Hay hombres mal educados que ni respetan a la mujer ni a la religiosa. Dios existe: Esperad en El y respetad su presencia.

3.° *Acreditad su reino.* Ponedlo en el nacimiento por el bautismo, en la escuela por la instrucción religiosa, en el matrimonio por el sacramento, en la muerte por los auxilios religiosos. Lejos de vosotros el ateísmo, peste negra de nuestras cunas, de nuestras escuelas, de nuestros hogares, de nuestros lechos de muerte. ¡Viva Dios, que nunca muere! Tributémosle nuestra fe, nuestra adoración, nuestra obediencia, nuestro amor.

Así sea.

CONFERENCIA SEXTA

El hombre carece de alma

SEÑORES:

Dios no existe, dice la raza de los impíos. El domingo pasado refuté esta afirmación, sospechosa, temeraria, irracional y peligrosa. Pero la impiedad atenta contra el hombre lo mismo que contra Dios, y añade: *El hombre carece de alma.* Me propongo responder hoy a esta negación. Prestadme toda vuestra atención. Os prometo ser breve y concluir con enseñanzas prácticas de la más alta oportunidad.

I. Miro en torno mío y digo que el hombre está dotado de alma.

¿Qué hay en torno mío? Nuestros semejantes, el género humano. Pero el género humano, el género humano popular, el género humano ilustrado, el género humano honrado ha creído, y cree todavía, en el alma,

es decir, en un principio espiritual distinto del cuerpo.

Sin duda que, en el seno de este género humano, aparecen algunos individuos que sostienen que el hombre carece de alma, y aun componen libros para demostrarlo. *Bossuet* nos explica la razón de este hecho cuando dice: "El hombre se hace igual a los animales, a fin de tener el derecho de vivir como ellos, semejante a uno de gran linaje que, siendo ruin de corazón, no quiere acordarse de su dignidad, para no verse obligado a vivir en los ejercicios que ella exige." ¡Que palabras tan profundas!

El materialismo no procede de la ciencia, sino de la pasión, que no quiere trabas. Suplicaba un sacerdote a *un joven* que volviera a ser honrado y cristiano. El desgraciado bajó la cabeza, pero de repente, con voz sorda, le dijo: "¡Quisiera ser perro!"—"¿Qué decís, pobre desgraciado?—exclamó el sacerdote.—¿Quisierais ser animal?"—"Sí—respondió el otro a media voz.—Por lo menos quisiera hacer el mal sin remordimiento." He ahí la verdad lamentable. Grita la conciencia, es preciso ahogarla y se dice: El hombre carece de alma. No se quiere creer en nada para tener el derecho de hacerlo todo. Hay en el linaje humano excepciones depravadas que niegan la existencia del alma; pero no hago aprecio alguno de esas excepciones, que carecen de valor, porque no tienen lealtad ni honor. Contemplo en torno mío el género humano sano, y digo que el hombre está dotado de alma.

II. Dirijo mis miradas por debajo de mí y digo que el hombre posee un alma.

Por debajo de mí, hay la animalidad. Ahora bien, ¿soy yo de la misma naturaleza que el animal? ¿No

soy yo más que un animal perfeccionado, como sostienen ciertos embrutecidos? No.

El animal es *horizontal*. Los monos más perfectos están constituídos para marchar y trepar. El hombre es vertical. Se mantiene de pie. Mira al cielo, sus pies se apoyan en el polvo, pero su cabeza se baña en el ambiente azul. El hombre está dotado de alma.

El animal es *estacionario*. Es fatalmente lo que fué en su origen. Las abejas construyen sus colmenas, y los pájaros sus nidos, como hace dos mil años. El hombre es progresivo. Hacemos lo que no hacían nuestros padres, y nuestros sobrinos harán lo que no hicimos nosotros. El hombre está dotado de alma.

El animal es *pasivo*. Los animales más fuertes no ejercen ascendiente alguno, no ya sobre el hombre, pero ni siquiera sobre los animales inferiores. El hombre es dominador: doma los animales, los domestica, los hace servir a sus necesidades y a sus placeres. Un pastorcillo sin cultura dirige un rebaño de bueyes, que son mil veces más fuertes que él. El hombre está dotado de alma.

El animal *no tiene ideas*. Sólo tiene imágenes y sensaciones. No sabe ni lo que es, ni de dónde procede, ni adónde va. "El hombre no es más que una caña—dice Pascal,—pero una caña pensante." Se conoce a sí mismo; conoce la naturaleza, sus fenómenos, sus leyes; conoce a Dios, su autor y su fin. El hombre está dotado de alma.

El animal *no tiene moralidad*. Carece de conciencia, no tiene más que instinto. El hombre es un ser moral. Posee la noción de bien y de mal, el sentimiento del derecho y del deber. Se conoce y sabe que es responsable. El hombre está dotado de alma.

El animal *carece de libertad*. Se mueve como el péndulo de un reloj. Hace necesariamente lo que hace. La araña no puede dejar de tejer su tela, la golondrina no puede dejar de hacer su nido. El hombre es libre y dueño de sus actos. Puede elegir el agua o el fuego, la vida o la muerte, y decir: Quiero o no quiero; puede salir de su ley y volver a entrar en ella. El hombre está dotado de alma.

Entre el último de los hombres y el más perfecto de los animales, hay un abismo imposible de salvar, hay una diversidad de naturaleza. Dirijo mis miradas por debajo de mí, y digo que el hombre está dotado de alma.

III. Me miro a mí mismo y digo que el hombre está dotado de alma.

¿Qué es lo que hallo en mí? Un cuerpo compuesto de mil piezas maravillosamente ordenadas. Pero no es esto todo. Hay en mí algo más que el cuerpo. Hay en mí

1.° *Algo que se distingue en mi cuerpo.*

Mi cuerpo es *extenso*. Tiene una superficie que se ve, un peso que se comprueba, dimensiones que se miden. Hay en mí, algo que es indivisible, impalpable, imponderable, cuya longitud no tomó jamás una medida de hierro o de madera. Tal es mi alma.

Mi cuerpo es un *compuesto* de oxígeno, hidrógeno y ázoe. Hay en mí algo que no es oxígeno, ni hidrógeno, ni ázoe, ni nada material. Tal es mi alma.

Mi cuerpo, *para vivir*, ha de comer, beber, dormir, tomar de la creación física, aire, carne, hierba. Hay en mí algo que se alimenta de ideas, de reflexiones, de razonamientos puramente inmateriales. Tal es mi alma.

En un reloj, hay una caja y el movimiento que están unidos, aunque son distintos; del mismo modo, en mí

están asociados mi cuerpo, que es la envoltura, y mi alma, que es la vida.

En un globo, la luz está unida al cristal, que ilumina sin ser cristal; así, en mí hay algo que está unido a mi cuerpo y lo transfigura sin ser mi cuerpo. Tal es mi alma. Llevo más lejos la prueba. Hay en mí

2.º *Algo que rebasa mi cuerpo.*

Mi cuerpo pertenece *al tiempo.* No era ayer, ni será mañana. Hay en mí algo que rompe las barreras del tiempo, que se lanza a lo pasado y a lo por venir, que se eleva hasta la gran idea de la eternidad. Tal es mi alma.

Mi cuerpo está unido *a un lugar;* no ocupa más que un espacio circunscrito, su vista no alcanza más que a cierta distancia. Hay en mí algo que se traslada a todas partes instantáneamente, que va a posarse en la última de las estrellas, mira todavía más lejos, y se eleva de un golpe a la gran idea de la inmensidad. Tal es mi alma.

Mi cuerpo está sumergido en *lo visible* y en lo finito. Hay en mí algo que emerge por encima de los sentidos, más allá de este mundo, hasta el Ser único, absoluto, necesario, hasta Dios. Tal es mi alma. ¿Habrá que llevar más lejos la prueba? Sí. Hay en mí

3.º *Algo que domina a mi cuerpo.*

Mi cuerpo *se rebela.* ¿Quién no conoce el verso de Racine:

Siento en mi dos hombres

elocuentemente subrayado por Luis XIV al exclamar: "Dos hombres que yo conozco bien." Mi cuerpo se re-

vela, y hay en mí algo que le resiste y lo subyuga. Tal es mi alma.

Mi cuerpo es *pequeño,* débil, delicado, lánguido, decrépito, enfermo. Hay algo en mí que triunfa de mis enfermedades. Tal es mi alma. Thiers era un hombre pequeñito. Pascal, casi moribundo, lanza al papel sus más sublimes pensamientos. Racine escribe, con mano casi impotente, *Atalía,* la obra maestra de su teatro y de toda la escena francesa. Guizot conserva hasta más allá de sus ochenta años la lucidez de su razón poderosa, y Berryer, su hermoso genio de orador. Lacordaire, consumido por su postrera fiebre, dicta páginas cuya elocuencia hace palidecer sus más brillantes conferencias.

Mi cuerpo *quiere vivir.* Hay en mí algo que le conduce a la muerte. Tal es mi alma. Turena, al principio de una batalla, arenga a su cuerpo, lo reprende, lo reanima: "¿Tiemblas, esqueleto? Más si tú supieras adónde voy a conducirte mañana, temblarías mucho más." Cuando Bailly sube al cadalso, la impiedad le apostrofa y se burla de él: "¿Tiemblas, Bailly?"—"Sí, tiemblo de frío!"—responde el intrépido anciano. ¿Y los mártires? ¿Es que en sus cuerpos molidos, no quedaba libre el alma, señora y triunfante?

Hay, pues, en mí algo que se distingue de mi cuerpo, que rebasa mi cuerpo, que domina a mi cuerpo. Me miro a mí mismo, y digo que el hombre está dotado de alma.

Conclusión:

1.º Fieles, *creed en vuestra alma.* No sin motivo os pongo en guardia contra la doctrina materialista. Diez revistas la propagan, trescientos periódicos la popula-

rizan, mil escritores la sirven con su pluma, y solamente hace tres semanas, el *Boletín* más acreditado en las escuelas públicas, traía una larga tesis para probar que el hombre no es más que un mono perfeccionado. ¡Oh Francia, sacude tu suelo indignado y arroja de tu seno esa doctrina canalla, como la llamaba hace cincuenta años el divino Lacordaire! ¡Oh Francia, si quieres vivir, no permitas que hagan de tus niños materialistas y ateos! Fieles, creed en vuestra alma.

2.º Fieles, *estimad a vuestra alma.* Vale más que vuestro cuerpo. ¿Qué es vuestro cuerpo? No gran cosa. Por orgullosos que nos mostremos de nuestra fuerza y de nuestra belleza, aunque concentráramos en nuestra frente todos los honores y en nuestras manos todos los tesoros de la tierra, aunque fuéramos sólidos y deslumbrantes como el templo de Salomón, estamos hechos de ceniza, y mañana seremos consumidos y demolidos... Nuestra alma vale más que nuestro cuerpo. Nuestra alma vale más que todos los esplendores de la creación material. Nuestra alma vale la sangre divina derramada por ella. Estimad a vuestra alma.

3.º Fieles, *proteged a vuestra alma.* Proteged a vuestra alma contra el soplo glacial de la indiferencia, contra el soplo venenoso de la duda, contra el soplo furioso de la impiedad. Proteged a vuestra alma contra las amenazas y seducciones de los poderosos, contra el contagio del vicio, contra el escándalo de los perversos ejemplos. Proteged el alma de vuestros hijos contra la incredulidad y la inmoralidad. Me levanto hoy ante vosotros con todo la autoridad de mi misión sacerdotal y os conjuro a que devolváis al espíritu del mal asalto por asalto

y guerra por guerra. Os conjuro a que protejáis vuestra alma y el alma de vuestros hijos.

4.º Fieles, *salvad vuestra alma.* "¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo entero—dice Jesucristo—si pierde su alma?" Estas divinas palabras han hecho los santos. Sean ellas la regla de nuestra vida. Un mozo de labor que guarda los mandamientos de Dios, es más sabio que un académico que los quebranta. Aquél salva su alma. Una pobre mujer que ama a Dios y le obedece, es más avisada que un potentado que sólo piensa en dominar y gozar. Aquélla salva su alma. Fieles, salvad vuestra alma; el resto importa poco. Pasarán el cielo y la tierra, pero vuestra alma no pasará. Salvadla por los siglos de los siglos.

Así sea

CONFERENCIA SEPTIMA

Cuando uno muere, todo muere

SEÑORES:

Los insensatos que se han propuesto eliminar la tierra apagando las creencias, no retroceden ante ninguna enormidad. Después de decir: Dios no existe, el hombre carece de alma, añaden: "Cuando uno muere, todo muere". A esta negación, respondo con una afirmación, y voy a hacer hablar sobre este punto: 1.ª al hombre; 2.º a los hombres; 3.º a los hombres eminentes.

I. El hombre dice: Cuando uno muere, todo muere.

El hombre está dotado de razón, de conciencia y de corazón. Ahora bien:

1.º *La razón humana* reclama otra vida. ¿Existe la justicia en la tierra? ¿Obtiene cada uno lo que le es debido? ¿Es siempre recompensada la virtud y castigado el vicio? No. Existen aquí bajo desigualdades chocantes, opresiones escandalosas, brutalidades sin nombre, iniquidades irritantes. Dios es justo. La injusticia

reina en la tierra. Dios no pronunciará su última palabra en este mundo. Hay, pues, otro mundo que ha de venir. No aceptar esta conclusión, es sostener que el bien y el mal valen lo mismo, que el asesino y la víctima merecen la misma suerte; en otros términos, es protestar contra el buen sentido. Ahora bien, protestar contra el buen sentido ¿no equivale a demostrar que se carece de él? La razón humana dice: Cuando uno muere, no todo muere.

2.º *La conciencia humana* reclama otra vida. Para hacer el bien y evitar el mal, la conciencia necesita un estímulo y un freno, una esperanza y un temor. El estímulo y el freno, la esperanza y el temor, no están, ni pueden estar, más que allá arriba, en un mundo que ha de venir. ¿Por qué sacrificarme, si la nada ha de ser la única recompensa de mi sacrificio? ¿Por qué molestarme, si el vicio como la virtud debe conducir a un agujero eterno en la tierra? Decía un *mecánico* descendido de su máquina a Mons. Mermillod: "¡Ah, cuán rudo es nuestro oficio! Momentos hay en que siente uno que algo se le sube a la cabeza, y le entran ganas de hacerlo saltar todo, y vengarse así de la sociedad."—"Pero ¿qué es lo que os impide hacerlo?—preguntó entonces Mons. Mermillod—¿El miedo a una condena?" —"¡Oh, no—respondió el hombre;—porque uno dejaría aquí su piel! Pero pienso que hay un Dios y que no todo acaba aquí." Señores, libertad a la conciencia de las esperanzas y terrores del más allá, y la civilización y la sociedad, las costumbres se hundirán... porque la civilización, la sociedad, las costumbres son como un rosario cuyo nudo está en la creencia, en la inmortalidad. Romped el nudo, y todo se irá, todo rodará, todo desaparecerá.

La conciencia dice: Cuando uno muere, no todo muere.

3.º *El corazón humano* reclama otra vida. El corazón humano espera la *felicidad*. Está hecho para la dicha, pero no la encuentra nunca aquí bajo. El hombre no puede reducirse a un ser incompleto, medio acabado, no satisfecho. Debe encontrar en una vida futura la satisfacción plena y completa de todas sus facultades, el término y coronamiento de su ser. Si esta conclusión no es cierta, nada hay cierto en la tierra. Luego, el corazón humano espera *un sitio* en el cual encuentre a todos los que amó aquí bajo, un esposo, una madre, a todos los seres queridos que la muerte le arrebató, Drouot, al ver que llegaba su última hora, exclamó: "Me alegro de morir, porque voy a ver de nuevo a mi padre y a mi madre... a mi emperador." Escuchad aquí el grito de un obrero que acaba de perder a su hijo, de diecinueve años. La madre, desconsolada, decía ante el padre: "¡Ah, si pudiera un día volver a encontrar mi hijo! Pero ¿volveré a verlo?"—"Sí."—exclamó al punto el marido.—Volveremos a verlo. Yo, que no soy más que un pobre almadreñero, resucitaría, si pudiera, al hijo de mi vecino. ¿Es que Dios no hará por mí lo que yo haría por otros?" Oh razón sublime del almadreñero! Nuestro corazón, que tiene necesidad de amar, y de amar siempre a los que le son queridos, debe volver a hallarlos en otro mundo. El corazón humano dice: Cuando uno muere, no todo muere. He ahí el lenguaje del hombre. Oigamos ahora el de los hombres.

II. Los hombres dicen: Cuando uno muere, no todo muere.

Los hombres, tomados en conjunto, deponen en favor

de otra vida. El sentimiento de *todos los pueblos*, de todas las religiones, de todas las civilizaciones, de todas las edades, de todos los lugares, es, sobre este punto, indiscutible. La fe en la inmortalidad existía en el Nuevo Mundo antes que Cristóbal Colón lo descubriese, y nosotros los franceses sabemos por César que los druidas excitaban el valor de nuestros antepasados, y los exhortaban a desafiar los peligros, con la esperanza de la inmortalidad. *El culto de los muertos* es, en verdad, universal. En todas partes y siempre, se han respetado los cadáveres. ¿Por qué? Porque una voz secreta nos dice que no todo queda extinguido en los muertos. En todas partes y siempre, se ha rogado por los difuntos, y se les han ofrecido sacrificios expiatorios. ¿No es una prueba de que en todas partes y siempre se ha creído en la sobrevivencia del hombre? ¿Se hubiera orado y sacrificado por ellos, si los hubiera creído totalmente aniquilados? *Hace seis mil años* que el hombre ve morir y entierra a sus semejantes, y desde entonces, en medio de ese vasto cementerio, que es el mundo, el hombre proclama su inmortalidad. El hijo que ha perdido su padre, la madre que lleva luto por sus hijos, el amigo que llora sobre la tumba de su amigo, se obstinan en no dar crédito a sus ojos y exclaman: "¡Adiós, hasta mañana! ¡Pronto nos veremos en un mundo mejor!" He ahí, señores, el lenguaje de todos los hombres, el lenguaje del género humano. Yo bien sé que, en ese concierto,

Algunos hombres constituyen una excepción, algunas voces desentonan; pero no hay que hacer caso de ellos.

1.º Algunos hombres, aunque pertenezcan a una Facultad o a una Academia, no están por encima de la sabiduría de los siglos. No saben tanto como el género

humano entero. Entre el género humano y ellos, no podemos vacilar un sólo instante en la elección. Son sabios, decís. Es posible, pero . . . .

2.º *¿Son desinteresados?* Toda la cuestión consiste en esto. ¿Son desinteresados? Mucho lo dudo. Veamos, señores: ¿quiénes son los que niegan la inmortalidad y defienden la causa de la nada? ¿Es el esposo fiel, la madre abnegada, el servidor solícito, el hombre casto e íntegro? No. En general, sólo niegan la inmortalidad del alma aquellos a los cuales importa que el alma no sea inmortal. Declaran que nada existe después de la muerte, porque comprenden muy bien que, si hay algo, será un mal negocio para ellos. Quieren gozar y envilecerse a sus anchas; quieren vivir sin molestias ni remordimientos, y de aquí que se esfuercen en persuadirse que no hay juicio alguno futuro, y digan: "¡Todo acaba con la muerte!" Su testimonio carece de valor. Me alisto en las filas del género humano. Hemos oído al hombre y a los hombres. Escuchemos a los hombres eminentes.

III. Los hombres eminentes dicen: Cuando uno muere, no todo muere.

1.º *Los santos* proclaman la existencia de otra vida. Con frecuencia son desconocidos en la vida presente, y casi no son saludados más que el día de su entierro. Pero desde el fondo de sus humillaciones y de sus padecimientos, saludan las compensaciones eternas. Se grita en torno de ellos: "¡Para mí la tierra!" Y ellos responden: "¡Para mí el cielo!", o, como decía un mártir a su verdugo: "Puedes aplastarme, desmenuzarme... Hay en mí algo que no tocarás jamás: mi alma. Ella viene de Dios y se remonta a Dios."

Los sabios proclaman la existencia de otra vida. ... grandes genios de la antigüedad, Sócrates, ... Aristóteles, Cicerón, están unánimes sobre este ... En los tiempos modernos, los genios cristianos ...ran la tradición de los genios paganos. Imposible ... todos. Solamente unas palabras. Cierto obispo ... al astrónomo Leverrier: "Vuestro nombre irá ... los astros."—"Espero algo mejor—respondió el ...—con vuestras oraciones, quiero alcanzar el cielo." ...dio Bernard, Chevreul, Pasteur y cien otros que ...strado nuestro siglo, ¿no eran partidarios de la ...talidad?

Los incrédulos mismos, los incrédulos célebres, ...man la existencia de otra vida. *Juan Jacobo* ...*eau* escribió: "Cuando no tuviera de la inmortalidad del alma otra prueba que el triunfo del malo y ...esión del justo en este mundo, esto solo me im...ía dudar de ella. Una contradicción tan manifiesta ... obligaría decir: No todo acaba para mí con la vida; ... entra en orden a la muerte." A uno de sus amigos ... se vanagloriaba de no temer al infierno, respondió ...*oltaire*: "Sois más feliz que yo, porque yo todavía ... he logrado." Y de su pluma salió este hermoso ...:

Esta vida es un sueño y la muerte un despertar,

El que niegue la otra vida está por debajo de Robes...rre, pues éste hizo grabar en el frontispicio de los ...plos: "El pueblo francés cree en Dios y en la in...talidad del alma." Y en la Cámara de los diputados, ... 15 de Enero de 1850, decía *Víctor Hugo*: "Hay ... vida en la que se hará justicia. En cuanto a mí,

creo profundamente en ella, en ese mundo mejor, y declaro aquí que es la suprema certeza de mi razón y la suprema alegría de mi alma." En resumen, el hombre, los hombres, los hombres eminentes dicen al unísono: "Cuando uno muere, no todo muere."

Finalmente, *el mismo Dios* tomóse el trabajo de decírnoslo, y si abrimos el Evangelio, nos será fácil leer en cada una de sus páginas la afirmación solemne de la otra vida, término y sanción de la vida presente.

Conclusión:

1.º *Creamos en la otra vida.* En la hora presente, los sofistas se abaten como buitres sobre el alma de la patria, y la despedazan como una presa. Al destruir las creencias, empequeñecen las almas, las familias, el patrimonio nacional. No hay que dejarlos hacer. A la negación, que nada respeta, hay que oponerles la invencibilidad y esplendor de nuestra fe. Creamos en la otra vida. Cuando uno muere, no todo muere.

2.º *Preparémonos para la otra vida.* Santo Tomás de Aquino estaba en su última hora. Rodeábanle sus hermanos. "Padre—le dijo uno de ellos,—decidnos lo que más os ha admirado en la tierra." Todavía pudo responder: "Lo que nunca he comprendido es que un hombre se atreva a dormirse con un pecado mortal." Meditemos estas palabras, señores. Estemos siempre dispuestos a entrar en la otra vida.

Así sea.

CONFERENCIA OCTAVA

¿Es que Dios se cuida de nosotros?

SEÑORES:

Son raros los que dicen: "Dios no existe, el hombre carece de alma, cuando uno muere, todo muere." Pero son más raros todavía los que murmuran por lo bajo, o dicen en voz alta: "¿Es que Dios se cuida de nosotros?" Voy a responder a estas palabras con pruebas, precisiones y conclusiones.

I. Dios se cuida de nosotros... Lo pruebo:

1.º Dios se cuida de nosotros. Pongo por testigos los *atributos divinos.* Dios es *todopoderoso;* lo sabe todo, lo ve todo. No es posible que abdique el soberano imperio que ejerce sobre las criaturas; no es posible que, después de haberlas creado, no las gobierne. Dios es *santo* y justo; quiere necesariamente el bien y detesta necesariamente el mal. No es posible que permanezca indiferente a las acciones buenas o malas del hombre,

su criatura inteligente. Dios es *bueno;* es padre. Luego vela por el hombre, su hijo, le enseña lo que es bueno y lo que es malo, le castiga por su desobediencia y le recompensa por su fidelidad. *Si Dios no se cuida de nosotros,* el mundo no es más que un caos en el que los acontecimientos se contradicen; no hay consuelo para la virtud, ni odio para el crimen, y el triunfo tan frecuente de la iniquidad aparece como una injusticia que subleva todas las conciencias.

2.º Dios se cuida de nosotros. Pongo por testigo de ello la *naturaleza humana.* ¿Qué es el hombre? *El hombre es la obra maestra de la creación.* Es verdad que el hombre no ocupa más que un pequeño puesto en la creación. Pero ¿qué importa el volumen? Lo voluminoso no es necesariamente grande. Las vías lácteas, los mares y los continentes son voluminosos. Pero someter al análisis el firmamento, el océano y la tierra, y encontraréis como principios constitutivos de estos maravillosos conjuntos elementos inertes. Por lo contrario, descomponiendo la especie humana, ¿qué halláis? Hombres. Pero un hombre, el último de todos, aunque estuviese solo en el universo, lo superaría y dominaría, como Saúl, elegido del Señor, excedía en hombros y cabeza a Israel diciendo: "Es el rey." El hombre es la obra maestra de la creación. Ahora bien, Dios *se cuida de la creación inferior.* Se cuida de los astros, y dirige su curso enfrenado; se cuida de la tierra y la gobierna en su balanceo en medio del espacio, en su revolución diaria sobre sí misma, en su evolución anual en torno del sol. Se cuida de los vegetales y de los animales. Responde a las necesidades diversas que le llaman desde los cuatro vientos del cielo y de la tierra. Lleva la vida a todos los gérmenes, pone sangre en todas las venas,

[illegible] en todas las fuentes, plumón en todos los nidos, flores en todos los prados, arena en todos los desiertos, estrellas en todos los cielos.

A los pequeñuelos de los pájaros ofrece su alimento
Y su bondad se extiende a toda la natura.

Dios se cuida de la creación inferior; ***luego*** a fortiori *se cuida del hombre,* que es la cumbre, el rey, la obra maestra de la creación. Sin su permiso, ni un globo cae del cielo, ni un rey de su trono, ni un cabello de nuestra cabeza.

3.º Dios se cuida de nosotros. Pongo por testigo de ello *las enseñanzas de la historia.* Vemos que todos los pueblos recurren a Dios con confianza, le invocan en sus necesidades, ponen bajo su protección sus ejércitos, sus casas, sus campos. ¿Quién se atreverá a decir que el género humano no ha tenido razón? *Más de una vez,* con hechos consoladores o terribles, ha señalado Dios su intervención, su bondad y su justicia, en los asuntos de este mundo. ¿Qué sería de la sociedad si Dios no tuviera las riendas con mano firme? Diríase, a ciertas horas, que todo va a hundirse, y, en fin de cuentas, la sociedad, vacilante y crujiente por todas partes, permanece de pie, se apacigua, se reanima, vuelve en sí, se reconoce poco a poco en sus templos, en sus ejércitos, en su hacienda, en sus tribunales, en su industria, en su cultura, y en la esperanza fundada en un largo y próspero porvenir. El hombre se agita y Dios le mueve. Esto está escrito en todas las páginas de la historia. Y el filósofo *Víctor Cousín,* poco tiempo antes de su muerte, escribía que esta verdad era a sus ojos *más cierta que las matemáticas.* La línea recta es la distancia más corta entre dos puntos; esto es claro como la luz del

día. Pues bien, más claro es aún que Dios se cuida de nosotros y gobierna al mundo. Pero esto exige alguna explicación.

II. Dios se cuida de nosotros... Preciso:

1.º Aunque Dios se cuide de nosotros, *no siempre podemos apreciar y comprobar su acción.* La intervención de Dios en la vida del género humano y en nuestras propias vidas, es siempre un misterio. Por ejemplo, hay aquí bajo infortunios que desconciertan la razón por caer sobre cabezas virtuosas, y también hay prosperidades incomprensibles por la indignidad de los que gozan de ellas. No abriguemos la pretensión de conocer todos los secretos divinos. Los más grandes genios se han perdido y se pierden aún en el análisis de una gota de agua. ¿Qué de extraño que seamos incapaces de justificar a la Providencia en todo momento? Dios es infinito en su sabiduría. No nos ha revelado todo su plan. De cuando en cuando se justifica El mismo en la vida presente, pero con más frecuencia aplaza para la vida futura la evolución total y definitiva de su soberanía.

2.º Aunque Dios se cuide de nosotros, *no arregla siempre nuestras cuentas aquí bajo.* Pongamos atención en esto. La vida presente no es más que el germen, el principio de lo que nos concierne, y el complemento de la acción divina sobre nosotros se proyecta en la eternidad. Con la medida de la eternidad debemos juzgar, pues, todo cuando le sucede al hombre en este mundo. Fuera de esto, es imposible comprender nada de los designios de Dios sobre nosotros. *El malo es feliz;* esperad un poco. Dios es paciente porque es eterno. Las

prosperidades del malo son su castigo; lo ciegan; no duran más que un día, pero el día siguiente será terrible allá arriba. *El justo es desgraciado;* esperad un poco. Las pruebas del justo son para él una fuente de méritos, y serán pagadas con una felicidad eterna. Dios no viene obligado a recompensar en el acto, ni a imponer el castigo a continuación del crimen, pues tiene los siglos de los siglos para completar su obra. Hay otra vida. Hasta llegar a ella, Dios se oculta, Dios se calla... nos deja en libertad.

3.º Aunque Dios se cuide de nosotros, *respeta siempre nuestra libertad.* Esto es un misterio, pero un misterio incontestable. Dios nos ha hecho libres. Dios, que se conoce tal cual es, no ha querido ser amado y servido por esclavos. Quiso crear seres que le amasen por elección y sin violencia. Quiso que fuéramos adoradores libres, no máquinas dirigidas por un arrastramiento irresistible.

Quiso glorificarse en nosotros, y al propio tiempo, darnos la gloria de merecer nuestra dicha. Respeta, pues, nuestra libertad, cuyos excesos y abusos prevé y permite. Nos deja en libertad *de hacer el mal.* Pero el mal tiene por causa, no Dios, sino nosotros. Por ejemplo: En esta gran ciudad, ¿es Dios quien turba la paz de las familias, quien ataca la justicia, el honor, la inocencia, la debilidad, o bien nuestras pasiones indisciplinadas? Dios nos deja en libertad de hacer el mal, y *de hacer nuestro mal.* Con frecuencia nos quejamos de Dios; ¿no es de nosotros mismos de quien deberíamos quejarnos? Este joven blasfema porque no hace carrera en las oficinas. Pero ¿por qué despreció el oficio manual de su padre? Esta mujer vive en la miseria y las brutalidades. Pero antes de unirse a un marido vi-

cioso, ¿por qué no escuchó los consejos prudentes y examinó lo pasado de este hombre? Vese uno consumido por la enfermedad. Pero ¿cuál fué su juventud? Este se arruina porque ha sido disipador y pródigo. Dios no está obligado a reparar nuestros vicios. Nos hizo libres y respeta nuestra libertad. Dios se cuida de nosotros, pero su acción sobre nosotros jamás es necesitante y despótica.

III. Dios se cuida de nosotros... Concluyo:

Puesto que Dios se cuida de nosotros, ¿no es razonable, no es justo que nos cuidemos de El, y le demos un puesto, el primer puesto

1.° *En nuestros pensamientos?* Tenemos tiempo para pensar en nuestros negocios, en nuestros placeres, en nuestros honores, en nuestros amigos, es decir, en todo lo que es accesorio. ¿Es que no lo tenemos para pensar en lo principal, es decir, en Dios, nuestro creador, nuestro dueño, nuestro soberano juez? El poeta de la Beauce del siglo XVIII, Colardeau, iba a ser académico; ya estaba fijado el día de su recepción, pero de repente se mete en cama por causa de las fatigas que le habían ocasionado las visitas de cortesía a sus compañeros. "Las visitas me han muerto"—escribía dolorosamente a su tío, cura de Pithiviers. Y murió a los cuarenta y cuatro años. Y

Su carro de triunfo encerró su ataúd

como dijo Dorat. Esto ocurre con muchos hombres. Se agotan y se matan con preocupaciones secundarias, con bagatelas... y se presentan ante Dios sin casi jamás

haber pensado en El... Demos a Dios un puesto, el primer puesto en nuestros pensamientos, y

2.° *En nuestros trabajos.* Por absorvidos que nos tengan nuestros deberes de estado, reservémonos los pocos instantes que reclaman nuestros deberes religiosos. No estamos más absorvidos por el trabajo que lo estaba Drouot en el campo de batalla, y a pesar de ello, encontraba tiempo para recogerse y orar. "No temo la muerte ni la pobreza—decía a Napoleón, que acababa de nombrarle general y ayuda de campo;—sólo temo a Dios. Esto constituye mi fuerza."—"Pues bien, vos sois el prudente del Gran Ejército"—replicó Napoleón. Y le quedó este título, como el más magnífico elogio. Sí, es prudente quien piensa en Dios, quien le suplica, quien sabe darle un puesto en sus pensamientos, en sus trabajos, y

3.° *En sus penas.* ¡Ah, cuánto aprecio las palabras de un gran hombre de mar del siglo XVII, del almirante español Oquendo! Sintiéndose enfermo de fiebres, se hizo desembarcar para morir en tierra, y acostado en su lecho, dijo a los médicos: "Ya no queda esperanza; me siento devorado por la sed, dadme un vaso de agua fresca." Diéronsela al punto, la acercó a sus labios, la miró y no la bebió. "Se la ofrezco a Dios", dijo. Y al dejar el vaso sobre la mesa, rindió el alma. Así viven y mueren las grandes almas, con el pensamiento en Dios, bajo su mirada, en la sumisión, en la sumisión a su santa voluntad. Os deseo, señores, y me deseo a mí mismo una vida semejante y una muerte semejante.

Así sea.

CONFERENCIA NOVENA

Sólo creo lo que veo

SEÑORES:

Para evitar la verdad religiosa, se inventan mil objeciones. He aquí una que más de una vez, sin duda, habéis oído resonar en vuestros oídos: Sólo creo lo que veo. Veamos brevemente lo que hay dentro de ella. Hay dentro de ella una estupidez, un pretexto y un peligro.

I. Sólo creo lo que veo... Es una estupidez.

En efecto, en el curso ordinario de la vida, el testimonio es la fuente y la condición necesaria de la mayor parte de nuestros conocimientos. Creemos sin ver. Y el que no admita más que lo que ve, no tiene el cerebro sano; ya no será un hombre.

Sólo creo lo que veo. Luego no crees en la *historia.* No crees en Perides, ni en Augusto, ni en León X, ni en Luis XIV, ni en el imperio de los asirios, ni en el imperio de los persas, ni en el imperio de los griegos, ni

en el imperio de los romanos, ni en ningún acontecimiento de la historia, porque no has sido testigo ocular, ya que todo lo pasado está separado de tí por el tiempo.

Sólo creo lo que veo. Luego no crees en la *geografía.* No crees en la existencia de Constantinopla, por cuanto no has visto esta ciudad con tus propios ojos. No crees ni en el Asia ni en el Africa, ni en las dos Américas, ni en la Oceanía, ni en las islas, por cuanto no has dado la vuelta al mundo como el capitán Cook, ya que todos esos lugares están separados de ti por el espacio.

Sólo creo lo que veo. Luego no crees en la *ciencia.* Porque la ciencia, ¿sobre qué reposa sino sobre principios abstractos que no vemos, sobre experiencias y descubrimientos hechos antes que nosotros y aceptados por nosotros?

Sólo creo lo que veo. Luego no crees *en la patria* ¿Qué es la patria? Es el hermoso país en que has nacido. "No he visto donde nací." La patria son las glorias de lo pasado, los héroes, los santos, los genios que la ilustraron. "No he visto nada de esto." La patria son las glorias de lo por venir, las resurrecciones y prosperidades que la ilustrarán mañana. "No veo este porvenir, luego no creo en él. La patria, jamás la vi. No existe la patria."

Sólo creo lo que veo. Entonces no crees *en tu alma,* puesto que nunca la viste ni la verás jamás, por cuanto no tiene color, ni dimensión, ni rostro. Luego *no eres más que un animal.* Los brutos no pueden tener noción más que del hecho contingente que tocan sus sentidos. Lo mismo ocurre con el hombre que no cree más que lo que ve. Como la bestia, y en menor grado, tiene vista, oído, olfato, gusto, tacto, y esto es todo lo que tiene. Tiene un cuerpo, por el cual está en relación con el mundo físico, y sostiene que no posee un alma que le ponga en relación con el mundo invisible. Suprime la

más elevada porción de su naturaleza, y, como dice David, se declara semejante al caballo y al mulo, en los que no hay inteligencia. ¡Qué degradación! ¡qué absurdo! ¡qué estupidez! Semejante fenómeno debe tener una explicación. Voy a dárosla.

II. Sólo creo lo que veo... Es un pretexto.

Cierto día el cardenal Fesch intentaba convencer a su sobrino Napoleón I que respetara los derechos de la santa Iglesia; el emperador, por toda respuesta, tomóle de la mano, le condujo a una ventana, abrióla, y le dijo: "¿Veis allá arriba aquella estrella?"—"No, señor."—"Mirad bien"—"Señor, no la veo."—"Pues bien, yo sí que la veo." Cerró la ventana; quedaba zanjada la cuestión. La estrella que fascinaba los ojos de Napoleón, era su ambición satisfecha, eran los pueblos, los reyes, las almas, sometidos y silenciosos bajo su dominio. No creer más que lo que uno ve, es un pretexto para hacer todo lo que uno quiere y nada más que lo que quiere.

Sólo creo lo que veo. Es un pretexto *para desembarazarse de lo invisible*. Lo invisible molesta. Dios, el alma, la otra vida son realidades fastidiosas. Si se admite en principio que hay que creer aun en lo que no vemos, estamos obligados a creer en la existencia de Dios, en su poder, en su justicia, en su soberanía, en su ley. Estamos obligados a creer en la exsitencia del alma, en su origen y en su fin, en su dignidad, en su responsabilidad, en sus obligaciones. Estamos obligados a creer en la otra vida, en sus sanciones inevitables y eternas. Y entonces , para cortar el paso a todo, se dice: Sólo creo lo que veo. Esto cuesta poco; con una sola frase se desembaraza uno de lo invisible.

Sólo creo lo que veo. Es un pretexto *para procurarse la paz*.

El *impío* tiene una manera muy sencilla de ponerse en paz con Dios. Lo suprime. "Dios no existe"—dice—En vano los santos de la tierra levantan las manos hacia el cielo. No hay cielo, no hay leyes eternas, no hay voluntad divina. Atrás la formidable quimera de un Dios que me observa y me juzga. Sólo creo lo que veo."

El *libertino* tiene una manera muy sencilla de ponerse en paz con la moral. La niega. "¿Qué es eso del bien? —exclama—¿Qué es eso del honor? ¿Qué es eso de la conciencia? Todo eso ni se toca ni se come. Tomemos en la hora presente todo lo que ella puede darnos, porque mañana moriremos. Fortuna, bienestar, goces; he ahí el orden, he ahí la paz. Sólo creo lo que veo."

El *egoísta* tiene una manera muy sencilla de ponerse en paz con sus semejantes. Los explota. Se le habla de justicia, de caridad, de derechos adquiridos. Y responde: "¿Qué queréis decir? No entiendo nada de eso. No hay otro derecho que el de la fuerza. La razón del más fuerte es siempre la mejor. Soy el más fuerte. Luego todo para mí, y nada para los otros. Triunfo... luego todo va bien. Tengo placeres, honores y riquezas; he ahí lo verdadero, lo real, lo sólido. Sólo creo lo que veo."

Todo esto es cómodo, pero ¡cuán peligroso y amenazador para la sociedad!

III. Sólo creo lo que veo... Es un peligro.

¡Ay del pueblo que no cree más que lo que ve! No se ve ni la conciencia, ni el deber, ni la justicia. Tampoco se ven las realidades que están más allá del horizonte terrestre. ¿Y entonces? Entonces la soberana sabiduría consiste en buscar en ese corto espacio que se llama exis-

tencia toda la suma felicidad que la tierra puede y debe dar. ¡Adelante, pues, todas las codicias!... ¡Al asalto de todos los goces y del bienestar inmediato! Y cuando se haya enseñado a los hombres que no son más que un poco de materia organizada, y que no hay nada, absolutamente nada después de esta vida, sino un agujero de seis pies, y nada en el fondo de ese agujero... ¿qué nos quedará sino generaciones degradadas y materializadas: magistrados que venderán la justicia, diputados que venderán su voto; oficiales que venderán sus planos, soldados que abandonarán la bandera, banqueros e industriales que elevarán el agio a la altura de una divinidad nacional, aldeanos que no verán nada por encima de su techo, ni por encima de sus tierras, obreros que despreciarán las instituciones de sus abuelos, ciudadanos, en fin, que, en los kraks de los negocios, en las sublevaciones populares, o en las derrotas de los campos de batalla, dejarán que agonice la patria, sin más ambición que la de salvar su vida y su caja, puesto que se les ha enseñado que no hay un más allá! ¡Ay del pueblo que sólo cree lo que ve!

¡Gloria a *los que creen en lo invisible!* Desdeñan el placer, la fortuna, el éxito inmediato, cosas que se ven. Son los sostenedores de la conciencia, del deber, de la justicia eterna, cosas que no se ven. Realzan el espíritu público, dan ejemplos sublimes, difunden innumerables y gratuitos beneficios, salvan las naciones, se sacrifican por las grandes causas, sostienen luchas imposibles, y mueren tratados de insensatos por la sabiduría humana, hasta el día en que todos ven lo que sólo ellos creyeron, en que la locura de la víspera se convierte en la verdad de lo por venir. ¡Gloria a los que creen en lo invisible! *Ellos son los* que hicieron las naciones cristianas y las pusieron a la cabeza de la civilización. Ellos son los que han hecho del progreso una rea-

lidad. Cierto que los hombres, que los pueblos más iluminados con las luces de lo alto, son los que han sabido marchar más lejos en la tierra. Cierto es también que lo que devolverá a nuestro mundo moderno su vitalidad y su porvenir, será su enérgico llamamiento a las realidades invisibles, no el abyecto materialismo, que no cree más que lo que ve.

Sólo creo lo que veo. Es una estupidez que ultraja a la razón, un pretexto para libertar la conciencia; es un peligro que amenaza a las almas y a los pueblos y los pone en camino de todas las decadencias.

Conclusión.—*Señores, seamos los creyentes y discípulos de lo invisible.*

Tal es nuestro deber en la hora presente. Este siglo es un siglo positivo. Orgulloso de sus progresos y de sus conquistas, embriagado con los triunfos de la ciencia, no ve realidades más que en esto. Para él, todo lo demás es quimera y vano sueño. Conocer lo visible, he ahí su dicha. Así, escuchad los acentos soberbios y burlones con que habla de las doctrinas sobrenaturales que, según él, han descarriado por largo tiempo el género humano y paralizado sus progresos. Este siglo se engaña. Lo visible no constituye el todo del hombre. Reaccionemos contra los groseros y fáciles arrastramientos de nuestra época. Seamos los creyentes y discípulos de lo invisible.

Ello será nuestro consuelo en nuestra última hora. Mil veces hemos visto hombres que, no habiendo vivido más que para lo visible, lamentan amargamente en su última hora no haber perseguido más que vanas fantasmas. Se han visto hombres a los cuales nada les había negado el mundo, declarar que todo ello no era más

que vanidad. Vióse un gran ministro colmado de honores que, al saber en su lecho de muerte que Luis XIV iba a visitarlo, respondió con estas palabras aterradoras: "Id a decir a ese hombre que me deje tranquilo. Porque si hubiera hecho por Dios lo que hice por él, me atrevería ahora a mirar tranquilo la eternidad." He ahí lo que se ha visto millares de veces. Pero lo que no se ha visto jamás, lo que nunca se verá, es un cristiano que declare en su lecho de muerte que su Dios le engañó. Creamos en lo invisible, vivamos para lo invisible... Ahí está la salvación del hombre y la salvación del alma.

Así sea.

CONFERENCIA DECIMA

Sólo creo lo que entiendo

SEÑORES:

No creer más que lo que se ve, es una pretensión que carece de seriedad. He aquí otra que se le acerca y es todavía más especiosa. Se dice: "Sólo creo lo que entiendo." Se rechaza la religión alegando que todo es claro por todas partes y que únicamente es obscuro el cristianismo. Disipemos este prejuicio.

I. Sólo creo lo que entiendo... Desde el punto de vista puramente humano, no es verdad.

Sabios e ignorantes creemos muchas cosas que no entendemos. Todos, más o menos, vivimos en lo que no se entiende. Estamos sumergidos en lo que no entendemos.

1.º *El común de los hombres* vive en lo que no se entiende.

Cultivamos la tierra y la sembramos, pero no entendemos cómo el grano de trigo que se pudre, germina y se convierte en espiga; avanzamos el pie y extendemos el brazo, pero no entendemos cómo el cuerpo obedece las órdenes del alma. Comemos, marchamos, nos mantenemos de pie, pero no entendemos cómo se hace la digestión, cómo se produce la locomoción, cómo la gravedad nos tiene fijos en tierra.

Si se hubiera dicho a los soldados de la vieja guardia que un día, con un hilo, el teléfono, se hablaría de Marsella a París, ¡qué encogimiento de hombros! Esto no obstante, es preciso creer lo que ellos no hubieran entendido. Y nosotros que nos servimos de tan maravilloso invento, ¿lo entendemos?

¿Entendemos cómo la misma agua hirviente que prepara los alimentos, endurece los unos y ablanda los otros, blanquea la cebolla, ennegrece la carne y enrojece el cangrejo? Estaba Lacordaire sentado a la mesa un viernes, cuando un librepensador, pasándole una fuente con una tortilla, de la cual se había adjudicado la mayor parte, le dijo sin pizca de educación: "Yo, señor, tengo por principio no creer más que lo que entiendo." Lacordaire, recogiendo los residuos de tortilla que su interlocutor se había dignado dejarle, le respondió: "Señor, entiende V. cómo el fuego funde la manteca y endurece los huevos?—"A fe mía que no lo sé—replicó el librepensador, agotada ya su ciencia.—"Ni yo tampoco—añadió delicadamente el religioso.—Pero veo con gusto que eso no le impide a V. creer en las tortillas... ¿no es verdad?"

Cierto día, un abogado charlatán repetía esta misma majadería: "Sólo creo lo que entiendo." Un niño que se acordaba del catecismo, tuvo la osadía de emprenderla con él. "Así, pues, señor, no creéis más que lo que

endéis"—"Perfectamente, hijo mío"—"Entonces, ñor, queréis decirme por qué meneáis vuestro dedo nique?"—"Porque lo quiero. ¡Vaya una simpleza!" Pero, señor, vuestras orejas ¿no se mueven cuando queréis? ¿Cómo se hace eso?—"¡Ah! ya, ¿quieres me una lección?"—dijo el abogado, cuyas orejas, sin pudiera evitarlo, se habían puesto al rojo. Y todo el mundo se echó a reir... Unicamente los necios y los farntes dicen que no creen más que lo que entienden. osotros vivimos en lo que no entendemos, pero ¿y los bios, las personas muy instruídas, los espíritus fuertes? ues bien, sí, hablemos de ellos. Como el común de los ombres

2.º Los *sabios* viven en lo que no entienden. Saben go más que nosotros, pero yo os aseguro que ni siquiesu ciencia va muy lejos. Interrogad a todas las Acaemias y desafiadlas a que respondan a mil cuestiones solubles; por ejemplo: ¿En que consiste la vegetación, sa energía subterránea que hace salir de un grano un llo verde, que impulsa hacia arriba plantas que la gravedad debería arrastrar hacia abajo, que produce las flores más delicadas y los frutos más sabrosos de la podredumbre del germen? ¿Por qué una planta venenosa crece al lado de una planta sana, a pesar de tomar sus elementos en el mismo suelo? ¿Por qué el geranio y el lila tienen su aroma diferente, a pesar de que adornan el mismo jardín y beben el mismo rocío? ¿Cómo el sarmiento duro, áspero y nudoso de la viña produce el racimo, fruto tan dulce y tan bello? ¿Por qué la débil envoltura de una bellota encierra la organización gigantesca de una encina?

Señores, ante un grano de polvo imperceptible, podéis congregar todos los sabios del mundo, y decirles: "Mi-

rad bien este grano de polvo, este átomo; ¿es simple o divisible hasta lo infinito? No podrían responderos. ¿Qué es el espacio, que lo contiene todo y no es contenido por nada? ¿Qué es la luz que ilumina todas las cosas y substancialmente no es conocida de nadie?...Como vosotros, como yo, los sabios ignoran todo esto, y muchas cosas más. Viven en lo desconocido; comprueban hechos y leyes, pero no las explican; arrancan a la naturaleza algunos secretos, pero lo poco que saben acusa la inmensidad de lo que ignoran.

Cierto filósofo, a quien un emperador amante de las letras había dado una plaza esplendidamente retribuída, respondía con frecuencia a las preguntas que se le hacían: "No sé nada." Alguien le dijo un día: "El Emperador os paga para saberlo."—"El Emperador—replicó el filósofo—me paga por lo que sé. Si me pagara por lo que ignoro, no tendría bastante con todos los tesoros del imperio." Cuando *Laplace* se encontraba en sus últimos momentos, amigos complacientes elogiaban su ciencia y su gloria: "No habléis de eso—les dijo;—lo que conocemos es muy poco; lo que ignoramos es inimaginable." He ahí una confesión que no debemos olvidar nunca, lo mismo que la siguiente de *Julio Simón*: "Sólo los espíritus débiles creen explicarlo todo y entenderlo todo"; no menos que las palabras de M. *Masquart*, miembro del Instituto y presidente de la Asociación francesa para el progreso de las ciencias: "Hay que reconocer—decía en el Congreso de Caen de 1894—que, sin remontarse el origen de las cosas, la ciencia no tiene delante de sí más que misterios; la atracción universal, el calor, la constitución de los cuerpos, la luz, la electricidad, el maquetismo, la vida."

Sólo creo lo que entiendo. Desde el punto de vista puramente humano, no es verdad.

II. Sólo creo lo que entiendo... En materia religiosa es inadmisible.

No querer creer en materia religiosa más que lo que se entiende,

1.º ¡QUÉ CONTRADICCIÓN!

¡Oh hombre, en ti, alrededor de ti, por debajo de ti, todo es misterio, ¿y querrías que todo fuese claro en el orden religioso? ¿Es esto razonable? No, no es razonable. No podemos tener la última palabra de la naturaleza, de sus fenómenos, de sus leyes. Seamos, pues, consecuentes con nosotros mismos, y resignémonos a no tener tampoco la última palabra del cristianismo.

¡Cosa extraña! Los mismos hombres que se muestran arrogante con los misterios de la religión, son supersticiosos con los misterios de la ciencia. Decidles que hay fuego en el infierno, y se pondrían a reir agradablemente porque no lo han analizado. Pero decidles que Saturno y Júpiter pesan tantos kilógramos y harán un acto de fe, como si los hubiesen pesado con unas balanzas de precisión. Adoran los misterios de la ciencia y desprecian los de la religión. Semejante contradicción es intolerable.

No querer creer en materia religiosa más que lo que se entiende,

2.º ¡QUÉ IMPOSIBILIDAD!

El objeto de la religión es Dios. Ahora bien, Dios es infinito en su naturaleza, en su palabra, en su acción, y nuestra inteligencia es limitada. Luego necesariamente, cayendo en un recipiente menor que ella, debe rebasarlo. Es una simple regla de proporción. Entender es igua-

lar. Para entender a Dios, sería preciso que Dios estuviese obligado a dejar de ser infinito y reducirse a la medida de nuestro espíritu, que es finito. Negar la verdad religiosa porque no se la entiende del todo, es asemejarse al insensato que negara el sol, porque al abrir su ventana, no ha podido encerrar en su cámara toda la luz del astro.

Ciertos hombres quisieran cortar la religión según el padrón de la inteligencia humana, y quitarle lo que sobresale de ésta. Esto carece de sentido común. Tanto valdría una aurora sin lontananzas inaccesibles, un cielo sin profundidades indefinidas. Entender una religión en su conjunto, es signo cierto de que es de fabricación humana. Esto es sencillamente una imposibilidad.

No querer creer en materia religiosa más que lo que se entiende,

3.º ¡QUÉ TEMERIDAD!

Dios nos ha revelado cierto número de verdades de las cuales no podemos apreciar ni el cómo ni el por qué. Pero

1. *¿Es que Dios no merece ser creído?* ¿Es que podemos desear otra cosa mejor que su testimonio regularmente comprobado, manifestado por un emisario divino, respetado por la palabra, apoyado en el milagro, sellado por el martirio, garantizado por la santidad, confirmado por la ciencia, justificado por sus maravillosos resultados, y atravesando los siglos con la fuerza siempre creciente que le dan igualmente el examen de la crítica y la adhesión de la fé? En verdad que compadezco a aquellos a los cuales no satisface semejante testimonio.

Dios nos ha revelado un cierto número de verdades,

de los cuales no podemos apreciar el cómo ni el por qué. Pero

2. *¿Es que los que creyeron en el cristianismo no merecen ser creídos?* Quienquiera que seáis, otros más grandes que vosotros, y también más sabios, hallaron al cabo de su ciencia la necesidad de creer, y creyeron en lo que no se entiende. Considerando los misterios de la religión, los estudiaron bajo todos sus aspectos, y los adoraron. Si estos misterios repugnaran a la razón humana, ¿no comprendéis que hace diecinueve siglos que se arrastrarían en el desprecio? Si estos misterios repugnaran a la razón humana, ¿pensáis que hubieran sido aceptados por tan poderosas inteligencias, por tan eminentes genios como han ilustrado los anales de la civilización cristiana? Si estos misterios repugnaran a la razón humana, ¿es que a la hora presente, bajo los fuegos cruzados de la filosofía y de la ciencia, no los veríamos sumergidos en el ridículo y en el menosprecio? Pero no hay nada de esto.

Cuanto más violentos son los ataques de la impiedad, más se afirma la adhesión de las grandes almas a nuestros adorables misterios. Mirad, os dejo para terminar estas hermosas palabras de *Pasteur,* cuyo valor científico no podéis poner en duda, ni sospechar tampoco de sus convicciones religiosas: "Cuando uno ha estudiado a fondo las cosas—decía en 1860, después de sus grandes luchas con los materialistas a propósito de la generación espontánea,—vuelve a la fe del campesino bretón, y si yo hubiese estudiado más todavía, tendría la fe de la campesina bretona." Señores, con semejantes hombres, me parece que podemos profesar sin temor el cristianismo, desafiar la incredulidad y cantar nuestro *Credo.*

Así sea.

CONFERENCIA UNDECIMA

¿Qué sé yo?

SEÑORES:

Hay una expresión que ciertamente habéis oído y que quizás habéis murmurado por lo bajo: "¿Qué sé yo?" Esta frase no tiene el mismo acento en los labios de todos los que la pronuncian, y no siempre merece que se la trate con la misma severidad. Es la expresión, ya de una tentación, ya de una inquietud, ya de un prejuicio. Juzguémosla imparcialmente.

I. Un cristiano convencido que pasa por la tentación de la duda.

1.° *Esto no es raro.* Vivimos *en tiempos* en que todo se discute, no solamente las verdades políticas y sociales, sino también los principios esenciales del espíritu humano, aun las bases de la filosofía, aun los axiomas de la lógica. Hay derecho a preguntarse uno si hay algo

cierto. Las doctrinas rugen y el suelo tiembla. En vano cerramos los oídos; esos clamores nos hieren y esas sacudidas nos conmueven a pesar nuestro. Luego, *nuestra instrucción religiosa* es, en general, mediana; conocemos poco nuestra religión. La objeción nos desconcierta fácilmente porque estamos insuficientemente armados. Gran número de inteligencias vacila; ni niegan, ni creen; vacilan. Dícense: sin duda creo... pero... pero. Hay desmayos en la fe de los creyentes. Finalmente, sin tener conciencia de ello, *estamos interesados* en sospechar de las verdades religiosas. Por cuanto contraría nuestra naturaleza corrompida, no nos disgustaría verla caer en falta. Nuestra voluntad obra secretamente, sordamente, hipócritamente; ensombrece a nuestra razón, la llena de dificultades, la hace evasiva y ergotista. Vivimos en un ambiente poco favorable a la creencia. No conocemos bien la religión; en el fondo tenemos miedo de ella. Y entonces, bajo el impulso de estas influencias de dentro y de fuera, a ciertas horas, con frecuencia en el momento en que menos se espera, sentimos como *sacudidas* subterráneas, y como crujidos en el edificio de la fe. Y entonces tinieblas y fantasmas de objeción y de negación atraviesan el cielo del alma y la hielan con sus formas desoladoras. Sorpréndese uno murmurando dentro de sí mismo las terribles palabras: "¿Qué sé yo? ¿qué sé yo?"

2.° *Yo respeto al cristiano convencido* que pasa por la tentación de la duda. No tengo el derecho de condenarlo, pero tengo el derecho y el deber de darle algunos consejos.

1. *No nos conmuevan* demasiado las dudas contra la fe; tratémoslas como tratamos las tentaciones contra la castidad. Todo consiste en no consentir en ellas. La

castidad no es menos bella, a pesar de la falsa belleza de las seducciones que la asaltan; por lo contrario, sale más bella de los asaltos que trataban de ajarla y empequeñecerla. Del mismo modo, la fe no es menos verdadera, ni menos cierta, a pesar de las falsas apariencias de las objeciones que la atacan, y se levanta intacta e invencible después de las tempestades que amenazaban obscurecerla y quebrantarla. Despreciemos las dudas contra la fe, y

2. En materia de creencias, no *exijamos lo imposible,* es decir, la evidencia inmediata y absoluta. La fe no es la visión ni la evidencia; es como el faro de la costa, cuya luz es bien clara para que se pueda gobernar con ella, a pesar de que desaparece en ocasiones tras las olas y envuelta en las brumas del mar. Hay en el cristianismo suficientes claridades para que nuestra fe sea racional, y suficientes obscuridades para que nuestra fe sea meritoria. Se dice que el astrónomo inmortal, cuyo penetrante genio descubrió las leyes del movimiento de los planetas, Kepler, vió sus grandes trabajos desconocidos por sus contemporáneos. Reducido a una miseria extrema, hallábase en su lecho de muerte cuando un amigo le preguntó si padecía cruelmente de morir sin haber visto apreciar sus descubrimientos. "Amigo mío—le respondió el sabio,—cinco mil años esperó Dios a que una de sus criaturas descubriese las leyes admirables que dió a los astros. ¿No podré yo, pues, esperar a que se me haga justicia?" Meditad estas palabras, ¡oh cristianos que pasáis por la tentación de la duda, y creed sin ver, y esperad con confianza las evidencias de lo por venir y del más allá!

Al lado del cristiano tentado, oigo al incrédulo inquieto, que dice también: "¿Qué sé yo?"

II. Un incrédulo sincero presa también de la inquietud de la duda.

1.° *Esto no es raro.* Fué muy mal *educado,* educado sin religión, o casi sin ella. A los quince o veinte años, entró *en el mundo,* y pronto fué cogido por las pasiones, por los negocios, en los que vió desconocida la verdad religiosa, discutida y atacada por la literatura, por la historia, por la ciencia, por la filosofía, por la prensa cotidiana, por las conversaciones corrientes. Con esto se hizo secretamente *orgulloso.* Se creyó perspicaz, y lleno de confianza en sus propias luces. Quiso formarse una opinión propia, y no depender de nadie. Pero entonces ¡gran Dios! en qué dédalo de problemas insolubles, en qué torrentes de ideas contradictorias y de principios opuestos se precipitó... ¡Cuán numerosas son hoy en día las almas de buena fe, o de buena fe a medias, que no tienen convicciones ni esperanzas, que carecen de terreno sólido en que apoyarse, que no cuentan con una mano amiga que las guíe, y que, en el fondo de sus tinieblas lanzan el grito lúgubre: "¿Qué sé yo, qué sé yo?" El siglo XIX oyó estos gritos, por lo que pudo escribirse un libro titulado *La duda y sus víctimas.*

2.° *Compadezco al incrédulo sincero,* víctima de la inquietud de la duda; y me permito indicarle los caminos de la luz y de la paz.

1. Dudáis. Pero, en primer lugar, *¿es esto verdad?* Se os ha dado cien veces la fe. Se os dió en vuestros padres y en vuestra raza de cristianos, en vuestro bautismo, en vuestra primera comunión, en yo no sé cuántas impresiones, invitaciones, advertencias, rasgos y atractivos exteriores o interiores de la gracia, que no ha-

béis tenido que hacer más que segirla. Estoy convencido de que muchos hombres son menos incrédulos de lo que dicen y precisan. Bastará penetrar dentro de ellos mismos para hallar en ellos la fe que creen haber perdido, y que no está más que adormecida u olvidada. La prueba está en que, en un día dado, por ejemplo, en la desgracia, en los tranquilos años de la ancianidad, en el momento de la muerte, la fe brota y aparece viviente en aquellos mismos que la desconocían. No es más que cuestión de tiempo y de circunstancias.

2. Dudáis. *No permanezcáis en la duda.* No os resignéis a vivir en semejante estado. Es un estado violento y poco racional. Un hombre serio no puede permanecer indeciso, mudo y como estúpido en presencia de la verdad religiosa, en presencia del cristianismo, que hace ya diecinueve siglos tiene como cautiva la porción escogida de las almas. Un hombre serio no puede poseer la paz mientras se detenga ante el más importante de los problemas, como un ignorante en presencia de un libro cerrado. Escuchad esta confesión melancólica de Máximo du Camp: "No pertenezco al número de los que la fe ha tocado. Los que creen son dichosos, y yo envidio su dicha." La duda no es un estado normal. No permanezcáis en la duda. Orad, buscad, consultad. La noble inquietud de la verdad nos procura el don de la verdad. La luz se ofrece a los que la desean. Las almas rectas están en el camino de la verdad.

3. Dudáis. *Tomad el partido más seguro.* Cierto incrédulo decía a una religiosa: "Hermana mía, bien lucida quedaríais si, después de la muerte, no hubiera nada allá arriba."—"Señor—respondió la santa religiosa mirándole compasiva,—bien lucido quedaréis de muy distinto modo si hay algo allá arriba." Por lo menos, es

verosímil que el alma es inmortal y que Jesucristo es Dios. Ahora bien, el incrédulo que voluntariamente se duerme en la duda, no aprecia en nada las promesas y amenazas de Jesucristo, y arriesga su porvenir eterno. Esto no es razonable. Bastiat convertido decía a uno de sus amigos: "Amigo mío, tomo la cosa por el lado mejor, por la humildad. Y, en fin de cuentas, he observado que la mejor porción de los hombres se halla entre los creyentes, y obro como ellos." ¿Dudáis? Tomad la cosa por el lado mejor, escoged el partido más seguro, y las sombras de la duda huirán ante los esplendores de la fe reconquistada.

¿Qué sé yo? No solamente dicen esto el cristiano tentado y el incrédulo inquieto, sino también el escéptico lleno de prejuicios.

III. Un escéptico desdeñoso que se encastilla en el prejuicio de la duda.

1.° *Esto no es raro.* ¡Es tan fácil desembarazarse con un quizás de la verdad religiosa y de sus consecuencias inquietantes!... Muellemente recostados en la ribera, mirando con ojos tranquilos los asuntos humanos, nos dejamos mecer al ruido lejano de la tormenta, y nos dormimos sin preocuparnos del primero ni del último despertar. Declaramos que el goce material e inmediato lo es todo, y que Dios, el alma, la inmortalidad, la virtud, el sacrificio son cosas problemáticas y aleatorias. Nos burlamos de los que creen. Nos irritamos contra los que afirman que es preciso creer; y a todos los llamamientos de la conciencia, a las adventencias de los profetas de la verdad, respondemos invariable y obstinadamente: ¿Qué me importa? ¿Qué sé yo?

2.º *Censuro al escéptico desdeñoso* que se encastilla en el prejuicio de la duda.

1. *Su actitud es injuriosa para con Dios,* al que trata como una cantidad despreciable, como una entidad metafísica propia para aterrorizar a las criaturas, pero no para impresionar a la gente seria. Es difícil ultrajar más a fondo la majestad divina. Censuro al escéptico desdeñoso que se encastilla en el precipicio de la duda.

2. *Su actitud es indigna de la naturaleza humana.* El que, por lo menos una vez en la vida, no haya temblado en presencia de lo inevitable e incomprensible desconocido; el que jamás quiso mirar con seriedad el cristianismo, ese coloso sorprendente que llena y domina la historia, ese no es un hombre, pues, aun sabiéndolo todo, no sabe lo que es, dónde viene, ni adónde va. Censuro al escéptico desdeñoso que se encastilla en el prejuicio de la duda.

3. *Su actitud es funesta al bien social.* Los impíos declarados no engañan a nadie; pero aquellos a los cuales condenaba Atenas a la incapacidad civil, los neutros, los escépticos... ¿cómo decir el mal que dejan hacer y el mal que hacen? Al mantenerse a igual distancia de la verdad, que no tienen el valor de confesar, y del error, que no tienen el valor de repudiar... al callarse, al abstenerse, ni son amigos ni enemigos. Y durante este tiempo, crece el mal, se debilita el bien, rueda la sociedad al abismo, en el que toda ruina es irreparable al poder mismo de Dios. He ahí, señores, he ahí el reproche que debemos dirigir a muchos hombres en nuestra sociedad contemporánea.

Por todas partes se habla un poco, en la hora presente, de la tuberculosis, de sus estragos, de sus remedios. Es, en efecto, una enfermedad terrible; es cierta

...dida de fuerza vital señalada por la invasión y mul...plicación de un microbio especial, determinado y co...cido. A pesar de ello, es más terrible y nocivo el ...crobio del esceptismo, que empobrece, no los cuer... sino las almas, que debilita, no los miembros, si... las convicciones, que atrofia, no la sangre, si... los naturales. Reaccionemos, señores, contra el es...ptismo, y a tantos hombres como dicen: ¿Qué sé yo?, ...pondamos con esta palabra precisa, con este cánti... vibrante: Creo, *Credo.*

Así sea.

CONFERENCIA DUODECIMA

Yo soy librepensador

SEÑORES:

Hay gentes que se desembarazan de la cuestión religiosa con una frase, con una simple frase: "Yo soy librepensador." Cuando han dicho esto, parece que lo han dicho todo. Vamos a romper esta fórmula y ver lo que encierra en sus entrañas: un absurdo, una ilusión, una tiranía.

I. Yo soy librepensador. Esta fórmula expresa un absurdo.

En efecto, la libertad absoluta del pensamiento es indispensable. No somos libres de pensar a nuestra guisa sobre cualquier punto. No somos nosotros los que creamos la verdad, y la modificamos según nuestro capricho. La verdad es la que nos conduce y nos obliga.

1.º En *matemáticas,* no somos libres de aceptar como falso lo que bien nos parece; por ejemplo, que 2

y 2 son 5. *En geometría,* no somos libres de aceptar como verdadero o como falso lo que bien nos parece; por ejemplo, que la distancia más corta entre dos puntos es la línea curva. *En historia* y en *geografía,* no somos libres de aceptar como verdadero o como falso lo que bien nos parece; por ejemplo, que nunca existieron en la tierra hombres que se llamaron Alejandro, César, Napoleón, y que París no existe. Si no queremos caer en el absurdo, estamos obligados a respetar, *en poesía,* el molde armonioso, pero estrecho, que eleva el pensamiento comprimiéndolo,... a aplicar, *en pintura,* las leyes de la perspectiva;... a obedecer, *en arquitectura,* las leyes de la estética;... a reducirnos, *en música,* a reglas precisas, a principios inviolables, que el genio mismo no tiene derecho a derogar. Imaginaos una orquesta en que cada uno, a pretexto de libertad, quisiera retardar o acelerar a su antojo el movimiento, o solamente modificar los matices; al instante mismo quedaría aniquilada toda armonía, se borraría toda melodía, y, en vez de un himno sublime, no quedaría más que un ridículo e insoportable ruido. En las letras, las ciencias y las artes, la libertad absoluta del pensamiento es un absurdo.

2.º Lo mismo ocurre en *filosofía.* Si quedáramos en libertad de atropellar las leyes severas del raciocinio, el espíritu humano se perdería en el vacío. *En moral,* si fuésemos libres de pensar que no existe el bien ni el mal, y que el bien y el mal se sustituyen, el mundo retrocedería al caos. En *sociología,* si fuésemos libres de pensar que el poder es una usurpación y la obediencia una servidumbre, que todo el mundo es dueño, por cuanto no habría dueño, al punto nos sumergiríamos en plena anarquía. En filosofía, en moral, en so-

ciología, la libertad absoluta del pensamiento es un absurdo y un peligro público.

3.º Ahora bien, señores, la *verdad religiosa* es tan absoluta y necesaria como la verdad literaria, científica y artística, como la moral filosófica, moral y social. No tenemos el derecho de ser librepensadores en las otras esferas de la inteligencia. En materia religiosa como en materia profana, la libertad consiste en el libre asentimiento a la verdad, no en rechazar toda ley ni en el régimen absoluto del capricho. El que dice: "Soy libre de tener o de no tener religión; soy libre de elegir tal religión porque me place; soy libre de pensar lo que quiera en materia de religión", éste pronuncia un absurdo y una impiedad. ¿Es bien sincero? Me permito dudarlo.

II. Yo soy librepensador. Esta fórmula oculta una ilusión, cuando no una mentira.

Los que se llaman librepensadores quieren decir tres cosas: 1.º que no creen en nada; 2.º que son libres; 3.º que son pensadores. Vamos a verlo.

1.º *Dicen que no creen en nada.* ¿Es esto verdad? *Si lo fuera,* los compadecería. Un aldeano del mediodía, desolado por la muerte de su asno, bueno y leal servidor, enterrólo con lágrimas. Como pasara por allí cierto incrédulo, le dijo: "¿Cómo, buen hombre, tú tan religioso, haces enterrar tu asno sin pasar por la iglesia, sin hacer tocar las campanas?"—"¡Pero, señor, si no creía en nada!" Tanto peor para el que no cree en nada, y tanto peor para los que frecuentan su trato, porque un proverbio japonés dice: "No creas

nada del hombre que no cree en nada." ¡Pretender no creer en nada!

Esto no es tan verdad como ellos dicen. Napoleón exclamaba en Santa Elena: "Hay dos cosas a los cuales no puedo habituarme en esta isla maldita: ni una campana y pan florecido." ¡Cuántos hombres hay que se hacen librepensadores en la plaza pública, pero que secretamente desautorizan su impiedad de encargo, y miran del costado del campanario, del costado del cielo, del costado de Dios! ¡Cuántos hombres cuya conducta librepensadora es más externa que real, van a arrodillarse al lado de su mujer cuando el dolor los aniquila, por ejemplo, cuando ven a su hijo enfermo, en estado desesperado! ¡Cuántos hombres cesan de hacer el fanfarrón y el orgulloso a la hora de la muerte, y se inclinan ante Dios por tanto tiempo olvidado! Cierto descreído que visitaba uno de sus amigos, enfermo y descreído como él, exhortábale a confesarse. "¿Te chanceas?—murmuró el enfermo—¿Por ventura no hemos dicho muchas veces los dos juntos que todas esas prácticas no son más que majaderías"—"Sí, amigo mío; lo hemos dicho muchas veces, pero no lo hemos demostrado. Confiésate." Y lo hizo. Los librepensadores dicen que no creen en nada. Esto dista mucho de ser siempre verdad. Por otra parte, si se declaran independientes de la religión, yo os garantizo que se ligan con cadenas por otro concepto mucho más pesadas.

2.º *Dicen que son libres.* ¿Es esto verdad? Son esclavos de su educación, que fué deficiente. Son esclavos de sus pasiones, jamás satisfechas. Son esclavos de su partido y de sus odios políticos. Son esclavos del medio en que viven, el cual pesa sobre ellos hasta el punto de arrebatarles toda espontaneidad. Son esclavos de

una sociedad secreta, a la que han dado su nombre y vendido su libertad. Son esclavos de la más cobarde, de la más cruel de las opresiones, del respeto humano, del miedo, que encadena su pensamiento, su palabra, su vida, y los hace hablar y obrar de modo distinto al que piensan.

Sí, ese hombre que se llama librepensador, es un esclavo. Ese libro en el cual halla, bajo las apariencias engañosas de la ciencia, un materialismo siempre afirmado, pero jamás demostrado, es su maestro. Ese periódico que no sabe más que insultar todas las cosas santas, es su maestro. Ese retórico que le suministra tantos errores tan fácilmente aceptados, es su maestro. Ese camarada, ese vecino, que le impone ideas malsanas, opiniones perversas, sin que se atreva a rebelarse o a contradecirle, es su maestro. ¡Cuántos prejuicios obstruyen ese espíritu que se dice libre! ¡Cuántos fantasmas le hacen temblar! ¡Cuántos ídolos adora! Da verdadera lástima verle reducido a semejante servidumbre. Justo castigo de la insolente pretensión de prescindir del verdadero señor, que es Dios y su santa Iglesia. Los librepensadores dicen que son libres. ¡Qué grosera ilusión! No conozco esclavitud que pueda compararse con la suya.

3.° *Dicen que son pensadores.* ¿Es esto verdad? *Nosotros los católicos somos los verdaderos pensadores*: 1.° porque nos contamos entre los más potentes pensadores, entre los más elevados genios de toda especie desde hace diecinueve siglos; 2.° porque si muchas de nuestras verdades están por encima de la razón, no hay ninguna que le sea contraria, y todas la fortalecen y la perfeccionan. En 1849, cuando Thiers defendía en la Cámara la causa de la libertad de ense-

ñanza, alguien le dijo: "Pero la Iglesia es enemiga de la libertad de pensar, primer dogma de la sociedad moderna." A lo cual respondió Thiers: "Yo me vanaglorío de pertenecer a la sociedad moderna; he estudiado mucho lo que se llama libertad de pensar, y he visto que la religión no impide pensar más que a los que no están hechos para pensar."

Los librepensadores se imaginan que lo saben todo, porque no creen en nada. Se engañan. En realidad, no son ni libres, ni pensadores. "He visto de cerca a esos fanfarrones—decía Lamoriciére.—He frecuentado su trato. Se llaman libres y llevan cabestro. No saben nada de nada, ni siquiera que desatinan. Dicen: Tengo mis principios, tengo mis convicciones, y no tienen más que afectación, y con mucha frecuencia groseros apetitos."

Puesto que os hablo del librepensamiento, no os extrañéis, señores, de que os hable libremente. En general, son librepensadores para libertar, no su espíritu, sino su conciencia, para adorar, no la razón, sino la diosa razón, para sacudir el yugo de toda moral desembarazándose de toda religión. Son, de ordinario, librepensadores, para ser libreintrigantes y libredisolutos. He ahí lo que se oculta bajo la triple máscara de una incredulidad llena de afectación, de una libertad adulteterada, de un pensamiento tan estrecho como presuntuoso. Pocas palabras más.

III. Soy librepensador. Esta fórmula anuncia una tiranía.

¡Cosa curiosa! Los mismos hombres que dicen "Soy libre para no creer", dicen con más ardor todavía; "No quiero que los demás tengan libertad para

creer." Reivindican la libertad para ellos, y la suprimen en los demás.

"Hay que suprimir todo lo que nos molesta." Es la cínica y brutal expresión del viejo Madier de Montjau, es el secreto pensamiento y el programa de casi todos los librepensadores; en nombre de la libertad, ahogar todas las libertades.

Soy librepensador. Luego no quiero que esa *procesión* católica tenga libertad para salir por las calles; no quiero que esos *religiosos* vestidos de blanco, de negro, de gris, tengan libertad de asociarse para orar o enseñar;... no quiero que esos *empleados* tengan libertad para saludar y visitar a su párroco, para ir a misa, para comulgar. Si son católicos, pierden su empleo y su pan... No quiero que esos *padres de familia* puedan dar a sus hijos la educación que les conviene. Yo, Jaurés, reivindico el derecho de educar a mis hijos como me dé la gana, y niego este derecho a millares de padres de familia. Soy librepensador... luego todos los que *no piensen como yo* sean despojados de todas las libertades, de la libertad de asociación, de la libertad de enseñanza, de la libertad elemental de tener una religión y de profesarla. Los librepensadores son gente que quieren que sea permitido a todos pensar libremente, a condición de que piensen como ellos. Son farsantes, y farsantes siniestros. Hay que desenmascararlos. Esto es lo que acabo de hacer. Soy librepensador. Esta fórmula expresa un absurdo, oculta una ilusión, anuncia una tiranía.

Por otra parte, conviene no asustarse demasiado de las audacias del librepensamiento y de los asaltos que da a la libertad religiosa. ¿Cuánto durará esta guerra? Lo ignoro. ¿Cuál será su resultado? Lo sé perfectamente. Los sectarios imbéciles y furiosos que ata-

can hoy a nuestra religión, han creído aniquilarnos. Hay abierta una fosa, han cavado un abismo. En él caerán con nosotros, y solamente ellos no saldrán. Ya hará mucho tiempo que estarán podridos en su ataúd, y la Iglesia vivirá aún...... respetada de todo lo que es honesto... bienhechora para sus amigos y para sus enemigos, inmortal porque es divina.

Así sea.

CONFERENCIA DECIMOTERCIA

Yo no pienso así

SEÑORES:

No es raro ver también personas honradas mantenerse distantes de la religión y refugiarse en esta máxima como en un retiro inaccesible e impenetrable: "Yo no pienso así." He ahí también una frase que ha hecho fortuna. Vamos a estudiarla, a estrecharla de cerca, a pedirle cuentas.

I. Yo no pienso así. ¿Qué quiere decir esto?

¿Quiere decir esto que se ha estudiado a fondo la cuestión religiosa, que se ha compulsado la Biblia, el Evangelio, los Padres de la Iglesia, los concilios, los teólogos? No ciertamente. ¿Quiere esto decir que se ha interrogado a los hombres competentes, a los sacerdotes, que son los maestros de la ciencia religiosa, como se interroga a los abogados sobre el derecho, a los médicos sobre la medicina, a los oficiales sobre el arte militar? En manera alguna. ¿Quiere esto decir tan sólo que se

han formado una opinión personal y razonada sobre la religión hojeando las páginas del catecismo, del que Julio Simón pudo decir que "hacer la guerra al catecismo, es hacer la guerra a la civilización, por cuanto la doctrina contenida en el catecismo es la única que ha civilizado al mundo?" De ningún modo. En general, los que dicen, mirando insolentemente a la religión: "Yo no pienso así," han olvidado aun las nociones más elementales del catecismo.

Mas lo que llaman su pensamiento no es otra cosa que una idea que les ha sido impuesta desde fuera por una conversación, por un libro, por un periódico. Un viejo descreído, que hacía treinta años que leía el mismo periódico escéptico y anticlerical, decía a un sacerdote que intentaba en vano convertirlo: "¡Es curioso! Mi periódico piensa exactamente como yo." Era él, el desdichado, el que había acabado por pensar como su periódico. He ahí ese hombre, que abre con mano febril la hoja adulterada y dudosa, que lleva por la mañana su ciencia de la jornada; observadlo. Afirma y niega... con su periódico. Juzga, critica, se mofa... con su periódico. Absorbe continuamente la pócima funesta que le administra, desde la mesa de redacción, un escritor siempre sin autoridad, con frecuencia sin valor, ora desvergonzadamente perverso, ora hipócritamente moderado. Yo no pienso así. Casi siempre quiere esto decir que uno es esclavo de Pedro, de Jaime, de un vecino, de un periodista, del primer sofista que se presente. Dime de lo que blasonas, y te diré de lo que careces. Dime lo que lees, y te diré lo que piensas.

II. Yo no pienso así. ¡Cuidado!

Se puede ir lejos, muy lejos con este principio. Se

puede descender bajo, muy bajo. Se va directamente y muy deprisa al desorden, a la anarquía en el mundo de las inteligencias, en el mundo moral y social.

Dios existe. Hay un dueño allá arriba que nos juzgará, que castigará el mal y recompensará la virtud. Yo no pienso así, dice el ateo; Dios no existe. Cuando uno muere, todo muere. Bien loco sería si me fastidiara durante los cortos años que he de pasar en la tierra.

Hay que obedecer a la conciencia. Yo no pienso así, dice el librepensador. La conciencia, ¡qué estupidez! En el fondo, es bueno lo que me agrada, y es malo lo que me daña. Los pérfidos la pagan, pero también las personas honradas. Lo mismo da. No perdamos el tiempo en obedecer a la conciencia.

Hay que hablar, obrar, votar, como se piensa. Yo no pienso así, dice lord Palmerston. "Los discursos de mis adversarios han podido alguna vez modificar mi opinión, pero jamás cambiaron mi voto." Yo no pienso así, dicen muchos hombres políticos; nuestro pensamiento consiste en votar, no según nuestra conciencia, sino con nuestro partido.

Hay que respetar el pudor. "No—dice Chaumette, inventor del culto de la Razón, en 1792;—yo no pienso así." Y hace instalar una actriz de la Opera en el altar de Nuestra Señora, en lugar del tabernáculo. Con un viejo incensario, inciensa a la nueva divinidad, mientras que todos los asistentes doblan la rodilla.

Hay que respetar el bien ajeno. No, dice Proudhón, yo no pienso así, porque "la propiedad es un robo." No, responden la colectivistas, no pensamos así. El bien ajeno es el bien de todo el mundo. No hay dinero en mi bolsillo, pero lo hay en el de mi vecino. Partámoslo.

Hay que respetar la vida del prójimo. No, dice Calígula, yo no pienso así. "Quisiera que el pueblo romano tuviera una sola cabeza, para cortarla de un solo tajo."

No, responde el caníbal al misionero, yo no pienso así, porque nada es mejor alimento que la carne humana.

Hay que respetar el derecho. No, dice Bismark, yo no pienso así, y desde lo alto de la tribuna arroja al mundo asombrado estas palabras espantosas: "La fuerza es superior al derecho."

¡Cuidado! Con estas sencillas palabras: "Yo no pienso así," puede trastornarse al mundo, al mundo intelectual, al mundo moral, al mundo social.

III. Yo no pienso así. ¿Por qué no pensáis así?

1.º *Una idea es verdadera o falsa, buena o mala en sí misma,* y no a causa de nosotros. El valor de una idea no depende de nuestro capricho. Cierto personaje, en una disputa en la que no llevaba la mejor parte, como quisiese recordar a la persona con quien disputaba la distancia que el nacimiento y la categoría social ponían entre ellos, tuvo que escuchar estas palabras: "Señor, en este momento soy superior a vos, porque tengo razón, y vos no la tenéis." Una idea vale lo que vale de por sí, no lo que queremos que valga.

Al decir: Yo no pienso así, parece que se dice: Soy libre de tener o no tener religión, y como no quiero tenerla, no la tengo. Dispensad. No tenemos libertad para ordenar así las cosas.

2.º *Es la idea de Dios,* que tomamos de la religión, y de tal religión. Es nuestro dueño. Si es nuestro dueño, debemos obedecerle, es decir, debemos vivir, seguir su idea. Y como es la idea de Dios que todo el mundo crea en su palabra y observe sus mandamientos, todo el mundo está obligado a creer en su palabra y observar sus

mandamientos. Sin duda que Dios no envía policías para que nos cojan por el cuello y nos lleven a la iglesia No quiere que le sirvamos por fuerza. Nos trata como personas honradas, que no tienen necesidad de guardias para pagar sus deudas; motivo de más para obedecerle. Decís: No quiero tener religión. Pero

3.º *Es la idea del género humano.* ¿Es que ésto no debe hacernos reflexionar? Ved al género humano en sus cumbres. Se nos aparece vuelto y dirigido a Dios. Los grandes monumentos son *monumentos religiosos,* templos que en nuestros campos, en nuestras ciudades, por todas partes atestiguan la profundidad y superioridad de la necesidad de Dios. Los *grandes hombres,* los más inteligentes, los mejores vivieron y murieron bajo la irradiación de la idea divina. Los *grandes pueblos* dan a la religión un puesto importante en su vida nacional. En las *grandes circunstancias* y en los grandes peligros, los más feroces se moderan y los más apáticos se despiertan para tributar a Dios un homenaje tanto más significativo cunto fué más tardío. En 1843, Thiers, testigo de la comunión general de hombres en Nuestra Señora, exclamó: "Es hora de dejar caer la mano de Voltaire sobre esa gente." Pero veinte años después, adoctrinado por los acontecimientos, defendía el poder temporal del papa y escribía: "Sin el catolicismo, el mundo volvería al caos." El presidente Carnot, durante su vida oficial, jamás osó pronunciar el nombre de Dios. Pero herido en Lión por el asesino Caserio, y agonizante en la prefectura, tendió su mano desfallecida al Arzobispo que acudía a visitarle, y le dijo con voz apagada: "Monseñor, dadme vuestra bendición."—"Os traigo más que esto—exclamó el Arzobispo;—voy a daros el perdón de Dios." Y Carnot murió arrepentido y absuelto.

Yo no pienso así. ¿Por qué no pensáis así, si esa es la idea verdadera, si es la idea de Dios, si es la idea del género humano sensato y honesto? Mirad, a pesar de todo, os dejo pronunciar esa frase vulgar y os cojo por la palabra.

IV. Yo no pienso así. Entonces sed lógico.

Sed consecuente, y por cuanto vuestra idea consiste en no tener religión, permitid que los cristianos tengan una idea contraria, permitidles creer en el Evangelio, practicar el cristianismo y aun propagarlo.

Decís: Yo no pienso así; y de conformidad con esto, os abstenéis noble y arrogantemente de todo acto religioso, o bien os habéis fabricado para vosotros mismos un dogma, una moral y un culto adaptados a vuestras opiniones y a vuestros gustos. Queréis que se respeten vuestras ideas, y que se use de tolerancia con vosotros. Por favor, conceded a los católicos la libertad que reclamáis para vosotros, dejadlos vivir como católicos. Más todavía.

Decís: Pienso así, y al punto os dedicáis a hacer prosélitos. Procuráis formar escuelas comunicando vuestras ideas particulares. Os pido que no rehuséis a los católicos una libertad de apostolado, con la cual beneficiáis vuestras doctrinas. Vosotros difundís el librepensamiento; dejad que los católicos difundan el catolicismo. Tal es la lógica de la justicia elemental.

Pero no. Generalmente, *no se procede así.* Los más encarnizados en reivindicar la libertad para sí mismos, son los que más se esfuerzan en privar de ella a los demás. Así lo vemos perseguir con sus sarcasmos a los católicos pacíficos... que felizmente, de cuando en cuando, salen de su placidez para flagelar con una frase a estú-

pidos agresores: testigo *Brucker,* a quien un incrédulo decía que tendría miedo de embrutecerse haciéndose cristiano: "Vaya, amigo mío, lo peor ya está hecho;" testigo el Hermano *Magalón,* antiguo oficial de ingenieros, quien, insultado por una banda de granujas, que le perseguían gritando: "Al jesuita", les dijo volviéndose: "No soy jesuíta. Soy Hermano de San Juan de Dios. Cuido a locos. Estoy a vuestro servicio."

Señores, ¡cuántos hombres, durante el siglo que acaba de expirar, dijeron en presencia del catolicismo: Yo no pienso así, queriendo sustituir sus menguadas ideas a la idea genial del cristianismo! Murieron, y sus ideas murieron con ellos... Murió el deísmo, único que parecía digno de la razón moderna; murió el panteísmo, que repugna al sentido recto de Occidente; murió el positivismo, que pretendía encerrar al hombre en la única realidad sensible, y cerrarle por siempre jamás toda salida a lo ideal y a lo absoluto. Murieron todos estos sistemas, cuya popularidad retumbante no fué igualada más que por la nada en la cual han ido a sepultarse. Permanezcamos fieles, señores, a la idea cristiana. Es la única verdadera, la única buena, la única imperecedera.

Así sea.

CONFERENCIA DECIMOCUARTA

Todas las religiones son buenas

SEÑORES:

Voy a tocar hoy una objeción corriente, que no parece perjudicial, pero que merece los anatemas de la razón y de la fe. Se dice: "Todas las religiones son buenas." Vamos a estudiar esa frase, inofensiva en apariencia, y a descubrir en ella una estupidez, una iniquidad, un expediente y una confesión.

I. Todas las religiones son buenas. Esto es una estupidez.

Porque es afirmar que el sí y el no, el pero y el contra son igualmente buenos, igualmente verdaderos. Dos historiadores que escriben el uno que Napoleón I murió en 1821, y el otro que murió en 1823, no pueden tener razón los dos, ya que Napoleón no pudo morir en dos fechas diferentes. Del propio modo a esta pregunta: "Jesucristo es Dios?"—"Sí," contesta el católico,—

"Quizás," responde un protestante avanzado,—"No," dice un judío,—"Es un profeta como Mahoma", añade un turco. Todos no pueden tener razón.

Veamos. Todo hombre ¿podría en conciencia adorar a Buda con los indos, a Serapis con los egipcios, a Moloch con los cartagineses, a Teutates con los galos, a Júpiter con los griegos y los romanos?... ¿Podría todo hombre en conciencia creer en Dios, o negar su existencia, creer en la divinidad de Jesucristo, o rechazarla, creer en el divino origen de la Iglesia, o burlarse de él? Pero esta sería la más palpable de las contradicciones y la más grosera de las enormidades... El simple buen sentido nos dice que no podemos admitir la identidad de lo verdadero y de lo falso, que no podemos poner sobre el mismo pedestal y saludar con el mismo homenaje al catolicismo con sus glorias inmaculadas, al protestantismo con sus jefes licenciosos, al mahometismo con sus harenes y su fatalismo embrutecedor, al budismo con sus vergonzosas supersticiones.

Quizás se alegue que entre tantas religiones, es difícil reconocer la verdadera. ¿Qué quiere decir esto? Si para librarme de una deuda, os presentara una pieza de 5 pesetas de plomo, sin valor alguno, o una pieza de 5 pesetas desmonetizada, que únicamente vale 3'75 pesetas, y os dijera: "Todas las monedas son buenas", os parecería una burla de mal género, y me diríais con razón: "De que haya moneda falsa, no se sigue que no la haya buena." Señores, sería una locura decir: "Todas las monedas son buenas." Pues también es insensato decir: "Todas las religiones son buenas." Si se dice por ignorancia o ligereza, es una simple estúpidez. Si se dice por indiferencia o menosprecio, es un estúpidez remachada de impiedad.

II. Todas las religiones son buenas. Esto es una impiedad.

Dios es dueño. Luego no es permitido decir que todas las religiones son buenas. No hay ni puede haber otra religión buena que la que Dios instituyó, es decir, los dogmas que reveló, y que debemos creer, la ley que promulgó y con la cual debemos conformarnos, el culto que estableció, y que para nosotros es obligatorio. Fuera de esto, ¿qué queda? Religiones de fantasía que Dios reprueba y que la conciencia no tiene el derecho de aceptar.

Dios es justo y sabio. Luego no es permitido decir que todas las religiones son buenas. Se preguntó a Pope cómo se había procurado tantos amigos y contestó: "Por medio de estos dos axiomas: Todo es posible. Todo el mundo tiene razón." Esto es irritante. No puede aprobarse todo. Ahora bien, si todas las religiones fuesen buenas, Dios aprobaría al mismo tiempo verdades y errores. Acogería con la misma sonrisa benévola al calvinista, que se mofa de la presencia de Jesucristo en la Eucaristía, y al católico, que adora este sacramento, al paganismo, que autoriza la poligamia y el divorcio, y celebra misterios infames, y al cristianismo, que exalta la virginidad y prescribe la unidad e indisolubilidad del matrimonio. Dios diría al cristiano, al judío, al indo pagano, al mahometano: "Està bien, todos tenéis razón." Semejante Dios no sería ni justo, ni sabio, ni santo; no sería Dios.

Dios es bueno. Luego no es permitido decir que todas las religiones son buenas. Dios, que es la bondad misma, no pudo hacer que la verdadera religión fuera inaccesible al hombre y no pudiera encontrarla. Debió dar a la verdadera religión, a la religión católica, pruebas in-

numerables, y pruebas esplendentes, populares, innegables. Y esto es lo que hizo.

¿Quién puede saber si la religión católica es la verdadera religión?, dicen algunos. ¿Quién? Todos pueden saberlo. Basta mirar el catolicismo. Es como San Pedro de Roma. La longitud de San Pedro, comprendidos los muros, es de 220 metros; la anchura 150; la altura de la basílica desde el pavimento hasta el extremo de la cruz, es de 140 metros. Las torres de Nuestra Señora de París, si se transportaran a San Pedro, no se elevarían ni siquiera a la altura en que empieza la curva de la cúpula. Tal es el catolicismo comparado con las otras religiones; las supera a todas; las eclipsa. Ostenta por modo manifiesto su carácter divino. Decir que todas las religiones son buenas, es una blasfemia, es una impiedad que ultraja la soberanía, la sabiduría, la bondad de Dios.

III. Todas las religiones son buenas. Esto es un expediente.

Es un expediete para desembarazarse de toda religión, y de la religión cristiana en particular.

1.º *Para desembarazarse de toda religión.* Si hubiera sinceridad al declarar que todas las religiones son buenas, deberían respetarse todas y por lo menos practicar una. Pero no se hace esto. Se declara que todas las religiones son buenas, es decir, facultativas; luego ninguna obligatoria. Y se abstienen de toda religión. Se declara que es indiferente entrar en la catedral, o en el templo, o en la sinagoga, o en la mezquita, o en la pagoda. Y se quedan en la puerta. Se declara que se tiene la religión en el corazón, que se piensa en Dios, que se le ama mirando la tierra y su verdura, el cielo y sus nubes,

el mar y sus olas, pero que no hay necesidad, para llegar a Dios, pasar por el culto y por el sacerdote. Y se mantienen a distancia de toda religión positiva y cultural.

En realidad, se vive sin religión. Pues bien, manifestaré aquí todo mi pensamiento. Al hombre que vive sin religión, prefiero el hombre que profesa una religión falsa; prefiero el indo que adora a Buda, el persa que adora a Mitra, el pagano que adora a Júpiter, el egipcio que rinde culto a un cocodrilo, el negro africano que rinde culto a un tigre y al elefante blanco. Al hombre que vive sin religión, prefiero el mulsumán, que hace la peregrinación a la Meca, y el chino, que sigue los ritos de Confucio. Al hombre que vive sin religión prefiero el pobre salvaje que se prosterna ante un tronco de árbol. Todos estos descarriados se engañan, son absurdos, pero, por lo menos, no son impíos, y son hombres. Tienen alguna luz, dogmas falsos, pero dogmas, una moral mezclada de vicios, pero una moral, un culto abominable, pero un culto. El hombre que declara que todas las religiones son buenas y no profesa alguna, se pone fuera del género humano. Su orgullo es peor que la idolatría. Me escándaliza más no orando que orando mal y preferiría verle adorar dioses falsos, que verle adorarse a sí mismo. Todas las religiones son buenas; es un expediente para desembarazarse de toda religión.

2.º *Y de la religión cristiana en particular.* Si hubiera sinceridad al declarar que todas las religiones son buenas, debería respetarse al cristianismo, que es una religión por lo menos tan respetable como las otras. Pero no es así. A pretexto de amnistiar todos los cultos, se trata de proscribir el culto cristiano. ¿Todas las religiones son buenas? Sí, todas, excepto el catolicismo.

Con las otras religiones, fácilmente se acomodaría uno. Pero al catolicismo... se le declara, con Voltaire, infame... y con gusto se ahogaría en el fango y se le entregaría al desprecio y a la execración pública. Señores, este odio singular reservado a la religión católica, es un homenaje involuntario tributado a su divinidad.

IV. Todas las religiones son buenas. Esto es una confesión.

Que únicamente el catolicismo es perseguido con encarnecimiento, nadie puede negarlo; salta a la vista.. Nadie molesta al judaísmo ni al protestantismo, y aun se los colma de elogios y de mimos. Se considera legítimo, y aun perfecto, que un funcionario júdío o protestante vaya a la sinagoga o a la capilla, pero si un subprefecto bautizado fuera a la misa de su paroquia cada domingo, se consideraría como intolerable, y, en nombre de la libertad, debería cesar semejante escándalo. Cierto día quiso hacer un buen católico la experiencia pública de semejante intolerancia con respecto a la religión. Hallábase sentado a la mesa de una fonda, y dijo en voz alta al mozo: "¿Hay cerdo en esta empanada?"—"Sí, señor, cerdo y ternera"—"Entonces, sustitúyamela por una costilla de carnero. Soy judío y mi religión me prohibe comer cerdo." Todo el mundo lo escuchó con respeto y nadie se puso a reir. Terminada la comida, el buen católico se levantó y dijo con voz fuerte y acentuada: "Señores, yo no soy judío, sino católico práctico. Confesad que, si hubiese sido viernes, y yo hubiese pedido una comida de vigilia, muchos se hubieran puesto a cuchichear y a reir, hubieran calificado de ridículos mis deseos, y se hubieran burlado de mí. Se puede ser judío, pero no católico. Todas las religiones son respetadas menos la mía. Esto es puro idiotismo. Buenas noches, señores."

Hay en ello una prueba de la divinidad del catolicismo. Un proverbio árabe dice que solamente se apedrean los árboles frutales. Esto es precisamente lo que ocurre con el catolicismo. Las otras religiones son toleradas, nadie se preocupa de ellas, se las desdeña. Pero el catolicismo es una excepción, es una religión aparte, única. Se la excluye porque se le tiene miedo, porque es el bien, porque es la verdad, porque es la única racional. Se la apedrea porque es el árbol que Dios plantó y produce frutos de vida.

No, todas las religiones no son buenas. Unicamente la religión cristiana es buena, buena para vivir, buena para morir. *Un obrero* librepensador, herido gravemente en un accidente, pidió un sacerdote. "¿Cómo?—le preguntó el sacerdote—¿Tú eres quién me llama?"—"Sí, yo soy. Ya verá V.; la impiedad, si no es ni siquiera buena para vivir, es, en cambio, excelente para llamar al diablo en la hora de la muerte." En 1869, M. *Troplong,* presidente del Senado y primer presidente del Tribunal Supremo, decía en su última enfermedad: "Después de haber leído mucho, estudiado mucho y vivido mucho, cuando se acerca la hora de la muerte, se reconoce que la única cosa verdadera y buena es la religión católica."

Así sea.

CONFERENCIA DECIMOQUINTA (1)

¿De qué sirve la religión?

Hermanos míos, tengo por costumbre felicitaros en esta fiesta de Navidad. El año presente terminará dentro de poco, y dentro de poco comenzará el nuevo año. ¿Qué será este nuevo año? Será lo que Dios quiera y lo que queramos también nosotros. Permitidme, pues, que abra ante vuestros ojos el horizonte de lo por venir y proyectar en él los sueños de mi afecto sacerdotal con relación a vosotros. Dos cosas os deseo, cuya realización depende de Dios y de vosotros. Dirijo a Dios una oración: *Sed felices*, y a vosotros una exhortación: *Por medio de la religión.*

I. Sed felices.

Os deseo *la felicidad del cuerpo,* es decir, primeramente, el *pan cotidiano,* la suma de bienestar que os es necesaria para alimentar vuestra vida, para practicar

(1) Esta conferencia fué pronunciada el día de Pascua, en la misa mayor, ante toda la parroquia.

la virtud, para formar a vuestros hijos, el trabajo seguro y renumerador, el espíritu de orden y de economía, la sencillez que sabe contentarse con poco, y la emulación generosa que mejora las condiciones modestas. Os deseo la felicidad del tiempo, es decir, con el pan cotidiano, la *amistad de Dios*. ¿De qué os servirá tener riquezas, honores, placeres, la ciencia, la salud misma, si no tuvierais la amistad de Dios que colma toda la avidez del corazón, que sobrevive a la destrucción de la muerte, y que nadie puede arrebatarnos? ¿De qué os serviría tener salud, si estuvieran enfermas vuestras almas? Os deseo, pues, la felicidad del tiempo, es decir, con el pan cotidiano y la amistad de Dios, la paz y el *honor del hogar,* numerosos hijos, hijos bien educados, quiero decir, seria y cristianamente educados. No es necesario que vuestros hijos sean ricos, condecorados, embajadores o ministros. No os lo deseo; pero sí es necesario que sean instruídos, laboriosos, honrados, cristianos. Y os lo deseo con todo mi corazón de pastor y de padre. Os deseo la felicidad del cuerpo.

Os deseo también la *felicidad eterna,* el paraíso al término de vuestros días. Si queremos ser formales, hermanos míos, es preciso ver, detrás de esta vida que pasa, la otra vida que nos espera y que no pasa. La vida presente es poca cosa... sólo los moralistas y los filósofos lo comprenden bien. ¿Cuántas veces los pastores y los labradores en sus campos, cuántas veces, en los talleres, los obreros encorvados por el trabajo, no se dirigen mutuamente estas palabras profundamente misteriosas: "¡Ah, la vida, la vida! ¿Qué es la vida? ¿qué hemos venido a hacer aquí?" Pues bien, sí; la juventud con sus esperanzas y sus ilusiones generosas, la edad madura con sus ambiciones ardientes y sus amargas

decepciones, la vejez con su triste austeridad... ¿a dónde va a parar todo esto? ¿cuál es el término de esta expedición? ¿cuál la conclusión de esta tragedia? No puede ser la nada, por cuanto no todo acaba en este mundo, por cuanto nuestro ser aspira a una supervivencia inmortal, por cuanto las irritantes injusticias de la tierra exigen un mañana compensador, por cuanto, como dice Víctor Hugo, si no hubiera otra vida, Dios no sería un ser honrado. La vida presente es, pues, el preludio de una vida eterna. Os deseo, con la felicidad del cuerpo, la felicidad eterna. Os deseo un buen año, excelente salud, y el paraíso al fin de vuestros días. Sed felices.

II. Por medio de la religión.

¿De qué sirve la religión?, preguntan algunos. Sólo ella guarda las promesas de la vida presente y de la vida futura. Ella es la condición de la dicha aquí bajo y allá arriba.

1.° *¿De qué sirve la religión? Nos da el cielo.* Napoleón III, en su viaje a Argelia, hizo una visita a un monasterio de religiosas. Como viese una hermanita muy cándida y franca, Sor Leontina, le dijo: "Veamos, ¿qué puedo hacer para agradaros? ¿Qué deseáis? No todos los días viene aquí un emperador. ¿Tenéis algún pariente por colocar?..."—"Sólo tengo un deseo, y quisiera que Vuestra Majestad me lo satisfaciera"—"¿Cuál es?"—preguntó el emperador intrigado.—"Quisiera—contestó ella jovialmente—que me aseguraseis el cielo." Napoleón III se puso muy serio. "Hija mía—le dijo,—eso supera el poder de un soberano de la tierra. Con vuestras oraciones podéis procurármelo a mí mismo, mejor que yo a vos." A su regreso, algunas semanas

después, volvió el Emperador al convento, y en la conversación con la Superiora, preguntóle de repente: "A propósito, ¿y vuestra Hermanita Sor Leontina?" Estaban cerca de una ventana, y la Superiora, mirando al cielo, contestó al Emperador: "Ya ha volado arriba en busca de la dicha que vos no podíais ofrecerle." Hermanos míos, mostrémonos orgullosos cuanto queramos; seamos millonarios, genios, papa o emperador; nada ni nadie podrá darnos el cielo sino la religión. Y "cosa admirable —dice Montesquieu;—la religión cristiana, que parece no tener otro objeto que la felicidad de la otra vida, constituye también nuestra dicha aquí bajo." No lo dudéis.

2.° *¿De qué sirve la religión? Nos asegura la bendición de Dios.* Con relación a Dios, sólo son posibles tres hipótesis: o está con nosotros, o está contra nosotros, o no se cuida de nosotros y permanece neutral.

En la mañana del día en que se dió la batalla de Sadowa, decía el general austriaco Benedeck: "Yo me encargo de la victoria con tal que Dios se mantenga neutral." En los negocios humanos, en nuestra vida personal, Dios jamás es neutral. No siempre lo vemos intervenir, pero interviene siempre; el propio azar no es más que el incógnito de su Providencia.

Si Dios está contra nosotros, ¡qué amenaza! ¡qué desgracia! Un rey de Aragón decía: "Menos temo un ejército de cien mil musulmanes, que la maldición de una pobre mujer." ¡Imaginaos, pues, lo que puede ser la maldición de Dios! Es más terrible que el rayo, más pesada que una montaña, más temible que la muerte.

Pero si Dios está con nosotros, si Dios nos bendice, si su mano acariciadora nos sostiene, nos realza y nos dirige, seremos suficientemente fuertes para soportar

todos los contratiempos del cuerpo y del alma y afrontar la furia de todas las tempestades.

Ahora bien, cristianos, ¿queremos que Dios nos bendiga? Elevémonos hasta El por la fe y las buenas obras, y arrebatémosle su amor merced al poder de una religión bien comprendida y mejor practicada.

3.º *¿De qué sirve la religión? Nos procura la paz del corazón.*

Nos libra de la duda, de la desesperación, del remordimiento.

Nos ilumina. Nos dice lo que Dios quiere de nosotros en este mundo, y lo que nos espera más allá de los límites de esta tierra. Nos muestra el principio, el término y el camino. Decía el filósofo Cousin algunas semanas antes de su muerte: "Nosotros los filósofos navegamos al acaso, sujetos al descarrío, expuestos al naufragio. Vosotros los católicos contáis con la brújula, con el mapa del país, con las estrellas, con el piloto y con el puerto." La religión nos ilumina.

También nos consuela, nos explica el dolor. "Sólo ella—dice Thiers—da un sentido al dolor." Nos ayuda a soportarlo, lo hace meritorio, lo diviniza, y le ofrece en la otra vida compensaciones superabundantes. La religión nos consuela.

Igualmente nos realza. Cuando caemos, nadie como la religión puede recogernos. Cuando mostramos una mancha en la frente y en el alma, nadie como la religión puede purificarnos. Cuando somos culpables, cuando aparecemos humillados ante Dios y ante nosotros mismos, nadie como la religión puede perdonarnos y reabilitarnos. Cuando somos presa de la duda, de la desesperación, del remordimiento, nadie como la religión puede devolvernos la paz del corazón.

4.º *¿De qué sirve la religión? Establece el reinado de la virtud.*

Sin ella, poco podemos hacer en materia de virtud. Todos los arranques hacia el bien quedan paralizados, y todas las barreras contra el mal son impotentes, quedan extinguidos en el alma los pensamientos relativos a la eternidad. La moral independiente de la religión es un sueño estúpido, orgulloso y criminal. Sin la religión, muere o languidece la virtud.

Con la religión germina y florece la virtud. *Si la obedeciéramos,* ya no habría hombres sin fe ni ley, ni malos padres, ni hijos perversos, ni beodos, ni impúdicos, ni ladrones, ni perezosos. No se verían por todas partes más que esposos fieles, hijos respetuosos, obreros probos y sobrios, ricos bienhechores, pobres resignados, ciudadanos unidos, súbditos obedientes, sin bajeza y libres sin rebeldía. Quedaría resuelta la cuestión social. Esto sería la edad de oro. ¿Queréis una *estadística* más interesante y seria que la que se ha hecho sobre los mil millones imaginarios de las congregaciones religiosas? Es un hecho comprobado que los seis departamentos del Oeste, en los que se conservan mejor las prácticas religiosas, son precisamente aquellos en los cuales hay menos procesos, menos divorcios, menos nacimientos ilegítimos. Cuanto más se honra a la religión, menos criminales hay. ¿*Testigos* de ello? Escuchad tan sólo un académico recientemente convertido, Pablo Bourget, quien acaba de escribir: "Donde el cristianismo tiene vida floreciente, son más honestas las costumbres. Donde languidece, se deprimen. Desmoralizan a Francia arrancándole la fe, se la asesina descristianizándola."

Conclusión.—Así, pues, cuando os deseo, hermanos míos, que seáis felices, y que lo seáis por medio de la

religión, expreso la aspiración que mejor responde a vuestras necesidades. Hoy la llaga es universal, y de todos los rincones de la sociedad, de los campos y de las ciudades, de los talleres, de los almacenes, de los hogares, llega un murmullo que dice: "Las cosas van mal." Y, en efecto, caminamos por entre ruinas: ruinas políticas y sociales, ruinas intelectuales y morales, y aun ruinas materiales. ¿Quién sabe si no ha sido derruído todo para poner más de relieve la divina religión, ese faro resplandeciente olvidado por tantos viajeros orgullosos? ¡Las cosas van mal! Hombres del siglo XX, volved a Dios, a Jesucristo, a la Iglesia; volved al símbolo, al decálogo, al culto público; volved al Evangelio y al catolicismo, y en él hallaréis el secreto de la dicha. Sin duda que la felicidad es un arbusto que no da todos sus frutos sino en la eternidad; aquí bajo sólo podemos obtener algunas flores efímeras. Os deseo estas flores y estos frutos. Id a recogerlos de la mano de nuestro Dios recién nacido, en el establo en que reposa vuestro Salvador. Belén... todo mira allá... la historia del mundo y la salvación de las almas; todo brota de esa fuente inadvertida, las grandes virtudes y los años santos, las puras alegrías que embalsaman la tierra, y las alegrías eternales que llenan el paraíso. Sed felices, y sedlo por medio de la religión. *Et benedictio Dei omnipotentis, Patris et Filii et Spiritus Sancti descendat super vos et maneat semper!*

Así sea.

CONFERENCIA DECIMOSEXTA

¿De qué sirve la religión? *(Continuación)*

SEÑORES:

El río del cual bebemos, que pasa por entre nuestros muelles, que lleva nuestros barcos y lava nuestra ropa, tiene su fuente en las abruptas montañas llenas de nieve, de donde proceden la vida y fecundidad de la tierra. Esto es lo que ocurre con la religión. Es la cumbre sagrada de donde desciende el río de la felicidad. ¿De qué sirve la religión?, dicen algunos. Ya he contestado a esta pregunta. Sirve para asegurar nuestra dicha eterna y aun nuestra felicidad temporal. Pero esta respuesta exige una explicación, por lo que me propongo en el día de hoy mostraros la religión garantizando: 1.º la alegría de vuestros hogares; 2.º la educación de vuestros hijos; 3.º el alma de vuestros hijos.

I. ¿De qué sirve la religión? Salvaguarda la alegría de vuestros hogares.

Cuando descansáis en vuestros hogares, entre esa

compañera suspendida de vuestras miradas por la ternura, y esos niños que acarician vuestros cabellos ya blanqueados por los años, quizás os imagináis que esas íntimas alegrías son obra de vuestro corazón, y que únicamente la naturaleza ha hecho abrirse esta sociedad de piadosos amores. Desengañaos.

La verdadera familia es hija de la verdadera religión. En la guardilla del pobre como en el palacio del rico, lo que constituye el hechizo de la vida, es una *compañera* fiel, que comparta los cuidados y placeres... es una *madre* vigilante... son *hijos* formados a imagen de sus padres, herederos, no solamente de su pequeño patrimonio, sino también de su fe, de su honra y de sus virtudes. He ahí vuestras alegrías, señores. He ahí el arca santa que ninguna mano criminal debe tocar. Ahora bien, ¿no es la religión cristiana la que ha construído esta arca? Jesucristo es quien ha hecho la esposa fundando el hogar sobre la base de la unidad y la indisolubilidad conyugal; Jesucristo es quien consagra nuestra madre por el recuerdo y reflejo de la suya, y quien le asegura en la familia una tierna realeza, compuesta del prestigio mismo de su debilidad y de sus lágrimas; Jesucristo es quien hace del niño un ser conmovedor y sagrado, quien vela por las fuentes mismas de la vida. Sólo el matrimonio comprendido como un lazo religioso, inspira el valor suficiente para aceptar una familia numerosa. Los departamentos que conservan su fe católica, son testigos que lo demuestran por modo esplendente. La religión cristiana ha creado y conserva la familia, y ese descreído que insulta a Jesucristo, le debe el amor sin egoísmo de su madre, la inviolabilidad del corazón de su esposa, las ternuras religiosas de sus hijos, en una palabra, las alegrías y los embelesos más puros de su hogar.

¿Queréis saber *en qué se convertirían vuestros hogares* si la religión cristiana no estuviera en ellos para salvaguardar la seguridad y el honor de ellos? Mirad *el paganismo*. En el paganismo, el padre ejercía el derecho de vida y de muerte sobre esos hijos cuyo recuerdo hace latir vuestro corazón, y esa mujer, que reina en vuestra casa como una soberana, era asimilada a las esclavas. Mirad los *musulmanes,* en los que el harén, es decir, un bazar inmundo con voluptuosidades sin corazón, reemplaza el hogar doméstico, ese santuario del honor, en el que cada cual consagra su dignidad en el sacrificio. Mirad más cerca de vosotros *vuestro siglo descristianizado.* Al atacar la religión, se ha demolido la familia. Se ha decretado la libertad del divorcio, es decir, la sanción legal del adulterio, se ha preconizado el matrimonio puramente civil, es decir, el hogar sin Dios. Y por cuanto el matrimonio, aun el civil, cuesta caro, y parece encadenar las voluntades, se exalta el amor libre, es decir. una impura asociación substituída a la casta unión de dos almas, es decir, la asimilación del género humano a la bestia. Esto es sencillamente estar loco. Esto es criminal, pero lógico. Cuando Jesucristo se va, llévase consigo toda decencia, toda seguridad, y el vacío que abre sólo las ruinas pueden llenarlo. ¿De qué sirve la religión? Salvaguarda la alegría de vuestros hogares.

II. ¿De qué sirve la religión? Salvaguarda la educación de vuestros hijos.

Señores, hace ya veinte años que se está imponiendo un sueño malsano, el sueño de la educación por la ciencia sin la religión. Se ha dicho: educaremos la infancia y la juventud sin Dios y sin Jesucristo. Y manos a la

obra. La experiencia ha sido lamentable. Permitidme que sobre este punto os presente hechos y testimonios.

1.º *Testimonios.* Son muy abundantes. Sólo citaré algunos.

En el siglo XVIII, el filósofo Diderot, hostil a la religión, escribía: "El estudio de la religión es esencial a la juventud. Para educar bien a mi querida hija, no he podido encontrar, tras largas investigaciones, libro alguno comparable al catecismo. Toda educación bien hecha descansa en la religión."

En el siglo XIX, *Napoleón,* al fundar el establecimiento de Ecouen, dijo a propósito de la educación de las niñas: "Es preciso comenzar por la religión en toda su severidad. Educad creyentes, no charlatanes." Y cuando trazó el plan de su Universidad oficial, tuvo buen cuidado de declarar que en todas sus escuelas, tomara la Universidad por base de su enseñanza los preceptos de la religión católica.

Un inglés, *Spencer,* dice: "El que quiera enseñar geometría dando lecciones de latín o trate de aprender a tocar el piano dibujando, será juzgado digno de ingresar en una casa de orates. Pero no será menos irracional que los que traten de mejorar el sentido moral por la enseñanza de la gramática, de la química o de la física."

En 1877, un académico, *Legouvé,* decía en una distribución de premios de una escuela de París: "Si me viera absolutamente obligado por un niño a elegir entre saber orar y saber leer, diría: "Que sepa orar." Porque orar es leer en el más hermoso de los libros, en la frente del que emana toda luz, toda justicia, toda bondad."

Hace algunos años, el anarquista *Ravachol,* al subir al caldalso, decía: "Si hubiese creído en Dios, no hubiese hecho lo que he hecho."

La historia refiere que en Lacedemonia, en Grecia, se emborrachaba a veces un esclavo y se le mostraba a los jóvenes para hacerles aborrecer la embriaguez. Así también, entre nosotros, la enseñanza sin Dios ha producido una generación de salvajes cuyos crímenes son muy a propósito para espantarnos y hacernos aborrecer la irreligión. Acabáis de oir testimonios. Comprobad ahora.

2.º *Hechos.* En todos los pueblos del mundo, esta gran ley histórica no es contestable; en todos los pueblos del mundo, la religión verdadera o disminuída es la que da la educación, enseña la moral y forma las conciencias. Hemos querido derogar esta ley histórica, ¿y qué ha resultado? No seré yo quien os lo diga... se me acusaría de exageración o sectarismo. Escuchad unas palabras oficiales. En 16 de Octubre de 1901, en la nueva apertura del Tribunal Supremo, el Fiscal Feuilloley pronunció un discurso sobre la *Magistratura y las leyes protectoras de la infancia,* en el que dijo: "Hace mucho tiempo que los espíritus rectos esperan que la instrucción, por la cual tantos sacrificios hace el Gobierno de la República, moralice la infancia. Pero nada se ha conseguido..." ¿Lo entendéis? La instrucción, al decir de sus pontífices, debía aniquilar en el niño todo germen de vicio, todo instinto perverso. *Pero nada se ha conseguido.* Y aun puedo añadir que lo contrario es lo que se ha conseguido. La instrucción ha puesto a disposición de los malhechores de hoy medios de hacer el mal más sabios y refinados que antes. Los peores crímenes son hoy monopolio de los bandidos imberbes. La estadística criminal muestra que el número de atentados crece cada año, y cada año desciende la edad media de los que lo cometen. Señores, lo he dicho, y lo repito:

Cuando Jesucristo se va, se lleva consigo todas las barreras y todas las garantías, y el vacío espantoso que abre, no puede llenarse sino con ruinas. ¿De qué sirve la religión? Salvaguarda la educación de vuestros hijos. Penetremos más a fondo en este trágico asunto.

III. ¿De qué sirve la religión? Salvaguarda el alma de vuestros hijos.

Todos los padres de familia comprenden y aceptan de buen grado para sus hijas la educación religiosa. Pero, en general, son menos perspicaces y exigentes para sus hijos. No tienen razón.

"Poco o nada de religión", decía un padre a un director de un colegio al presentarle su hijo. "Poco o nada de virtud", han respondido con sus hechos millares de hijos a semejantes padres.

He ahí un adolescente en quien la familia revivirá un día. La paz y el honor de varias generaciones van unidas al candor de esa frente, a la serenidad de esa mirada. Pues bien, esa inocencia que os es tan querida, ¿cómo la conservaréis? ¿Dónde están los jóvenes que se conservan puros o que vuelven a serlo sin el apoyo y el resorte de las creencias y prácticas cristianas. Señores, hace ya treinta años que soy sacerdote; he explorado muchas almas, he oído muchas confidencias, he visto de cerca la intimidad de las conciencias y de las familias. Ahora bien, os afirmo, en nombre de mi experiencia, y aun puedo añadir también, en nombre de vuestros temores y de vuestras confesiones, que fuera de la religión y de sus saludables frenos, no hay flores en nuestros hogares que no se marchiten, ni castidad que se conserve; por todas partes donde vemos inocencias intactas o resucitadas por el arrepentimiento, vemos también que

la gracia divina es la que las guarda o las restaura; donde falta la gracia cristiana, no se ven más que madres desoladas, Raqueles rehusando el consuelo porque sus hijos se han perdido para la virtud. Apelo al corazón de todas las madres, y apelo también, señores, a vuestro corazón y a vuestro buen sentido. Aun con la religión, es difícil proteger la juventud. Sin ella, el naufragio es inevitable e irremediable, y la pubertad para vuestros hijos un Cabo de las Tormentas que engulle por siempre jamás su frágil navecilla.

Escuchad: un *médico*, observador e investigador, resumía así sus experiencias de veinte años de ejercicio:

De 342 familias desdichadas y desunidas, 320 vivían sin instrucción religiosa y al margen de toda práctica cristiana.

De 417 jóvenes, desesperación y deshonra de sus familias, sólo 12 frecuentaban la iglesia. Todos los demás no ponían jamás el pie en ella.

De 25 hijos sin corazón para sus ancianos padres, 24 vivían sin sombra de religión.

¿Qué acabo de deciros, señores? Cuando Jesucristo se va, se lo lleva todo consigo, y el vacío que abre, no puede llenarse sino con ruinas. ¿De qué sirve la religión? Salvaguarda la alegría de vuestros hogares, la educación y el alma de vuestros hijos. Asegura nuestra felicidad eterna, y aun nuestra felicidad temporal. No sé si os he convencido, señores, pero, por lo menos, mi palabra ha sido muy sincera y leal, y me parece que puede y debe haceros reflexionar.

Así sea.

CONFERENCIA DECIMOSEPTIMA

¿De qué sirve la religión? *(Conclusión)*

SEÑORES:

Alguien dice: "De qué sirve la religión?" Ya he respondido: 1.º la religión asegura nuestra dicha eterna y aun nuestra felicidad temporal; 2.º salvaguarda la alegría de vuestros hogares, la educación y el alma de vuestros hijos. A esto añado la tercera y última consideración: *la religión procura el bien social.* El asunto es muy basto. Me contentaré con mostraros solamente algunos de sus aspectos.

I. ¿De qué sirve la religión? Fomenta la agricultura. la industria y el comercio.

Se dice a veces que la religión es una buena rama de comercio. Es algo más que esto, pero lo es, y ciertamente, si se la suprimiera de golpe y porrazo, todos los cambios, cuya causa u ocasión depende de la

religión, todo el dinero que gasta o hace gastar, produciría en el mundo del trabajo y de los negocios un déficit considerable. Sólo en esta ciudad de Orleáns, la desaparición de la religión arrebataría al pequeño y al gran comercio, y a la clase obrera, cantidades enormes. Los intereses de todos quedarían profundamente quebrantados.

Pero la religión, no solamente es por sí misma una buena rama de comercio, sino que es la savia que alimenta y sanea la prosperidad material. Con sus enseñanzas y sus prácticas, somete la industria al yugo de la buena fe, el comercio bajo las leyes de la probidad severa, y el arado bajo las miradas de Dios, que plantó el mojón de la justicia entre vuestro campo y el del vecino. Lleva la luz al espíritu, del espíritu a la conciencia, de la conciencia a los actos. Pero esto no es todo. Sin la religión, el mundo, libre de todo freno moral superior, se convertiría en una selva de Bondy, o, como decía Napoleón, los hombres se degollarían por la mujer más hermosa o por la más gorda pera.

Finalmente, podría escribirse un libro para mostrar los servicios directos y positivos prestados por la religión a la agricultura, al comercio y a la industria. ¿No fué la Iglesia la que, por medio de sus monjes roturó toda Europa, la que, por medio de los trapenses, desde 1843, inauguró el cultivo en Argelia, y la que, todavía hoy, por sus misioneros, enseña a los pueblos juveniles las prácticas agrícolas? ¿No fué la Iglesia la que instituyó los Hermanos Puentistas, que se obligan por voto a construir o reparar las vías y los puentes, la que inventó los canales con esclusas, los correos y las mensajerías, las ferias y los montes de piedad? ¿No fueron los papas los que, refrenando el poder judío, protegieron los pueblos contra los excesos de la usura? ¿No fué

durante los siglos de piedad cuando las grandes ciudades, Venecia, Florencia, Milán, Bolonia, Nápoles, desplegaron su comercio y su industria, y elevaron esos palacios y esas espléndidas basílicas que todavía hoy constituyen nuestra admiración?

¿De qué sirve la religión?, dicen algunos. ¡Ingratos, podríamos responderles, vivís de sus beneficios! Insensatos, leed la historia, abrid solamente los ojos y tocad con el dedo su acción incomparable.

II. ¿De qué sirve la religión? Fomenta las letras, las ciencias y las artes.

Así debe ser. El sentimiento religioso eleva al hombre más que todo otro estudio. Nos acerca a Dios, nos aleja de las alegrías materiales, nos pone en contacto con lo divino, con lo ideal. La religión engrandece el espíritu humano. Y de hecho:

En elocuencia, en filosofía, en literatura, ¿no ha marchado siempre la Iglesia a la cabeza del progreso? ¿no salvó del naufragio las obras maestras de la antigüedad pagana? ¿no fundó las Universidades, los Colegios, las escuelas populares? ¿no tiene en su activo el siglo de León X y el siglo de Luis XIV? Bajo su protección, las Bellas Artes alcanzan su apogeo. En fin, no acabaría nunca si tan sólo quisiera citar los hombres que, durante los diecinueve siglos de su existencia, fueron profundamente sabios y profundamente religiosos.

Mas ¿quién se atrevería a decir en la actualidad que la religión no representa un papel lucido en el orden intelectual? Está a la altura de todos los progresos. ¿Qué digo? Tal ardor muestra la Iglesia en estudiar y enseñar, que se tiene un miedo indecible a su palabra, a sus púlpitos, a sus Universidades, a sus colegios, a sus escuelas. La Iglesia instruye muy bien. Sus profesores son muy apreciados. Sus éxitos son muy resonantes. Su único crimen consiste en hacerlo todo muy bien. Sus rivales, para luchar con ella, quedan reducidos a reclamar su supresión y a violar su libertad.

¿De qué sirve la religión?, dicen algunos. Es la guardiana de lo ideal. Es madre y alimentadora de las letras, de las ciencias, de las artes, y no podéis desgarrar su vestido sin herir gravemente todas esas nobles cosas que son la riqueza y el adorno de una sociedad.

III. ¿De qué sirve la religión? Fomenta la virtud, la probidad y la paz.

Lo que constituye a un pueblo, menos es el nivel del bienestar y el nivel intelectual que el nivel moral. Ahora bien, ¿qué es lo que eleva el nivel moral de un pueblo sino la religión?

Apelo al *razonamiento*, al simple buen sentido. Aun con la religión, la virtud es difícil a todos. Sin la religión, la virtud es imposible a casi todos. En lugar del freno religioso, ¿queréis poner la *conciencia*? Pero la conciencia se obscurece y se calla demasiado deprisa cuando no mira hacia Dios. ¿Queréis poner el honor, la gloria humana, la *opinión*? Pero estos motivos puramente externos, salvan las apariencias, evitan las acciones envilecedoras a los ojos de los hombres... y aun quizás. ¿Queréis poner el *temor de las leyes*? Pero el temor de las leyes contiene los crímenes conocidos, mas no los secretos, cien veces más numerosos. Regla general,

la virtud sin la religión casi no puede existir. Luego sin la religión, la sociedad casi no puede existir.

Apelo a los *testimonios*. Permitidme ofreceros solamente algunos. Escuchad a un publicista, a *Montesquieu*. Dice así: "La religión es el bien del pueblo; combatirla, es un atentado social." Escuchad a un filósofo incrédulo, *Hume*. Dice así: "Buscad un pueblo sin religión. Si lo encontráis, tened por seguro que no diferirá mucho de las bestias." Escuchad a un hombre de Estado, un protestante, *Guizot*. Dice así: "La religión es la vida del género humano, salvo algunos días de crisis y de decadencia vergonzosa." Escuchad a un eclesiástico, un obispo, *Dupanloup*. El 9 de Enero de 1873, en la tribuna de la Asamblea nacional, decía: "Para vigorizar nuestra sociedad sacudida, tenéis necesidad de la moral. Pues bien, yo os afirmo que no hay más que una que pueda salvarnos, la del Decálogo. Si nos retiráramos al desierto llevándonos el Decálogo, el Evangelio, la Cruz, la civilización cristiana, os quedaríais asombrados de vuestras tinieblas, os convertiríais en el espanto del mundo civilizado." Escuchad todavía unas palabras: "Si fuera rey, no quisiera tener nada que ver con cortesanos sin religión, cuyo interés consistiría en envenenarme. Cada mañana tendría que tomar al acaso algún contraveneno." ¿Quién dijo esto? Un hombre poco sospechoso de clericalismo, *Voltaire*. Sin la religión la sociedad no puede marchar.

Apelo a la *experiencia*, a los hechos que vienen en tropel a corroborar esta aserción. Que la religión fomenta la virtud, la prolidad, la paz social, y eleva el nivel moral de un pueblo, es más claro que la luz del día—En Burdeos, suben al mismo vagón un señor y un obrero, y en él marchan solos. En una estación de las Landas, cierto sacerdote esperaba un tren. El señor, que era librepensador, dijo al obrero: "¿De qué sirve eso?", y otras varias expresiones del mismo género. Arranca el tren, y dice el obrero: "He aquí un país muy desierto, muy salvaje. Las estaciones están muy apartadas. Si me diera la idea de estrangularos y robaros, arrojaría vuestro cuerpo por la portezuela, y nadie se enteraría." El señor respondió: "No llevo nada encima; el crimen no te reportaría provecho alguno."—"Dispense V.—exclamó el obrero.—Antes de salir de Burdeos, estuvisteis en casa de M..., banquero; alguien os ha enviado 30.000 francos, que lleváis en vuestra cartera. Yo estaba en aquel momento en casa del banquero, y estoy seguro de lo que digo. Pero nada temáis. Señor, yo he sido educado por sacerdotes; me enseñaron a temer a Dios y respetar al prójimo. Para eso sirven."

¿De qué sirve la religión?, dicen algunos. Eleva el nivel del bienestar, el nivel intelectual, el nivel moral de un pueblo.

IV. ¿De qué sirve la religión? Fomenta los grandes heroísmos.

Para mejorar la situación de una sociedad desde el triple punto de vista del bienestar, de la inteligencia y de la virtud, necesita esta sociedad ejemplos atrayentes, abnegaciones desinteresadas, vidas particulares que se sacrifiquen por la colectividad, en una palabra, grandes heroísmos. La religión es fuente de ellos, no diré única, pero sí principal.

En el trascurso de diecinueve siglos, la religión suscitó *santos*, que mostraron la posibilidad de la virtud practicándola; *confesores de la fe*, que elevaron la conciencia humana por encima de los atentados de la fuer-

za; sublimes *anacoretas,* que reaccionaron contra la corrupción del mundo pagano; *papas,* obispos y sacerdotes, que domaron y civilizaron a los bárbaros; *pontífices,* que acabaron por limar las cadenas del esclavo; *monjes,* que roturaron el suelo de Europa; *caballeros,* que detuvieron las oleadas de la barbarie musulmana; *millones de bienhechores* del género humano, que fundaron innumerables instituciones de enseñanza y de caridad. La Iglesia sembró de grandes heroísmos todos los caminos recorridos por ella durante diecinueve siglos.

Y todavía hoy, ¿no son héroes y heroínas esos hombres y esas mujeres que, fieles a las gloriosas tradiciones de la Iglesia, se consagran a la educación de la infancia y de la juventud, al servicio de los pobres, de los enfermos, de los convalecientes, de los incurables, de los huérfanos, de los ancianos, de los estigmatizados, de todos los abandonados que reclaman pan, cuidados, consuelos, afecto, estima y rehabilitación? ¿No son héroes esos animosos misioneros que se expatrían libremente para ir a plantar en todas las plazas la cruz y el estandarte de Jesucristo? Por todas partes suscita la Iglesia grandes sacrificios. Esto no debe extrañarnos. *Tiene ella una palanca* cuyo punto de apoyo está en el cielo. Durante el sitio de París, en 1870, un Hermano de las Escuelas Cristianas cuidaba con abnegación extraordinaria un soldado atacado de viruela negra. Asombrado de su valor, díjole un testigo: "Lo que hacéis con ese soldado, no lo haría yo por 10.000 francos."—"Pues yo—respondió el Hermano—no lo haría por 100.000 francos. Pero—añadió besando su crucifijo—*lo hago por Jesucristo.*"

¿De qué sirve la religión? Fomenta la agricultura, el comercio, la industria, las letras, las ciencias, las artes. Fomenta la virtud, la probidad, la paz social, los grandes heroísmos. ¿De qué sirve la religión? Salva las almas y los pueblos. Amémosla, practiquémosla, y, contra los malhechores públicos que la atacan, sepamos defenderla. Tal es nuestro derecho, nuestro deber y nuestro interés.

Así sea.

CONFERENCIA DECIMOCTAVA

No tengo religión, y no me encuentro del todo mal

SEÑORES:

Hemos demostrado que la religión sirve para algo, que es buena, útil, necesaria. Pero no todo el mundo comparte nuestra opinión. Hay quien dice: "No tengo religión, y no me encuentro del todo mal." Y pare V. de contar. Se encierran en su grosera paradoja como ostras dentro de su concha. Procuremos hacer que salgan de ella; reduzcamos a la nada la fórmula en que se ocultan. No tengo religión, y no me encuentro del todo mal: 1.º esto no siempre es verdad; 2.º no prueba nada.

I. No siempre es verdad.

He ahí *un joven* que ha lanzado por encima de la borda sus creencias y las practicas religiosas que revestían de embeleso y esplendor sus primeros años de inocencia, y exclama altivamente: "No tengo religión, y no me encuentro del todo mal." ¡Se engaña el desgraciado!

Porque si tuviera religión, respetaría su cuerpo, que es el templo de Dios, conservaría su integridad y su salud, aportaría en dote a su prometida algo distinto de hábitos viciosos y enfermedades vergonzosas, que corrompen en su fuente las futuras generaciones. Si tuviera religión, no sería quemado y devorado por la voluptuosidad. Señores, visitad los hospitales y otros sitios, y contad en ellos, si podéis hacerlo, las víctimas precoces de los instintos sexuales y de las pasiones indómitas. Ved los extenuados, faltos de aliento, tuberculosos, sifilíticos, jadeantes, que exhalan por su infecta boca el estertor espantoso de la muerte. Un poco de religión quizás hubiera salvado todas esas juventudes por siempre jamás perdidas. Con frecuencia la religión es el aroma que impide que se corrompa y se descomponga la salud.

He ahí un jovencito que se educa sin religión, y que, al parecer, no se encuentra ni se encontrará mal. Escuchad. El Vizconde Walsh, al visitar la prisión del monte San Miguel, se distraía dibujando algunos detalles del interior; vacilaba en trazar un línea de perspectiva, cuando un joven detenido, grande y guapo mozo, se acercó a él, y de un trazo rectificó el dibujo. "¿Sabéis, pues, dibujar?"—preguntóle el vizconde.—"Sí, señor. ¡Ah, el talento, la instrucción! Todo se me dió, pero como no se me dió nada más que esto, y nada de religión, me veis aquí." Y todos vosotros habéis sin duda alguna leído la historia reciente de ese joven que, condenado a quince años de trabajos forzados, escuchó con calma la sentencia, pidió un momento de silencio, y exclamó: "Perdono a mis jueces; su sentencia es justa. Perdono a los guardias; hicieron bien en prenderme. Pero hay en este recinto un hombre a quien no perdono. Este hombre, vedlo ahí, es mi padre. Educóme sin religión, y

por culpa de él, me siento en este banco." ¿Qué os parece? Señores, ¿no os parece que, con un poco de religión, muchos jóvenes que se vuelven malos y acaban mal, hubieran tenido probabilidades de portarse mejor?

He ahí *un hombre hecho* que tambien sostiene que carece de religión y no se encuentra del todo mal. ¿Es eso verdad? Me parece que, si tuviera religión, no se le vería embrutecerse, envenenarse el cuerpo y el alma, matarse literalmente absorbiendo sin medida un brebaje mortal. No se le vería disipar un salario sagrado destinado al alimento de los suyos, beber en cierto modo la sangre de su mujer, la de sus hijos, de esos pobres pequeñuelos, que en vano le esperan en su albergue, hambrientos y tiritando de frío cerca de una sartén sin fuego. Si fuera cristiano este criminal inconsciente, oiría que la religión le grita como al vulgar asesino: "No serás homicida de hecho ni voluntariamente." Pero no. Está exento de toda superstición, no cree en nada, practica el librepensamiento... ¿y después? Suplantado Dios, el alcohol se encarga de reemplazarlo. El pueblo francés se bebe cada año más de mil millones de alcohol; me parece que con un poco de religión se encontraría algo mejor.

Ved *esa familia* que no tiene religión. ¿Os atreveréis a decir que no se encuentra del todo mal? ¿Qué es lo que veo? Un padre y una madre que no tienen atractivo alguno el uno para el otro, ni sentimientos comunes de interés, ni consideraciones, ni cuidados recíprocos, ni ninguna felicidad doméstica. Su hogar está triste y sin cesar ensombrecido por recriminaciones y discordias, cuando no por injurias y violencias. Testigos diarios de esta guerra intestina, sus hijos carecen de obediencia y

respeto, de gratitud y cariño. Crecen en una atmósfera de antipatías y degradación. Se les da lo que basta a su existencia corporal, como se haría con animalitos; pero nadie cuida, nadie se preocupa de las necesidades de su alma, ni para insinuarles los sentimientos de la sana moral, ni para preservarlos de viciosas inclinaciones. Instintivamente se hacen malos por falta de vigilancia, por efecto de las influencias domésticas y por el hecho de las pasiones de la juventud. ¡Qué vejez se preparan esos padres culpables, que han penetrado el alma de sus hijos de la más completa indiferencia con respecto a Dios! Recogen lo que sembraron, es decir, la fría ingratitud, y con frecuencia el desprecio desvergonzado; y llenos de amargura hasta en sus últimos días, comprenden demasiado tarde que un hogar sin religión no ofrece muchas garantías de encontrarse bien.

Pero examinemos *un pueblo* sin religión. ¿Os atreveréis a decir que no se encuentra del todo mal? Muere en la esterilidad y en la revuelta. *No tiene hijos.* Solamente la religión puede inspirar el valor de aceptar una familia numerosa. Las regiones que conservan su religión católica están ahí para demostrarlo, por modo espléndente. En diez años ha aumentado Alemania 7 millones de habitantes, 4 Austria, 4 Inglaterra, 13 los Estados Unidos. Francia mantiene penosamente la cifra aproximada de 38 millones y medio... y aun gracias a la inmigración extranjera. Un pueblo que pierde su religión, muere en la esterilidad y en la revuelta. *No hay más que apetitos.* Se le oye gritar: "Puesto que no hay ni Dios, ni religión, ni otra vida; puesto que se me ha dicho que el Evangelio es una mentira, la Iglesia una supercheria, y la oración una inutilidad; puesto que no hay más que tierra , oro y placer, dadme mi parte de

tierra, de oro y de placer. La pido, la quiero, la tendré." Señores, la irreligión es peor que una batalla perdida. Suprime toda virtud, desata todos los apetitos. Mata un pueblo desmoralizándolo. "Quitad la religión a la masa de los hombres—decía Portalis;—¿con qué la sustituiréis? Cuando haya más religión, habrá más patria, más sociedad." Señores, en nombre de la historia, en nombre de la actualidad, declaro que un pueblo que no tiene religión, no sólo no se encuentra bien, sino que se encuentra muy mal; está en camino de la decadencia y de la muerte.

"No tengo religión, y no me encuentro del todo mal." Esto no siempre es verdad... y aun suponiendo que lo fuera

II. Esto no prueba nada.

1.° Esto no prueba nada *contra la religión.* Decís que no tenéis religión y que no os encontráis del todo mal. En otros términos, afirmáis que la religión no es una receta higiénica. Estamos enteramente de acuerdo. Aunque la religión sea con frecuencia una receta higiénica, como acabo de demostrarlo, confieso que no lo es siempre, que, en suma, puede uno encontrarse bien y no tener religión.

Pero ¿se sigue de aquí que la religión no es ni verdadera, ni obligatoria, ni saludable? ¿Se sigue de aquí que Jesucristo no es Dios, que la Iglesia no es divina, que los artículos del símbolo son vanas fórmulas, los preceptos del Decálogo, prescripciones ilusorias, y ceremonias vacías los sacramentos? ¿Se sigue de aquí que podamos impunemente prescindir de Dios, abstenernos de la oración, mantenernos alejados del culto público, en una palabra, vivir como paganos? En manera alguna.

No tenéis religión y no os encontráis del todo mal... Eso no prueba nada, absolutamente nada contra la religión, contra el rigor de sus pruebas, contra su fuerza obligatoria, contra su potente eficacia moral... Si dijerais igualmente: "No tengo patriotismo, y no me encuentro del todo mal," esto no probaría nada, absolutamente nada contra la patria, contra sus orígenes, contra sus glorias, contra los derechos que posee y los servicios que hace. No tengo religión, y no me encuentro mal.

2.° Esto no prueba nada *en vuestro favor.* Me dirijo a un auditorio imaginario, que no está presente, por supuesto, y le digo: "Veamos, amigos míos, no tenéis religión, y no os encontráis del todo mal. Parece que queréis decir que, para vosotros, la salud lo es todo, y que todo lo demás os es igual, que hacéis poco caso de vuestra alma, con tal que vuestro cuerpo esté en buen estado. Pues bien, esto no prueba que tengáis *ideas muy elevadas.* Os contentáis con poco; no veis más allá; no os eleváis muy alto. En efecto, la religión es un elemento constitutivo, una parte integrante de la naturaleza humana. Desde el momento en que suprimís en vosotros la facultad religiosa, suprimís la parte superior de vuestra naturaleza. Esto no prueba que tengáis ideas muy elevadas *y una conciencia muy delicada.* Porque, finalmente, Dios existe; es vuestro dueño, vuestro bienhechor. ¿Qué hacéis de su ley? ¿Qué hacéis de sus dones, de esa salud misma que de El habéis recibido y con la cual os contentáis tan fácilmente? No tengo religión, y no me encuentro del todo mal. Esto no prueba que tengáis *un alma nobilísima.* Hacéis exactamente el razonamiento que haría un animal, si un animal pudiera raciocinar. Los perros, los gatos, los caballos y otros cuadrúpedos viven sin religión; comen, beben, duermen, traba-

jan; esto es todo, y este todo es bien. Pero nosotros, criaturas racionales, inteligentes, libres, inmortales, ¿vivimos únicamente de pan, de vino, de carne, de sensaciones, de materia? Comer, beber, dormir, tener salud... ¿es esto vivir?

> Pasar como un rebaño con la vista fija en tierra,
> Renegar de todo lo demás, ¿es esto ser feliz?
> No, es dejar de ser hombre.

Y mil quinientos años antes que Alfredo de Musset, con más elocuencia que él, exclamaba San Agustín: "Señor, nos habéis hecho para vos, y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en vos." *Fecisti nos ad te, Deus.* No tengo religión, y no me encuentro del todo mal. Esta vulgar y grosera paradoja jamás probará nada, y es a menudo falsa. Volvámosla del revés y digamos:

Tengo religión, y 1.° no me encuentro del todo mal. No acierto a ver que la religión dañe en modo alguno a mi salud, a mi familia, a mis negocios, a mi vida material, comercial, doméstica. Por lo contrario, tengo religión, y 2.° *me encuentro mucho mejor.* Mi conciencia está más tranquila, y mi vida es más pura. Mi hogar está más unido y mis hijos mejor educados. Mis cruces son menos duras y más fecundas, mi muerte será más dulce y más consolada. Teniendo religión, nada me expongo a perder, y sí a ganarlo todo. Soy cristiano. He aquí mi gloria, mi esperanza y mi sostén.

Así sea.

CONFERENCIA DECIMONONA

La religión es negocio de sacerdotes

SEÑORES:

¿Qué es lo que se hace para desembarazarse del cristianismo? Unos se desembarazan de él como de un peso abrumador que hacen pasar a los hombros del clero, diciendo: La religión no es negocio nuestro; es negocio de los sacerdotes. Esta paradoja está muy difundida. Yo le opongo las dos proposiciones siguientes:

1.ª Los seglares, lo mismo que los sacerdotes, deben conocer y practicar la religión.

2.ª Los seglares, casi tanto como los sacerdotes, deben defender y propagar la religión.

I. Los seglares, tanto como los sacerdotes, deben conocer y practicar la religión.

¿Es que los seglares no tienen, como los sacerdotes, *un Dios a quien servir y un alma que salvar*? Os ocupáis, señores, en el mundo presente, en el pan que ha-

béis de ganar, en la fortuna que habéis de hacer, en el comercio y en la industria que debéis dirigir, en la ciencia que habéis de adquirir. Está bien. Pero aquí no se encierra todo el hombre. Hay algo más y mejor. Por encima de vosotros, hay un Dios, que es vuestro dueño y será vuestro juez. Hay en vosotros un alma inteligente, libre, responsable, inmortal. ¿Qué importa que yo sea sacerdote y vosotros seglares? Un sacerdote y un hombre cualquiera se parecen como dos gotas de agua. Son dos hermanos que Dios ha hecho para dos fines secundarios diferentes y para un fin último común. Vosotros y yo, vosotros tanto como yo, tenemos un Dios a quien servir y un alma que salvar. Luego los seglares, tanto como los sacerdotes, deben conocer y practicar la religión.

Además, ¿no tienen los seglares, como tienen los sacerdotes, *necesidades espirituales* que únicamente la religión puede satisfacer? Seglares, tenéis necesidad de luz en vuestras tinieblas, tenéis necesidad de fuerza en vuestros desfallecimientos, tenéis necesidad de consuelo en vuestras tristezas, tenéis necesidad de perdón en vuestras faltas. En presencia de la tentación, no sois invencibles. Pecasteis ayer, ¿quién os levantará? Moriréis mañana, ¿quién os ayudará? Buscad, buscad cuanto queráis. Sólo la religión tiene poder para iluminar nuestras ignorancias, para reconfortar nuestras voluntades, para curar nuestras magulladuras, para apaciguar nuestros arrepentimientos. Solamente la religión puede oponer todas las verdades a todos los errores, todas las virtudes a todos los vicios, todos los remedios a todos los males. Solamente la religión puede transfigurar nuestra vida e inmortalizar nuestras esperanzas.

La religión es negocio de sacerdotes. *¡Ea, pues!* Príncipes sobre el trono, conquistadores de larga espada,

magistrados en su sillón, industriales en sus fábricas, comerciantes en sus despachos, sabios en su gabinete, artistas del teclado, de la tela o del mármol, arquitectos que hacen hablar la piedra y albañiles que la revisten de mortero, pobres en sus cabañas y propietarios en sus dominios, artesanos en sus talleras y ricos rodeados de sus cofres llenos, mendigos y millonarios, reyes y pastores... todos deben ver en la religión su negocio, su grande y capital negocio... porque todos tienen un Dios a quien servir y un alma que salvar, porque todos tienen necesidades espirituales, suprasensibles, que únicamente la religión puede satisfacer.

¿Con que la religión es negocio de sacerdotes? *Echad, pues, una mirada al género humano.* Interrogad a la historia. ¿Es que los Sócrates y los Platón, que consagraban su vida entera al estudio de la cuestión religiosa, eran sacerdotes? ¿Es que los Constantino, los Carlomagno, los San Luis, los Godofredo de Bouillón y tantos otros que fueron eminentemente religiosos, eran sacerdotes? Y en el último siglo, ¿es que los Maistre, los Chateaubriand, los Montalembert, los Veuillot, que pusieron su palabra y su pluma al servicio de la religión, habían recibido órdenes sagradas? No, ciertamente. En todos los tiempos y en todos los países, vemos en torno del sacerdote la multitud de seglares que adoran y oran con él. Los seglares, tanto como los sacerdotes, deben conocer y practicar la religión. Esto es claro. Pasemos a mi segunda proposición.

II. Los seglares, casi tanto como los sacerdotes, deben defender y propagar la religión.

Digo casi... porque, en efecto, el deber de defender y propagar la religión se impone a nosotros los sacerdo-

tes más que a vosotros los seglares. Para esto sólo somos sacerdotes. Tal es nuestro deber de estado; aquí bajo, esto es lo único que tenemos que hacer. Hemos sido creados y puestos en el mundo, instituídos y pagados para esto. Y ¡ay de nosotros si no evangelizamos! ¡Ay de nosotros si dejamos que la sociedad entera se marchite en la incredulidad, hasta el campesino, hasta la mujer, hasta el niño! Somos responsables de la fe de los pueblos... y a pesar del abuso de la gracia que pesa sobre nuestras poblaciones, a pesar de las tiranías deprimentes del poder, a pesar de todas las apostasías contagiosas de la ciencia, a pesar de todas las influencias perniciosas del siglo, tenemos el deber de evangelizar al mundo y de salvarlo. ¿Cumplimos como debemos nuestro deber? Esta pregunta me horroriza. Pero no estoy aquí para resolverla con un examen público de mi conciencia. Estoy aquí, después de haber afirmado el deber del clero, para afirmar el vuestro y deciros: "Seglares, la religión es vuestro negocio, casi tanto como el negocio del clero. Defended y propagad la religión. Debéis hacerlo, podéis hacerlo, y hoy es más necesario que nunca."

1.º *Debéis hacerlo.* Lo que para nosotros los sacerdotes es un deber de justicia, es para vosotros los seglares un deber de caridad. ¿Pero qué importa? La caridad no es una virtud menos obligatoria que la justicia. *Sí, pues, os amáis a vosotros mismos,* defended, seglares, y propagad la religión. Porque la religión es el bien esencial de vuestras almas. Sin ella, no podéis salvaros. Ella entra también por mucho en vuestra felicidad temporal, y es difícil llevar aquí abajo una vida pura y consolada, si no se pone en ella un rayo de lo ideal y una gota de rocío divino. *Si amáis a vuestros hijos,* defended, seglares, y propagad la religión. Porque la religión es el bien esencial de vuestros hogares, ya que garantiza la virtud, la paz y el honor de vuestras casas. Nosotros los sacerdotes no dejamos a nadie después de nosotros sobre la tierra. Vosotros los seglares dejáis detrás de vosotros aquí bajo vuestros seres queridos, que llevan vuestro nombre y continúan vuestras tradiciones. ¡Ah, por favor, no permitáis que sean despojados de las creencias y prácticas religiosas, patrimonio inalienable que habéis recibido y debéis transmitir! *Si amáis a vuestro prójimo,* defended, seglares, y propagad la religión, porque la religión es el bien esencial de vuestros hermanos.. Contemplad en torno vuestro esos hombres, vuestros vecinos, vuestros amigos, vuestros compañeros de existencia, que viven sin Dios y sin altar, y sin ley, y que marchan hacia las riberas del más allá, arrastrando tras de sí la larga cadena de sus truncadas esperanzas. No son felices. Se agitan en la noche, en el vacío. No tocan más que fantasmas. No se satisfacen más que con apariencias. Mueren de inanición religiosa. *Si amáis a vuestra ciudad,* defended, seglares, y propagad la religión. Porque la religión es el bien esencial de vuestra ciudad. Todo su pasado está embalsamado de catolicismo. El respeto de Dios y de las cosas santas es todavía hoy el rasgo principal de su fisonomía. Sumergida en la hipocresía, vuestra ciudad no sería digna de vosotros ni de ella misma. *Si amáis a vuestra patria,* defended, seglares, y propagad la religión. Porque la religión es el bien esencial de este país. Una patria atea sería algo monstruoso. "¿Qué habéis hecho de Francia?"—preguntaba Napoleón al Directorio en una imprecación famosa. ¿Qué es lo que haría la impiedad de nuestra patria?... Esta sola interrogación debe helarnos de espan-

to. Defended, seglares, y propagad la religión. Debéis hacerlo.

2.º *Podéis hacerlo. Con frecuencia* lo podéis *mejor que nosotros* los sacerdotes, ya que nos encontramos aprisionados en nuestras iglesias, y aplastados por nuestro ministerio cotidiano, ya que no podemos mezclarnos en la vida íntima y diaria de nuestro pueblo, ni dirigirnos a él en las plazas públicas, ni buscarlo en los talleres, en las fábricas, en los cafés, en sus moradas. Vosotros, señores, tenéis mil ocasiones de codearos con los hombres nuestros hermanos, de visitarlos, de dirigirles la palabra. Vais más lejos que nosotros. Se os abren puertas que se cierran ante nosotros. Estáis en contacto con centenares de individuos que jamás se pondrían a nuestro alcance. Además ¡cuántos hombres, colmados de todas las generosidades de la Providencia, tienen tiempo y lugar que podrían emplear en el servicio de Dios y de la religión! ¡Cuántos hombres hay en nuestras grandes ciudades que realizarían maravillas de apostolado, si se entregaran a la fiebre del bien, a la cruzada caballeresca de la verdad!

¿Qué hacer, pues? me dirán algunos. ¿Qué hacer? Primeramente, *vivid*, vivid vuestra religión; se juzga del árbol por sus frutos. Nuestro tiempo, que se ha empapado de tantos sofismas, no se entretiene en mirar si las doctrinas son verdaderas en sí mismas, pero investiga si las personas vivientes, en las cuales ellas se traducen y encarnan, son verdaderas con ellas mismas, y en cierto modo homogéneas con sus doctrinas. Vuestro modo de vivir será interpretado como la expresión empírica y demostración de nuestra fe. Vivid el cristianismo, y lo devolveréis a los que lo han perdido, y lo inocularéis en los que lo rechazan. Luego,

trabajad por vuestra religión. ¿De qué sirve llorar desconsoladamente por el pecado de los incrédulos? Eso es perfectamente inútil. Dios prefiere nuestros brazos a nuestras lágrimas, y nuestros actos a nuestros gemidos. Haced algo por la religión, algo en el terreno de la protestación pública, algo en el terreno de la caridad inteligentemente practicada, algo en el terreno de la educación popular, algo en el terreno de la difusión de los buenos libros y de los buenos periódicos, algo también en una esfera más delicada, para mejorar cuanto sea posible la gestión de los negocios públicos en sus relaciones con la religión. Defended, seglares, y propagad la religión. Debéis hacerlo, podéis hacerlo.

3.º *Hoy es más necesario que nunca. Estamos en la discusión.* Antes, la religión, indiscutida, se mantenía y se propagaba por el solo ministerio de los sacerdotes; hoy es otra cosa. Todo el mundo discute, y la religión es discutida, como todo lo demás. Hay necesidad de apóstoles. No basta que lo sean los sacerdotes. Los seglares deben necesariamente entrar en liza, defender la religión, arrancar la muchedumbre de las garras de los misioneros de la impiedad, neutralizar el apostolado del mal por el apostolado del bien.

Nos encontramos en medio de la tempestad. Cuando, en noche de tormenta, a los golpes de un mar embravecido, se debate un navío entre la vida y la muerte, y a través de los vértigos, de los torbellinos, de los crujidos, de los siniestros silbidos, de los terribles bandazos del navío, y del espanto que se apodera en secreto de los más valientes, se trata de asegurar contra la tormenta la salvación común, ¿cómo se conduce la tripulación? Cada cual está en su puesto. El hombre sereno a cuyo cargo está la vida de todos, manda, y todos

obedecen. Los mismos pasajeros se convierten en marineros y hacen maniobras; nadie vacila, nadie discute, todos obran. Y la magnitud del peligro queda vencido por la abnegación de todos. Así también, cristianos, debéis conduciros en las tempestades que asaltan a la religión. La religión jamás es un navío expuesto a naufragar, pero es siempre un navío sacudido por el huracán. Vuestro interés, como vuestro deber, consiste en velar y trabajar por la salvación del navío, quiero decir, en la defensa y propagación de la religión. ¿Es la religión negocio de los sacerdotes? Sí. Pero nuestra obligación no suprime la vuestra. Y creo haber suficientemente probado que la religión es vuestro negocio lo mismo que el nuestro.

Así sea.

CONFERENCIA VIGESIMA

La religión es buena para los niños

SEÑORES:

Hay una objeción poco seria, y, esto no obstante, muy acreditada, a la cual me propongo responder hoy. Se dice: "La religión es buena para los niños." Es un medio cómodo de desligarse de la religión. A ella le opongo:

1.° Es verdad que la religión es buena para los niños.

2.° No es verdad que la religión sólo sea buena para los niños.

I. La religión es buena para los niños.

Ella les da la *ciencia* esencial, creencias autorizadas y firmes principios. ¿Quién es Dios? ¿Qué es el alma? ¿De dónde viene el mundo? ¿A dónde va? ¿Qué es preciso hacer para cumplir nuestro destino y ganar el cielo? He ahí unos cuantos problemas que plantea

la filosofía y resuelve en pocas palabras el catecismo. He ahí unos cuantos problemas que llenan de inquietud a la incredulidad, pero que no embarazan ni un momento al niño religiosamente educado. Aprende la historia, y conoce la vida de los grandes hombres; pero conoce mejor aún la de Jesucristo, su redentor y su dueño. Aprende geografía, y sabe el camino que conduce a Constantinopla y a Pekín, adonde no irá jamás, pero conoce mejor aún el camino que conduce al cielo, su fin último. Esto es evidente. La religión es buena para los niños; les da la ciencia esencial.

También les da la verdadera *sabiduría,* las nociones exactas y completas de la moral. Les enseña a adorar al Señor, a respetar su santo nombre, a santificar el domingo. Les enseña a ser respetuosos, obedientes, abnegados para con sus padres. Les enseña a huir de la mentira, del robo, del homicidio, del duelo, del suicidio. Les enseña a conservar intactos la pureza de la sangre y el tesoro de las buenas costumbres. Les enseña a ahogar en su alma el pensamiento mismo de la injusticia y de la venganza, y el más imperceptible germen de la lujuria. Nada más propio y eficaz para apartar al niño de todo mal que estas expresiones: "Dios te ve. Puedes engañar a tu padre y a tu madre, pero no puedes engañar a Dios." Nada más propio y eficaz para hacerle dócil y ardiente para el bien, que estas palabras: "Obedecer a los padres y a la conciencia, es obedecer a Dios, es merecer el cielo." Fuera de la religión, la educación moral no existe. Los niños deben chupar la religión con la leche de sus madres y respirarla con el aire de las escuelas... La religión es buena para los niños. Bueno es ya que se conceda y se registre con alegría esta declaración. Pero me apresuro a ir más lejos, y siento al punto mi segunda proposición.

II. No es verdad que la religión sólo sea buena para los niños.

Y aun me atrevo a afirmar que es mejor todavía para los adultos que para los niños. Lo afirmo y lo pruebo.

1.° *Ese adolescente,* que entra en su décimoquinto año, no es ya un niño; ¿diréis que no tiene necesidad de religión? Afirmo que tiene ahora más necesidad de ella que antes. Va a verse rodeado de escándalos, asaltado de malos compañeros, devorado interiormente por las llamas de la concupiscencia. Las pasiones, como perros rabiosos están a las puertas de la adolescencia. ¡Ay de él si pierde sus creencias y sus prácticas religiosas, si arroja su armadura en el momento de entrar en batalla! Su derrota es segura. De antemano quedará vencido.

2.° *Ese padre,* que tiene que educar una familia, ya no es un niño. ¿Diréis que no tiene necesidad de religión? Afirmo que tiene más necesidad que nadie. En primer lugar, la necesita para sí mismo, porque tiene un Dios a quien servir, un alma que salvar, deberes que cumplir, tentaciones que vencer, cruces que llevar. Luego, tiene necesidad de ella para su posteridad, porque, generalmente, si el padre no tiene religión, tampoco la tendría su posteridad. Si el padre de familia no tiene religión, el niño lo advierte desde la edad de siete años, a los diez años se extraña, a los quince se escandaliza. Al primer grito de las pasiones, se hace un argumento, y murmura por lo bajo, aunque a veces dice por lo alto: "Soy casi un hombre. La re-

ligión no es buena para mí. En adelante, quiero seguir las huellas de mi venerable padre." Así, señores, perece la fe en muchas almas juveniles, a causa de la indiferencia paterna.

3.° Ese *anciano*, que muy pronto morirá, ya no es un niño. ¿Diréis que no tiene necesidad de religión? Afirmo que tiene más que nunca. Hele ahí, después de una larga carrera, todo cubierto del polvo del camino. La religión lo purificará. Tras él, como anillos rotos y esparcidos, yacen sus sueños desvanecidos; en torno suyo hanse abierto vacíos espantosos. Sobre su frente descarnada expiran los últimos rayos de luz. La religión le consolará de la melancolía de la noche. Tiene ya un pie en la sepultura. Va a sumergirse en la inmensidad de lo desconocido. En esta hora suprema, ni los placeres, ni los honores, ni las riquezas, ni la ciencia, ni nada, ni nadie, pueden seguirle, asistirle, salvarle. La religión, y solamente la religión le abrirá las puertas del más allá.

4.° No, no es verdad que la religión sólo sea buena para los niños. ¿Quién es el adulto que puede prescindir de ella? ¿Será el *magistrado?* Para pronunciar sentencias, no servicios, para sostener con mano inflexible la balanza de la equidad, para sacrificar, cuando sea necesario, la amistad del César al amor del derecho, el magistrado tiene necesidad de mirar al cielo, en donde se asienta la ley eterna, y de ver por encima de su cabeza la imagen de Dios crucificado, en la cual va a buscar la inspiración de la justicia.

5.° No, no es verdad que la religión sólo sea buena para los niños. ¿Quién es el adulto que puede prescindir de ella? ¿Será *el soldado?* Los vendeanos, en plena batalla, pasan cerca de un *vía crucis,* y todos al punto se detienen, se arrodillan en oración. Un oficial quiere hacerles abandonar aquella posición peligrosa "Dejadlos orar a Dios—le dice Lescure;— se batirán mejor después." El mariscal Bugeaud, en el curso de sus dieciocho campañas de Argelia, conserva sobre su corazón la medalla de la Santísima Virgen, que le había puesto su piadosa hija, y esta misma medalla pendía de su cuello cuando murió lleno de los sentimientos de la más admirable piedad. Sonís acaba de comulgar en una humilde iglesia de aldea, y se lanza al combate diciendo: "Cuando uno lleva a Dios en su corazón, no capitula jamás." La fe religiosa fué siempre el principio más seguro y la fuente más fecunda del valor militar.

6.° No, no es verdad que la religión sólo sea buena para los niños. ¿Quién es el adulto que puede prescindir de ella? Será el *político*, el diplomático, el que tiene la formidable misión de gobernar a los pueblos y regir los intereses públicos? El gran ministro español, cardenal Jiménez de Cisneros, citó un día en su palacio a los grandes del reino. Estaban allí hablando agitándose, impacientándose de verse obligados a esperar, cuando de repente el cardenal abrió la puerta de la pieza en que estaba. Era ésta una celda monástica, que se había reservado en los esplendores de su residencia. Acercóse a los nobles, y les dijo con majestad: "¿Estáis impacientes? Yo estaba al pie de mi crucifijo. Acordaos de que orar es también gobernar." Si queréis un ejemplo más cercano a nosotros, os recordaré que el gran agitador y libertador de Irlanda, O'Connell, era profundamente religioso. Todos los años hacía

ejercicios espirituales durante quince días para prepararse a la comunión pascual. "O'Connell—se le dijo un día que estaba de ejercicios,—si no subís a la tribuna, hemos perdido nuestros veinte años de combate. Nuestros adversarios ganarán la votación que aniquilará todos nuestros anteriores éxitos." Pero él contestó: "Tranquilizaos, milord. Orando y confesando mis faltas, defiendo aquí nuestra causa ante Dios. Nada perderá en ello la emancipación irlandesa. Dejad que el Parlamento vocifere sus amenazas; de rodillas ante el confesor, soy más poderoso, que de pie, con el brazo extendido para combatir. Continúo aquí con Jesucristo, para servir mejor a mi patria." En vez de un O'Connell religioso, figuraos un O'Connell impío. Hubiese sido enterrado vivo bajo los escombros de su primer discurso. No hubiera hecho temblar a Inglaterra, la cual hace temblar a los pueblos.

7.° No, no es verdad que la religión sólo sea buena para los niños. ¿Quién es el adulto que puede prescindir de ella? ¿Será el sabio, el literato, el *artista*? Sin religión, son incompletos. "Examinad—dice Saint-Beuve—a los que no han conocido a Jesucristo. Examinadlos de pies a cabeza. Les falta algo." Son incompletos... y con mucha frecuencia se descarrían, y sus dones más elevados se convierten en un peligro para ellos mismos y para los demás. No solamente la religión no es enemiga de las letras, de las ciencias y de las artes, sino que es su inspiradora y su guardiana. Fomenta el vuelo de la inteligencia humana, regula sus arranques, corrige sus desviaciones. ¡Ay de los hombres que, siendo muy ilustrados, no sean también profundamente religiosos! Son ríos impetuosos sin orillas, que ningún dique contiene, que fácilmente se desbordan, que, apartándose de su curso natural, se convierten en torrentes desvastadores. El siglo XIX contó con centenares de sabios, de literatos y artistas que hubiesen sido verdaderos bienhechores del género humano, si la fe cristiana hubiese presidido sus evoluciones y saneado sus obras.

8.° No, no es verdad que la religión sólo sea buena para los niños. ¿Quién es el adulto que puede prescindir de ella? ¿Será el agricultor, el industrial, el *comerciante?* Cuando uno trabaja la tierra desde el alba al ocaso, tiene necesidad de cuando en cuando de mirar al cielo para adorar, para dar gracias, para implorar. Cuando, durante años y años, se vive en medio de aceite, de seda, de algodón, de azúcar, de sustancias espirituosas, tiene necesidad, por lo menos un día o dos por semana, de elevarse un poco por el azul del cielo, respirar el aire de las alturas y recordarse que tiene un alma, que no es un simple rodaje en el inmenso mecanismo. Cuando uno tiene a su cargo una casa para hacerla próspera y centenares de brazos que poner en movimiento, tiene a menudo necesidad de postrarse en la presencia de Dios, y decirse: "La riqueza material no lo es todo. Los hombres que yo empleo son mis hermanos. ¿Estoy en regla con la justicia, con la caridad, con el desprendimiento cristiano?"

9.° No, no es verdad que la religión sólo sea buena para los niños. ¿Quién es el adulto que puede prescindir de ella? Será el hombre de *negocios* o el *hombre desocupado?* Arrastrado por el torbellino de los negocios, preocupado del alza y de la baja, habituado a no ver ni manipular más que oro, plata y papel, el hombre de negocios olvidaría pronto que hay un mundo

espiritual, que hay destinos inmortales, si la idea religiosa le fuese total y perpetuamente extraña. Imáginaos por un momento lo que puede llegar a ser sin religión el hombre desocupado. Empleará su vida en jugar, en fumar, en pasearse, en comer sin tener hambre, en beber sin tener sed, en acostarse sin tener sueño, en reposar sin haber trabajado. Más que nadie, me atrevo a decirlo, tiene necesidad de religión el hombre desocupado para idealizar sus pensamientos, para restringir su bienestar, para ensanchar su corazón, para dar a su existencia un objeto confesable y un empleo útil... No, no es verdad que la religión sólo sea buena para los niños.

Es buena para los adultos, tanto o más que para los niños. *Está hecha para todos,* para los adultos como para los niños. "Predicad el Evangelio a toda criatura" —dijo Jesucristo a sus Apóstoles. Estas palabras son generales, universales, sin exceptuar a nadie. La religión es obligatoria para todos. *Es digna de todos.* Las verdades sublimes sobre las cuales se ejercitó el genio de un Agustín o de un Bossuet, no son cuentos de niños. Las más poderosas inteligencias no tienen el derecho de desdeñar una religión que procede de Dios. *Es necesaria a todos.* Cuando más avanzamos en el camino de la vida, menos podemos prescindir de las luces y de las fuerzas de lo alto. Cuanto más se abrevia el tiempo sobre nuestra cabeza, menos podemos desafiar la eternidad que se acerca.

Así sea.

CONFERENCIA VIGESIMOPRIMERA

La religión es buena para las mujeres

SEÑORES:

Hay quien dice: La religión es buena para los niños. Ya he respondido a esto. Hay otros, a los cuales voy a responder hoy, que dicen: La religión es buena para las mujeres. Y cuando han dicho esto, se figuran haber dicho una cosa sublime. ¿Conque la religión es buena para las mujeres? Sostengo y pruebo que es mejor todavía para los hombres que para las mujeres.

I. El hombre es hombre,

Es decir, una criatura racional, compuesta de cuerpo y alma. Luego, *lo mismo que la mujer,* tiene un Dios que adorar y servir, un cuerpo que respetar y un alma que salvar, un cielo que conquistar y un infierno que evitar, vicios que reprimir y virtudes que practicar. No hay dos Evangelios, dos Símbolos, dos Decálogos, el uno para la mujer y el otro para el hombre. Lo que

es verdadero y obligatorio para la mujer, es igualmente verdadero y obligatorio para el hombre. Jesucristo dijo: "El que crea, será salvo; el que no crea, será condenado. Si queréis entrar en la vida eterna, observad mis mandamientos." Muy listo será el que pueda probar que Jesucristo no habla aquí más que para las mujeres. No, habla para todos. Y aun me atrevo a añadir que la religión es *más indispensable al hombre* que a la mujer, y esto por tres razones:

1.º Porque está *expuesto a mayores peligros*, a mayores atractivos, a mayores amenazas, y ¡ay de él si la religión no acude en su auxilio para contenerlo, para preservarlo, para precaverlo, para levantarlo! Cuando un joven, hasta entonces esperanza y orgullo de sus padres, rompe de repente con los hábitos de la vida cristiana, su madre se inquieta y se alarma; observa que sus besos son más raros y más fríos; advierte que el hogar doméstico no tiene ya atractivos para él, como tampoco el lugar santo, y puede temerlo todo el día en que tenga la seguridad de que "su hijo ya no se confiesa..." ¿Qué ocurrirá más tarde cuando, dueño de sí mismo, pueda hacer impune y fácilmente el mal, cuando, llegado a la madurez, se vea asaltado por el respeto humano, por los malos ejemplos, por tentaciones innumerables? La religión es, pues, más indispensable al hombre que a la mujer.

2.º Porque *se deja más fácilmente abatir por el dolor*. La mujer es la caña que se dobla y no se rompe. El hombre es la encina que no se pliega, pero que se rompe al choque de una decepción, de un revés, de una humillación, de una enfermedad, de una inquietud, de una muerte. Los médicos han comprobado que, entre nosotros, la mitad por lo menos de los hombres mueren de disgustos, y un poeta de nuestro tiempo ha dicho que los que los mata es la falta de esperanza. Si la religión no sostiene a las almas viriles, desfallecen y se rinden más deprisa que las almas femeninas. Finalmente, la religión es más indispensable al hombre que a la mujer,

3.º *En razón de los deberes más difíciles* que llenan su vida muy ocupada, muy cargada, muy agitada: deberes para con la sociedad, para con la familia, para consigo mismo. La lucha es para él cotidiana. En ciertas horas, preciso es que sea un héroe para salvar del desastre su honestidad quebrantada y su virtud vacilante. La religión es eminentemente buena para la mujer. Verdad es; pero es todavía mejor para el hombre, es más necesaria al hombre... que es esposo, que es padre, que es jefe.

II. El hombre es esposo.

He ahí un matrimonio. La mujer tiene religión. Pensáis que esto es un bien, y tenéis razón. El día en que la mujer rechazara todo sentimiento noble y divino, se convertiría en una llaga. Una mujer sin Dios, es un monstruo. Una mujer impía, llevaría la desolación a la familia y corrompería a la sociedad. Los mismos incrédulos, a menos que estén enteramente desnaturalizados, tienen la convicción absoluta de que la práctica de los deberes religiosos es el más seguro tesoro de sus esposas y de sus hijas, y que toda mujer verdaderamente cristiana debe ser necesariamente una mujer modelo. Y ciertamente, no se engañan. He ahí, pues, un matrimonio. La mujer tiene religión. Pero

El marido no la tiene. Entonces puede ocurrir una de estas tres cosas:

1.° A veces el marido infiel pervierte a la mujer fiel. Es una desgracia digna de ser llorada con lágrimas de sangre. Es la consumación de la ruina.

2.° A veces la mujer fiel convierte al marido infiel. A fuerza de plegarias y sacrificios, Mónica salvó a Patricio, un marido incrédulo. Cierto día en que un marido incrédulo llegó ante su mujer hasta la inconveniencia con respecto a la memoria del divino Crucificado, su compañera, que no había encontrado siempre en el hogar doméstico la felicidad que había aportado a él, vengó con estas palabras el ultraje hecho a su Dios: "Por favor te pido que, si me amas, no hables tan mal de El. Porque sin El, hace ya mucho tiempo que no viviríamos juntos." Herido en el corazón por golpe tan inesperado, sintió el librepensador que las lágrimas acudían a sus ojos, y muy pronto se convirtió. Un marido infiel conducido a Dios por una mujer piadosa... nada tiene de extraño, pero no es el caso general.

3.° Con mucha frecuencia cada uno de ambos cónyuges se atiene a su primer estado. La mujer va a la iglesia a rogar a Dios, y el hombre se queda en casa. La mujer alimenta en su corazón esperanzas inmortales, y el hombre no cree más que en la nada. La esposa lleva algo de divino en la frente, y el marido no es más que un hombre, no tiene contacto alguno con lo infinito. ¡Oh, cuán amarga es la desolación de muchos de nuestros hogares modernos! Se unen las manos, pero las almas permanecen separadas. La religión es buena para la mujer, Verdad es. Pero ¡cuán buena sería también para el hombre! ¡cuánto ganaría en

concordia la vida común, y también en intimidad y en verdadera dicha!...

III. El hombre es padre.

He ahí una familia. La madre tiene religión. Tanto mejor. Es imposible decir el bien que puede hacer y que hace una madre inteligentemente piadosa. Ella es la que asegura la educación primera de los hijos y la educación plenaria de las hijas. Ella es la que comunica al hijo sus primeras impresiones, sus primeros gustos, y, por consiguente, sus hábitos con frecuencia definitivos. Puede afirmarse que el hijo que tiene una madre virtuosa y tierna, no será jamás enteramente malo. ¿Quiere esto decir que la acción materna es suficiente para la formación moral y religiosa de los hijos? Desgraciadamente, no. Ved esa familia. La madre tiene religión. Pero

El padre no la tiene. Mientras que la madre se arrodilla, el padre permanece de pie. Cuando la madre va a misa, el padre trabaja o se divierte. Comulga la madre, pero el padre quedaría en posición muy difícil, si su hijito le preguntara: "Papá, ¿quién es tu confesor?" Ahora bien,

Ser padre, no es solamente dar la vida material, es también y sobre todo dar la vida espiritual y moral. Se puede ser muy mal padre, y legar millones a su posterioridad. El verdadero padre es el que deja a su prole principios, costumbres, una religión intensa. Y esto no se hace solamente con la palabra, sino con el ejemplo. Sólo se da lo que se posee. El padre de familia que no tiene religión, no puede darla a sus hijos.

Admito que, tras un padre indiferente, puede verse

una madre y una hija aplicadas a sus deberes y constantes en la fe. Admito también que la indiferencia religiosa paterna puede ser inofensiva durante los primeros años de la infancia. Pero he ahí que llega

La estación de las tormentas para este adolescente. Tendrá necesidad de un gran ejemplo procedente de la vida de su padre para fortalecerle contra las corrientes. Se le ha frustrado. Se pierde. Y desde el fondo del abismo podrá exclamar: "Padre mío, no eres inocente de mi catástrofe. Me enseñaste, si no con tus palabras, con tus actos, que los preceptos del cristianismo no eran tan rigurosos como lo parecen, y que la religión era únicamente buena para los niños y las mujeres. Te miré, te creí, y me porté como tú."

¿Por qué tenemos tanto trabajo, señores, en educar cristianamente? Hace ya cien años que se rompió la unidad religiosa de la familia. Hace ya cien años que las almas juveniles son disputadas, zamarreadas, desgarradas en sentido contrario por influencias domésticas que se combaten y se entrechocan ante su vista. Hace ya cien años que no edificamos más que sobre arena, que elevamos edificios que se derrumban, que no producimos más que ruinas. Por último

IV. El hombre es jefe.

He ahí una parroquia, una ciudad, una sociedad. Las mujeres tienen religión. Esto ya es algo, y aun mucho. Nada se pierde, todo puede salvarse, si el espíritu y el corazón de la mujer no se echan a perder: Doctrinas materialistas, escépticas y ateas, profetas de la incredulidad, y de la nada, tenéis por enemigos a la mujer, con sus innatas ternuras y purezas, que la hacen refractaria a la corrupción del espíritu y a la de

los sentidos; a la mujer, con ese poder sobrenatural de que la ha revestido el cristianismo. Y mientras no hayáis cerrado los labios de la mujer cristiana, no habréis acabado con el reino de Dios en la tierra. He ahí, pues, una sociedad. La mujer tiene religión. Pero

El hombre no la tiene. Es esto un gran peligro y una gran desgracia, porque el hombre, mucho más que la mujer, tiene en su mano los destinos de la religión y el porvenir de la patria. De él proceden las influencias potentes, las direcciones dicisivas, las orientaciones definitivas. La acción de la mujer expira en el hogar doméstico; la acción del hombre se ejerce fuera del hogar, en la calle, en el taller, en la plaza pública, en el despacho, en el almacén, en el estrado, en el campo, en las asambleas, en todos los puntos de la vida social. La mujer es aquí bajo el ser débil; el hombre es el ser fuerte, el ser directivo, el ser responsable. En una palabra, es el jefe, no sólo jefe de la familia, sino jefe de la cultura, jefe del taller, jefe del despacho, jefe del ejército, jefe del gobierno.

Con su palabra y su pluma difunde las ideas.

Con su ejemplo forma las costumbres.

Con su voto hace las leyes.

Sí, pues, el hombre no tiene religión, siembra ideas anticristianas, rebaja el nivel de las costumbres públicas; elige mandatarios que se le parecen, los cuales fatalmente dictan leyes antirreligiosas. Porque, notémoslo bien, los Parlamentos no son la emanación y representación de la nación, sino solamente la emanación y representación de la parte viril de la nación. En resumen, señores, un pueblo vale lo que valen los hombres que lo componen. Así, pues, para hacer un pueblo cristiano, no basta que las mujeres tengan re-

ligión; es preciso que los hombres tengan tanta por lo menos como las mujeres.

Tenemos hombres cristianos, pero no bastantes. En esto consiste nuestra debilidad. Practicad vuestra fe, señores, y cada vez más difundidla en torno vuestro. En ello consiste la verdadera fuerza. Ahí está la salvación de lo por venir.

Así sea.

CONFERENCIA VIGESIMOSEGUNDA

La religión es buena para el pueblo... para los ricos

SEÑORES:

Es difícil contentar a todo el mundo. Ofrecemos la religión a los grandes, y nos dicen: Hacedla pasar al pueblo. La ofrecemos al pueblo, y nos dice: Hacedla pasar a los grandes. La religión es buena para el pueblo, dicen los unos. La religión es buena para los ricos, dicen los otros. Voy a responder a estas dos objeciones en tres conferencias sucesivas.

En primer lugar, propóngome hoy mostraros que la religión es buena para el pueblo: 1.° le hace bien; es evidente; 2.° no le hace todo el bien que ella quisiera. ¿Por qué?

I. La religión hace bien al pueblo. Es evidente,

1. El pueblo necesita *instrucción.* ¿Pero es que la religión no ha sido siempre la primera en difundir la instrucción, en darla gratuitamente? ¿Es que no ha suscitado en todas partes maestros a millares y alum-

nos por millones? ¿Es que todavía hoy, en todos los puntos del mundo, no abre escuelas populares? Y cosa curiosa, muestra la religión tanto ardor en instruir y abrir escuelas, que ciertos políticos sospechosos sólo tienen una preocupación: impedirle instruir, y cerrar sus escuelas.

2. El pueblo necesita *costumbres.* Godofredo de Bouillón, en la noche de una batalla victoriosa, respondiendo a las alabanzas de admiración de sus compañeros de armas, decía: "Si nuestras manos han sido fuertes, es porque eran puras." Si el pueblo quiere ser fuerte, sea puro. Pues bien, ¿no es la religión la mejor guardiana de la moralidad del pueblo. ¿Es por ventura en la escuela del Evangelio donde el hijo del pueblo aprende a despreciar a sus padres? ¿Es en la escuela del Evangelio donde el bribonzuelo aprende a pisotear todo pudor? ¿Es en la escuela del Evangelio donde el obrero libertino aprende a beberse su jornal, a arruinar su salud, su inteligencia, su honor, su hogar? Señores, para sanear y moralizar la nación, es preciso obrar sobre las almas, y sólo la religión puede obrar eficazmente sobre las almas. Sólo la religión da al pueblo, con una fe robusta, ideas sanas, gustos sencillos, puras costumbres, hábitos severos, virtudes domésticas, la paz del corazón y la paz del hogar.

3. El pueblo necesita, además de instrucción y buenas costumbres, *un poco de bienestar.* El vientre no entiende de razones. En vano pediremos al pueblo que practique la virtud, si no tiene cierto mínimo de bienestar. Pues bien, para mejorar la suerte de las clases laboriosas, ¿es que la religión no ha hecho prodigios? A todo gemido que da un sonido nuevo y reclama una invención de la caridad, abre la religión su corazón compasivo, su oído atento, su mano que realza y consuela. No sólo la religión cura los padecimientos del pueblo, sino que, si es posible, los previene. Un detalle solamente. *Da trabajo.* Muéstrase dichosa y satisfecha cuando puede abrir grandes canteras, en las cuales se vierte honrosamente el sudor por un salario renumerador. En veinte años, en nuestra ciudad de Orleáns, hemos visto elevarse las tres iglesias de San Paterno, de San Marcos y de San Marcelo, sin contar cien otras construcciones debidas a la iniciativa religiosa. Estas iglesias y estas construcciones no se levantan por sí solas. Hay obreros que extraen la piedra de las canteras, otros que la transforman, otros que la tallan, otros que la disponen en muros, en bóvedas, en columnas. La religión proporciona trabajo a millares de obreros, que de él viven. ¿Y no vale mucho más, desde los puntos de vista de su dignidad y de su moralidad, dar a ganar dinero, cuando se puede, a los que lo necesitan, que regalárselo? Pues la religión hace las dos cosas en amplia medida, y si quisierais calcular el dinero que da y el dinero que hace ganar, llegaríais a sumas fabulosas.

4. El pueblo necesita, con instrucción, buenas costumbres y bienestar, un *poco de bálsamo y un poco de ideal,* para consolar y transfigurar su vida. Por mucho que se diga y se haga, la vida del pueblo es dura, deprimente, dificultosa... Sólo la religión puede eficazmente suavizarla, realzarla, iluminarla. En la escuela del Evangelio aprende uno a ser resignado y honesto, a contentarse con su suerte, a elevarse, a consolarse, a ennoblecerse; ante el recuerdo del taller de Nazaret, se siente el obrero orgulloso del trabajo

que endurece sus manos y del sudor que corre por su frente; a los pies del crucifijo, contemplando las heridas del Salvador, puede todavía la mujer más desheredada de los bienes de este mundo, sonreír por entre sus lágrimas; en nuestras iglesias, el alma del pueblo, inundada de luz sobrenatural, produce cosechas de oro, y recibe la más autorizada, la más alta, la más bienhechora educación intelectual y moral del mundo. *La religión hace bien al pueblo.* Esto es tan claro, tan evidente, que no tengo valor para insistir en ello.

II. La religión no hace al pueblo todo el bien que quisiera. ¿Por qué?

He ahí un problema que interesa estudiar y es necesario resolver. La religión no es indiferente, ni hostil a las necesidades del pueblo. Ama con amor de predilección a los pequeños, a los humildes, a los abandonados, a los que padecen, a los olvidados. Los oprime contra su corazón. Los realza, los apacigua, los asiste, los consuela. Esto no obstante, su acción es a menudo impotente, su palabra poco escuchada, sus ventajas y beneficios, mal acogidos. ¿De quién es la culpa?

1.° *Será que los ministros de la religión* están *faltos de habilidad y abnegación?* No lo creo. Sin tener la pretensión de ser perfecto, el clero contemporáneo en su conjunto hace casi todo lo que puede por las clases populares.

Somos los servidores del pueblo, y a él consagramos la mayor parte del tiempo, de nuestras fuerzas, de nuestros recursos, de nuestra apostólica actividad. Ciertamente que los ricos tienen un alma que salvar, y no pueden prescindir de nuestro ministerio. Pero tienen menos necesidad de nosotros que los pobres, y, de hecho, cuando los visitamos, es con frecuencia para el consuelo de los menos favorecidos. Y nuestros hermanos, nuestros religiosos y nuestras religiosas, en la escuela, en el hospital, en las casas particulares, ¿a quién consagran su vida sino a los pequeños, a los desheredados de los bienes de la tierra? No tenemos, pues, nada que reprocharnos con relación al pueblo. Inocentes de sus padecimientos, no somos responsables de ellos, como no lo somos de su libertad, de su felicidad, de su dignidad.

Por otra parte, ¿cómo los ministros de la religión podrían carecer de destreza o de afecto para llegarse al pueblo y hacerle bien? Casi todos han salido del pueblo. Antes, se reclutaba el clero con frecuencia en la clase rica. Hoy es por rara excepción. Por término medio, puede afirmarse que de cien eclesiásticos franceses, sólo diez pueden vivir de sus rentas. Los sacerdotes, los Hermanos, las Hermanas, pertenecen en su gran mayoría a la clase obrera, y han llegado al sacerdocio y a la vida religiosa procedentes del taller, de la pequeña tienda, del trabajo de los campos, de la guarda del ganado. Sus padres los criaron con el sudor de su frente, porque toda su fortuna consistía en sus brazos. Somos vuestros parientes, vuestros vecinos, vuestros amigos, vuestros compatriotas, vuestros hermanos. De suerte que, al amar al pueblo, nos amamos a nosotros mismos, y al servirle, obedecemos al mandamiento divino. Le pertenecemos por derecho de nacimiento y por derecho de vocación. No es culpa nuestra si la religión no hace al pueblo todo el bien que quisiera.

2.° *La culpa es de los malhechores intelectuales y de los poderes impíos o celosos* que corrompen al

pueblo para mejor explotarlo, y esclavizan la religión para hacerla impotente.

Sí, se ha corrompido al pueblo con sistemas abyectos y pérfidas teorías convertidas en enseñanza de las masas. Se ha dicho de *Dios* que no existe, que es el mal, o que se halla muy lejos de nosotros para que pueda oírnos y cuidarse de nosotros. Se ha dicho de la *fe* que es una debilidad del espíritu y un arranque supersticioso del corazón. Se ha dicho de la *oración* que es un acto estéril, y que ofende la dignidad humana. Se ha dicho del *padecimiento* que es un contrasentido, sin mérito y sin virtud para días mejores. Se ha dicho de la *felicidad* que no se halla más que en las alegrías pasajeras de este mundo, y que la vida futura no es más que un sueño. Se ha dicho de *Jesucristo* que no es más que un hombre, del sacerdote, que es un impostor... En fin, se han dicho absurdos e infamias que han decendido al corazón del pueblo, y mi alma está llena de indignación, no contra el pueblo, cuya dignidad y dolores respeto, sino contra los malhechores intelectuales, los monstruos que han arrebatado a su debilidad todos los refugios divinos abiertos ante ella..., contra las doctrinas impías que han destruído las creencias religiosas, y que, al despoblar el cielo, han desilusionado la tierra.

Si todavía en esta gran tormenta de impiedad, hubiese tenido la religión libertad para mostrarse, para hablar, para obrar, para difundir sus beneficios, hubiera ciertamente prevalecido sobre el error y la mentira. Pero no. Más de una vez desde hace cien años, ha estado el poder en connivencia con la religión. Más de una vez los legisladores han otorgado a la impiedad todas las libertades, y han reservado todas las cadenas a la religión. Más de una vez han promulgado leyes y

decretos para oprimir a la Iglesia en su palabra y en sus actos, para cerrar sus labios y encadenar sus manos, para contrariar su enseñanza y su caridad, para destruir sus obras e impedirles nacer, para desacreditar y aniquilar su clero y sus Ordenes religiosas, para sepultarla, en una palabra, en la impotencia y en la impopularidad... No, si la religión no hace al pueblo todo el bien que ella quisiera, no es culpa suya. Entre ella y el pueblo se han levantado murallas de prejuicios, de calumnias, de injusticias, murallas de leyes, de decretos, de circulares.

Conclusión.—Hay que echar por tierra esas murallas. Es necesario y es posible. El 24 de Febrero de 1848, sublevado el pueblo de París, recorría la ciudad procurando derribarlo todo, cuando de repente, en medio de aquel derrumbamiento general de todas las cosas, encontró un obrero la figura de Jesús crucificado. Cógela al punto, y elevándola por encima de su cabeza, exclama: "¡Honor a Jesucristo, nuestro rey y señor!" Y el pueblo, conmovido, en medio de su agitación, de su cólera revolucionaria, sigue al obrero y lleva el crucifijo a Nuestra Señora. Esta tarde, señores, llevado por su sacerdote, seguirá Jesucristo las naves de esta iglesia. Vosotros le seguiréis agrupados en cortejo imponente y grandioso. Y con vuestra asistencia, con vuestra actitud, con vuestros cánticos, repetiréis este grito sonoro y vencedor: "¡Honor a Jesucristo, nuestro rey y señor!".

Así sea.

CONFERENCIA VIGESIMOTERCERA

La religión es buena para el pueblo...para los ricos
(*Continuación*)

SEÑORES:

Los unos dicen: "La religión es buena para el pueblo." Los otros dicen: "La religión es buena para los ricos." Con tal que ellas no se excluyan, estas dos proposiciones son, no solamente inofensivas, sino absolutamente verdaderas. Os demostré el domingo pasado que la religión es buena para el pueblo. Os probaré hoy que es igualmente buena para los ricos, a los que se impone como obligatoria y como necesaria.

I. La religión es obligatoria para el rico.

Tanto como para el pueblo, por cuanto ante Dios todos los hombres son iguales. Todos salieron de la misma nada, y todos tienen el mismo destino. El más altivo potentado y el último de sus subordinados son hermanos. No hay dos especies de hombres. Luego no hay más que una ley moral y religiosa que obliga a todo el

linaje humano, así a los que están arriba como a los que están abajo, al rico y al pueblo, y aun *al rico más que al pueblo.* ¿Y esto por qué?

1.º El rico está *favorecido*. La religión es para él un deber de gratitud. La riqueza reconoce tres fuentes: la herencia, el trabajo personal y la suerte. Hay otra, la injusticia. Pero no hablo de ella. Los que se enriquecen injustamente son seres sin conciencia. Son bestias feroces que viven de la sangre de las otras. No son hombres. Los desprecio, y paso adelante. He ahí un hombre que es rico *por herencia*. Halló en su cima una fortuna ya hecha. Obrero privilegiado, fué pagado de antemano. ¿Que había hecho para merecer tal ventaja? Nada. Cuanto mayor es el beneficio, más profunda debe ser la gratitud. La religión ha de ser para él un deber sagrado de reconocimiento. He ahí un hombre que se ha enriquecido *con su trabajo personal.* Calculó, emprendió, penó, triunfó. Bien está. Pero ¡cuántos otros hay a su lado cuyos sudores no han sido recompensados por los mismos éxitos! ¡Cuántos otros sembraron mucho, y trabajaron mucho, y no recolectaron nada! Dios bendijo y fecundó su labor. La religión es para él un deber sagrado de reconocimiento. Finalmente, he ahí un hombre que se ha hecho rico por la *suerte*. Hizo una especulación lícita, que nada le costó, y se embolsó un beneficio considerable. La fortuna le ha sorprendido durmiendo. Se acostó pobre y se despertó con un gran lote. Ahora bien, ¿qué es la suerte sino el incógnito de la Providencia, sino la intervención inesperada de Dios, que todo lo dirige? Este hombre es rico. No debe su riqueza ni a él ni a sus antepasados. Se la debe a Dios. La religión es para él un deber sagrado de reconocimiento. El rico es un hombre

favorecido. La importancia de sus privilegios aumenta la extensión de sus obligaciones en vez de reducirla.

2.° El rico está *en lugar elevado*. La religión es para él un deber de buen ejemplo... *Máximo du Camp* refiere que, estando en Argelia, oyó en una tienda vecina de la suya un soldado agonizando que preguntaba al médico: "¿Es verdad, señor, que cuando uno muere, todo muere? Después de la vida, ¿no hay nada?"—"No, no hay nada"—respondió el médico con fría indiferencia. "Ante este "no" mentiroso—continúa Máximo du Camp,—mi primer movimiento fué levantarme para agarrar a este hombre y gritarle: "¡Desgraciado, mentís! La vida no es un paréntesis demasiado corto entre dos nadas. Sí, pobre soldado, hay algo después de la muerte; hay la eternidad." Pero el respeto humano me retuvo, y tranquilicé mi conciencia diciéndome: Iré luego, cuando haya salido el médico, y en último resultado no es obligación mia. Por desgracia, cuando hubo salido el médico, y quise desengañar a aquel hombre, estaba muerto..." ¿Qué os parece, señores? Aquel moribundo ignorante, que preguntaba al hombre instruído si había algo después de la muerte, ¿no es imagen de esa gran muchedumbre, no es el pueblo que mira hacia las cumbres, que se dirige a los que estáis colocados más altos que él, preguntándole lo que debe creer y lo que debe hacer? El ejemplo de las clases ricas arrastra la masa de la nación. El pueblo se tornará cristiano a medida que los que han recibido el don de inteligencia y de fortuna le den ejemplo de una fe animosa y comunicativa. Cuando ocurrió el incendio del Bazar de la Caridad, la *duquesa de Alençón* permaneció allí, no se movió de su puesto hasta el final, porque decía que debía dar ejemplo, ya que los presidentes deben salir los últimos. Y su hijo, que conocía bien la alteza de su natural y de su alma cristiana, exclamó: "¡Si mi madre estaba allí, es muerta!" He ahí, señores, la misión del rico. Colocado en puesto elevado, debe dar buen ejemplo. Y por este título también, la religión es para él más obligatoria que para el pueblo.

II. La religión es necesaria al rico

como al pobre, porque todos los hombres, no solamente tienen la misma naturaleza, sino casi las mismas necesidades.

Para todos los hombres el mal es atractivo, la virtud difícil, el dolor inevitable, las tentaciones numerosas. Nadie puede prescindir de las creencias y energías religiosas, y *el rico menos que el pobre*. En efecto, el rico tiene dos tentaciones particulares muy peligrosas y sutiles: el goce y el egoísmo... Nada como la religión para vencer estas dos tentaciones.

1.° La primera tentación del rico es el *goce*. Cuando uno es rico, cuando se tiene todo lo que se desea, cuando se está colocado sobre un pedestal rodeado de servicios, *siéntese uno tentado a gozar con exceso*. ¿Que hace la religión? *Modera el goce*. El dinero, he ahí el gran instrumento del goce, he ahí el gran peligro del rico. Escuchadme bien sobre este punto.

¿Es uno culpable porque es rico? No. ¿Es uno culpable, cuando se posee, de querer poseer más? No. La religión no dice esto, y nadie lo cree. Comerciantes, banqueros, propietarios, pequeños burgueses oyen, el domingo, contra el dinero discursos que parecen aprobar, y al día siguiente vuelven a sus negocios con más ardor que nunca. Es que, en efecto, está en la natu-

raleza de las cosas que el hombre ensanche sin cesar el círculo en que está colocado. Si es sabio, quiere saber más. Hombre de negocios, quiere poseer más. Esto es, esto debe ser. Si se lo prohibís, tocáis de esterilidad todas las empresas, matáis el trabajo y el progreso. La religión no condena, pues, el dinero como un mal. Pero lo señala como un peligro. Podría compararse el dinero al fruto de la viña. El vino es excelente, y la Sagrada Escritura nos dice que regocija el corazón del hombre. Esto no obstante, este licor ofrece un peligro. Tomado en gran cantidad, embriaga, turba la razón, y pone al hombre al nivel del bruto. Así, el dinero no es un mal, pero sí un peligro. En presencia de este peligro, la religión interviene y dice: "¡Ay de ti que eres rico, no porque seas rico, sino porque, si pones tu vida en tus bienes, si haces del dinero un fin en vez de hacer un medio, si te sirves de él para el goce ilimitado y prohibido, y no para tu honesto sustento y tu propia santificación, para gloria de Dios y bien de tus hermanos, el dinero te condenará. ¡Ay de ti que eres rico y no sellas tu vida con un poco de bien! Algunas salidas de sol, algunos ocasos, quizás una aurora, una puesta de sol, y todo se había acabado para ti, y tus riquezas quedarán aniquiladas, y comparecerás con las manos vacías ante el tribunal de Dios." Así habla la religión.

Y si apartáis de la cumbre de la sociedad, en donde precisamente la voluptuosidad es más refinada, la ambición más ardiente, más implacable la venganza y más imperiosa todas las pasiones, porque cuentan con tantos medios para satisfacerse... ¿qué ocurre entonces? Rompéis el dique por el lado en que las aguas se precipitan con más violencia, apartáis el remedio de los lugares en que el contagio hace mayores estragos. Esto es sencillamente insensato. La religión es necesaria al rico; le modera, y, además, le enternece.

2.º La segunda tentación es el *egoísmo*. Cuando uno es rico, siéntese tentado, no sólo a gozar con exceso, sino a no pensar más que en sí mismo y olvidar el resto del mundo. Aquí, señores, nadie tire la primera piedra a su vecino. Todos estamos en el mismo caso, en las mismas circunstancias, y expuestos a los mismos peligros. Si el más pobre de mis oyentes se hiciera súbitamente rico esta noche, y yo se lo deseo, le predigo que mañana tendría todas las tentaciones del rico. Si no procediera con prudencia, sería presa del goce y del egoísmo. Cuando uno es rico, experimenta la tentación de no pensar más que en sí mismo... y si sucumbe a esta tentación... ¡es horrible! ¿Qué hace la religión? *Enternece al egoísmo.*

Despierta la atención del rico sobre los que están colocados por debajo de él. Predica al rico la justicia, la benevolencia, la caridad. Dice con León XIII: "Los que son ricos tengan corazón y entrañas para los que ganan el pan con el sudor de su frente. Los patronos están obligados a considerar al obrero como un hermano, a suavizar su suerte en los límites de lo posible, y, por condiciones de equidad, a velar por sus intereses, tanto espirituales como corporales, y especialmente a no apartarse jamás, con respecto a él y en detrimento suyo, de las reglas de la equidad y de la justicia con miras a provechos y ganancias rápidas y desproporcionadas." La religión despierta la atención del rico sobre los derechos y necesidades de los menos favorecidos, sobre las reformas legítimas y posibles que tienen por objeto repartir mejor el bienestar, y hacer partícipes al mayor número de aquello que hasta ahora

era sólo privilegio de unos pocos. Pero la religión no se contenta con conmover el corazón e inquietar la conciencia del rico, sino que

Solicita su generosidad en favor de los que están colocados un poco por debajo de ellos. Armada de las promesas y amenazas de Jesucristo, se dirige a los egoísmos de arriba, los provoca, los suaviza... y bajo su influencia, torrentes de beneficios descienden de las cumbres a los valles de la sociedad. Y si me decís que hay ricos que tienen religión y no son bienhechores, misericordiosos, generosos con los humildes, os atajaré el paso, y os diré: Dispensadme. Esos no son cristianos. Son formalistas. Tienen el exterior de la religión, pero no poseen el espíritu de ella. Son herejes, pues enseñan al mundo que el Evangelio carece de eficacia, y que la sangre de Jesucristo no regó la tierra más que para dejar en ella la aridez del desierto...

Cuando la religión es verdadera, intensa, substancial y viviente, obra necesariamente sobre el rico. Lo modera, lo enternece. *Sin religión*, os pregunto: ¿qué poder del mundo impedirá que los dichosos de la tierra gocen con exceso y no piensen más que en ellos? Sin religión, volvemos por la fuerza de las cosas a la esclavitud de la antigüedad, es decir, a un estado social que permitiría a unos cuantos hombres divertirse todos los días de su vida a expensas de las diecinueve vigésimas partes de sus semejantes reducidos a la condición de bestias de servicio: *humanum paucis vivit genus*. ¿No queréis esto? Yo tampoco. Luego no decid que la religión no es buena más que para el pueblo, pues es obligatoria para todos, necesaria a todos, buena para todos.

Así sea.

CONFERENCIA VIGESIMOCUARTA

La religión es buena para el pueblo... para los ricos

(*Continuación*)

SEÑORES:

La religión es igualmente buena para el pueblo y para los ricos. Ya lo hemos visto. La religión es el lazo de unión entre el pueblo y los ricos. Esto es lo que vamos a ver en el día de hoy.

Estamos divididos. No es posible negarlo. Gentes nacidas en el mismo suelo y que reposarán en el mismo cementerio se miran como lobos que parecen querer devorarse. ¿Quién nos reconciliará? *¿La ciencia?* No; acorta las distancias, pero no acerca los corazones... *¿La fuerza?* Tampoco; reduce los esclavos al mismo nivel, pero no encadena las almas en el mismo amor... *¿La religión?* Sí: se ha dicho que la religión es un fermento de división y que dividía en dos partes la nación. No conozco mentira más impudente que esta. La religión es esencialmente pacificante y unitiva. Ella dirige al rico y al pueblo, a los grandes y a los

pequeños, a los que están arriba y a los que están abajo, palabras de reconciliación, y les envía el hombre a la reconciliación. Veámoslo. Esto es admirable.

I. La religión dirige al rico y al pueblo palabras de reconciliación. Sois hermanos.

1.º La religión, señores, es razonable y sincera. No compra la popularidad con locuras y mentiras. Luego no enseña la *igualdad absoluta,* que es una quimera y una impiedad. En efecto, las desigualdades sociales existen y son *indestructibles.* Pueden ser atacadas por la cólera, las imprecaciones, las amenazas, los excesos de palabras y de pluma, las huelgas obstinadas, las vías de hecho. Pueden cambiarse por el trabajo, o por medios injustos y violentos. Pueden ser atenuadas por reformas. Pero no pueden ser suprimidas. Los que anuncian el reinado de una igualdad absoluta son embaucadores, y los que corren detrás de esta quimera y creen tocarla con la mano, son víctimas del engaño. Doy por supuesto que se decrete y se opere un hermoso día el reparto de la fortuna pública entre todos los hombres ya iguales. ¿Cuánto tiempo duraría esto? No terminaría la jornada sin que tan admirable equilibrio no se perturbase y se rompiese. La inteligencia distinguida haría fructificar al céntuplo su modesta parte; la inteligencia vulgar apenas podría conservarla. Y veríais a los unos devorando sus recursos en la disolución a los otros conservándolos en la sobriedad. La virtud y el talento se enriquecerían todavía a expensas del vicio y de la ignorancia, y al cabo de veinticuatro horas, la sociedad se os aparecería dividida en dos categorías como la víspera; los grandes y los pequeños. Las desigualdades sociales son indestructibles. *Son necesarias y queridas por Dios.* No es la sociedad lo que se pone aquí en tela de juicio, es Dios. La sociedad no puede marchar sin la diversidad de las aptitudes y de las profesiones, que responden a la multiplicidad de necesidades sociales. Ahora bien, para satisfacer todas las exigencias del movimiento regular de la sociedad, Dios, en su sabiduría, juzgó bueno repartir desigualmente los dones naturales, y este reparto desigual de los dones naturales, conduce necesariamente a la desigualdad de las condiciones sociales. En suma, la igualdad absoluta es una quimera, porque va contra la esencia de las cosas, y una impiedad, porque va contra la voluntad de Dios. La religión no enseña semejante impostura; la deja a los políticos de baja estofa que explotan cínicamente la incredulidad popular.

2.º La religión dice al rico y al pueblo: *sois hermanos.* La igualdad absoluta es una demencia; la fraternidad humana es una verdad.

Nada más razonable. En una familia, no todos los hijos tienen la misma edad, ni la misma inteligencia, ni la misma fisonomía, ni el mismo vigor físico, ni las mismas costumbres, y, sin embargo de ello, todos son hermanos nacidos del mismo padre y de la misma madre, igualmente amados. El uno será sacerdote, el otro magistrado, una hija entrará en el claustro, un hijo ceñirá espada, y, si la familia es numerosa, se verán jóvenes vástagos salidos de la misma cepa prosperar y engrandecerse en las honrosas profesiones de la agricultura, de la industria y del comercio. Y también se verán algunos vegetar en difíciles situaciones. Y si un día, después de diversos cambios de fortuna, todos estos hijos vuelven al hogar que los vió nacer, junto a un padre y una madre agobiados por

la edad y cargados de méritos, ¿creeréis que la desigualdad aparente que los distingue en el mundo, les impedirá reconocerse como hermanos y abrazarse como tales sobre el corazón, todavía caliente, de sus queridos padres? No... Pues bien, esto es lo que ocurre en la sociedad. Las condiciones son desiguales entre los hombres, pero todos los hombres son hermanos. Tienen la misma cuna; todos proceden de Adán por vía de generación. Tienen el mismo Redentor; todos fueron rescatados por la sangre de Jesucristo. Tienen el mismo destino; comparecerán todos ante la justicia divina. He ahí la enseñanza de la religón. Nada más razonable.

Nada más saludable. Como dice Julio Simón: "La falta común del rico y del pobre, del patrono y del obrero, consiste en no escuchar a Jesucristo que les dice: "Amaos los unos a los otros." Y añade: "Nada conseguiréis con la aritmética únicamente, con la reglamentación de las horas de trabajo, de las ganancias y de los salarios... Para que el mundo marche bien, es preciso poner en él la fraternidad." ¡Ah, que verdad es esto! Pero ¿quién puede realizarlo sino la religión? Ella aporta a los hombres las palabras de reconciliación. Ella les dice: "Sois hermanos" Y sin discusión, sin vacilación, por esta simple frase, clara y potente, tiene acción sobre todas las almas; sobre las que mandan y sobre las que obedecen, sobre las que poseen y sobre las que nada tienen, sobre las que padecen hoy y sobre la que padecerán mañana, y solamente a su voz, vemos que el respeto y el amor suben y bajan como dos ángeles titulares la prolongada escala social, acercando los extremos de ella. Vemos que el pobre mira sin envidia al rico, que se inclina tiernamente hacia él. Vemos que aquellos a quienes dividen las desigualdades

sociales, se encuentran y se saludan como hermanos. La religión, con su mano divina, mantiene encendido y resplandeciente sobre el mundo el dogma sagrado de la fraternidad humana..., y comienza la reconciliación. Pero todavía hace más.

II. La religión envía al rico y al pobre el hombre de la reconciliación: el sacerdote.

Señores, el sacerdote no desempeña ningún papel mejor que el de la reconciliación, y así, cuando se dice que reconcilia a los hombres con Dios y a los hombres entre sí, casi se ha dicho todo. Con una sola frase se ha expresado su misión y proclamado toda su gloria. Vamos a verla.

1.° *El sacerdote es el hombre de todos.* Se dirige *a todas las edades* de la vida. Ama la infancia, la juventud, y su dicha consiste en instruirla, en preservarla, en purificarla, en santificarla. Ama la edad madura, y quisiera salvar del olvido de Dios, de la atracción de los negocios y de las pasiones a tantos hombres como viven aquí bajo como si todo se encerrara en la vida presente. Ama la vejez, y corre tras la vida que extinguen para abrirles los horizontes de la eternidad y transfigurarlos en el último perdón. El sacerdote es el hombre de todos. Se dirige *a todas las opiniones* razonables. Tened las ideas políticas honestas que queráis. Yo os digo que esto nos es igual. Tenéis un alma, ¿no es verdad? Sois pecadores, padecéis, y mañana moriréis. Esto nos basta. Nuestro puesto está señalado junto a vosotros. Corremos a curar vuestro pecado, a sobrenaturalizar vuestros dolores, a santificar vuestra muerte. Apartamos vuestra bandera política, y somos vuestros

humildes y afectuosos servidores. El sacerdote es el hombre de todos. Se dirige *a todas las condiciones* sociales. Visita con la misma sencillez al rey, al sabio, al obrero, a la gran dama, al campesino. Con el mismo paso entra en el palacio que en el taller, en el salón que en la cabaña. Con los mismos ojos mira la púrpura que el sayal; respetuoso con los ricos, pero sin lisonja, caritativo con los pobres, pero sin buscar vana popularidad, deudor de todos, pero responsable únicamente ante Dios. Cierto que no desprecia las distinciones sociales necesarias y que no es preciso suprimir, pero no les da más que un valor relativo y contingente, y detrás de esas decoraciones teatrales, ve siempre las almas, que tienen las mismas necesidades, las mismas aspiraciones, las mismas miserias. La religión toma su sacerdote, lo coloca en medio de la sociedad, y le dice: "Tú eres el hombre de todos. Dirígete a todos." Y el sacerdote se dirige a todas las edades, a todas las opiniones, a todas las condiciones... Y no solamente circula por todas las fracciones del cuerpo social, sino que se interpone entre la cumbre y la base para armonizar todas las piezas del edificio.

2.º *El sacerdote es el mediador entre todos.* La sociedad ofrece un espectáculo horripilante. Mientras que en el mundo animal todos los seres comen según su hambre, y beben según su sed, en la familia humana veréis arriba la abundancia y abajo la miseria. ¿Cómo conciliar estos dos extremos, los que tienen demasiado y los que no tienen bastante? ¿Será preciso decir a los unos que todo está bien y que no tienen que hacer más que gozar? Esto sería renegar del espíritu de Jesucristo? ¿Habrá que decir a los otros que todo está mal y que tienen el derecho de establecer la igual-

dad en la posesión y en el goce? No. Sería renegar del Espíritu de Jesucristo. Quieren algunos que el sacerdote tome el partido de los que poseen, y se constituya en guardián de la caja de caudales; otros quieren que tome el partido de los que no poseen y les asegure la mitad de la herencia. Ministro de Jesucristo, el sacerdote no hace, no hará ni esto ni aquello.

Mediador pacífico, se interpone entre el orgullo egoísta que insulta desde arriba, y la envidia niveladora que insulta desde abajo, entre los que se llaman privilegiados y los que se llaman desheredados, declara a todos que el odio es impío y nada resuelve, y predica a todos la justicia y la caridad, diciendo al pueblo: "Te prohibo tomar", y al rico: "Te ordeno que des", y a todos: "Amaos los unos a los otros". Allí está él, en medio del mundo, con las dos manos extendidas, la una para recibir, y la otra para distribuir. Apacigua las almas, consuela los cuerpos, modera los conflictos, amortigua los choques; disipa las malas inteligencias, y, en la medida de lo posible, trabaja en la solución de los grandes problemas económicos que atormentan al siglo.

¿No hemos visto, hace pocos años, al *emperador de Alemania* dirigir un llamamiento al obispo de Breslau y concederle la presidencia de una de las secciones más importantes de la Conferencia de Berlín? ¿No hemos visto los obreros de los docks de Londres hacer un llamamiento al cardenal *Manning* y aceptar su arbitraje? Y en una esfera mucho más humilde, ¿es que no veis todos los días a *vuestros sacerdotes* recorrer todos los grados de la escala social, ir constantemente de los grandes a los pequeños, y arriesgarse, por decirlo así, en medio de las mil peripecias que compone la superficie móvil de este mundo?

Dejadnos hacer, señores, dejadnos pasar. No somos los hombres de un partido, de una casta, de una condición cualquiera. Estamos por encima de las clasificaciones sociales, y tenemos la misión de reunirlas todas en la misma fe, el mismo respeto, la misma justicia, el mismo amor. Somos los hombres de todos y los mediadores de todos.

Nuestra misión es difícil, pero espléndida. Como mediadores, con frecuencia nos vemos oprimidos entre los rodajes que queremos armonizar. Como ministros de Jesucristo, somos casi siempre desconocidos como nuestro divino Maestro. Nuestro siglo no es mejor para nosotros que los siglos precedentes, y hoy más que nunca, hay gentes que se hacen una clientela y una popularidad desgarrando nuestro manteo y arrojándonos como pasto a los instintos depravados del mundo. ¿Qué importa? A los que no quieren ni comprendernos, ni aceptarnos, ni hacernos justicia, digamos como Augusto a Cinna:

> ¿Traicionas mis beneficios? Quiero redoblarlos
> De ellos te colmé, te agobiaré con ellos.

Nosotros pertenecemos a Dios y a todos. Y hasta nuestro último suspiro, permaneceremos en medio del mundo, desempeñando nuestro papel de pacificadores, trabajando en reconciliar los hombres con Dios y a todos los hombres entre sí.

Así sea.

CONFERENCIA VIGESIMOQUINTA

La religión es buena para el pueblo... para los ricos
(*Conclusión*)

SEÑORES:

La religión es igualmente buena para el pueblo y para los ricos. Es el lazo que los une. Ella les dirige las palabras de la reconciliación: "Sois hermanos", y les envia al hombre de la reconciliación: el sacerdote. Y añado que los llama a la cita de la reconciliación, que es el templo católico, y allí les asigna el mismo sitio, les da el mismo espectáculo, les enseña la misma doctrina, les ofrece el mismo banquete. Veámoslo. Esto es único en el mundo. Sería genial, si no fuera divino.

I. La religión llama al rico y al pueblo al mismo templo.

Dos puntos hay en los cuales son los hombres verdaderamente iguales: el cementerio y la iglesia. Y aun

en el cementerio, si bien nuestros cuerpos no ocupan los unos más sitio que los otros, los monumentos que cargan sobre ellos protestan contra la igualdad merced a vanas apariencias y fastuosas inscripciones, de suerte que la tumba nos ofrece todavía ilusiones. Por otra parte, el cementerio sólo iguala a los muertos. La iglesia iguala a los vivos. Esto le es enteramente peculiar.

El mundo tiene distinciones legítimas y necesarias. El orgullo las hace a veces intolerables, y la envidia quisiera suprimirlas, o por lo menos encaminarlas en su provecho. El palacio desprecia a la choza y la choza envidia al palacio. La sociedad, cuando bien se la mira, hace temblar. Al lado de un Rothschild, que puede gastar 50,000 francos diarios, vegetan centenares de proletarios que ganan penosamente el pan de su familia. La gran dama, en su lujoso tren, salpica de lodo al pobre diablo que lleva un fardo bajo la lluvia y el viento que le azotan el rostro. He ahí 10, 20, 30 millones de hombres yuxtapuestos en sociedad, es decir, 10, 20, 30 millones de voluntades diferentes, de intereses opuestos, de situaciones diversas, que se entremezclan y entrechocan. La igualdad se proclama locamente en todas partes, pero no aparece en parte alguna. Me equivoco.

Venid a la iglesia. Aquí por lo menos, cada hijo de Dios tiene su casa propia. El rico está con el pobre; ambos lo saben y los dos comprenden que están en su casa. Ambos son invitados en virtud del mismo título, y acogidos con la misma atención. El templo es para los católicos como el corazón de una madre para los hijos de la familia: cada uno tiene en él su parte, y todos lo poseen por entero. He ahí reunidos esos hombres procedentes de todos los puntos de la ciudad, de todas las categorías sociales, de todos los horizontes de la vida. ¿Qué va a hacer la religión? ¿Atizará los odios, profundizará los fosos, acentuará las pasiones rivales que se agitan como olas tumultuosas en esas almas yuxtapuestas? No

II. La religión ofrece al rico y al pobre el mismo espectáculo.

¿Cuál espectáculo? ¿Los esplendores de la arquitectura y de la escultura? Sí, para todos se desarrolla la bella ordenación de nuestros pilares, de nuestros capiteles, de nuestras columnitas, de nuestras estatuas. ¿Los esplendores de las vidrieras y de las pinturas murales? Sí, para todos fueron escritas esas páginas luminosas. ¿Los esplendores del altar, de los vasos, de los ornamentos sagrados? Sí, para todos ofrecen sus magníficos destellos el cobre, el mármol, el oro y la seda. ¿Los esplendores de nuestras sagradas ceremonias? Sí, para todos se desenvuelve el orden pomposo del culto católico. Para todos las vibraciones de los órganos, para todos el centelleo de las luces, para todos el aroma de las flores y el olor del incienso.

Pero por encima de todos esos esplendores, eleva la religión en sus templos un signo augusto, *la cruz,* el Crucificado, de largos rasgos enflaquecidos, con la frente ceñida de espinas, con el cuerpo cubierto de harapos, con el corazón dolorido, de tierna y compasiva mirada; y, dirigiéndose a los privilegiados, dice: "Ricos, he ahí vuestro Dios. Se ha despojado de todo por vosotros; despojaos de todo por El." Y luego, moja los ojos del opulento, enternece sus entrañas, abre sus manos, y hace brotar de su coración ríos de agua viva mostrándole a un Dios crucificado. Después, dirigiéndose a los desheredados, dice: "Pueblo, he ahí tu

Dios, que tanto padeció por ti, y que te reconpensará allá arriba, si quieres padecer aquí en la tierra un poco por amor de Él." Y luego, transfigura el dolor, lo embalsama y lo diviniza, colocándolo bajo la suave radiación de la cruz. La cruz, señores, es verdaderamente el estandarte, la contraseña de los grandes y de los pequeños. Modera a los poderosos y realza a los humildes. Es la decoración de nuestros guerreros y el aderezo de nuestras orígenes. Recoge nuestros últimos suspiros y abriga nuestros féretros. Reposaremos a su sombra cuando la muerte nos haya cubierto de tierra. Durante los cortos días de nuestra vida terrenal, permanezcamos unidos a sus pies. Allí nos congrega la religión, en el mismo templo, ante el mismo espectáculo. Desde allí nos habla. ¿Qué nos dice?

III. La religión enseña al rico y al pobre la misma doctrina.

Una doctrina *fraternal*. Hablando a sus oyentes, salúdalos el ministro de la religión con una invocación del todo ardiente y palpitante: "¡Hermanos míos!" Con una palabra proclama la gran unidad de la familia humana; borra la línea divisoria entre los grandes y los pequeños; echa por tierra los muros de separación; llena los abismos; reconcilia y fusiona su auditorio pasando sobre todas las cabezas el nivel de la fraternidad cristiana. Y desde lo alto del púlpito no desciende ni la adulación para los unos, ni la dureza para los otros. La religión enseña al rico y al pueblo.

Una doctrina *imparcial*. A los que están arriba y a los que están abajo les recuerda que el trabajo es la ley del hombre, y que el trabajo de la inteligencia no

es ni menos pesado ni menos penoso que el trabajo manual; que la desigualdad de condiciones es un hecho providencial, y que la superioridad social merece respeto; que hay que aceptar sin orgullo ni murmuración la parte que Dios nos ha separado de los bienes de este mundo; que el valor de cada cual se mide, no por su fortuna, sino por su mérito y sus virtudes; que la verdadera dicha no consiste en multiplicar los goces con las necesidades, sino en moderar los deseos y en gobernar la voluntad según la ley divina; que nuestro fin no está en nosotros mismos, sino en Dios, que nos espera al término de una vida de trabajos y de pruebas, para coronarla de gloria y de inmortalidad. Así habla la religión. La doctrina que sale de su boca, es una doctrina imparcial.

Una doctrina *transcendental*. Por encima de los horizontes tan tormentosos de la vida presente, abre ella las perspectivas tranquilas y serenas de la vida futura. De los conflictos y aflicciones de la vida, apela ella sin cesar a la justicia eterna de lo alto, la cual restablecerá la exacta balanza del bien y del mal. "¡Oh hombres, dice, amaos los unos a los otros, porque todos sois hijos del Padre que está en los cielos. Vosotros lo ricos sois los primogénitos de la familia, pero vuestra opulencia no es un mérito, sino una responsabilidad. Vosotros los pobres sois los hermanos segundos y menos robustos, pero vuestra medianía no es una vergüenza, sino una prueba. Ante Dios, nada valen las condiciones sociales. A la muerte, criba Dios a los grandes y a los pequeños: sacude el polvo de nuestra vida, pesa nuestras obras, recompensa nuestras virtudes. Los reyes serán castigados si cometieron crímenes; los pobres ocuparán el primer puesto, si construyeron, ca-

varón y acepillaron con resignación y conciencia. ¡Oh hombres, he ahí la verdad!"

Imaginaos, señores, *un pueblo que, cada domingo, oye esta doctrina.* Imaginaos que todas las almas están atentas a estos oráculos que descienden del cielo. Imaginaos que la voz que comprueba y produce la armonía, la voz de la religión, es acogida, creída, obedecida, en todas las aldeas y ciudades que componen la nación... la cuestión social será, en sus tres cuartas partes, resuelta, y habremos dado un paso de gigante en el camino de la reconciliación. ¿Qué sería, señores, si, con la doctrina que nos predica la religión, aceptásemos el banquete al cual ella nos invita?

IV. La religión invita al rico y al pueblo al mismo banquete.

Cierto día, Turena, arrodillado entre la muchedumbre de los fieles, se preparaba para comulgar. Levántase y avanza, con los ojos bajos y las manos cruzadas, hacia la Sagrada Mesa. Uno de sus domésticos, sin percatarse de ello, caminaba delante de él. Advertido el pobre hombre, y confuso de su inconveniencia, acercóse a su dueño y le dijo por lo bajo al oído: "¡Pasad, monseñor!" Turena miró y reconoció a su palafrenero: "Amigo mío—respondió sonriendo,—monseñor se ha quedado en la puerta... Aquí no hay más que un Señor, el que vamos a recibir; ve delante de mí." Parece muy sencillo, ¿no es verdad? decir a uno: "Ve delante de mí." Pero ¡qué bellas y significativas palabras en la boca de un gran capitán! Turena postergaba su categoría, su nombre y su gloria ante la igualdad de un banquete eucarístico.

¡Venid a este festín sublime, hombres tan divididos

de este siglo! Aquí se aprende la caridad de la *benevolencia,* porque comer juntos, sentarse a la misma mesa común, fué siempre el signo más sensible de la simpatía y de la amistad. Aquí se aprende la caridad *del perdón,* porque escrito está: "Los que os llegáis al altar con el corazón ulcerado, dejad en él vuestra ofrenda y reconciliaos primeramente con vuestro hermano." Aquí se aprende la caridad de fraternidad y de *igualdad,* porque todos son llamados, y comiendo la carne del Cordero, confiesan que son hermanos, y más que hermanos, miembros de un mismo cuerpo, que es Jesucristo; Abrazo elocuente, reconciliación memorable aquella en la cual el Dios de los cristianos en persona disipa los rencores, aproxima los extremos sociales, enciende la caridad en las almas, y sella con su sangre el tratado de paz!

Conclusión. Encender la caridad en las almas, unir los corazones...

1.º *Es necesario, y esto es lo que nos falta.* Ciertamente, para hacer marchar la sociedad, no faltan *leyes;* desde hace cien años, se han fabricado a millares. Jamás estuvo más organizada la sociedad. Jamás estuvieron mejor ordenados entre sí los rodajes de su incomparable mecanismo. Pero ¿qué queréis. Falta *el corazón,* falta la unción, falta el aceite. Y así, al frotar los unos contra los otros, chirrían las ruedas, rechinan, se gastan y se dislocan. La sociedad cruje por todas partes. Edificad palacios, engrandeced las ciudades, multiplicad sus avenidas, cubrid la tierra de caminos de hierro y de telégrafos, construid ingeniosas máquinas y leyes más ingeniosas todavía, todo esto os conducirá al abismo, a la decadencia, a la corrupción

y a la muerte, si no lográis calentar los corazones y poner en ellos un poco de amor, un poco de abnegación y sacrificio, esto es, si no lográis unirlos.

2.º *Ahora bien, los corazones se dilatan, se calientan y se unen* en la Iglesia delante de la cruz, al pie del púlpito y del altar... cuando son encaminados hacia el hogar, que es Dios, cuando son arrojados a la hoguera, que es la religión. Allí en nuestros templos, en ese terreno neutro y sagrado, bajo la mirada del divino Crucificado, recibiendo el rocío de la palabra divina, en las sublimes confusiones del banquete sagrado, el rico y el pobre se encuentran y recuerdan que el Eterno es quien los ha hecho, que las desigualdades sociales son niveladas por el amor, que todas las fracciones de un pueblo no constituyen más que un solo pueblo que tiene a Dios por padre y por ley la caridad.

Señores, vosotros amáis a la iglesia, y, como ovejas fieles, acudís asiduamente a ella. Pero hay otras ovejas que no son de este albergue. Preciso es conducirlas aquí. De este modo, no habrá más que un solo rebaño y un solo Pastor.

Así sea.

CONFERENCIA VIGESIMOSEXTA

Yo ya tengo mi religión

SEÑORES:

Para evitar la religión, cada cual procura endosarla a su vecino. Se dice que es buena para los sacerdotes, para los niños, para las mujeres, para los ricos, para el pueblo. Ya he refutado todos esos vanos subterfugios.

Ahora, he ahí otra cosa. Encuentro en mi camino un hombre a quien predico el deber religioso, y me responde: "Dejadme en paz. *Yo ya tengo mi religión.*" Estas palabras son poco sinceras y poco razonables. Esto es lo que hoy me propongo demostraros.

I. Yo ya tengo mi religión. ¿Es esto verdad? Me permito dudarlo.

1.º ¿Conque tenéis vuestra religión? ¿Cuál es? ¿Tendréis quizás una religión *extranjera?* ¿Sois idólatra? No. Os observo, y no veo que hayáis erigido en un rincón de vuestro jardín una estatua a Júpiter y le

tributéis incienso. ¿Sois por ventura budista? No. Si visitáis el Museo Guimet, es como curioso y aficionado no como creyente. Os divierte estudiar el culto de los indos, pero no sois tan simple que os asociéis a él. ¿Sois tal vez musulmán? No. Hasta hoy, no habéis hecho la peregrinación a la Meca y no parecéis dispuesto a ceñir el turbante verde, a recitar el Corán, a prosternaros cinco veces al día, a practicar con piadosa exactitud los ayunos y abluciones que constituyen la religión de Mahoma. No sois, pues, ni idólatra, ni budista, ni musulmán.

2.º Tenéis ya vuestra religión. ¿Qué religión? ¿Sin duda tenéis la *religión de vuestro país?* Hay en Francia tres cultos reconocidos: el culto católico, el culto protestante, el culto israelita. ¿Sois católico? No. Jamás entráis en la iglesia. ¿Sois protestante? No. Jamás entráis en el templo. ¿Sois israelita? No. Jamás entráis en la sinagoga. ¿Profesáis sin duda la *religión de vuestros padres?* Tampoco. Vuestro padre era un ferviente católico, o, por lo menos, respetaba la religión y casi la practicaba. Habéis heredado sus riquezas, pero no habéis heredado sus creencias. Vuestro padre oraba y oía misa. No vais a misa, jamás rezáis. En resumen, no sois ni idólatra, ni budista, ni musulmán, ni judíio, ni protestante, ni católico. ¿Qué sois? Veamos.

3.º Tenéis vuestra religión. ¿Cuál es? ¿Acaso habéis inventado *una religión nueva?*

1. Inventar una religión nueva... *La cosa no es tan fácil como parece.* Muchos lo han intentado y han fracasado. Inteligencias poderosas se han estrellado contra semejante empresa. Al día siguiente del 93, un revolucionario filósofo que había asistido al pillaje de las iglesias y a la matanza de los sacerdotes, se dijo a sí mismo que Francia no podía pasar sin religión, y que, ello no obstante, no podía volver al cristianismo después de haberlo destruído: "Ha llegado el momento —exclamó— de sustituir a Jesucristo. Voy a fundar una religión enteramente nueva, amante del progreso." Y manos a la obra. Agota los recursos de su imaginación, y modela una religión nueva, sonriente, cómoda, hechizadora, una verdadera joya en materia de religión. Era una mezcla de poesía, de filosofía, de filantropía. Había en ella hadas, cánticos, flores, danzas, bueyes y carneros de cuernos dorados. Al cabo de algunos meses, el inventor, Larevellière-Lepeaux, acercóse desconcertado a Bonaparte: "¿Lo creeríais, ciudadano general? Mi religión, tan linda, no arraiga." Y Bonaparte, como hombre inteligente que era, le respondió al punto: "Ciudadano colega, ¿os proponéis formalmente hacer la competencia a Jesucristo? Haced como él. Es el único medio. Haceos crucificar un viernes y tratad de resucitar el domingo." Larevellière-Lepeaux juzgó prudente no intentar la aventura, se retiró tranquilamente a sus tierras de Sologne, y la religión nueva salida de su cerebro, fué licenciada y enterrada entre silbidos. No, inventor de una religión nueva, la cosa no es fácil.

2. Si, ello no obstante, habéis imaginado semejante invento, me gustaría saber *en qué consiste.* Decidme, pues, algo relativo a la fisonomía de vuestra religión. Decidme cuántos artículos hay en vuestro credo. Decidme cuáles son los mandamientos que constituyen vuestro código moral. Decidme a qué prácticas rituales tenéis la costumbre de entregaros. Decidme en dónde se halla el templo en que vais a adorar la

divinidad, y quienes son los sacerdotes empleados en el ministerio. ¡Ay! gran dificultad tendríais en responderme, porque vuestra supuesta religión carece de sacerdotes, de templo, de ceremonias, de símbolo. No existe. Es invisible, no se puede hallar, carece de existencia. No es más que una palabra bajo la cual ocultáis vuestra indiferencia, vuestra falta de religión

Yo ya tengo mi religión. En la inmensa mayoría de los casos, esta quiere decir: "Sirvo a Dios a mi manera, y mi manera de servir a Dios consiste en no servirle. No tengo religión, ni quiero tenerla." Y sobre este asunto, se atrinchera uno en su casa, coloca en un rincón un pequeño confesonario, en el que se confiesa a sí mismo, un pequeño altar, en el que se adora a sí mismo, a falta de algo mejor. Esto pronto está hecho, y no cuesta mucho. Pero semejante conducta, semejante razonamiento son injustificables a los ojos de la razón y de la conciencia. Fácil me será convenceros de ello.

II. Yo ya tengo mi religión. ¿Tenéis derecho a ello? Afirmo que no.

Impónese aquí una distinción importante. Hay que distinguir entre la libertad y el derecho de hacer o no hacer una cosa. De que se tenga la libertad de hacer el mal, no se deduce que se tenga también el derecho de hacerlo. Vuestros hijos tienen libertad para desobedeceros e injuriaros, pero no tienen el derecho de hacerlo. Vuestro vecino tiene libertad para saquear vuestro jardín y vuestra reputación, pero no tiene el derecho de hacerlo. Vosotros los maridos tenéis libertad para apalear a vuestras mujeres, pero no tenéis el derecho de hacerlo. Vosotros los padres tenéis libertad para corromper a vuestros hijos, pero no tenéis el derecho de hacerlo. Vosotros los obreros tenéis libertad para embriagaros y embruteceros, pero no tenéis el derecho de hacerlo. Vosotros los ciudadanos tenéis libertad para dar vuestro voto a un candidato notoriamente perverso, pero no tenéis el derecho de hacerlo. Vosotros los legisladores tenéis libertad para fabricar leyes injustas, expolizadoras, infames, pero no tenéis el derecho de hacerlo. Pues bien, del mismo modo, cuando uno me dice: "Yo ya tengo mi religión," le respondo: "No tenéis ese derecho."

1.° *No tenéis el derecho de no tener religión.*

Sin duda que sois libres. Podéis marchar a derecha y a izquierda, elegir el bien o el mal. Pero vuestra libertad no destruye el soberano dominio de Dios.

Dios es siempre el dueño. Es vuestro creador, vuestro bienhechor, vuestro legislador, vuestro juez. No tenéis el derecho de tratarlo como una cantidad insignificante, ni despreciarlo.

No tenéis el derecho de oponeros al género humano inteligente y honesto. ¡Qué grande es vuestro orgullo! Todos los pueblos han tenido y tienen religión. Vosotros resistís a la evidencia y a la autoridad de semejante testimonio. Pretendéis tener razón contra todo el mundo. No tenéis derecho para ello.

No tenéis el derecho de escandalizar a vuestros semejantes. Vosotros, padres de familia, viviendo sin religión, educáis hijos a vuestra semejanza, destruís en ellos los gérmenes de la fe, impedís su formación cristiana, preparáis una raza de descreídos que serán vuestra vergüenza y la desesperación de la patria. No tenéis el derecho de hacerlo. Vosotros, patronos, viviendo sin ninguna religión, desalentáis la piedad na-

ciente de vuestros aprendices, y dificultáis la vuelta de vuestros obreros a la práctica del cristianismo. No tenéis el derecho de hacerlo. Vosotros, ricos, viviendo sin ninguna religión, dais a las clases inferiores un ejemplo pernicioso. Con vuestra conducta les enseñáis a apartarse con desdén de las enseñanzas de la santa Iglesia. No tenéis el derecho de hacerlo. Vosotros, quienesquiera que seáis, viviendo sin ninguna religión, acreditáis en vuestra parroquia, en vuestro barrio, en vuestra ciudad, en toda la nación, la indiferencia religiosa. No tenéis el derecho de hacerlo. Tenéis la libertad de despreciar a Dios, de oponeros al género humano, de escandalizar a vuestros semejantes. Pero no tenéis el derecho de hacerlo. No tenéis el derecho de no tener religión.

2.º *No tenéis el derecho de tener cualquiera religión.*

Esto sería contrario a la simple razón. ¿Cómo marcharían las cosas si, en el Transvaal, dijeran los boers a su general: "Dejadme hacer. Amo a mi bandera. Yo la defenderé como bien me parezca." ¿Y si en el ejército francés, los soldados dijeran a sus cabos: "Yo haré el ejercicio a mi manera. Tengo mi sistema, y esto me basta?" ¿Y si en una fábrica dijera el obrero a su patrono: "Yo trabajo a mi manera. No tengo que recibir instrucciones de nadie?" Si en la sociedad cada cual se diera a sí mismo su ley y sus costumbres, sin contar para nada con las leyes establecidas y los usos recibidos, se produciría en todas partes el desorden más espantoso. Pues bien, del mismo modo, en el orden religioso, nadie tiene el derecho de elegir la religión que bien le parezca. Esto sería contrario a la simple razón.

Sería también contrario a la voluntad divina. Porque

hay que tener la religión que Dios quiere que tengamos y pertenecer a la Iglesia que El mismo estableció.

En efecto *Dios* no dijo: "Cada cual podrá servirme a su manera." No. Fundó El una religión única, positiva, obligatoria para todos, y envió a la tierra a su Hijo para traernos e imponernos esta religión definitiva. Del mismo modo,

Jesucristo, en su Evangelio, no dijo: "Cada cual podrá servir a Dios a su manera". No, sino que dijo: "He aquí lo que debéis creer, y el que no crea, será condenado. He aquí mis mandamientos, y si no los practicáis, no tendréis la vida eterna. He aquí como debéis orar, como debéis ser bautizados, como debéis comulgar, y si no oráis, si no coméis la carne del Hijo del hombre, no tendréis vida en vosotros." Luego, al remontarse al cielo, dejó Jesucristo aquí bajo, para representarlo y continuarlo, para conservar y difundir la verdadera religión,

Su Iglesia. Dijo Jesucristo a sus apóstoles y a sus sucesores: "Id y enseñad a todos los pueblos. Enseñadles a observar todos mis mandamientos. El que os escucha, a mí me escucha, y el que os desprecia, a mí me desprecia. He ahí que yo estoy con vosotros hasta la consumación de los siglos." Esto está bien claro. Nadie está autorizado para tener una religión propia suya, la religión que le plazca, una religión cualquiera, Es preciso tener la religión que Dios quiere que se tenga, y pertenecer a la Iglesia por El establecida. Todo hombre que no sirve así a Dios, no le sirve en realidad. Claro está que si se engaña de buena fe, su error no le será imputable como pecado. Pero si, voluntariamente, por desdén, sin examen, repudia toda religión, o elige una religión cualquiera, es culpable ante Dios, cuyas órdenes soberanas desprecia.

Señores, no digáis jamás: "Yo ya tengo mi religión." Es una afirmación poco sincera, y enteramente irracional. Si resuena en vuestros oídos, no la toméis en serio, sino que la refutaréis fácilmente, y diréis: "Yo tengo la religión que Dios me impone, que Jesucristo me reveló, y que la Iglesia me enseña, tengo la religión católica, apostólica, romana. Es verdadera, es buena, es bella. Estoy en el camino de la verdad, del bien, de la salvación. En él estoy y en él quiero vivir y morir."

Así sea.

CONFERENCIA VIGESIMOSEPTIMA

Ruego a Dios misericordioso en mi casa

SEÑORES:

Hay quien dice: "Yo ya tengo mi religión." Ya les he contestado. He aquí otros que dicen: "Ruego a Dios misericordioso en mi casa." Estas palabras pueden tener dos sentidos. Pueden querer decir: "Ruego a Dios misericordioso en mi corazón," o bien: "Ruego a Dios misericordioso en mi casa." A esto respondo: "Bien está, pero es insuficiente. Escuchadme y juzgad."

I. Ruego a Dios misericordioso en mi casa.—Bien está.

Rogáis a Dios misericordioso en vuestro corazón. Os felicito. Lo que no viene del corazón, carece de mérito alguno a los ojos de Dios, y los labios que lo invocan mientras el corazón está lejos, no le honran en manera alguna. Fórmulas recitadas sin atención y

sin respeto, no significan nada. Son cortezas vacías de unción y de fruto, que se arrojan a los pies del Señor como un tributo irrisorio. La religión puramente externa, es un acto falto de sinceridad, un cuerpo sin alma, que no agrada más a Dios que una estatua inclinada o arrodillada ante el altar. ¿Rogáis a Dios misericordioso en vuestro corazón? Está bien.

Rogáis a Dios misericordioso en vuestra casa. Esto es mejor todavía. Os felicito por ello de todo corazón. Dios es autor de la familia, y vosotros le reserváis un puesto en el hogar. *Nada más justo.* De El procede toda paternidad. De El procede la bondad en las entrañas de la madre, la autoridad en la frente del padre, la santidad en el lecho nupcial, la bendición en la cuna. *Nada más hermoso* que la oración doméstica. El marido y la mujer se aman bien cuando oran juntos, se comprenden mejor cuando se encuentran en Dios, se perdonan más fácilmente sus faltas comunes cuando se arrodillan ante el mismo Señor. Además, los padres de rodillas son augustos, venerables, siempre venerados y respetados, más grandes y más augustos que cuando están de pie. Predican la fe en Dios; diríase que son sacerdotes en el altar o en el púlpito. Incrustan en el alma de su posteridad las creencias inolvidables, los grandes pensamientos y los generosos instintos del cristianismo. Nada más hermoso, pero ¡ay! *nada también más raro* hoy en día que la oración doméstica. Busco en el hogar el oratorio, el reclinatorio, la palma bendita, los libros de familia, el crucifijo hereditario, el rosario que se rezaba por la noche. Todo falta. Y las familias carecen de costumbres, de lazos, de verdadera felicidad, porque no tienen culto.

Me decís que oráis en casa. Si ello es verdad, está

bien, muy bien. Pero ¿es ello verdad? ¿es ello suficiente? No.

II. Ruego a Dios misericordioso en casa.—Es insuficiente.

Debéis algo más y mejor a Dios, a vosotros mismos, a vuestros hijos, a vuestros hermanos, a vuestra patria. Debéis culto público y social.

1.° *A Dios.*

Cuando uno cree en Dios y le ama, lo hace ver. Ese hijo, que en la tumba de una madre no tiene lágrimas en los ojos, ni consternación en la vista, ni tristeza en su aspecto ni en sus palabras, ¿creéis que las conserva en su corazón? No, en manera alguna. Pues bien, del mismo modo, la religión que no se manifiesta, no existe. En general, los que dicen: "Ruego a Dios misericordioso en mi casa", no se acuerdan de El, y merecen la sangrienta injuria que un árabe dirigía a un oficial francés prisionero suyo: "¡Perro cristiano!" Un día, indignado el oficial, le dijo: "Soy tu prisionero, pero soy un hombre como tú. ¿Por qué me insultas así?"—"¿Tú un hombre?—respondió el árabe.—No. Hace seis meses que estás aquí, y jamás te he visto orar." Cuando se cree en Dios y se le ama, se hace ver. Por otra parte,

Dios es autor de la sociedad, como lo es de la familia y de los individuos; por consiguiente, le debemos homenaje, no solamente individual, sino colectivo y social. Por sus intereses, por sus placeres, por su instrucción, el hombre se une al hombre; el hombre se une al hombre en la política, en el comercio, en la industria, en las artes... ¿Y quedaría aislado el hombre por

la idea que debe dominar todas las otras, por la expresión del sentimiento que más le honra, por la manifestación de la idea religiosa? Esto sería un desorden. El género humano es uno, es como una voz inmensa que se forma de la voz de todos los hombres, y esta voz inmensa y única es el concierto que el cielo reclama de la tierra. Debéis a Dios culto social y público.

2.º *A vosotros mismos.*

Es un hecho de experiencia que todo órgano que no funciona es atacado de parálisis, que toda facultad que dormita contrae una debilidad vecina de la impotencia. Así es la fe. Se enerva cuando no se exterioriza; se asfixia en cierto modo cuando le falta la respiración de fuera. Inmóvil y latente, se entumece y muere. Ya seáis pueblo, ya seáis genio, si queréis que la idea religiosa permanezca clara, precisa, viviente en vuestro espíritu, no hay que interrumpir ni las fórmulas de adoración y de oración que una madre cristiana puso en vuestros labios infantiles, ni la frecuentación del lugar santo a que habituó vuestros primeros pasos, ni las santas prácticas que descubren vuestra frente, cruzan vuestras manos y doblan vuestras rodillas ante la Majestad divina.

También es un hecho de experiencia que la belleza de los oficios, el esplendor del templo, la piadosa y santa gravedad de las ceremonias, elevan el alma y la llevan hasta Dios. Clodoveo, al entrar en la iglesia de Reims ornamentada e iluminada para la ceremonia de su bautismo, quedó deslumbrado, y dijo a San Remigio: "¿Es ese el hermoso cielo que me habéis prometido?"—"No, hijo mío—respondióle el Obispo;—éste no es ni siquira sombra de aquél; pero aquí vais a recibir el carácter que da derecho a él." En efecto, señores, en nuestros templos es en donde se os distribuye la luz del Evangelio; en él son más fervientes y meritorias vuestras oraciones; en él experimentáis sentimientos de alegría, de recogimiento, de veneración religiosa, de saludables remordimientos; en él los niños tienen la visión de las grandes cosas y la audición de los hermosos cánticos que dejan en el alma fuerte impresión; en él la esposa derrama lágrimas discretas, busca y encuentra a Dios la virgen en la sombra y el misterio, y medita el anciano los años eternos. ¿Queréis ser hombres, buenos ciudadanos, perfectos cristianos? Venid a la iglesia. Tenéis necesidad de sus pompas sagradas. Debéis a Dios un culto público y social, y os lo debéis a vosotros mismos.

3.º *A vuestros hijos y a vuestros contemporáneos.*

Padres, vuestro puesto está aquí, no en los campos, ni en los placeres, ni en los negocios. A vuestro lado veremos a vuestros hijos y a vuestros criados. Grabad vuestros pasos en el pavimento del templo. Es un camino que un hijo no olvida nunca, si su padre se lo ha trazado.

También estáis obligados a traer al templo, a arrastrar a él a vuestros contemporánes, a vuestros vecinos, a vuestros amigos, a vuestros clientes. ¡Ay del que se substraiga al ejercicio del culto público! Su ejemplo es un atentado al orden social. Vosotros los humildes inclinaos, porque debéis a Dios el pan de cada día; vosotros los poderosos, hundid vuestra frente en el polvo, porque debéis a Dios vuestra opulencia. Si ese sabio se arrodilla, ¿con que derecho, oh joven, te obstinas en permanecer de pie? Hombres de este siglo, quienesquiera que seáis, dad ejemplo. No podíais creer cuántos son hoy en día los tímidos que esperan para

declararse, ver un hombre que los preceda. Desde detrás de los cristales, miran pasar el mundo, y cuando ven desplegarse la bandera que aman, salen y marchan detrás de ella. Sed ostensiblemente religiosos, y la inmensa multitud marcará el paso detrás de vosotros. Debéis un culto público y social a Dios, a vosotros mismos, a vuestros hijos, a vuestros contemporáneos.

4.° *A vuestra patria*. La patria tiene necesidad de veros al pie de los altares.

Un pueblo es un ser que Dios ha creado, que tiene un alma, una misión, que afronta peligros, crisis, pruebas, y que, por consiguiente, puesto que lanza un gemido, debe hacer una plegaria. Así, *todos los pueblos han orado*. Han levantado templos, han ofrecido incienso, han inmolado víctimas. Todos ellos han tenido una manera pública y solemne de adorar y doblegarse a la Divinidad. Todavía hoy *oran todos los pueblos*. En Inglaterra, en Alemania, en Austria, en Rusia, en Suiza, en Bélgica, en los Estados Unidos, es santificado el domingo, el ejército cumple sus deberes religiosos, la religión figura a la cabeza de todos los programas escolares, hay días de oraciones y de ayunos públicos, y tienen un culto nacional, al cual se asocian oficialmente los jefes de Estado.

Pero hace ya un siglo, treinta años sobre todo, *que Francia no ora*. Francia como nación ya no ora. En nuestro país se ora todavía en los templos, pero la religión ha sido desterrada de la plaza pública (esto impediría la circulación), de las escuelas (esto molestaría la libertad de conciencia de la nuevas generaciones), de las asambleas deliberantes (esto humillaría a nuestros representantes y disminuiría su prestigio). La Francia oficial ya no ora. Un desgraciado subprefecto que, en una alocución de actualidad, llegara por descuido a pronunciar el nombre de Dios, comprometería ciertamente su crédito y su carrera. "El Estado no ora—dice Mons. Bougaud;—he ahí por qué Francia se hunde en desfallecimientos desconocidos." Y añade: "No es ciertamente el más insensato de los crímenes, es la más negra de las ingratitudes."

Y concluye: "*Preciso es, pues, que los católicos suplan* lo que Francia no ha sabido cumplir, como hijos respetuosos que pagan las deudas de su madre, y apresurarán la hora en que Francia comprenda que todas sus glorias datan de la época en que oraba, y todos sus desfallecimientos, del día en que cesó de orar. Hecho esto, la resurrección no se hará esperar. Francia orando y de rodillas ante Dios. ¡podría ser tan grande!"

Ruego a Dios misericordioso en mi casa. Está bien, pero es enteramente insuficiente. Debéis a Dios culto público y social, lo debéis a vosotros mismos, a vuestros hijos, a vuestros contemporáneos, a vuestra patria.

Señores, todo lo que acabo de deciros es tan claro como la luz del día, y vosotros estáis convencidos como yo de la necesidad del culto, exterior, público y social. Continuad, pues, rogando a Dios, no solamente en vuestro corazón, no solamente en vuestras casas, sino también en la iglesia, que es verdaderamente la casa de Dios, la casa del hombre, la casa del pueblo, la casa de todos. Durante esta semana acudid con más asiduidad que nunca a vuestras asambleas religiosas. Atraed, si no los recalcitrantes que no quieren, por lo menos los vacilantes, que no se atreven. Conviértase cada uno de vosotros en un apóstol, es decir, en un hombre convencido y determinado que goza de gran

imperio sobre las almas flotantes. Ved en la plaza pública una asamblea de niños; la firme voluntad de uno solo dirige todos los otros. Hacedlo también así vosotros, señores y queridos concurrentes a nuestras reuniones del domingo. Tendréis una religión activa y conquistadora, y, por medio de vosotros, Dios será conocido y servido, las almas serán atraídas y convertidas, y el siglo quedará mejorado y cristianizado.

Así sea.

CONFERENCIA VIGESIMOCTAVA (1)

La religión ha muerto

Hermanos míos:

¿Quién de vosotros no ha oído decir que la religión se muere, que la religión ha muerto? El día de Pascua me invita a refutar esta fúnebre objeción. Jesucristo resucitado no muere ya, y la religión que germina en su tumba abierta, participa de su divina inmortalidad. ¿Qué es, en efecto, la muerte? Es la soledad, el silencio, la eternidad. Un cádaver queda abandonado, se calla, es infecundo. Pero la religión quizás no ha estado nunca más acompañada, ni jamás ha sido más sonora y fecunda que hoy.

I. Jamás estuvo la religión más acompañada que hoy.

Está sola... Sí, tan sola como puede estarlo quien cuente con diecinueve siglos de recuerdos, con una es-

(1) Esta conferencia fué pronunciada el día de Pascua, en la misa mayor, ante toda la parroquia.

peranza inmortal, con 250 millones de fieles. Pero entre esos fieles ¡no hay más que mujeres y niños!... No, los hombres forman en primera fila, hombres en la flor de la juventud o en el desarrollo de la madurez. La barrera que los retenía en el portal de la iglesia, ha sido rota. Antes los hombres en masa quedaban bajo el pórtico, y se contentaban con un catolicismo oficial, intermitente, platónico. Hoy, avanzan en filas apretadas hasta el púlpito, y aun hasta el altar. A los que negaban el movimiento, el filósofo antiguo les respondía andando. A los que niegan a Dios y a su Hijo, responden los cristianos poniéndose de rodillas. La religión está más acompañada hoy que ayer.

Cada vez hay menos indiferentes. O por ella, o contra ella. Todas las estupideces, todas las blasfemias, todas las ambiciones, todos los apetitos, todos los malos sentimientos, con los cuales tan fácil es dominar a los hombres, se coligan para maldecirla y extinguirla. Pero al mismo tiempo tiene ella por clientes las más hermosas almas, las más santas causas, que se refugian en sus brazos, como durante la tempestad las aves marinas se acercan a los grandes navíos que hienden las olas embravecidas. La *moral,* maltrecha, ajada por los novadores y los laicisantes, corre a vigorizarse en la religión, en la que encuentra su principio, su integridad y su sanción. La *ciencia,* la literatura y las artes, profanadas por los escépticos, y los pornográficos, vienen a pedir a la religión el rayo del ideal, que la materia no puede darles. La *propiedad,* amenazada y quebrantada por los colectivistas, corre a buscar junto a la religión su punto de apoyo, su justificación y su salvación. La *familia,* desorganizada por los neopaganos, se adosa a la religión, única que puede conservarle o devolverle su belleza de los antiguos días. La *patria,* befada por los internacionalistas, acaba de renovar con la religión su alianza catorce veces secular. Las heridas que se le infieren, no proceden de los católicos, sino que los católicos se las curamos. La *virginidad,* vilipendiada por los legistas, corre a refugiarse y revivificarse en el corazón de Jesucristo, en el que tuvo origen. La *caridad,* perseguida como un crimen, y colocada por la ley al nivel del latrocinio, viene a reposar y consolarse en el tabernáculo donde su llama se renueva y se enardece. La *libertad,* violada en el santuario doméstico y aun en lo íntimo de la conciencia por los monopolistas incrédulos, corre a ocultarse en el vestido de la santa Iglesia, y si la religión viniera a morir, la libertad moriría con ella. La religión tiene por clientes: todas las honestidades, todas las virtudes, todas las noblezas del espíritu, del corazón, de la pluma, de la conducta, todas las más hermosas almas, todas las más santas causas. Jamás estuvo la religión mejor acompañada que hoy en día.

La religión es el centro de las evoluciones y agitaciones contemporáneas. Arriba y abajo, en la calle como en las academias, en el café, en el círculo, en la taberna como en la tribuna, se habla de la religión. Quitad la religión, el papa, los obispos, los sacerdotes, los religiosos, y todos los periódicos radicales caerán por no tener ya pasto que ofrecer a sus lectores. En los parlamentos, la cuestión religiosa predomina y sigue todas las demás cuestiones. Preocupa a los gabinetes que se suceden, y les da el matiz que los separa. Se destierra la religión de los abecedarios y se la encuentra en el *Journal officiel.* Se la expulsa de las escuelas, y no se discute más que sobre ella en la Cámara y en el Senado. Quieren evitarla a toda costa, y se abre un camino por entre todos los desdenes, todas las dis-

tracciones, todos los intereses, y entra triunfalmente en el dominio de la vida privada y de la vida pública. La cuestión verdadera, viviente, dominadora, única, es la religiosa. No, la religión no ha muerto ciertamente. Porque la muerte es la soledad, y jamás estuvo la religión más acompañada que hoy en día.

II. Jamás la religión fué más sonora que hoy en día.

La religión habla a las *conciencias*. Carece de ejército, de policía, de tribunales, de prisiones, pero tiene lo que no tienen los poderes de la tierra; autoridad moral, un imperio sobre las conciencias... como decía de Pío VII Napoleón el Grande: "Toma las almas, y no nos deja más que los cuerpos." Los filósofos y los legisladores tienen opiniones, pero la religión tiene dogmas. Ahora bien, las opiniones son variables, y los dogmas son inmutables. Las opiniones son fabricadas por el primer advenedizo, y los dogmas vienen de lo alto. Las opiniones ejercen su imperio por un tiempo determinado sobre la imaginación, todo lo más sobre el pensamiento o sobre la pasión, y los dogmas reinan sobre la conciencia. La religión habla a las conciencias.

Habla *por sus papas, sus obispos, sus sacerdotes,* en sus cátedras, en sus escuelas, en la prensa. Diríase que es una urna enteramente llena, ávida de difundirse. ¿Por ventura, en los veinticuatro años que reina en el Vaticano, no ha vertido León XIII sobre el mundo torrentes de luz que, descendidos de lo alto, se han esparcido a lo lejos como las ondulaciones del mar? ¿Es que a la hora presente, un hombre de buena fe puede encontrar dificultades para hallar sobre la verdad del catolicismo *un libro* fuertemente pensado y magníficamente escrito? Por lo general, los que acusan a la

religión y la condenan, ni la conocen, ni quieren conocerla. Motivo dan para creer que tienen miedo de encontrarla verdadera. No leen nada serio referente a ella, pero si no tienen tiempo de leer, tienen por lo menos la posibilidad de *escuchar*. Porque la religión no tiene más que escritores a su servicio, y tiene miles y miles de labios que la predican. La religión no se oculta en logias subterráneas; todo el mundo puede ver su rostro, en sus templos puede entrar todo el mundo, nadie puede ignorar su doctrina, ni nadie puede poner en duda la sonoridad de su voz.

La religión habla a todos, *aun a los sordos y a los recalcitrantes,* los cuales, uno de estos días veránse obligados a responder a su llamamiento y a creer en su palabra. "Salvadnos, salvadnos", decía Cousin al abate Dupanloup en 1848, y Thiers, espantado, quería entregar a los sacerdotes el monopolio de la enseñanza primaria. El clero no se ha comprometido en ningún negocio ni ha vendido a nadie su conciencia. Ha padecido mucho, y apenas se ha defendido. La paciencia no es un crimen; por lo contrario, es una prueba de su fuerza. Sus ideas no han sido vencidas, por cuando hanse negado a llevarlas a la práctica, y por cuanto se han negado a aplicarlas, se han acumulado los fracasos. Hace promesas; promete asegurar el orden en las almas y puede ser creído, porque quien no engañó antes, no engañará ahora. Cuando el librepensamiento haya agotado sus fuerzas y todo lo haya saqueado; cuando haya agotado la serie de sus negaciones y destrucciones, volverá necesariamente el mundo a la religión, para preguntarle la manera de reconstruirlo todo y salvarlo todo. Ciertamente, la religión no ha muerto. Porque la muerte es el silencio, y nunca fué la religión más sonora que hoy en día.

III. Jamás la religión fué más fecunda que hoy.

Tiene ya diecinueve siglos, pero su vejez como la de Sara, es una vejez fecunda. *Engendra almas.* Produce vírgenes, penitentes, mártires, apóstoles, doctores. Los produce en la vieja Europa y en la joven América. Recupera las almas que le arrebatan la herejía, el cisma y la infidelidad. Produce semilleros de almas, de nuevas cristiandades en el Canadá, en el centro de Africa, en Tonkín, en Australia, en Madagascar. Engendra almas.

Engendra también obras: obras de piedad, que envuelven el mundo como una red de oraciones; obras de propaganda, que irradian el Evangelio hasta las extremidades del globo; obras de caridad y obras de enseñanza, tales como no las conocieron los siglos pasados. Sólo en Francia, las obras de la caridad católica ahorran al Estado un gasto anual de 120 millones. Allí donde hay una lágrima que enjugar, una miseria que socorrer, un muerto que enterrar, un vivo que consolar, allí aparece la religión, sonriente, serena, pura, bienhechora. Sus obras escolares son tan abundantes, tan prósperas, que los hombres del librepensamiento sueñan en suprimirlas, porque desesperan administrarlas. Sus obras prodigiosas de caridad y de enseñanza, las realiza la religión sin tener un céntimo propio, ni pedir un céntimo al presupuesto del Estado. Pero todavía hace más.

Engendra monumentos. De su seno desgarrado, pero inagotable, brotan escuelas, colegios, universidades, monasterios, hospitales, iglesias... y, desnuda de todo, procura a la muchedumbre humana un trabajo honroso y renumerador. Verdad es que

Todo esto no se hace sin esfuerzo, y verdad es que *engendra en el dolor*. Santificar las almas, fundar obras, levantar edificios es una empresa que agota las vidas más robustas. Esto es natural. Todos los partos son dolorosos. Vosotras las mujeres podríais decir lo que os cuesta la maternidad. Lo mismo puede decir la religión. Da la vida a expensas suyas. Ciertamente, la religión no ha muerto, porque la muerte es la esterilidad, y jamás la religión fué tan fecunda como hoy.

Conclusión.—Los muertos están solitarios y silenciosos, son estériles. Cristianos, discípulos de una religión viviente,

No estéis solitarios. Si queréis conquistar las muchedumbres, se ha dicho, bajaos hasta ellas. No, es un método infecundo. Si queréis conquistar las muchedumbres, colocaos, por lo contrario, por encima de ellas. *Afirmad vuestra existencia* mostrando lo que sois, manteniéndoos derechos. En el cielo, Dios dirá de vosotros lo que decía de Job: "¿Habéis visto cuán erguido está mi servidor fiel?" Y en la tierra, vuestra actitud congregará en torno vuestro las gentes tímidas y las almas flotantes. Además,

No estáis silenciosos. Padres de familia, modestos ciudadanos, hombres de influencia, mujeres que vivís en el mundo, obreros que pasáis la vida en el taller, *reivindicad vuestros derechos*: el derecho de creer y de practicar, el derecho de vivir y de morir cristianamente, el derecho de educar a vuestros hijos según vuestras creencias, el derecho de asociaros en la castidad, en la obediencia, en la pobreza, como otros se asocian en el comercio, en la industria, en la bolsa, el derecho de conservar vuestra fe, de transmitirla y propagarla. Hablad. Finalmente, obrad,

No seáis estériles. El verdadero testigo de las convicciones que uno tiene, es la vida que lleva. *Cumplid vuestros deberes* para con Dios, para con vosotros mismos, para con el prójimo, vuestros deberes individuales, domésticos, sociales. Cristianos, sed mejores que los que no lo son, iguales a los descreídos por la inteligencia y el saber, superiores a ello por la conciencia y el celo del bien público. Demostrad la verdad de vuestras creencias por la fecundidad y santidad de vuestras obras. Discípulos de una religión viviente, no seáis estériles, no estéis silenciosos ni solitarios. La vida de Jesucristo resucitado os anima. No la perdáis. Con vuestros ejemplos, con vuestras palabras, con vuestros actos, hacedla, por lo contrario, circular por el mundo que os rodea, y allí, el impulso de vuestra vitalidad religiosa, halle, finalmente, el siglo, la luz, la virtud, y la paz.

Tal será, hermanos míos, el fruto de esta cuaresma. Durante estos cuarenta días, la religión no ha estado *silenciosa*. Os ha hablado por los labios tan persuasivos del Reverendo Padre predicador. En mi nombre y en el vuestro, le doy las gracias por el bien que ha querido hacer, y ha hecho, entre vosotros, por las enseñanzas que nos ha dado con tanto celo y éxito, por las poderosas impresiones de vida sobrenatural que ha dejado en el clero y en la parroquia. Muy cordial y simpático nos será su recuerdo. Nos congratulamos de haber sido el primer teatro de su vida apostólica, y le predecimos un futuro porvenir de fraile dominico. Por otra parte, no ha evangelizado en la *soledad*. La religión no está silenciosa entre nosotros. Tampoco está solitaria. Vosotros os habéis congregado en gran número alrededor del púlpito, y la divina semilla ha caído en vuestras almas bien preparadas. No será, pues, *estéril,* sino que

producirá frutos de gracia y salvación. ¡Oh Dios mío, oh Jesucristo resucitado, vencedor de la muerte y salvador del mundo, bendecid a toda esta familia parroquial, de la cual soy responsable, y que me es tan querida! ¡Afirmad a los justos, reanimad a los tibios, convertid a los pecadores, salvad la infancia y la juventud, proteged el rebaño y tened piedad del pastor!

Así sea.

CONFERENCIA VIGESIMONONA

No tengo religion, pero soy hombre honrado

1.º ¿Es eso verdad?

SEÑORES:

Voy a refutar hoy una objeción muy difundida, muy delicada, muy compleja; para resolverla, tengo necesidad de gran prudencia en mis palabras y de mucha atención por parte vuestra. Haré cuanto esté en mi mano. Dios y vuestra benevolencia me ayudarán. Hay quien dice: "No tengo religión, pero soy hombre honrado." Es decir, "no cumplo con ningún deber referente a Dios, pero cumplo todos mis deberes relativos a mí mismo, a mi familia, a mis semejantes, a mi patria." Voy a responder a esto con tres preguntas, que serán objeto de tres conferencias: 1. ¿Es eso verdad? 2. ¿Es posible? 3. ¿Es suficiente?.

En primer lugar, ¿es eso verdad? ¿Es verdad que hay mucha gente honrada, verdaderamente honrada sin religión? Muchos lo afirman, muchos se declaran

en regla con la ley, con la opinión, con su conciencia. Pero ¿prueba esto que sean honrados? Planteo la cuestión; intentaré resolverla.

I. Hay hombres sin religión que se declaran honrados porque están en regla con la ley.

No son exigentes. En efecto, podrían ennumerarse centenares y centenares de órdenes contrarios a la honradez, que la ley no conoce, ni puede conocer.

Hay crímenes interiores y ocultos que la ley no ve. Los ignora, en manera alguna puede apreciarlos. ¿Qué puede la ley contra los malos pensamientos, contra los malos deseos, contra el odio, contra los celos, contra los proyectos de venganza, contra las torpezas, contra las impiedades que se rodean de silencio y tinieblas? ¿Qué puede hacer la ley para salvar el pudor del niño, para impedir que el joven malgaste las fuentes de la vida y el depósito de sangre, mil veces más precioso que el depósito del oro, para asegurar el honor y fecundidad del lecho nupcial? Nada, absolutamente nada. La ley no conoce los crímenes interiores y ocultos. Ni siquiera conoce todos los crímenes exteriores y públicos.

Hay *crímenes exteriores y públicos* que no son de la competencia de la ley. En vez de dar lo superfluo a los pobres, ese hombre no piensa más que en su mesa, en sus trajes, en sus muebles, en sus vanidades, en sus placeres. La ley ve todo esto, pero nada puede decir ni hacer. En vez de proteger a la inocencia, impudentemente seducida, en vez de defender la reputación ajena, injustamente atacada, ese hombre se abstiene de hacerlo, y prefiere su tranquilidad a los intereses más sagrados del prójimo. La ley ve todo esto, pero nada puede decir ni hacer. Nuestra sociedad está organiza-

da, o mejor dicho, desorganizada y como un campo de carreras, pero de carreras por el botín; todos se precipitan, se atropellan y se aplastan para llegar, cueste lo que cueste, al becerro de oro. La mayoría se queda en el camino; son los aplastados, que siembran la pista de inefables saltos mortales, de quejas lastimeras, de inconsolables desesperaciones. Sólo algunos campeones llegan a la meta: son los aplastadores, que se cortan enormes trozos del pastel terrenal. Y todos, aplastadores y aplastados, quedan más o menos magullados en el espantoso atropello. La ley ve todo esto, pero nada puede decir ni hacer. Finalmente,

Hay también muchos *crímenes legales* que evitan las garras de la ley. No hay necesidad de ser santo para decir: "Yo ni robo, ni mato", para respetar la vida y la bolsa del prójimo, para no tener nada que ver con los tribunales. No es necesario ser un genio para eludir los artículos del Código, para salir sano y salvo de las batidas de la policía y de las mallas del procedimiento murmurando por lo bajo: "Nada vi, nada tomé."

En resumen, las leyes, aun las mejores, son a menudo impotentes. Las leyes, aun las más severas, se detienen ante el muro de la vida privada, ante la conciencia, ante el fuero interno. Luego, de que muchos hombres sin religión se declaren en regla con la ley, esto no prueba en modo alguno que sean honrados. Pueden ser muy criminales y no haber comparecido nunca ante los tribunales de justicia.

Sí, pero por encima de la ley está la opinión. "No tenemos religión—dicen algunos.—Esto no obstante, somos personas honradas, porque la opinión nada nos reprocha. Estamos en regla, no solamente con la ley, sino también con la opinión." Discutamos un poco.

II. Hay hombres sin religión que se declaran honrados porque están en regla con la opinión.

Esto nada prueba. En efecto, con frecuencia, con mucha frecuencia, se descarría la opinión se corrompe, se deja arrastrar y sorprender. Es demasiado indulgente, muestra sobrada parcialidad, tiene caprichos extraordinarios.

Las *indulgencias* de la opinión son desconcertantes. He ahí un *hombre de presa,* que va a sufrir con ardor implacable. "Todos tenemos—dice—el derecho de labrarnos una posición. El interés personal es lo primero. Quítate tú para que me ponga yo. Es preciso por todos los medios prosperar en el mundo." Y para lograrlo, se disfraza sucesivamente de lobo o de oveja, según las circunstancias; se compromete con todos los partidos sucesivamente, y aun simultáneamente; adora al sol que más calienta; sonríe al sacerdote, no desagrada al impío, y se humilla sobre todo ante los poderosos del día. Con tal que haga su negocio, apoyándose ora sobre el uno, ora sobre el otro, según la necesidad, se dice en el fondo del alma como Pilatos: "¿Qué es la verdad?" Pues bien, aunque la opinión lo apruebe y lo excuse, no me haréis decir que es un hombre honrado. He ahí *un hombre de dinero,* que va detrás de la fortuna con ferocidad inaudita. No se sale de la legalidad, pero no se cansa de denigrar a sus concurrentes. Hace con su clientela negocios ilícitos y ocultos. Roba a sus subordinados el sagrado reposo del domingo. No da a sus obreros el justo salario que podría y debería darles. No importa. "Es un hombre entendido en los negocios, dice la opinión. Todo lo hace por sus hijos. Es un buen padre de familia." Pues bien, aunque la

opinión lo apruebe y lo admire, no me haréis decir que es hombre honrado. He ahí ahora *un hombre jovial,* que sostiene que el vicio es bueno cuando no rebasa las necesidades de la naturaleza. El sigue sus instintos, y no les niega ninguna satisfacción. Hace brillar el oro para seducir la inocencia, y cuenta sus víctimas por el número de días que ha vivido. Sin duda que sus conciudadanos van a indignarse contra él, se apartarán de él, lo dejarán revolcarse solo en el fango y en el aprobio. Nada de eso. Lo disculpan y se les oye decir: ¿Es que no puede uno divertirse? En resumidas cuentas, si este hombre comete algún exceso, no hace mal a nadie." Pues bien, aunque la opinión lo excuse y lo amnistíe... no me haréis decir que es hombre honrado.

Pues además de esto, la opinión *tiene parcialidades* todavía más irritantes que sus indulgencias. Muéstrase dura e intransigente con los humildes, con los débiles, con los que fracasan, como si la mediania de alma fuera consecuencia de la gravedad de la situación. Por lo contrario, tolera y perdona a todo hombre de talento, adora bestialmente a Molière, a Victor Hugo y a cien otros que se le asemejan, sin preguntarles si eran simplemente vulgares hombres honrados; tolera y perdona a todos los que triunfan, a los que están en candelero, a los que llegan a la cumbre. A sus ojos, las apariencias redimen la realidad, y el éxito cubre la multitud de los pecados. Sería, por otra parte, peligroso desafiar a la opinión, pues ella tiene

Sus caprichos, que hacen fracasar todas las combinaciones. Cuando el ídolo que adoraba cae ya a tierra, lo pisotea y lo destroza. Cuando Cromwel hacía su entrada triunfal en Londres, alguien le hizo anotar la enorme afluencia de pueblo que acudía de todas partes

para verle. "La misma habría—contestó—y mucho más para verme ahorcar."

En suma, la opinión es indulgente, parcial y caprichosa hasta el exceso. Con frecuencia prefiere Barrabás a Jesús. Con frecuencia desdeña e inmola a los hombres honrados, mientras honra, inciensa y lleva en triunfo a los indignos y bribones. Con frecuencia niega sus sufragios y aclamaciones a la virtud, en tanto que prodiga al vicio y a la falta de probidad aprobaciones escandalosas. Luego de que muchos hombres sin religión se declaren en regla con la opinión, no se deduce que sean honrados. Puede uno ser un gran canalla y recibir los saludos y aplausos de la opinión.

Sí, pero sobre la opinión reina la conciencia. "No tenemos religión—dicen algunos,—pero somos honrados, porque nuestra conciencia nada nos reprocha. Estamos en regla, no solamente con la ley, sino también con nuestra conciencia." Esto exige detenido examen.

III. Hay hombres sin religión que se declaran honrados porque están en regla con su conciencia.

¡*Plazca a Dios que sea verdad*! Porque un hombre que esté en regla con su conciencia y la siga hasta el fin, llegará casi fatalmente a la religión. Pero:

1.º ¿*Están en regla con su conciencia en el grado que afirman*? Muchos lo afirman, pero su testimonio puede y debe comprobarse. He ahí *un padre de familia* que blasfema desde que se levanta hasta que se acuesta, se emborracha cada semana, trabaja la mitad menos a jornal que a destajo, maltrata a su mujer y a sus hijos, y no retrocede ante ningún exceso. Sin embargo de ello, no vacila en decir: "Soy un hombre honrado;

estoy en regla con mi conciencia." ¿Es esto verdad? Me permito dudarlo. He ahí un *adolescente* que tiene costumbres desordenadas y una conducta más que ligera. Pero salva las apariencias; lleva la frente alta; sus modales son correctos, y se pasea sobre el borde del crimen con horrible inocencia, con inocencia aparente y ostentosa. Esto no obstante, tiene la pretensión de ser honrado, y no toleraría que nadie le discutiese tan hermoso título. "Soy un hombre honrado—dice;—estoy en regla con mi conciencia." ¿Es eso verdad? Me permito dudarlo. Muchos dicen que están en regla con su conciencia, pero lo dicen para imponerse a la galería, o para imponerse a sí mismos. Y si van de buena fe, nada tengo que decir.

2.º *Un hombre que no tiene religión y que sigue su conciencia hasta el fin,* llega casi siempre a la religión, y, por medio de la religión, a la honradez perfecta.

Digo casi siempre, porque, en efecto, puede ocurrir alguna vez, que, merced a causas independientes de la voluntad, un hombre recto vive y muere sin conocer en toda su integridad la verdad religiosa. Desde el momento que es recto, su rectitud le excusa y le salva, y Dios no le condenará por su ignorancia invencible. Pero en general,

Un hombre recto, un hombre que sigue su conciencia hasta el fin, encuentra a Dios y al cristianismo en su camino. Evita el mal; he aquí el obstáculo apartado. Practica el bien, y el bien conduce a la verdad. Luego, en presencia del mal que ha de evitar y del bien que ha de hacer, el hombre sincero se siente desarmado, débil, impotente, y por instinto se eleva a Dios y a la religión.

Con frecuencia he topado con hombres rectos sin religión. He dejado que siguieran su conciencia hasta el fin, y los he visto llegar a la fe. Todavía conozco más de uno; no están lejos de la religión; marchan con firmeza, y uno de estos días serán cristianos completos.

Oigo decir: "No tengo religión, pero soy hombre honrado." ¿Es esto verdad? Si es verdad, estoy tranquilo. La verdadera honradez conduce a la verdadera religión. La conciencia conduce a Dios.

Así sea.

CONFERENCIA TRIGESIMA

No tengo religion, pero soy hombre honrado

2.º ¿Es eso verdad?

Señores:

Hay quien dice: "Yo no tengo religión, pero soy hombre honrado." A esto he respondido con esta pregunta: "¿Es esto verdad?" Hoy añado. *¿Es posible?* ¿Es posible ser honrado sin religión?

En tal asunto, señores, debo y quiero imponerme una moderación perfecta y una exactitud matemática. Dios me es testigo de que anhelo decir la verdad, nada más que la verdad. ¿Es posible ser honrado sin religión? Sí y no. Necesito dos conferencias para explicar este sí y este no.

Sí, se puede ser honrado sin religión. ¿Quién y cómo? Veamoslo.

I. Todo el mundo puede, sin religión, ser medianamente honrado.

Hay una honradez mediocre, vulgar y accidental, que consiste en evitar algún exceso, en practicar algunos actos de virtud, en cumplir ciertos deberes. Si no cuesta mucho y si, por otra parte, está conforme con el interés personal, o con el interés de los que amamos, casi se es buen hijo, buen esposo, buen padre, buen ciudadano. Pónese uno en regla con la ley; se evita la reprobación pública; se salvan las apariencias, y se obedece de cuando en cuando a la conciencia. He ahí una pequeña moralidad, muy relativa, muy rudimentaria, accesible a todo el mundo.

Todo el mundo puede, sin religión, ser medianamente honrado. Esto es evidente. Al entrar en la vida, *todos aportamos* algunas buenas cualidades, más o menos numerosas; algunas disposiciones o aptitudes para el bien, más o menos pronunciadas, disposiciones que, sin duda, son contrabalanceadas por muchas inclinaciones hacia el mal, pero que, por lo menos, subsisten, porque la naturaleza jamás está enteramente corrompida. Además, a estas buenas disposiciones interiores se añaden las buenas *influencias de lo exterior*. Muchos han sido felizmente modificados, enteramente rehechos y perfeccionados por la cuidadosa educación que han recibido. El honor es para algunos una barrera poderosa que les impide cometer buen número de acciones viles y vergonzosas. Otros se alejan del vicio y de la injusticia por la consideración del bien general y por el amor del orden. *En suma*, aun en los más depravados, queda un resto de los resplandores de la razón, de los instintos de moralidad, de las inclinaciones hacia el bien, de los sentimientos de honor,

de las sordas preocupaciones de solidaridad social. Aun los menos favorecidos encuentran aquí o allá, un día u otro, ciertos obstáculos que los detienen en el camino del mal, ciertos impulsos que los arrastran del lado del bien. *Por casualidad,* a ratos, por inconsecuencia, por entusiasmo, por interés o por capricho de los hombres que no tienen fe, pueden conformarse más o menos con el ideal de verdad, de pureza y de justicia que Dios grabó en su corazón. *De hecho,* todos los paganos de la Roma antigua no fueron seres perversos. Todos los negros de Africa y todos los descreídos de la vieja Europa no son seres perversos. Ciertamente que un hombre que decididamente lo quiere, puede, con sólo la razón, ser honrado en cierta medida. Todo el mundo puede, sin religión, ser medianamente honrado. Si no os concediera esto, sería injusto, calumniaría la naturaleza humana, quedaría fuera de la verdad. No quiero esto. Voy más lejos, os concedo algo más.

II. Algunos individuos pueden, sin religión, ser perfectamente honrados.

La honradez mediocre y relativa es fácil. Circula por la calle, y casi no hay nadie que no pueda gloriarse de ella. Pero la honradez perfecta y absoluta, es cosa por modo distinto laboriosa y sublime. El hombre perfectamente honrado tiene horror al mal, cualquiera que sea. Ama el bien, el bien que magulla, lo mismo que el bien que honra. Cuando ha dado su palabra, la sostiene. Por ningún pretexto, ni aun en cosa mínima, toca al honor, ni a la vida, ni a la mujer, ni a los bienes de su prójimo. Es esclavo de su deber, y se lo sacrifica todo, su posición, su fortuna, su familia,

su vida misma... Así, refléjase en su rostro cierta noble arrogancia. Atraviesa, con la frente alta, la asamblea de sus conciudadanos, seguro de no encontrar jamás una sonrisa o un desdén. Al morir, contempla a sus hijos y a sus nietos, y se dice: "No les dejo una gran fortuna, pero sí el honor y la dicha de poder decir: Mi padre era un hombre honrado, un perfecto hombre honrado."

Algunos individuos ¿pueden, sin religión, elevarse a semejantes alturas y ser perfectamente honrados? Lo creo. Son excepciones, pero, por cuanto estas excepciones, existen, no es permitido ocultarlas, y sería injusto negarlas. Sí, algunos hombres se elevan sin religión a un hermoso nivel de moralidad y de virtud. Dotados de ricas facultades naturales y de pasiones moderadas, de gran rectitud de razón, que les muestra lo que es bueno, y de potente inclinación de corazón, que los mueve a ejecutarlo; educados en hábitos de orden, de reserva y de respetabilidad; favorecidos por un conjunto de felices circunstancias, y gozando de una posición desahogada... vémoslos abstenerse de culpables voluptuosidades, entregarse al bien por el solo amor de lo mejor, dar muchas limosnas, y elevarse a veces muy alto por la escala de la perfección moral.

Aun en el paganismo, hemos visto elevarse por encima de la masa inerte y deprimida algunas grandes figuras inmaculadas y marmóreas, algunas personas honradas de gran elevación, que tenían un vivo sentimiento del bien y del mal, de lo verdadero y de lo falso, de lo justo y de lo injusto, para quienes todo mal era odioso, aun el mal secreto, aun el menor mal, como una simple mentira, o una ligera injusticia; que sabían morir por su palabra, por sus hijos, por su patria. Platón, Sócrates, Régulo y algunos otros son

grandes y no tenemos el derecho de empequeñecerlos.

En nuestra atmósfera de civilización cristiana, estas grandes honradeces naturales germinan y florecen en mucho mayor número y son más esplendentes que en el paganismo, porque, querámoslo o no, Jesucristo ha realzado nuestra naturaleza. Le ha dado luces, impulsos y fuerzas, un ideal y un nivel moral que, en los antiguos días y abandonada a sí misma, no conocía en modo alguno. Sin sospecharlo siquiera, y aun a pesar nuestro, vivimos de El y le debemos lo que de mejor hay en nosotros. Esto es muy importante. Os ruego que en ello pongáis vuestra mayor atención.

III. Muchos hombres que se llaman honrados sin religión, deben su perfcta honradez a la religión cristiana, de la cual son al mismo tiempo los negadores y los obligados.

1.º *Veo escritores sin religión que escriben libros de irreprochable moralidad.* Esto es verdad.

Pero esta doctrina tan pura que atribuyen a la sola razón natural, ¿qué es sino *un plagio del Evangelio,* un robo hecho a la palabra de Jesucristo? La libertad, la igualdad y la fraternidad son cosas y palabras que pertenecen al diccionario del cristianismo. El respeto de uno mismo, el respeto del niño, el respeto de la mujer, el respeto de los débiles son invenciones que tienen diecinueve siglos, no son creaciones del librepensamiento contemporáneo. El altruísmo, la filantropía, la solidaridad, de que tanto se habla, no son más que ideas cristianas revueltas, contrahechas y deformadas, falsificaciones de nuestra hermosa y antigua caridad.

¿Escritores sin religión escriben libros de moralidad irreprochable? ¿Qué tiene de extraño? *Viven en pleno cristianismo,* y experimentan necesariamente su influencia.

La religión de Jesucristo hace ya diecinueve siglos que penetró en los espíritus más rebeldes y arrojó torrentes de luz sobre todas las cuestiones prácticas y especulativas de la vida. Ellos se aprovechan de esto.

Fácil es inventar la pólvora cuando uno vive con quien la fabrica. Nuestros escritores sin religión viven en un país en que la religión de Jesucristo se enseña y se practica; se aprovechan de ella.

Además, esos espíritus soberbios, esos sabios emancipados e independientes, han sido casi todos educados cristianamente, y aunque renieguen de su educación cristiana, se aprovechan de ella como los hijos ingratos se valen, para humillar a sus padres, de la salud, de la ciencia y del dinero que de ellos recibieron. Negadores de la religión, le están obligados. Los sueños de sus gabinetes son impresiones todavía vivas de una infancia formada por las lecciones del catecismo. Sin sospecharlo siquiera, la gracia del bautismo, de la oración y de la comunión brotan de sus libros y de su pluma mucho tiempo después de haber rechazado el principio sobrenatural. La noción y el hábito de esa justicia tan exacta y tan escrupulosa, de esa integridad de costumbres que exaltan en sus escritos y que se vanaglorían de poner en práctica, ¿de dónde los sacaron sino del confesonario y de una familia cristiana? Jamás pronuncian el nombre de Jesucristo con el acento de la fe, pero viven de su influencia, respiran el aire que disfundió, gozan de sus beneficios, y ellos mismos son obra suya. Cuanto más admiro su moral natural, más me convenzo de que es revelada. Igualmente

2.º *Veo hombres sin religión que se glorían de ser*

perfectamente honrados por el solo esfuerzo de su razón. ¿Son hombres por el solo esfuerzo de su razón? ¡Ah, cuán ingratos y ciegos son! Sin advertirlo, pero a veces sabiéndolo muy bien, deben al cristianismo lo que hay de más perfecto en sus virtudes puramente humanas.

Para convencerse de ello, basta considerar lo que era el mundo antes de Jesucristo. ¿Qué idea se tenía entonces de la pureza, del amor del prójimo, del perdón de las injurias, de la moderación en los deseos, del espíritu de sacrificio por el bien común?... La religión puede ciertamente reivindicar como suya una parte, la parte más noble, esa perfección moral, que se pretende poder alcanzar sin ella.

Me decís que hay personas sin religión que dan pruebas manifiestas de abnegación y caridad práctica. Esto se explica. El evangelio entró en su alma por rebotes imprevistos, por atavismo inconsciente, por influencias esparcidas en la atmósfera social. Estas influencias proceden en verdad de la revolución moral operada hace diecinueve siglos por Aquel que caracterizó así su misión: "He sido enviado para evangelizar a los pobres." Todas las personas caritativas son cristianas, parcialmente, sin saberlo, o están en vías de serlo. Muchos hombres que se llaman inmaculados, desprendidos, abnegados, sin religión, deben su perfecta honradez al cristianismo.

¡Ah, señores!, no digamos demasiado alto: "No tengo religión, pero soy hombre honrado", porque, si la religión faltara, no quedaría gran cosa de esa honradez. Si Jesucristo se fuera, el vacío abierto con su ausencia, sólo con ruinas podría llenarse, con ruinas intelectuales, con ruinas morales, con ruinas sociales. El día en que quedáramos enteramente descristianizados, seríamos casi enteramente desmoralizados. Sí, todo el mundo puede sin religión ser vulgar y medianamente honrado. Sí, quizás unos cuantos individuos podrán sin religión ser perfectamente honrados. Pero, y la excepción confirma la regla, un pueblo, no puede en su conjunto, sin el cristianismo, elevarse a la honradez perfecta. Os lo demostraré el próximo domingo.

Así sea.

CONFERENCIA TRIGESIMOPRIMERA

No tengo religion, pero soy hombre honrado

3.º ¿Es eso verdad?

Señores:

Recordad ante todas cosas lo que os dije el domingo pasado.

1.º Todo el mundo puede, sin religión, ser medianamente honrado, es decir, no matará, no robará, respetará la bolsa y la vida de su prójimo, y aun algo más y mejor.

2.º Algunas naturalezas escogidas pueden, sin religión ser perfectamente honradas. Esto se vió entre los paganos, y se ve con frecuencia en los siglos y países cristianos.

3.º Muchos hombres que se dicen honrados sin religión, deben su valor moral a la religión cristiana que los envuelve y los penetra sin advertirlo ellos, y aun a pesar suyo.

Ahora, después de haber comprobado y puesto de relieve las excepciones, hablemos de la generalidad de los hombres y preguntémonos si la razón por sí sola basta para dirigirlos hacia la perfecta honradez. Veamos lo que es posible, no a unos cuantos, sino a todos. Digo que, sin religión, no es posible la honradez perfecta a la mayoría de los hombres. Y voy a demostráros lo con hechos y razones.

I. En general, no es posible ser perfectamente honrados sin religión.

Para ser hombre honrado, perfectamente honrado, es preciso conocer el deber y tener fuerza para cumplirlo. Ahora bien, sin religión, ¿son realizables ambas condiciones? No lo creo.

1.º *Sin religión es difícil conocer el deber.*

Es una verdad de fe y de experiencia que el hombre, libre de toda autoridad superior y abandonado a sí mismo, es decir, a su ignorancia y a sus pasiones, no puede tener de la ley moral las nociones precisas y uniformes cuyo conjunto constituye el código del perfecto hombre honrado. Sin religión, la ley natural se obscurece, y cada individuo se fabrica una pequeña moralidad, muy relativa y muy rudimentaria, que acomoda a su gusto, a su interés y a su capricho. Observad la manera como se porta *el mundo contemporáneo descristianizado*. Preguntadles que tienen que hacer para ser hombres honrados. Sus incertidumbres y sus incoheerencias dan verdadera lástima. Aquí se tolera el divorcio, allí se defiende, más allá se le autoriza, más lejos se le lleva hasta la unión libre. Oigo sucesivamente atacar, excusar, glorificar el suicidio. La usura, el robo,

el perjuicio tienen sus partidarios y sus doctores. A los ojos de muchos, la seducción apenas es un pecadillo. La sinceridad, tan cara a los unos, es para otros capaz de varias medidas. No hay virtud que no se ridiculice, ni vicio que no se convierta en virtud, ni bien que no se llame mal, ni mal que no se llame bien, ni estupidez, ni contradicción, ni infamia que no se decore con el nombre de moral. ¡Ah moralistas independientes, intelectuales orgullosos, apóstoles modernos del deber separado de la religión, queréis prescindir de Jesucristo, y caéis en la extravagancia, en la obscuridad, en la sinrazón! Sin religión, es muy difícil conocer el deber.

2.º *Sin religión, es casi imposible tener fuerza suficiente para cumplir debidamente el deber.*

Es una verdad de fe y de experiencia que el hombre abandonado a sí mismo, es decir, a su propia debilidad, no puede practicar todas las virtudes naturales cuyo conjunto hace al hombre perfectamente honrado. ¿Cómo sería virtuoso? Carece de fuerza para ello, y sus inclinaciones son con más frecuencia malas que buenas. Ama el bien, y no lo practica, y, en cambio, hace el mal, que no ama. ¿Por qué sería virtuoso? Sería preciso serlo sin motivo, y a veces, a pesar de los motivos más poderosos para no serlo; porque sus instintos y sus intereses lo atraen hacia abajo, y hacia arriba... y no hay nada, ni legislador, ni sanción, ni Dios, que le diga: "Soy tu señor, te veo, te juzgaré." Como dice Bossuet con su gran elocuencia: "Terrible idea la de no ver nada sobre su cabeza. De ahí nacen vicios desconocidos, monstruos de avaricia, refinamientos de voluptuosidad, delicadeza de orgullo, que carecen de nombre." No,

señores, sin religión no es posible cumplir debidamente el deber y ser un perfecto hombre honrado.

Observad cómo se conducen *los siglos y los países en que reina la incredulidad.* Cuando la religión baja, no se eleva la virtud. A medida que Dios se retira, retrocede el bien y se va con El. Es este un hecho que puede erigirse en ley; tan cierto y constante es. Mirad: ¿en qué se convierte el niño sin Dios y el pueblo sin religión? ¿En qué queréis que se convierta el *niño* sin Dios sino en un mal hijo, en un mal padre, en un mal ciudadano, en un mal esposo; en un joven sin buenas costumbres, en un hombre maduro sin conciencia, en un viejo sin remordimientos, en un moribundo sin esperanza? Los que tienen la pretensión de educar la infancia y de moralizarla fuera de toda disciplina religiosa, son charlatanes que quieren efectos sin causa, que prometen lo que no es posible cumplir. ¿En qué se convierta el *pueblo* sin religión? Si no tuviese religión y si no fuese a la iglesia a escuchar los sermones del cura—decía un obrero a su patrono librepensador, —sería anarquista y quemaría vuestra tienda." Leí que un rico propietario incrédulo había acabado por adoctrinar y pervertir a su viejo criado. De buen cristiano que era al principio, llegó a ser ateo. Cierto día fué sorprendido forzando la caja de su dueño; le prendieron y compareció ante el tribunal. Allí, mirando con arrogancia a su amo, y señalándolo con el dedo, dijo a los jueces: "¿Veis ese hombre? A ese debiérais condenar, no a mí... porque él tiene la culpa de mi desgracia. Fuí hombre honrado mientras creí en Dios, y estaba resignado a no salir de mi condición de pobre obrero viviendo bien o mal de mi trabajo. Con sus discursos y su ejemplo, mi amo me ha quitado la fe en Dios. Intenté robar su oro como él me robo mi religión.

Es mucho más culpable que yo." Y su voz, al decir esto, tomaba entonaciones terribles, las entonaciones de la verdad vengativa y aniquiladora.

Señores, si quiero indicar la dirección en que corre el Sena al salir de París, digo simplemente; de Este a Oeste, por más que en varios puntos se dirige de Sur a Norte y de Norte a sur; es decir, señalo la dirección general del río, sin mencionar sus derivaciones parciales y momentáneas. Pues bien, si quiero indicar de qué fuente procede la verdadera honradez, digo simplemente: de la religión, por más que alguna vez pueda provenir de otra parte; anuncio una proporción incontestable *in globo*, en conjunto, sin mencionar las reservas que entraña. Os concedo estas reservas y todas las excepciones que queráis. Las tengo presentes... pero las excepciones no destruyen la ley, por lo que es verdad que, en general, no es posible ser perfectamente honrado sin religión. ¿Queréis de ello una prueba más cerrada y convincente? Escuchad.

II. Aun con la religión es difícil ser perfectamente honrado. ¿Qué será sin ella?

1.º *El hombre que tiene religión, el cristiano, tiene numerosos medios de ser honrado.*

En primer lugar, *tiene todos los medios naturales* que están a la disposición de todo hombre incrédulo o creyente. Tiene su conciencia y su felices cualidades nativas. Tiene el respeto de sí mismo y el sentimiento de su honor. Tiene los recursos de su educación y del ambiente que respira.

Además, tiene *los medios particulares* de que se ve privado el hombre sin religión. Guiado por la fe, *conoce su deber*. Joven o viejo, obrero o patrono, señor o aldeano, príncipe o súbdito, conoce los preceptos esenciales de la ley moral, y todo el detalle de las obligaciones que impone, los vicios que debe evitar y las virtudes que debe practicar. El cristiano no tiene más que abrir el Evangelio y el catecismo, y en ellos encuentra el texto auténtico de la perfección moral. ¿Hay tinieblas? Las desvanece el confesonario. ¿Hay olvidos? El púlpito los señala. Es difícil decir todo lo que el púlpito salva y conserva en materia de moralidad. Lucha contra el teatro, contra la novela, contra el periódico y contra todo ese aliento formidable que podemos llamar aire mundano. La palabra apostólica tiene por lo menos la ventaja de que mantiene clara, precisa y completa la noción del deber. Pero no solamente el cristiano conoce su deber, sino que tiene *fuerza para cumplirlo*. Las sanciones eternas son poderosos motivos que pesan sobre su conciencia. Los ejemplos de Jesucristo, de la Santísima Virgen y de los Santos lo atraen, lo seducen, lo arrastran a la imitación. La gracia da a su voluntad fuerzas sobrehumanas. Cuando no puede más, Dios le alarga la mano y le permite realizar con sus actos más de lo que le permite la naturaleza. Es del todo evidente. El hombre que tiene religión, el cristiano, tiene medios particulares, muy numerosos y eficaces, para ser perfectamente honrado.

Esto no obstante, y a pesar de todos estos medios, no siempre tiene seguro el triunfo, ni jamás queda garantido contra el mal, sino que cae con frecuencia, se queda débil, y, como el apóstol San Pablo, vese obligado a decir en su alma y su conciencia: "¡Qué desgraciado soy! ¡No hago el bien que quiero, y hago el mal que no quiero!" Sí, aun con la religión, es difícil ser perfectamente honrado.

2.º *Qué será, pues, del hombre que no tiene religión?*

Si, no obstante pensar en Dios y temerle, pudo Sansón envilecerse a los pies de Dalila, ¿hasta dónde no irá el hombre que ni siquiera tenga ese freno moral? ¿Por ventura es uno más fuerte con menos recursos?

¿Pues qué? Si aun alimentado con las esperanzas y terrores de su fe, y sostenido por la gracia divina, sólo a duras penas resiste el cristiano al ímpetu de sus inclinaciones, ¿saldría victorioso el que, privado de los recursos de lo alto, y careciendo de algo fijo y determinado en sus creencias, no sabe lo que ha de temer ni lo que ha de esperar en un porvenir en el cual jamás piensa? ¿Por ventura dirá a la voluptuosidad: "¡Atrás, no quiero mojar mis labios en la copa que me presentas!"; a la venganza "¡Atrás, mi sangre hierve en mis venas, pero perdono"; a la codicia "¡Atrás, rechazo los medios seguros, pero injustos, que me ofreces de aumentar mi fortuna!" No, señores, jamás creeré que con una palabra se puedan apagar así las pasiones desordenadas del corazón, si la religión no ha conservado en él algún imperio. Jamás creeré que la virtud seria y completa pueda asentarse sobre la base cuarteada de algunas opiniones inciertas de filosofía y de racionalismo. Jamás creeré que se pueda resistir a las criminales inclinaciones de dentro y a los fogosos arrastramientos de fuera, si no hay motivo eficaz para vencerlos, y si tiene uno el más poderoso interés para seguir apaciblemente su curso. *No tengo religión, pero soy perfectamente honrado...* ¿Es esto posible? Los cristianos más virtuosos no se atreven a decir que son impecables, a pesar de las fuerzas sobrehumanas que les procura su fe. Y vosotros, privados de ese freno poderoso, abandonados a las inclinaciones de la naturaleza, expuestos a los mil peligros del mundo, ¿podríais ser siempre fieles? ¡Ea! si tú eres perfectamente honrado sin la poderosa ayuda de la religión, si lo dices seriamente y de buena fe, amigo mío, me inclinaré ante tu palabra y te creeré... pero declaro que eres la octava maravilla del mundo, y que superas en mucho a la mitad del género humano.

Concluyo por donde empecé. En general, no es posible ser perfectamente honrado sin religión. En general, sin el potente auxilio que nos da la religión cristiana, no podemos ser constantemente fieles a todos los grandes deberes, cuya observancia constituye el perfecto hombre honrado. Señores, no nos hagamos los valientes. Es difícil ser honrado. Para serlo, seamos cristianos.

Así sea.

CONFERENCIA TRIGESIMOSEGUNDA

No tengo religion, pero soy hombre honrado

4.º ¿Es eso verdad?

Señores:

Dicen algunos: "No tengo religión, pero soy hombre honrado." A esto he respondido. 1.º ¿Es esto verdad? 2.º ¿Es posible? Acabo hoy este importante y delicado asunto formulando otra pregunta: ¿Es *suficiente*?

Concedo al hombre honrado sin religión todas las virtudes que queráis. Es probo y leal hasta el punto de sentir horror por la más pequeña injusticia. Es enemigo del disimulo y de la mentira; es bueno y oficioso con sus iguales, indulgente y fácil con sus inferiores, compasivo y generoso con los desgraciados, templado y ordenado en sus costumbres. Constituye la dicha y gloria de su familia. Se le toma por consejero en los asuntos delicados a causa de su equidad, de su prudencia, de sus luces. En una palabra, es un modelo acabado, y su alabanza está en todos los labios. Esto

no obstante, pregunto: ¿Es esto suficiente? Y sin vacilar, respondo: "No, no es suficiente." Las virtudes del hombre que no tiene religión, están faltas: 1.º de un elemento esencial; 2.º de un coronamiento necesario; 3.º de un germen vital.

I. De un elemento esencial.

Un hombre es enteramente honrado *cuando cumple todos sus deberes*. Ahora bien, el hombre honrado que no tiene religión, por perfecto que lo supongáis, ¿cumple con todos sus deberes? Juzgad. Cierto día, el célebre astrónomo Aragó explicaba al público del Colegio de Francia las grandes leyes de la mecánica celeste. "La semana próxima—dijo—tendremos un eclipse de sol visible en París. La luna se encontrará en conjunción con el sol, y la luz de este astro rey será interceptada por la tierra. Así, en tal día, a tal hora, a tal minuto, a tal segundo, tres grandes astros responderán, no a nuestra predicción, sino a la orden de Dios. Sólo los hombres son los recalcitrantes..." El hombre honrado que no tiene religión es más que recalcitrante, es despreciativo con relación a Dios. Desdeña al Señor, lo tiene por nada, lo trata como un cero... Suprime totalmente el deber religioso. Luego no es honrado en la total acepción de la palabra. "Me lisonjeo—escribía Racine a su hijo—de que, haciendo lo posible para que seas perfectamente honrado, comprenderás que no es posible serlo sin dar a Dios lo que se le debe." Esto, señores, es la evidencia absoluta, matemática. La moral completa comprende los deberes para con Dios, para con el prójimo y para con nosotros mismos. Aunque cumplamos los deberes para con nosotros mismos y para con el prójimo, si no cumplimos los deberes para con

Dios no somos honrados más que en las dos terceras partes. Esto es insuficiente... Me explicaré algo más.

Uno es enteramente honrado *cuando ama todo lo grande, hermoso y bueno.* Ahora bien, el hombre honrado que no tiene religión, por perfecto que se le suponga, ¿ama todo lo grande, hermoso y bueno? Juzgad vosotros mismos. He ahí *Jesucristo* quien, por confesión de la incredulidad misma, es la figura más augusta que jamás apareció en la tierra. El hombre honrado que no tiene religión, pasa por delante de Jesucristo sin querer escucharlo, sin hacerle la lismona de una mirada, de un minuto de atención... He ahí el *Evangelio,* que, por acuerdo de todo el mundo, es el código por excelencia de la misericordia, de la abnegación y del respeto de nosotros mismos. El hombre honrado que no tiene religión pasa por delante del Evangelio sin preguntarle siquiera de dónde viene, que es lo que contiene, que es lo que hay de sublime en sus sagradas páginas... He ahí la *Iglesia católica,* que ha sido en todos los tiempos, y lo es aún, la más grande bienhechora del género humano. El hombre honrado que no tiene religión pasa por delante de la Iglesia sin estudiarla, y aun a veces insultándola. Pues bien, yo pregunto: desdeñar de tal suerte a Jesucristo, al Evangelio, a la Iglesia, es decir, aquello en lo cual han creído los más grandes genios y los más nobles corazones, lo que han admirado y amado hace ya dos mil años, ¿puede calificarse de honestidad verdadera, completa, integral? No, en manera alguna.

Oigo decir: *Este hombre es perfecto, sólo le falta ser religioso.* ¿No le falta más que ser religioso? Decid, pues, que le falta ser hombre... Porque el deber religioso es un elemento esencial del linaje humano... ¿No le falta más que ser religioso? Es como si se dijera: "No le falta al fuego más que la propiedad de calentar, y al pan la propiedad de nutrir." Pero no. El fuego calienta, el agua refresca, el pan nutre. Sólo el hombre, ¡oh Dios mío! desconociendo su naturaleza se imagina ser perfecto cuando renuncia a su fin último y a su deber más imperioso... Las virtudes del hombre que no tiene religión carecen de un elemento esencial...

II. De un coronamiento necesario.

Escuchad bien esto. *No somos libres para no ser más que hombres honrados.* Esto podía satisfacer antes. Esto no basta ahora. Vino Jesucristo, ¿y qué dijo? ¿qué hizo? A la vida puramente natural sobrepuso la vida sobrenatural y divina. Más alto que las virtudes del hombre honrado, colocó las virtudes del cristiano: la humanidad, el perdón de las injurias, la pureza del corazón, la castidad, el sacrificio llevado hasta el heroísmo. Con su enseñanza y sus ejemplos, desplegó ante los ojos de sus discípulos la carta de la ley nueva, el código de la moral evangélica. Al propio tiempo que mostraba las cumbres, instituía los medios para subir a ellas; la gracia, la oración, los sacramentos; y a cada uno de nosotros, dijo: "¿Eres un hombre honrado? Bien está, pero no basta. Sube más arriba, sé cristiano, es decir, hombre sobreelevado y perfecto." ¿Tenemos el derecho de desdeñar esta vida más elevada que Jesucristo nos propone y nos impone? No, ciertamente. No tenemos el derecho de rechazar los beneficios de Jesucristo, y decirle: "¡Vete! No tengo necesidad de ti, de tu redención, de tu sangre, de tu gracia, de tus sa-

cramentos, de tus enseñanzas, de tus promesas." Hablar así, sería infligirle el más doloroso de los ultrajes. Permanecer en la vida honesta como si Jesucristo no hubiese venido, sería una rebelión.

Mas al propio tiempo que una rebelión *sería también una decadencia*. ¿Habéis notado que, cuando echamos por tierra el techo de una casa, con frecuencia se corre el riesgo de echar por tierra la casa entera? Si se cae el campanario, aplasta la iglesia que lo soporta y las casas vecinas de la iglesia. Pues bien, del mismo modo, cuando uno no quiere elevarse hasta la moral evangélica, se precipita con frecuencia por debajo de la moral natural. Esto es lo que vemos en nuestros países cristianos. Desde que abandona las cumbres sagradas a donde le llama Jesucristo, cae al punto el hombre en la honradez mediocre, y a menudo más bajo todavía, porque cuanto más desciende de lo alto, más se hunde en la tierra. La profundidad de la caída se mide por la altura de la cumbre. Un cristiano que quiere permanecer en la vida honesta como si no hubiese venido Jesucristo, decae, y fácilmente se convierte en un ser inferior al hombre del paganismo. Contemplad esos millares y millares de seres envilecidos, sin fe ni ley, que el librepensamiento ha despojado de toda idea religiosa, y ha arrojado como mostrencos sobre el embaldosado de nuestras grandes ciudades. Ya no son cristianos. ¿Pero son todavía hombres? Derecho tenemos a preguntarlo.

Oigo decir: *¿Qué me falta? ¿Sería más perfecto si fuera más perfecto religioso?* Ciertamente que sí; serías más perfecto. En primer lugar, serías *más humilde;* porque la humildad, la modestia, la desconfianza de uno mismo, no es, en verdad, la virtud de los sabios modernos, como no fué la virtud de los sabios antiguos. ¿Sería yo más perfecto, si fuera más religioso? Sí, serías más perfecto. ¿Por ventura *la fe,* el sacrificio de la razón a la autoridad de Dios, no es una perfección? ¿Acaso la esperanza de los bienes que han de venir, no es una perfección? ¿Es que el amor de Dios bien comprendido, no es una perfección? ¿Sería yo más perfecto, si fuera más religioso? Sí, ciertamente, serías más perfecto. Porque serías *mas puro* en tus pensamientos, más casto en tus deseos, más irreprochable en tus costumbres. ¿Sería yo más perfecto, si fuera más religioso? He respondido que lo serías de una manera *más completa,* más segura, más meritoria, más consoladora. ¿Por qué, pues, rechazar las dos grandes ventajas que te ofrece la fe, la de ser más virtuoso con más facilidad y la de ser más virtuoso con más felicidad?

¿Lleváis una hermosa vida de hombre honrado? Os felicito. Pero os ruego que lleguéis hasta el fin de vuestro deber, y que añadáis a vuestra honradez natural el coronamiento de vuestra vida de cristiano... Las virtudes del hombre sin religión carecen de un elemento esencial, de un coronamiento necesario...

III. De un germen vital.

No digo que son inútiles. Cometería una falsedad. Aprovechan en la vida presente a los que la practican, a la familia, a la sociedad. Son a menudo *recompensadas aquí bajo*. ¿Habéis sido *justos* por un principio de rectitud y de equidad natural? Dios bendice vuestro comercio. ¿Habéis sido *sobrios* y templados, ordenados y prudentes en vuestras costumbres, con la vista fija en la conservación de vuestras fuerzas y en la estimación de los que os rodean? Dios os paga al contado,

concediéndoos la salud y el honor. ¿Habéis sido *caritativos* por puro espíritu de compasión y de solidaridad? Cosecharéis la alegría del corazón y la simpatía general. Todo esto no es despreciable. Y aun sucederá que con frecuencia las virtudes puramente humanas del hombre honrado, le merecerán, de la parte de Dios, *gracias de luz* y de conversión, y llegarán a ser de este modo preludio y causa ocasional de su salvación eterna. Pero en sí mismas y en relación con la vida futura que esperamos, esas virtudes carecen de precio y de mérito.

Carecen del germen de la inmortalidad. Practicadas nada más que por el mundo, no pueden ser recompensadas más que en el mundo. Dios no puede coronar en los cielos actos que no le han tenido por objeto en la tierra. He ahí el hombre honrado que se presenta ante el tribunal de la Soberana Justicia.

"Señor, considerad que fuí un hombre honrado." El Juez Supremo le contestará: "¿Fuistes buen cristiano?."

"Señor, hice el bien, ayudé a mis hermanos." El Juez Supremo le responderá: ¿Trabajaste por mi gloria?"

"Señor, hice grandes limosnas a los pobres." El Juez Supremo le dirá: "Sí, un simple vaso de agua dado en mi nombre, merece el cielo. ¿Me socorriste a mí en la persona de los que padecían? ¿Diste algo en mi nombre?

¡Ay, señores, cuántas obras nos parecen grandes y serán nulas a los ojos de Dios! ¡Cuántas manos se creen ricas y se presentarán vacías en el día del juicio final!

San Francisco de Sales, oyendo un mal cristiano que se alababa de ser hombre honrado, le respondió con tanta gracia como verdad. "Pues bien, amigo mío, no serás ahorcado. He ahí lo que te sucederá."

Tengamos, señores, una prudencia más elevada. No nos contentemos con ser hombres honrados. Para ser de los elegidos allá arriba, seamos cristianos aquí bajo, buenos y sólidos cristianos.

Así sea.

CONFERENCIA TRIGESIMOTERCERA

Mi religión consiste en hacer bien a los demás

SEÑORES:

¡Cuántas veces habéis sentido resonar en vuestros oídos esta objeción tan fútil como poco sincera: Mi religión consiste en hacer bien a los demás." Parece que con esto se quiere decir que la beneficiencia lo es todo, y que la religión es extraña, si no hostil, a la beneficencia. Protesto contra esta imposición, y digo:

1.º Ser bienhechor no dispensa de ser católico;
2.º Ser católico ayuda a ser bienhechor.

I. Ser bienhechor no dispensa de ser católico.

Hacéis bien a los demás. *Amáis a vuestros semejantes.* Nada mejor. Esto es también lo que la religión cristiana nos ordena con la mayor insistencia. Esto está escrito en todas las páginas del Evangelio. Sois fieles a ese precepto. Os felicito.

Pero el Evangelio es el código completo de la moral. Hay que tomarlo todo entero. Jesucristo dijo: "Amarás al Señor tu Dios. Este es el primer mandamiento. He aquí el segundo, que es semejante al primero: Amarás al prójimo como a ti mismo. En estos dos mandamientos consiste toda la ley." ¿Por qué separáis lo que Dios ha unido? ¿Con qué derecho rechazáis el primer precepto y aceptáis el segundo? Preciso es tener dos piernas para marchar; del mismo modo, para conseguir nuestro destino y cumplir con todo nuestro deber, preciso es practicar los dos grandes mandamientos: el amor de Dios y el amor del prójimo.

Hacéis bien a los demás. *Os cuidáis del prójimo.* Sabéis que no estáis solos en el mundo. No vivís solamente para vosotros. No sois egoístas. Os felicito.

Pero en vuestro espíritu, en vuestro corazón, en vuestra vida, hallo, y lo deploro, una laguna espantosa. No observáis ningún deber con respeto a Dios. Olvidáis la primera, la más elevada, la más sagrada de las personalidades. ¿Qué es Dios en sí mismo? Todo ¿Qué es a vuestros ojos y en el movimiento de vuestros pensamientos y de vuestros actos? Nada. Vivís como si no existiera. Esto no es razonable ni permitido.

Hacéis bien a los demás. *Sois agradecidos a vuestros bienhechores.* Si os hacen un servicio, si solamente se os da una ligera muestra de benevolencia, os sentís profundamente enternecidos, y no os olvidáis de decir: Gracias. Os felicito.

Pero ¿es que Dios no os ha dado la vida y una multitud de bienes? Se lo debéis todo, aun esa libertad de que con frecuencia tan mal uso hacéis. Obreros, debéis a Dios vuestro pan de cada día. Ricos y grandes del mundo, le debéis vuestra opulencia. Si sois agradeci-

dos con relación a los hombres, ¿por qué sois ingratos con relación a Dios? Esto no es razonable ni permitido.

Hacéis bien a los demás. *Obedecéis a vuestros superiores.* Hijos, obedecéis a vuestros padres. Servidores, obedecéis a vuestros patronos. Soldados, obedecéis a vuestro jefe. Ciudadanos, obedecéis a vuestros magistrados, aun cuando os manden las cosas más duras, como el impuesto de sangre y el impuesto sobre los bienes. Os felicito.

Pero ¿es que Dios no es vuestro más elevado superior? ¿No os ha impuesto leyes? Y vosotros, ¿no le disteis algún día vuestra palabra y le jurasteis fidelidad? ¿Todo esto es para vosotros nulo y sin ningún valor? Esto no es razonable ni permitido.

Hacéis bien a los demás. *Los respetáis y los obligáis lo mejor posible;* no solamente procuráis no injuriarlos ni disgustarlos, sino que le guardáis consideraciones; los saludáis cuando los encontráis, y sois con ellos leales, confiados, afables, corteses. Os felicito. No os parece mal, no consideráis ridículo que vuestros hijos os abracen por la mañana y por la noche, o cuando se separan de vosotros, cuando vuelven a reunirse con vosotros después de una ausencia, ni que os hablen y comparezcan ante vosotros con continente humilde y respetuoso. Y si a veces os faltan al respeto, exigís que os pidan perdón de rodillas. Tenéis razón y os felicito también.

Pero ¿es que Dios no merece que se le honre, que se le respete, que se le salude, que se le conceda cierto mínimun de respeto exterior? No expresar con actos los sentimientos de fe, de adoración y amor que debemos a Dios, es desdeñar su soberano dominio y despreciar su paternidad. Esto no es razonable ni permitido.

De que uno tenga buen corazón y haga bien a los demás, no se deduce que no pueda tener religión. Los deberes para con el prójimo no suprimen los deberes para con Dios. Ser bienhechor no dispensa de ser católico. Voy más lejos todavía, y sostengo que el amor de Dios es la más segura garantía del amor del prójimo. Es mi segunda proposición.

II. Ser católico ayuda a ser bienhechor.

El católico, el hombre que tiene religión, el hombre que ama a Dios, tiene los motivos más poderosos y determinantes para amar a sus hermanos y para hacerles bien.

Ve en ellos otros yo, hechos como él a imagen de Dios, como él rescatados por la sangre de un Dios, como él llamados a la visión y posesión de Dios.

El precepto de la caridad fraternal está escrito en todas las páginas del Evangelio, y el católico no puede abrir ese libro divino sin oir que le dice: Sé bueno, sé bienhechor.

Finalmente, la sanción del precepto es trágica. El prójimo y Dios no hacen más que uno. No amar al prójimo, es no amar a Dios y excluirse de su paraíso. Amar al prójimo por Dios, es el cielo abierto y la eternidad conquistada.

Pero ¿a que raciocinar? Los hechos son más elocuentes que todos los razonamientos. Interroguemos los hechos.

1.º Ser católico ayuda a ser bienhcehor. *Pongo por testigo la historia del catolicismo.*

¿Quiénes son los más grandes bienhechores del género humano doliente? Los *santos*, es decir, los hombres encendidos en el amor de Dios.

¿Cuáles son las *instituciones bienhechoras* más antiguas, más prósperas, más populares? Las que se apoyan en una idea religiosa, las que coronan la cruz de Jesucristo, las fundadas por la Iglesia. Las escuelas gratuitas, los hospicios, los montes de piedad, los asilos de huérfanos, hijos son del catolicismo.

Para recoger y consolar todas las miserias, ya del cuerpo, ya del alma, ora de la infancia, ora de la edad viril, ora de la vejez, veo aparecer en el decurso de los siglos *Ordenes religiosas* de hombres y mujeres: Hermanas hospitalarias, que se consagran sin ningún salario personal a los enfermos y a los desgraciados; Hermanos de San Juan de Dios, que cuidan a los locos y a los niños raquíticos; Hermanas de San Vicente de Paúl, que se privan de las alegrías de la maternidad para no conocer de ellas más que las ansiedades, para servir gratuitamente de madres a las que no las tienen; Hermanos de las Escuelas cristianas, que instruían gratuitamente a los hijos del pueblo mucho antes que hubiese un presupuesto de Instrucción pública, y otros cien que sería prolijo enumerar. Pues bien, todo esto ¿qué es sino creaciones del catolicismo? Y todo esto proclama que nada hay como el amor de Dios, para engendrar la más perfecta abnegación en provecho del linaje humano.

2.° Ser católico ayuda a ser bienhechor. *Pongo por testigo la acción actual del catolicismo.*

Hace ya cien años que la Iglesia, despojada de todo, ha sabido crear *obras de caridad* que, reunidas, reproducen y superan las maravillas de las edades de oro

de la cristiandad. ¿Qué miseria hay que ella no haya remediado? Solo en Francia, ahorra al presupuesto del Estado un gasto anual de 200 millones. Sin recurrir al impuesto obligatorio, gasta, en París solamente, 20 millones anuales en socorrer infortunios. ¿Se la ha expulsado de la Instrucción oficial? Ha instituído escuelas libres y cristianas. ¿Se la ha expulsado de la asistencia pública? Ha instituído asilos de huérfanos y de ancianos, refugios, etc. ¿Se la ha expulsado de las Oficinas de Beneficiencia? Ha instituído las Casas de Caridad, las Conferencias de San Vicente de Paúl, las Hermanitas del obrero y cien otras obras maravillosas, que cubren la tierra y le pertenecen como un aroma del cielo.

Y al lado de la caridad organizada de la Iglesia, florece la caridad privada. Es inenarrable. Veo, pero me es imposible decirlo, todo el bien que hacen, en nuestro siglo, tantas almas grandes y piadosas, tantos católicos y católicas de toda edad y condición, que el amor de Dios inspira y sostiene, y que, por lo mismo, son los primeros en llegar, los más ingeniosos y los más incansables en el servicio del prójimo que padece. No, nada hay como el amor de Dios para promover y exaltar el amor del prójimo.

3.° Ser católico ayuda a ser bienhechor... *Pongo por testigos de ello los enemigos del catolicismo.*

Oigámoslos *vociferar contra la Iglesia.* Sería ridículo si no fuera criminal. Para desacreditar la religión y sus discípulos, inventan palabras que nada significan, pero que lo hacen temer todo. Ayer se perseguía a los católicos llamándolos clericales o jesuítas. Hoy se exhuma, de las cenizas de lo pasado, la Congregación como un fantástico espantajo. Esto es sencillamente idiota. Pero

cuando menos definido es el fantasma, más impresiona a la muchedumbre crédula y seducida. Esto no obstante, con semejantes insanias no se satisfacen mucho los estómagos hambrientos. Y entonces los enemigos del catolicismo

Hacen *a las muchedumbres las más bellas promesas.* En lugar del cristianismo, poseen el colectivismo, término bárbaro y cosa más bárbara todavía. En lugar de la caridad, ponen la solidaridad, que no es más que la caridad, plagiada y deteriorada. En lugar del cielo, anuncian el paraíso en la tierra. Y sobre esto hacen discursos, y publican libros que no tienen fin, y construyen utupias y sistemas que se derrumban los unos sobre los otros. Las bellas palabras nada cuestan; hacen más ruido que trabajo. Los enemigos del catolicismo prometen mucho al género humano.

Pero, *en general apenas le dan nada.* Como dijo Brucker, en su lenguaje tan verdadero como pintoresco y atrevido: "Son gallinas de huevos de oro que no ponen nunca." En la misma medida en que los verdaderos cristianos son solícitos y modestos en su abnegación, son jactanciosos en palabras y estériles en realidad los impíos y los incrédulos. A escucharlos a ellos, creeríase que van a cambiar la faz de la tierra y a curar todos los dolores. Contemplándolos, nota uno que se mofan del mundo de los pobres, y que explotan a los demás como se explota una mina. La irreligión deseca el corazón, y hace del hombre un monstruo de egoísmo. El amor de Dios impulsa el amor del prójimo. Ser católico ayuda a ser bienhechor. ¿Queréis verdaderamente hacer bien a los demás? Sed primeramente buenos cristianos; amad a Dios, y el resto se os dará por añadidura.

Así sea.

CONFERENCIA TRIGESIMOCUARTA

Yo practico la religión natural

SEÑORES:

Algunos para libertarse de la religión cristiana, dicen: "Yo practico la religión natural." A esto responded: 1.º Esto no es serio; 2.º Suponiendo que lo sea, no es suficiente. Voy a demostrarlo.

I. Practico la religión natural. Esto no es serio.

En primer lugar, ¿qué significa eso de "yo practico la religión natural"? Esto significa que uno ha conservado un corto número de principios religiosos, indicados por la razón y escritos en la conciencia, tales como la existencia de un Dios, de una Providencia y de una vida futura, esto es, que uno cree en Dios y en la otra vida, y que ello es todo y es bueno. Esto significa que uno ha sacudido el yugo de las verdades reveladas y de las prácticas religiosas, y que se contenta con adorar en su corazón al Dios de los espíritus fuertes. He ahí

la religión natural, de la cual se declara uno partidario y discípulo.

Pero es de tal modo vaga, confusa, incierta, indeterminada, incompleta, obscurecida por tantas nubes y reducida a tan medianas proporciones, que, para la masa de los hombres, no es más que una pura broma. Es la religión de los que no tienen religión. Esto no es serio. Mirad:

1.º Cuando uno tiene una religión seria, posee *creencias* autorizadas y firmes, que llenan de luz el espíritu y de paz el corazón. Ahora bien, el hombre que practica la religión natural, ¿posee esas creencias autorizadas y firmes? No.

¿Quién *es Dios*, y qué hay que hacer estrictamente para cumplir, con relación a El, el deber de la adoración? No sabe nada de esto.

¿Es que Dios *perdona* cuando le hemos ofendido... y, si perdona, en qué condiciones, por qué medios, cuántas veces? ¿Es qué presta a nuestras *oraciones* un oído atento, o bien no hay nada allá arriba más que un cielo de hierro y de bronce, una Providencia ciega, sorda y muda, de la que no debemos cuidarnos, porque no se cuida de nosotros? Nada sabe de esto.

¿Qué es lo que Dios *ordena*, qué es lo que prohibe, qué es lo que permite, qué es lo que tolera? No puede saberlo con precisión. Porque ninguna autoridad infalible se lo dice. Sólo tiene por guía la conciencia, que a veces nos engaña, y, por lo general, nos deja en la incertidumbre acerca del camino que debemos seguir.

¿Cuál es la naturaleza de las *recompensas* y castigos que esperan al hombre más allá de la tumba, y cuál será su duración? No puede saberlo con certeza.

Si consulta la filosofía, le responde con probabilidades y dudas; hace vacilar a sus ojos la luz; no se la muestra radiante y dominadora.

No, el hombre que practica la religión natural, no posee, no puede poseer creencias autorizadas y firmes.

2.º Además, cuando uno tiene una religión seria, profesa un *culto* cualquiera, que expresa la fe del alma, y la hace viviente en lo exterior. "Negar la utilidad de los ritos y prácticas en materia de religión y de moral—decía Portalis al Cuerpo Legislativo,—es dar pruebas de falta de razón y de ineptitud. Porque es negar el imperio de las nociones sensibles sobre seres que no son puros espíritus." Ahora bien, el hombre que practica la religión natural, ¿profesa un culto cualquiera? ¿Cuándo adora al Ser supremo? ¿En dónde y cómo? ¿Por cuáles ceremonias manifiesta su fe? Carece de ceremonias. ¿Cuáles son los sacerdotes cuyo ministerio emplea? Carece de sacerdotes. ¿Cuáles son los edificios sagrados, los templos en los cuales ora? Carece de templos.

En resumen, lo que se llama religión natural, es una religión en la cual tiene uno el privilegio de creer y hacer lo que quiera. Es un puro marbete que oculta la inanidad de las creencias y de las prácticas. Es muy simple, pero absolutamente vacía. Es la religión de los que no tienen religión. Esto no es serio. Y aun suponiendo que sea real, es totalmente insuficiente.

II. Yo practico la religión natural. No es suficiente.

No basta al hombre, ni basta a Dios. El hombre tiene necesidad de otra cosa, y Dios exige algo más y mejor.

1.º *El hombre tiene necesidad de algo distinto de la religión natural.*

1. Fijaos por un momento *en lo que se convirtieron los paganos* con la religión natural. Durante cuarenta siglos, quedó el hombre entregado a sí mismo. ¡Qué atolladero! ¿Qué hizo de la tierra? Convirtióla en un templo de ídolos, en el que todo era Dios, menos el Dios verdadero; en un mercado de esclavos explotado por algunos millares de hombres libres; en un antro de corrupción y de infamia, en el que reinaba soberanamente el infanticidio, el aborto, el divorcio, el adulterio, la poligomia. Hizo de la tierra una inmensa cloaca, en la que el lodo se mezclaba con la sangre, en la que los crímines no tenían nombre, tan monstruosos eran, tan repugnantes a la naturaleza y a la razón. Y notad, señores, que los *sabios*, los letrados, los filósofos, en general, no valían más que los otros hombres, no valían más que la sociedad, cuyos maestros y guías eran: testigo la infamia de Sodoma, que llegó a ser entre los griegos una vergüenza nacional, alabada por Platón, excusada por Cicerón y cantada por Virgilio; testigo el suicidio, que la escuela estoica enseñaba altivamente y erigía en principio; testigo la esclavitud, que todos los sabios de la antigüedad consideraban como legítima e intangible; testigo el degüello público de los gladiadores ordenado por Julio César, por Tito, por Trajano, por Constantino mismo antes de su conversión. He ahí lo que la naturaleza hizo de los pueblos antiguos. Con la religión natural llegaron a cometer enormidades que eran para ellos una fantasía general y que apenas nos atrevemos a nombrar hoy en día. La naturaleza, señores, no ha cambiado, y fatalmente nos conduciría a los mismos excesos, si obrásemos únicamente según su inspiración. Lo que digo, señores, no es una hipótesis quimérica; es un hecho escrito en nuestros anales.

2. Fijaos un momento *en lo que se convirtió Francia*, hace cien años, con la religión natural. Desde 1790 a 1800, hizo Francia un ensayo de religión natural. En lugar de Jesucristo, puso al Ser Supremo. Después, deteniéndose entre dos cadalsos, con la misma tinta con que tantas sentencias de muerte firmó, con la misma mano que abatió tantas cabezas, escribió Robespierre en las puertas de nuestros templos, que acababa de cerrar: "El pueblo francés reconoce la existencia de Dios y la inmortalidad del alma." Era esto la proclamación de la religión natural. Ahora bien: ¿qué es lo que se vió en Francia en aquella hora misma? Vióse correr juntos la sangre y el lodo, el lodo de una inmortalidad delirante, la sangre de los mejores ciudadanos. El vicio y el crimen: tales fueron los resultados de la religión natural. Y hoy en día, todavía los mismos efectos salen de la misma causa.

3. *Contemplamos todas estas cosas con ojos* entristecidos y espantados. Desde que cesan de ser cristianas las muchedumbres humanas, ya dejan de ser humanas para convertirse en fieras. Al rechazar el catolicismo, rechazan toda religión, toda creencia, y la creencia misma en Dios, todo pudor, y aun todo sentimiento natural de gratitud. Durante veinte años les estáis haciendo bien, los alimentáis con vuestro sudor, los ayudáis dándoles trabajo, limosnas discretamente distribuídas, servicios... y, para pagaros vuestros sacrificios desinteresados, vuestra vida gastada gota a gota, os arrojan a la faz groseros insultos y odio bestial. El hombre descristianizado es menos que un hombre. *Hay quien dice*: "No queremos nada que huela a sobrenatural, porque lo sobrenatural es incompatible con el progreso humano." ¡Cuán envidiable es vuestro progreso sin Jesucristo y contra Jesucristo! ¡Insensatos!, al atacar lo sobre-

natural, empezáis en las alturas más sublimes una ruina, que, cayendo de tan alto, debe arrastrar y arrastra consigo multitud de otras varias. ¡Insensatos!, al reducir el linaje humano a la religión puramente natural, decapitáis al género humano, y hacéis de él un género humano decaído, *más decaído aún que el hombre del paganismo,* porque a la magnitud de su rebajamiento, añade la humillación de su caída, porque cuanto más alto es el punto del cual desciende uno, más se hunde en tierra. Por algo se coloca el campanario en el centro de la aldea; si cae, aplasta a la iglesia que lo sustenta y a las casas que lo rodean. Por algo hace ya catorce siglos que el catolicismo constituye la cumbre gloriosa y sagrada de un pueblo como Francia; cuando esta cumbre se incline y caiga, la nación que corona quedará aplastada. ¡Ah, cuán ciegos o cuán culpables son los que descristianizan nuestra sociedad. Al quitar al pueblo la fe de sus padres, lo desmoralizan y embrutecen. Al expulsar a Jesucristo, destierran a Dios mismo, deprimen en la conciencia pública el sentido de lo justo y de lo honesto, y abren en el mundo un vacío espantoso que no puede llenarse más que con ruinas.

No, la religión natural no basta. El hombre tiene necesidad de otra cosa.

2.° *Dios exige algo más y mejor.*

Un niño cuyos padres se casaron en los templos de la naturaleza, un hijo natural, es un ser cuya naturaleza está manchada, y al que uno cree ajar dándole el nombre de bastardo. Así, debemos tener como sospechoso lo que se llama religión natural. Es una religión bastarda. Le falta algo; le falta la consagración de lo alto; le falta la estampilla divina. Dios exige algo más y mejor.

Dios instituyó una religión sobrenatural, y no somos libres de rechazarla, de no contar con ella, de prescindir de ella. Nadie tiene el derecho de decir: "No quiero ser hombre; quiero ser animal." Del mismo modo, nadie tiene el derecho de decir: "No quiero ser cristiano; quiero ser tan sólo hombre." A Dios corresponde asignarnos nuestro puesto; no tenemos nosotros el derecho de elegirlo y tomarlo. Nacemos cristianos, como nacemos franceses. Sería un crimen decir: "Renuncio a mi título y a mi nacionalidad de francés." No sería menor crimen decir: "Renuncio a mi nombre y calidad de cristiano."

¿Pues qué, el Verbo Eterno, el Hijo de Dios, descendió a la tierra, tomó nuestra humanidad, vivió, murió y se constituyó en mediador nuestro, y nosotros podremos rechazarlo, y decirle: "¡Márchate, no tengo necesidad de ti!" Y sus fatigas, sus lágrimas, su sangre, sus palabras, sus acciones, su vida y su muerte, su gracia y sus sacramentos, ¿podríamos aceptarlos o rechazarlos? No, la salvación no es posible sin Jesucristo, y el que lo rechace pierde su destino. ¿Sois honrados y practicáis la religión natural? Dios exige algo más. Os manda practicar la religión que instituyó, y ser buenos cristianos.

Hoy, señores, es esto más necesario que nunca. El mundo está perdido si todos los hombres honrados no se unen alrededor de la idea cristiana. Los malhechores que pervierten la nación lo saben muy bien... Todo su odio va contra la idea cristiana. Profesan el cristianismo, no es solamente hoy una cuestión de conciencia y de salvación eterna, es uno cuestión de interés nacional y de salvación pública.

Así sea.

CONFERENCIA TRIGESIMOQUINTA

La razón me basta

SEÑORES:

Una de las objeciones más frecuentes que los hombres de nuestra época oponen a la religión, es esta: "¿La religión? ¿Para qué sirve? La razón me basta." Voy a estudiar estas palabras y a mostraros que son: 1.º Peligrosas; 2.º Orgullosas; 3.º Mentirosas.

I. La razón me basta. Palabras peligrosas.

Con estas palabras por máxima, puede uno llegar, y llega en realidad, a los más groseros errores de doctrina y conducta.

1.º Ved el *paganismo antiguo*. Cuando la contemplamos con atención, la antigüedad entera, desde los pies a la cabeza, desde las clases más ilustradas a las más incultas, infunde verdadera lástima. No solamente se nos muestra llena de llagas y de manchas, sino también desorientada y descarriada hasta la demencia.

Los egipcios, los griegos, los romanos, es decir, los pueblos más cultos de la tierra, adoraban a viles criminales, como Saturno y Júpiter, las prostitutas más asquerosas, como Astarté y Venus, los animales irracionales, como el gato, el buey, el cocodrilo. Con esto, inmolaban víctimas humanas, mataban esclavos, exponían o ahogaban los niños que molestaban, o hacían que se degollaran entre sí los gladiadores para divertir a los ciudadanos.

Y los mismos hombres más inteligentes, proclamaban por lo alto las proposiciones más contradictorias y más extravagantes. *Platón* enseña que el hombre es un animal implume de dos patas: *animal bipes et implume;* que la promiscuidad es el ideal de una sociedad perfecta; que el infanticidio es ordenado por la razón de Estado. *Aristóteles* sostiene que la naturaleza quiere que haya esclavos, y que el esclavo no es más que un instrumento viviente, una herramienta animada, una cosa, una especie de ser intermediario entre el hombre y la bestia. Platón, Cicerón, Séneca, Plinio, ora niegan, ora afirman la inmortalidad. "¿Qué pensar—dice Montaigne—de esa algazara de cerebros filosóficos?" El naturalista Plinio concluye: "Lo único cierto es que nada es cierto."

Con solo la razón, he ahí adonde llegó el paganismo antiguo.

2.º Ved ahora *el racionalismo moderno*, que ha querido prescindir de la religión, y vivía sobre esta máxima: "Me basta la razón." ¿Qué es lo que no ha inventado?

Un filósofo ha dicho que el hombre no es más que un tubo digestivo abierto por los dos extremos, y otro ha sostenido que el vicio y la virtud no son más que dos productos como el jugo y el vitriolo.

En nombre de la razón, se han preconizado los sistemas más absurdos, el materialismo, el panteísmo, el ateísmo, el fatalismo, es decir, todo un fárrago de aberraciones que debiera haberles abierto a sus autores, no las puertas del Panteón, sino las puertas del manicomio.

En el orden intelectual, el racionalismo moderno resucita todos los errores del paganismo antiguo, y llega, como él, ¿a qué?... A la duda, es decir, a un agujero sin aire y sin luz, en el fondo del cual la inteligencia muere de asfixia.

En el orden moral, el racionalismo moderno resucita también todas las infamias del paganismo antiguo. A la hora presente, miles y miles de plumas se dedican a glorificar los vicios más vergonzosos, que levantan entre nosotros los altares de Venus.

3.° Y si consideráis la *muchedumbre humana,* llegaréis a horrorizaros de ver los excesos a que conduce esta máxima peligrosa: La razón me basta.

Mi razón me basta, dice el *hijo* a su padre cuando éste le da buenos consejos, prudentes recomendaciones; y con su razón no contenida, no dirigida, no completada por la educación cristiana, se convierte en pequeño tirano, en bárbaro en ciernes.

Mi razón me basta, dice *el joven* a sus padres, a sus profesores, a los sacerdotes que le prepararon para la primera comunión, y con estas palabras en los labios, desencadena en su corazón y en su vida todos los instintos y todas las brutalidades de la bestia humana. Se convierte en un monstruo de ingratitud, de egoísmo y de lubricidad.

Mi razón me basta, dice *la mujer* que ha sacudido el yugo de la fe y de las prácticas religiosas. Y con ello rechaza la autoridad de su marido, pisotea a menudo el pudor de su sexo, y a veces, cayendo de más alto que el hombre, le supera en intemperancia de palabra y de conducta.

Mi razón me basta, dice el *servidor,* el *obrero,* el *soldado,* el *campesino.* Y entonces los veo, armados de su sola razón, discutir todas las cuestiones a tontas y a locas, y rechazar con impaciencia todos los yugos. Desprecian la majestad de las leyes, la autoridad de los sabios, el peso de los siglos pasados, las necesidades del bien público.

La razón me basta. Cuando *un pueblo* se agarra a semejante máxima y la pone en práctica, podéis decir que es un pueblo acabado, porque cuenta con tantas opiniones como ciudadanos, porque la colectividad se descompone en una multitud de voluntades personales y divergentes. Ya no es un pueblo; es un polvo de pueblo.

La razón me basta. Es un inmenso peligro, castigo de un loco orgullo.

II. La razón me basta. Palabras orgullosas.

En general, los hombres más inteligentes, los más elevados, no se atreven a pronunciar estas palabras. Cuanto más avanzan en la investigación y descubrimiento de la verdad, más comprueban y proclaman los límites e insuficiencias de la razón humana.

1.° Escuchad a *los sabios de la antigüedad.* Sócrates dice: "Hay que esperar que alguien venga a instruirnos acerca de la manera como debemos comportarnos con los dioses y con los hombres." Hablando de cosas morales y religiosas, dice Platón: "Estas cosas se aprenden fácilmente, sin esfuerzo, si alguien nos las en-

seña; pero nadie nos las enseñará, a menos que Dios nos muestre el camino." Aristóteles, a pesar de la extensión y profundidad de sus conocimientos, vese reducido a decir que ninguna naturaleza es bastante instruída para poder, por sí sola y sin auxilio de Dios, conseguir la salvación, y cuando muere, se le ponen en los labios estas palabras melancólicas que resumen la historia del pensamiento en el mundo antiguo: *Dubius vixi, incestus morior*: "Viví en la duda, y muero en la incertidumbre."Y Cicerón, interpretando los filósofos griegos y romanos, afirma igualmente la insuficiencia de la razón.

¿Os basta la razón? Palabras orgullosas. Sócrates, Platón, Aristóteles, Cicerón pensaban que su razón no les bastaba. Parece que queréis decir que vuestra razón es superior a la de estos grandes hombres. Os colocáis por encima del genio.

2.° Escuchad ahora *los sabios de los tiempos modernos*. Los más numerosos, los mejores, se congratulan de tener fe, o bien, si no la tienen, confiesan que su razón está inquieta, insaciada, no se basta a sí misma. Bacon dice: "Poca ciencia aparta de la religión; mucha ciencia acerca a ella." Y Pascal añade: "El último paso de la razón consiste en reconocer que hay una infinidad de cosas que están por encima de ella. Muy débil será, si no llega a reconocer esto."

Pastor agrega: "Cuando uno estudia a fondo las cosas, llega a la fe del aldeano bretón. Y si yo hubiese estudiado más, hubiese llegado a la fe de la aldeana bretona." Julio Simón era racionalista, y le oigo decir: "Solamente las espíritus débiles creen explicarlo todo y entenderlo todo." Thiers no era católico, y le oigo decir: "Si tuviese en mis manos el tesoro de la fe, las

abriría para que cayese sobre mi patria." Michelet no era clerical y le oigo decir: "Como filósofos razonadores que somos, seamos tan atrevidos como queramos. ¿Quién de nosotros puede ver sin envidia esos fieles que salen a pelotones de la iglesia, que vuelven de la mesa divina rejuvenecidos y renovados? El espíritu se mantiene firme, pero el alma está triste. El creyente de lo por venir, que no depende menos de lo pasado, deja entonces la pluma, cierra el libro, y no puede dejar de decirse: ¡Ah, cuánto daría por estar con ellos, por ser uno de ellos, el más humilde, el menor de sus hijos!"

¿Os basta la razón? Palabras orgullosas. He ahí hombres que pasaron toda la vida en el estudio, en largas y pacientes investigaciones. Y ora se alegren de tener fe, ora giman porque no la tienen, proclaman que su razón no les basta. Y vosotros, que quizás no habéis dedicado nunca una hora de atención a la cuestión religiosa, ¿sostenéis que vuestra razón os basta? Seríais, pues, superiores a lo más escogido de la inteligencia humana? No lo creo, y pienso que vosotros mismos tampoco lo creéis.

III. La razón me basta. Palabras mentirosas.

1.° Aun *en el orden material y puramente humano*, vuestra razón es insuficiente. Hay mil y mil cuestiones que nuestra razón por sí sola no puede resolver: cuestiones científicas, políticas, sociales, rentísticas, internacionales. La mayor parte de los hombres nada entienden de ellas, por lo que se ven obligados a confiarse a la autoridad o al testimonio ajeno. Por ejemplo, ¿hay muchos entre nosotros que pudieran demostrar el siste-

ma de Copérnico? Se cree en él, y esto es todo. Casi todo el género humano vive de creencias.

2.º Ahora bien, *en el orden espiritual y divino,* nuestra ignorancia es, por otro concepto, muy profunda. ¿De dónde venimos? ¿a dónde vamos? ¿cuál es el sentido de la vida? ¿cuál el de la muerte? ¿Por qué el pecado? ¿podemos obtener el perdón? ¿cómo? ¿Por qué el dolor? ¿Por qué, si hay un Dios, y si este Dios es justo y bueno, por qué esos triunfos del mal, esas victorias de la injusticia, esas opresiones de la debilidad y del derecho por la omnipotencia insolente de la fuerza?... Sobre todo esto, ¿qué dice la razón? Balbucea, o no dice nada. Es incoherente, o queda muda. Además, cuando nuestra conciencia entra en lucha con la pasión, cuando se traba en nosotros una batalla terrible entre el deber y el interés, ¿quién se atrevería a decir que su razón basta par vencer el mal con el bien? Por otra parte, cuando lloráis, cuando acompañáis al cementerio los despojos de un ser amado, cuando vuestro corazón está triturado, ¿diréis todavía que la razón os basta? No, si sois sinceros, no lo diréis; pero, sacudidos, transfigurados, iluminados por el dolor, diréis, como Chataubriand convertido: "¡He llorado y he creído!" No, la razón no basta.

3.º ¿Quiere esto decir *que sea impotente* e inútil? No digo eso, porque sería una exageración, y, por consiguiente, una falsedad. Como dice Pascal: "Hay dos extremos igualmente peligrosos: excluir la razón, y no admitir más que la razón." La razón no es inútil. Es indispensable. Nos conduce a la fe. Comprueba su necesidad, sienta las pruebas de ella, demuestra sus armonías. Para ver los astros de modo que se conozcan

bien, preciso es un telescopio. Pero un telescopio sin un ojo que de él se sirva, no muestra nada. Del mismo modo, la religión, que procede de Dios, dice más que la razón; pero, sin la razón, sería impotente, como el telescopio sin el ojo. Hay en el mundo muchas gentes limitadas y presumtuosas que nos echan en cara a nosotros los católicos, que abdicamos nuestra razón, porque tenemos fe. Este reproche no tiene razón de ser. La fe afirma y completa la razón, pero no la destruye. La razón no basta. La fe cura sus enfermedades y llena sus lagunas. El que cree, es cien veces más razonable que el que no cree.

Así sea.

CONFERENCIA TRIGESIMOSEXTA

Los cristianos no valen más que los otros

1.º Afirmación falsa

Señores:

Vamos a tratar hoy una objeción que merece refutación en regla, y a la cual dedicaré tres conferencias. Para dispensarse de practicar la religión, se dice: *Los cristianos no valen más que los otros.* Esto entraña una afirmación falsa, una sospecha injusta, una inducción ilegítima.

Señores, me esfuerzo en ser, y me lisonjeo de serlo, sincero con vosotros, y me consta que la sinceridad de mis palabras no os desagrada. En el asunto que voy a tratar, muy delicado y muy complejo, voy a tener necesidad de ser todavía más claro y más límpido que de ordinario. Lo seré, y no me censuraréis por ello.

Los cristianos no valen más que los otros. ¿Es esto verdad? Sostengo que no lo es. Me explicaré. Prestadme toda vuestra atención.

I. No digo:

1.º *Que los cristianos son impecables y perfectos.*

Esto sería una exageración, y, por consiguiente, una falsedad. Porque ¿quién, fuera de Dios, es impecable y perfecto? Nadie. Los santos mismos temblaban porque se sentían débiles y tentados, y gimieron no poco por causa de sus infidelidades. El hombre es libre. La religión no suprime su libertad. Y desde el momento en que tenemos libertad, corremos siempre el riesgo de abusar de ella. ¿Los cristianos impecables y perfectos? No, eso no puede ser.

Y no lo es. Y no lo es porque conservan la debilidad, la inconsecuencia de nuestra pobre naturaleza, tan fuertemente corrompida por el pecado. Su conducta, por consiguiente, no está siempre de acuerdo con sus principios con sus resoluciones. Con frecuencia tienen imperfecciones, defectos de natural, caídas y recaídas, desfallecimientos más o menos profundos. Los cristianos no son impecables ni perfectos.

No tienen tampoco semejante pretensión. De buen grado se atribuyen los incrédulos todas las virtudes. Preguntaron un día a Musset por qué signo podría reconocerse inmediatamente al ilustre poeta Víctor Hugo: "Es muy fácil—respondió.—Al entrar en un salón, se asegura siempre con la mirada si el techo es suficientemente alto para él." La humildad, la modestia, no es precisamente el fuerte de los librepensadores... ya que Dios mismo es, en comparación de ellos, un jovenzuelo. Lo mirán de arriba abajo, y por todo el oro del mundo, no se arrodillarán en presencia de El. Los cristianos, por lo contrario, confiesan fácilmente sus miserias, y de cuando en cuando, se ponen a los

pies de un sacerdote para decirle: "¡Bendecidme, porque he pecado!" Luego queda esto bien claro. No digo que los cristianos son impecables y perfectos. Tampoco digo.

2.° *Que tal hombre que es cristiano vale más que otro que no lo es.*

No es así como hay que plantear la cuestión. No hay que comparar tal hombre que es cristiano con tal otro que no lo es, sino el conjunto de los cristianos con el conjunto de los que no lo son.

Me citan tal hombre que vive fuera de las creencias y prácticas religiosas, y que es un modelo de pureza, de justicia y de abnegación. A esto respondo: 1.° ¿Estáis bien seguros de que ese hombre no tiene religión? ¿Por ventura no será deudor de las virtudes que posee al cristiano que rechaza? 2.° Ese hombre que calificáis de perfecto sin religión, no es totalmente honrado, por cuanto falta a un deber capital, al deber para con Dios. 3.° Ese hombre, que olvida a Dios, y que se muestra correcto consigo mismo y con sus semejantes, no es más que una excepción. Es un pródigo, y yo no hablo aquí para los pródigos, sino para los sencillos y débiles mortales, tales como todos nosotros. Puede ocurrir que tal hombre, que es cristiano, no valga más, y valga quizás menos, que tal otro que no lo es. Pero esta no es la cuestión.

Apreciamos el valor moral, no de los individuos, sino de la masa. Prescindimos de las particularidades y de las excepciones, y consideramos la generalidad. Tomemos, por un lado, la ciudad de Dios, que tiene religión, y, por otro, la ciudad del mundo, que no la tiene, y comparemos las dos ciudades, el conjunto de la una con el conjunto de la otra. Pues bien, declaro

que la comparación del conjunto es enteramente en favor de los cristianos. Y voy a demostrarlo.

II. Digo:

1.° *Que los cristianos tienen medios particulares de ser mejores que los otros.*

Tienen todos los recursos naturales de la moralidad que están a la disposición del hombre simplemente honrado, y tienen además los que faltan a este último, los recursos sobrenaturales. Para realizar sus buenos deseos, para vencer el mal y hacer el bien, el cristiano no está solo, no está abandonado a sí mismo, es decir, a su ignorancia, a su debilidad y a sus pasiones. Tiene la luz que le viene del Evangelio y de la Iglesia. Tiene la fuerza que le viene de la gracia, de la oración y de los sacramentos. Ve más claramente su deber, y lo quiere con más energía, y lo cumple con más seguridad. Iluminado, guiado, vivificado por la religión, lucha, resiste, triunfa.

Cae sin duda porque es hombre, pero no permanece caído. Cae, pero se levanta. Cae pero se arrepiente, y vale más en su falta que el fariseo soberbio en su virtud. Desfallece en ocasiones, pero no capitula jamás, ni jamás es vencido definitivamente. Aun después de sus caídas pasajeras, vuelve al combate con un valor que nada vence y que Dios reanima sin cesar. No digo que la religión le hace invencible e invulnerable, sino que le ofrece medios sencillísimos y poderosísimos para vencer el mal, y para ser bueno, excelente y aun perfecto, tanto como puede serlo. Digo que los cristianos cuentan con medios particulares para ser mejores que los otros. Y añado

2.º *Que, de hecho, los cristianos son mejores que los otros.*

La historia lo proclama. ¿En dónde y cuándo viéronse florecer, bajo el imperio del ateísmo, virtudes como las del mundo cristiano? Abra sus filas la incredulidad, y haga salir una procesión de vírgenes, de apóstoles, de mártires, de justos de toda edad y condición comparable a aquella con la cual el catolicismo ha sembrado el curso de veinte siglos. Fuera de la religión cristiana, hay ciertos vicios que ni siquiera se atacan, porque desespera uno de triunfar de ellos... y ciertas virtudes delicadas que se califican de prejuicios para excusarse de no producirlas. Los frutos de la moralización cristiana son íntegros, sabrosos, exquisitos, superiores. No pueden negarse sin ultrajar a la verdad. Llenan y embalsaman los graneros de la historia. Los cristianos valen más que los otros.

Así debe ser, por cuanto poseen los principios necesarios de la vida moral, y *así es.* Seguramente que podréis citarme tal o cual persona que, al dejar de ser cristiana, no dejó de ser buena, justa y caritativa y cumplidora de su deber. Admito tantas excepciones individuales como queráis. Pero sostengo que esas excepciones no prevalecen contra la ley general siguiente: tomad el término medio de los hombres; quitadles la fe cristiana, y decidme en conciencia si su moralidad aumenta o disminuye, si hay más sobriedad, más castidad en los que no van ya a la iglesia a rogar a Dios en su infancia; si, finalmente, al separarse de Jesucristo, se hace mejor el linaje humano. Sostengo que no. Sostengo que hay en la ciudad del mundo una suma de vicios mucho mayor que en la ciudad de Dios, y recíprocamente, que hay en la ciudad de Dios una suma de virtudes mucho más considerable que en la ciudad del mundo. Los cristianos valen más que los otros.

Las estadísticas dan fe de ello. No es principalmente en las filas de los que tienen fe donde se reclutan los que pueblan las cárceles y presidios. Uno de nuestros novelistas contemporáneos *P. Bourget,* escribe: "Reconozco que los hombres y las mujeres que siguen los preceptos del Evangelio, están, en gran proporción, al abrigo de los desórdenes morales que he descrito en mis novelas, y que son casi inevitables cuando los hombres se dejan guiar por sus sentidos, sus pasiones, y sus debilidades." Los cristianos valen más que los otros.

El mundo, que parece despreciarlos, los estima en el fondo, y, en ocasiones, les da la preferencia. Hacia 1840, no había en la Escuela normal superior más que tres alumnos que comulgaban por Pascua, y por ello eran el blanco de los ataques y burlas de sus condiscípulos. Sobrevino en París una inundación, se hizo una colecta para las víctimas, y se trató de nombrar tres tesoreros. ¿A quienes designaron los votos? A dos de los tres que comulgaban por Pascua. Se burlan de los cristianos porque les falta valor para insultarlos; pero en el fondo se tiene la convicción de que valen más que los otros. Ultimamente, en una asamblea obrera considerable, había que elegir algunos delegados para la dirección de una obra económica. Vino la votación, y fueron nombrados obreros notoriamente católicos casi por la unanimidad de sus camaradas, en su mayoría irreligiosos. En el taller, en el despacho, en el almacén, el empleado que tiene religión es el más perseguido por todos... pero también el más estimado de todos. No se dice muy alto, pero se murmura por lo bajo que los cristianos valen más que los otros. Cuan-

do padres incrédulos tienen hijas o hijos que casar, ¿por ventura buscan de ordinario nueras o yernos irreligiosos? En manera alguna. Ambicionan jóvenes piadosas para sus hijos, y para sus hijas, jóvenes por lo menos respetuosos con la religión. Saben, sin género alguno de duda, que generalmente la impiedad es un pabellón que cubre una mercancía deteriorada, y que la religión es una garantía habitual de moralidad y de dicha. Y saben con certeza que los cristianos valen más que los otros.

En apoyo de esta afirmación, los mismos *malos* aportan su testimonio, que no es ciertamente el menos significativo. Tomad de una ciudad los entes más crapulosos, los más desmoralizados, los más despreciables, y podéis estar seguros que estos enemigos de todo bien son al propio tiempo los enemigos más encarnizados de la religión y de los que la practican. ¡Cristianos, hay en esto un honor involuntario, pero muy real y expresivo, tributado a vuestra fe y a vuestro valor moral! Se os odia, se os tiene envidia, se os persigue, porque se os estima, porque vuestra vida es una condenación del mal, porque vuestros ejemplos son molestos para aquellos que no quieren seguirlos, porque vuestra superioridad moral es incontestable y aplastante para los otros.

Ocurría esto en Lión, hacia el fin del siglo segundo, año de 177. Como debía ocurrir sin cesar en lo por venir, para perseguir a los católicos, se los acusaba de los crímenes más infames. Una joven esclava, Blandina, fué entregada al verdugo, y agotaron en ella todos los tormentos imaginables. La admirable joven no tenía más que una frase en sus labios, una frase que repetía siempre y que hacía palidecer a sus jueces de terror y de cólera: "Soy cristiana—decía,—y entre nosotros

no se hace mal alguno." Señores, tomad esta frase por divisa, pronunciadla a menudo, y oponedla victoriosamente a todas las maledicencias de los enemigos de Dios y de la religión: "Somos cristianos, y entre nosotros no se hace mal alguno."

Así sea.

CONFERENCIA TRIGESIMOSEPTIMA

Los cristianos no valen más que los otros

2.º SOSPECHA INJUSTA

SEÑORES:

Un relato incontestable, hecho por los hermanos Goncourt, nos muestra al apóstota Renán, en la ventana de una fonda, en 1870, mirando con irritado desprecio desfilar los soldados franceses que se dirigían a la frontera, designando con un gesto a la tropa en marcha consagrada al sacrificio, y murmurando a sus comensales estas palabras: "Decid que entre esa gente no hay un hombre capaz de virtud." Casi del mismo modo se procede con relación a los cristianos; se los saluda al paso con profundo desdén... y, al decir que no valen más que los otros, se da a entender que valen menos que los otros. En una afirmación falsa, va envuelta una sospecha injusta.

Cierto que los cristianos no son perfectos. Nadie lo afirma, ni ellos tienen semejante pretensión. Pero gene-

ralmente exageran y se generalizan sus defectos. Hay en ello una falta de benevolencia y de justicia contra la cual debo y quiero protestar. Los cristianos son con mucha frecuencia vilependiados; justo es que tengan un cuarto de hora de justificación.

I. Se exageran las faltas de los cristianos.

A los que no tienen religión, todo se les permite y todo se perdona. No ignoráis que en nuestra sociedad contemporánea desmoralizada, hay millares de personas sin fe ni ley. *La religión no los molesta.* La desdeñan, se abstienen de ella, se burlan de ella. Se complacen en perseguirla, no solamente con sus libelos, sino son su odio, con sus ataques hipócritas o declarados. Nunca se los ve en la iglesia. Son espíritus libres de toda superstición. No son devotos. La religión no los molesta. *Y la moral todavía menos.* Los jóvenes ultrajan el pudor y se divierten como bestias desenfrenadas e intemperantes. Los hombre colocados en las alturas se abaten sobre la sociedad como aves de rapiña. Durante largos años absorben las buenas plazas, chupan buenos millones, y vuelan de placer en placer a costa de la nación y del dinero ajeno... hasta el día en que, rebasando toda medida, y violando toda legalidad, acaban por provocar la repulsión de las personas honradas y la represión de las leyes. Pero con frecuencia, con mucha frecuencia no los alcanza el castigo, o los alcanza demasiado tarde. *Se los deja hacer.* Se los llena de honores. Se los inciensa. A los ojos de la muchedumbre, sus voluptuosidades son magnificiencias, sus latrocinios habilidades, sus excesos, pecadillos... Se les permite todo. Se les perdona todo. Se les prodigan,

no solamente excusas, sino alabanzas. Para los que no tienen religión, la indulgencia no tiene límites.

Pero para los cristianos no hay piedad. Se les atribuyen todos los vicios, se les niegan todas las virtudes.

Cristianos muy buenos *pueden cometer faltas*, y necesariamente las cometen en mayor o menor número. Estas faltas son señaladas, contadas, estigmatizadas, aumentadas, exageradas a placer. Parece que un católico ha de ser inmediatamente perfecto. Muchedumbres enteras sin religión ven en el ojo de sus hermanos cristianos la paja ligera de que habla Jesucristo, y no ven la viga que vacía sus propios ojos.

Cristianos muy buenos pueden tener y *tienen defectos*. Fácilmente se les suponen los que no tienen, y se subrayan además los que tienen. Cuando uno quiere matar su perro, declara que está rabioso. Casi del propio modo se procede con relación a los cristianos. Fácilmente advierten que excelentes personas muy religiosas carecen de habilidad, de cualidades exteriores, de urbanidad, de destreza, de saber vivir. Esto se ve. El águila no sabe andar. Newton, que pesaba los mundos, no sabía cocer un huevo. Con un lingote de oro, puede uno tener dificultades para alquilar un coche; no se lleva dinero suelto. Así, excelentes católicos pueden ser, y lo son a veces, profundamente virtuosos, pero enteramente torpes y desagradables. Tienen cualidades de fondo, pero carecen de formas. Y esto basta para que no haya piedad para ellos. Se olvidan sus méritos reales y sólidos, para no ver más que sus defectos aparentes, convertidos ya en vicios irremediables e imperdonables. Se exageran las faltas de los cristianos; pero se va más lejos todavía.

II. Se generalizan los defectos de los cristianos.

Ya no se contentan con ser malévolos; son injustos. Así, se atribuyen a todos los cristianos los defectos, las taras, los vicios que encuentran en algunos. Esto es contrario, no solamente al sentido común, sino a la más elemental justicia. Me explicaré por medio de ejemplos.

1.° Se tropieza con *un cristiano hipócrita y falso.*

Un cristiano hipócrita y falso sería el que sólo tendría un barniz de religión y ocultaría bajo demostraciones de piedad, la indiferencia, la incredulidad, el vicio, la envidia, la bajeza, el odio. La hipocresía en materia religiosa es la mentira en lo que tiene de más vil. Porque Dios mismo, la inviolable verdad, es tomado como cómplice de la deslealtad. ¡Atrás los hipócritas, que explotarían la religión y harían de ella un medio de vivir, de colocarse, de hacer fortuna! Jesucristo los denunció y los anatematizó; los desmascaró con una frase al llamarlos espectros horribles, sepulcros blanqueados, que ocultan la podredumbre y la vergüenza bajo bellas apariencias.

¿Hay en nuestra sociedad contemporánea hipócritas de propósito deliberado y de completa premeditación, que se sirven de las prácticas religiosas como de un pedestal para elevarse, y se decoran con ellas como con una máscara para engañar al público? No lo creo. En otros tiempos, cuando la religión tenía una situación oficial potente y preponderante, cuando disponía de dinero, de títulos y de puestos para distribuir, cuando intervenía en el poder y en los negocios, debió haber, y hubo ciertamente cristianos hipócritas, gazmoños, que

se disfrazaban con el manto de la piedad para conquistar favores humanamente deseables. Pero hoy en día, no veo las ventajas temporales que la religión puede proporcionar a los que la practican. Hoy en día, los impíos que se vanaglorían de serlo, tienen más probabilidades de lograr sus propósitos que los cristianos que se arrodillan. Hoy en día el que lleva un cirio a la iglesia, arriesga su prestigio y su interés, en tanto que todo puede ganarlo quien exhiba un diploma de fracmasón o un certificado de librepensador. Hoy en día, no es entre nosotros donde hay que buscar a los hipócritas, sino en el campo de la incredulidad, donde, para evitar la sevicia y procurarse los favores del poder, se afecta a menudo exteriormente un celo irreligioso que no es más que una pura mentira. La religión, en la hora actual, no tiene que temer en su seno la llaga asquerosa de la hipocresía.

Si, ello no obstante, por un imposible, encontráis en vuestro camino un cristiano hipócrita y falso, ¿es una razón para generalizar y decir que todos los cristianos son hipócritas y falsos? Evidentemente que no. Un inglés llegado de Bolonia, escribió en su librito de memorias que todas las mujeres francesas eran rojas y de mal genio, porque su hostelera tenía ambos defectos. Así se procede, por lo general, con relación a los católicos. Porque uno ha visto o ha creído ver un cristiano hipócrita, se declara que todos los cristianos son hipócritas. Esto es irracional y soberanamente injusto. Esto es contrario, no solamente al sentido común, sino a la más elemental justicia. Todavía otro ejemplo de la misma procedencia.

2.º Se tropieza con *un cristiano falto de inteligencia y mal instruído.*

El cristiano hipócrita y falso no tiene fe, no tiene más que prácticas. El cristiano falto de inteligencia y mal instruído tiene fe y prácticas exteriores de la fe, y a ellas se atiene y se imagina que es suficiente. Ora es una mujer que, cubierta de escapularios y medallas, frecuenta la iglesia y los sacramentos, pero descuida sus deberes de estado, sus deberes de madre de familia, sus deberes de ama de casa, y tiene una lengua infernal; ora es un piadoso católico que piensa que, con prácticas, en las que el alma no puede nada, o casi nada de sí misma, está en regla con Dios y con sus semejantes. Reza, va a misa, se confiesa, comulga. Pero todo esto es superficial, maquinal y sin vida.

Es evidente que es entender mal el cristianismo, reducirlo a un formulismo puramente cultural. El verdadero cristianismo es, por lo contrario, muy profundo. Se dirige al espíritu, al corazón, a la voluntad, al alma entera. Lo llena de amor de Dios y de amor del prójimo; los llena de caridad, de pureza, de justicia, de misericordia.

Si por casualidad encontráis en vuestro camino un cristiano falto de inteligencia y mal instruído, que tiene del cristianismo una idea estrecha limitada y truncada, que pone toda su religión en prácticas puramente superficiales, os permito que le condenéis, y os aconsejo que le desengañéis, si tenéis autoridad sobre él. ¿Pero es esto una razón para decir que todos los cristianos se parecen y son, como él, faltos de inteligencia y mal instruídos? Evidentemente que no. ¿Qué diríais de un forastero que, al entrar en nuestra ciudad y encontrar un jorobado, dijera que todos los orleaneses son jorobados? Asi es como uno se muestra con mucha frecuencia irracional e injusto con relación a los cristianos. Pongamos otro ejemplo.

3.º Se tropieza *con un cristiano débil e inconsecuente.*

Señores, hay tres cosas en la religión, tres cosas que no deben separarse, so pena de destruir la misma religión, como tres lados hay en un triángulo, el cual quedará destruído si tocáis uno solo de sus lados. En la religión católica hay la fe, la práctica y las obras. El verdadero católico es el que, teniendo fe, la profesa exteriormente y se esfuerza en realizar sus principios en su vida cotidiana. El católico hipócrita y falso no tiene fe, sólo tiene las prácticas exteriores. El católico falto de inteligencia y mal instruído tiene la fe y las prácticas exteriores, pero carece de obras. El católico débil e inconsecuente tiene fe, tiene prácticas, tiene obras, pero muy medianamente; queda por debajo de su deber; no eleva su vida a la altura de sus principios.

"Semejantes cristianos, si existen — dice Mons. d'Hulst,—son vergüenza del cristianismo, son su debilidad, la causa de su descrédito ante los indiferentes, que miran y dicen: ¿Es ese el fruto de la redención de un Dios? Esos inútiles, esos pusilánimes, pretenden abrevarse en las fuentes divinas del valor, de la pureza y del amor, y he ahí lo que dan. Es que su fe es vana." Sí, hay cristianos débiles e inconsecuentes, cuya vida es inferior a la fe. ¿Pero es esto una razón para decir que todos los cristianos son débiles e inconsecuentes? Un aldeano no quería creer en la bravura del ejército francés, porque había visto dos desertores en su aldea. Así es como se procede con relación a los cristianos. Se generalizan sus desfallecimientos. Se atribuye a todos lo que es el hecho de uno solo o de algunos.

El mundo es con frecuencia injusto para con los cristianos. Afecta dar la palma de la moralidad a los que no hacen el signo de la cruz, y experimenta un placer malsano cuando hace sospechosos a los cristianos. Todo se lo perdona a sus partidarios, y es implacable con los discípulos de Jesucristo. El mundo, que no tiene valor para practicar el Evangelio, contempla con remordimientos a los que conforman con él su vida, y niega la virtud de los cristianos para dispensarse de imitarlos, y para excusarse de ser inferior a ellos... Descuidad, señores, estas recriminaciones, y, fieles a Dios, a Jesucristo y a la Iglesia, fieles a la religión, es decir, a la verdad y al bien, tomad la divisa que hace los grandes caracteres y las grandes virtudes... Hacer bien y dejar decir.

Así sea.

CONFERENCIA TRIGESIMOCTAVA

Los cristianos no valen más que los otros

3.º INDUCCIÓN ILEGÍTIMA

SEÑORES:

Se exageran y se generalizan los desfallecimientos de los cristianos. Se les explota y se hace de ellos un arma fácil y desleal contra el cristianismo. Se dice: "Hay malos cristianos; luego la religión es falsa. Todos los cristianos no son perfectos; luego la religión es ineficaz e impotente." Hay en esto una inducción ilegítima, que voy a refutar.

I. Hay malos cristianos. Luego la religión es falsa.

Este razonamiento carece de base. Que hay cristianos malos, es innegable. Los hubo en lo pasado, los hay actualmente, los habrá en lo por venir. Es cierto. ¿Pero qué prueba esto contra la verdad y divinidad del cristianismo? Nada, absolutamente nada.

1.º *La religión es independiente de la conducta de los malos cristianos.*

Las instituciones tienen un valor intrínseco que no depende en modo alguno del uso que puede hacerse de ellas. Sería una equivocación confundir la religión con los que la practican, y hacer recaer sobre ella la falta de los cristianos. La religión y los cristianos son dos cosas muy distintas. La religión es divina, y por este hecho, no puede perecer. En cambio, los cristianos son hombres, y, por este hecho, todos pueden desfallecer. Por malos que sean, por bajo que desciendan, no pueden arrastrar en su caída la religión y su inmortal trascendencia.

Acaso el médico ¿puede impedir con sus malas costumbres que la medicina sea útil?

Por ventura el geómetra ¿impedirá con la perversidad de su espíritu que la geometría sea verdadera?

¿Es posible que el juez sin dignidad ni conciencia quite a la ley su carácter obligatorio y desligue a los criminales de toda obediencia con relación a ella?

Ciertos hombres abusan del vino, los unos falsificándolo, los otros embriagándose. ¿Habrá que prohibir por esto el vino y arrancar la viña?

Los gastrónomos abusan de los alimentos, pero esto no prueba que sea mala la alimentación.

Hay malos patriotas; pero esto nada prueba contra el patriotismo.

Hay malos sabios, malos literatos, malos artistas, malos oradores; pero esto nada prueba contra la ciencia, contra la literatura, contra las artes, contra la elocuencia. Las instituciones tienen un valor intrínseco, independientemente del uso que puede hacerse de ellas.

Pues bien, los malos cristianos tampoco prueban nada contra el cristianismo. No impiden que Dios sea la

verdad, que el Evangelio sea la luz del mundo, que la Iglesia sea divina, que los sacramentos sean santos, que la religión sea necesaria y obligatoria.

La religión es independiente de la conducta de los malos cristianos.

2.° *La religión no es responsable de la conducta de los malos cristianos.*

La religión no puede ser responsable más que *de lo que ella permite o manda.* Ahora bien, ¿es que la religión inspira, aprueba, alienta a los malos cristianos? ¿Es que la religión hace a los malos cristianos? En manera alguna. Todo lo que es bueno... predícalo la religión, lo suscita y lo produce como una eflorecencia natural de su enseñanza, de sus leyes, de su disciplina... Todo lo que es malo condénalo la religión, lo estigmatiza, lo reprime en la medida de su poder. Os desafío a que me citéis una virtud que ella no fomente, un vicio que sea consecuencia práctica de su legislación. Si la Iglesia es tan combatida, es precisamente porque ama todo bien y odia todo mal. Auténtica y públicamente no da más que lecciones de perfección. Luego no es responsable de la conducta de los malos cristianos.

Sólo la libertad humana es responsable de ella. Hay malos cristianos ¿De quién es la falta? ¿De la religión? No, por cuanto son malos a pesar de ella, ya que constantemente protesta contra sus desfallecimientos. La falta es de ellos mismos, que hacen mal uso de su libertad, y no saben someterla a las órdenes impecables de la religión. La religión no puede hacer otra cosa que mejorarlos. Y si hay hombres que la practican mal, que abusan de ella, que profanan este inmenso beneficio, que no tienen de cristianos más que el nombre

y las apariencias, que ocultan la ausencia de toda virtud bajo el oropel de las prácticas religiosas... tanto peor para ellos. La religión no los reconoce como suyos, los rechaza, y ella permanece santa, verdadera y divina. Constituye ella la gran fuerza de los hombres de buena voluntad, que saben servirse sincera y lealmente de ella.

Salta aquí al paso otra objeción. Nadie duda, en efecto, que la conducta de los malos cristianos no prueba nada contra la verdad y divinidad de la religión... Pero tampoco pueden negarse las imperfecciones de los buenos cristianos, y se acusa a la religión de impotencia e ineficacia. Se dice:

II. Todos los cristianos no son perfectos. Luego la religión es ineficaz e impotente.

Este razonamiento no tiene más fundamento que el precedente. No, todos los cristianos no son perfectos. Todos son más o menos imperfectos. Pero afirmo que eso no prueba nada, absolutamente nada contra el valor moralizador y santificante de la religión. Vamos a verlo.

1.° *La religión no hace a los cristianos necesariamente perfectos.*

¿Quiere esto decir que es ineficaz, impotente, inútil? En manera alguna. La religión viene en auxilio de la *naturaleza,* pero no la suprime. No hace desaparecer nuestros defectos *ipso facto,* por su solo contacto; nos ayuda simplemente a corregirlos. La religión viene en auxilio de la libertad humana, pero no la suprime. No nos arrebata el tesoro de nuestra libertad; nos ayuda simplemente a usar bien de él. Escuchad estas hermosas

palabras de *Montesquieu*: "Decir que la religión no es un motivo reprimente porque no siempre reprime, es decir que las leyes civiles no son tampoco un motivo reprimente." En efecto,

Porque hay enfermos cuidados por *médicos* que no se ponen mejor, ¿diréis que la medicina es inútil? Porque hay terrenos que, regados por *canales,* no producen más que otros expuestos a la sequía, ¿diréis que el agua es inútil? Porque hay hijos que se descarrían a pesar de los buenos *consejos* de su madre, ¿diréis que los buenos consejos son inútiles? Porque la elocuencia no persuade a todos los *oyentes,* ¿diréis que la elocuencia es inútil? ¿Hay que rechazar la *educación* porque no previene todos los defectos y no hace florecer todas las virtudes? ¿Hay que rechazar la *razón* porque no preserva de todos los errores? ¿Hay que rechazar los *tribunales* porque no castigan a todos los culpables y no vengan a todos los hombres honrados? No, esto no puede ser.

Pues bien, y del mismo modo, porque la religión no reprime todos los vicios, y no crea todas las virtudes, porque no hace a todos los cristianos instantánea y necesariamente perfectos, no puede concluirse de ello que es ineficaz, impotente e inútil. Admirad más bien su acción bienhechora y moralizadora.

2.º *La religión ayuda a los cristianos a ser menos imperfectos y cada vez más perfectos.*

a) Consultad la *realidad.* Poned a un lado todos los que tienen religión, y a otro todos los que no tienen, y decid en dónde se hallan los mejores. La respuesta no es dudosa. En el catolicismo, son *individuos* los que se corrompen a pesar de las lecciones de una moral santa; fuera del catolicismo, en la impiedad, son *muchedumbres* las que la inmoralidad erigida en sistema sumerge en las aberraciones del vicio. Con la religión bien comprendida y bien practicada, se realzan las costumbres; sin religión, el desbordamiento de las costumbres es desenfrenado y espantoso.

b) Se dice: *Tales hombres que son cristianos tienen, a pesar de ello, defectos y vicios.*

A esto respondo: ¿*Qué sería si no fueran cristianos*?

La objeción se vuelve con toda su fuerza contra quien nos la dirige. Porque si la religión con su freno poderoso es incapaz, a ciertas horas, de refrenar las pasiones indisciplinadas del corazón humano, ¿qué sería de este pobre corazón abandonado a sí mismo, y no teniendo ya para contenerlo, las barreras de las creencias y prácticas religiosas?

El que tiene defectos siendo cristiano, tendría estos mismos defectos, y más fuertes aún, si no lo fuera.

Se reprochaba a un viejo general, por otra parte cristiano muy piadoso, sus arrebatos, sus ímpetus de natural, diciéndole: "¿Cómo es posible que, confesando y comulgando con tanta frecuencia, tengáis tales defectos?" A lo que respondió el viejo general: "¡Ah, qué sería si no me confesase y comulgase! Sería cien veces peor."

Por último, y notad bien esto, pues es capital,

c) *La virtud consiste mucho menos en los resultados visibles que en el desarrollo íntimo de la fuerza moral.* Me explicaré, y sin duda alguna me comprenderéis.

He ahí un hombre que no es cristiano, pero que eleva, ello no obstante, su vida a cierto nivel. Tiene una naturaleza feliz, serena, inclinada al bien, y vive en un ambiente en que la virtud se impone. Su mérito es exiguo.

Vencer sin peligro, es triunfo sin gloria

He ahí otro que es cristiano, pero que no vale mucho más, o mejor dicho, que vale menos en apariencia que su vecino sin religión. Vive rodeado de tentaciones, de seducciones, y las pasiones, como perros salvajes, le atormentan sin cesar. En realidad, y delante de Dios, aun con su semivirtud, tiene un gran mérito, porque despliega una gran fuerza moral. De cuando en cuando, es herido en la lucha. ¡Tanto mejor! Es mucho más hermoso. Me complazco en ver sobre la frente del triunfador la huella de los golpes que recibió; es un testimonio de la resistencia de los enemigos vencidos y del valor que tuvo que desplegar para vencerlos.

En resumen, la religión no puede hacer otra cosa que mejorar, y, de hecho, mejora siempre a los verdaderos cristianos que saben comprenderla y practicarla. A pesar de las imperfecciones y faltas de sus discípulos, es verdadera y divina, eficaz y poderosa.

Sí, señores, sabedlo y decidlo en torno vuestro. La religión es divina y poderosa. Como dice Montalembert: "Contra todos los que la calumnian, la encadenan, la persiguen y la traicionan, la Iglesia católica tiene aseguradas, desde hace veinte siglos, la victoria y la venganza. Su *venganza* consiste en rogar por ellos; su *victoria,* en sobrevivirles." Esto era verdad ayer; esto será verdad mañana. Los sectarios se equivocan al atacar a la religión. La religión, aun deplorando el mal que hacen, y trabajando para impedirlo, no los quiere mal. Se contenta con rogar por ellos y tiene la certeza de sobrevivirles.

Así sea.

CONFERENCIA TRIGESIMONONA

La religión se cuida demasiado de la vida futura y poco de la vida presente

1.º La religión se cuida demasiado de la vida futura

Señores:

Voy a refutar hoy una objeción muy sutil, que de ordinario se formula así: "La religión no debería hablar tanto de la otra vida, sino cuidarse más de esta y destruir de ella la miseria." Se echa en cara a la religión que cuida demasiado de la vida futura y poco de la vida presente. Responderé a estas dos objeciones. *La religión ¿se cuida demasiado de la vida futura?* ¿Es esto verdad? No ciertamente. Sostengo que la religión no comete ninguna falta con poner la vida futura por encima de la vida presente y con subordinar la vida presente a la vida futura. Lo sostengo y voy a demostrarlo.

I. La religión no comete falta alguna con poner la vida futura por encima de la vida presente.

Esto se cae de su propio peso. Porque, manifiestamente, la vida futura domina a la presente. Para advertirlo y comprenderlo, no es necesario tener fe, ser un genio; basta con ser hombre y escuchar la razón. Mirad, no veo en la vida presente más que cinco cosas que sean deseables; la salud, los placeres, los honores, la riqueza, la ciencia. Ahora bien, todo eso no es más que una sombra, un polvo, una pura nada en comparación de la vida futura. Filosofemos juntos un poco.

1.° En presencia de la vida futura, ¿qué es la *salud*. Nada, o casi nada. Es una pequeña lámpara, que llevamos en nuestras temblorosas manos y que se extingue el menor soplo. Felicitábase un señor de haber construído una hermosa casa; pero un amigo le dijo que veía en ella un gran defecto. "¿Qué defecto?"—preguntóle—"El defecto que le encuentro—respondió su prudente amigo—es que has abierto en ella una puerta."—"¡Cómo!—exclamó el otro—¿La puerta es un defecto?"—"Sí.—replicóle el amigo.—Porque, por esa puerta, uno de estos días entrará la muerte como un vendaval... y te llevará consigo."

2.° En presencia de la vida futura, ¿qué son los *placeres?* Los hay de diferentes especies. Hay los del alma y los del cuerpo. Los hay permitidos y prohibidos, delicados y groseros. Pero todos *son* poca cosa, nada o casi nada. Son una pequeña gota de agua que no hace más que excitar en nosotros la sensación de la sed, la sensación de lo infinito. "Vanidad de vanidades, y todo vanidad," dijo, hace ya tres mil años, el más

voluptuoso de los hombres, Salomón. Y este grito lo repiten el niño cuando rompe sus juguetes, el joven cuando cambia el ídolo de sus caprichos, el hombre maduro cuando hace, o deshace, o rehace su fortuna, el viejo cuando asiste melancólico al hundimiento de todos sus sueños de felicidad.

3.° En presencia de la vida futura, ¿qué son los *honores?* Se lucha por obtenerlos, y se hincha uno de orgullo cuando los consigue. Pero ¿qué son sino una burbuja de jabón que brilla al sol, que nos divierte un instante y se desvanece al punto? Acordaos de Alejandro el Grande, cuando, al encontrar, un día a Diógenes, enteramente ocupado en buscar algo entre las calaveras de un cementerio, le preguntó: "¿Qué buscas ahí?"—"Busco—respondió el filósofo— la calavera del rey Filipo, tu padre, y no puedo reconocerla." Acordaos de Carlos V abdicando la corona, cambiando el manto imperial por el hábito de monje, y celebrando en vida sus propios funerales en el monasterio de Yuste. Acordaos de Luis XIV muriendo y diciendo a su familia y a sus cortesanos anegados en lágrimas: "¿Por ventura creíais que era yo inmortal?" Todo bien pesado, los honores no son nada.

4.° En presencia de la vida futura, ¿qué es la *riqueza*? Nada o casi nada. Se habla de una americana, la señora Mackay, que lleva en la mano derecha un triple anillo que vale más de un millón. Si esta americana no tiene más que este anillo para comparecer ante Dios, se presentará ante El con las manos vacías. El gran Saladino ordenó al morir que cuando se llevara su cuerpo a la sepultura, se hiciese marchar delante un hombre con un lienzo suspendido de una lanza, y

gritando: "He ahí lo que Saladino se lleva a la tumba." En efecto, los más afortunados de los hombres, cuando hacen su testamento, todos usan la misma fórmula: "Dejo... dejo..." La riqueza no es nada.

5.° En presencia de la vida futura, ¿qué es la *ciencia*? Un nada también. Sin duda que la religión no condena la ciencia, ni los inventos maravillosos. Los estima, los alienta, los favorece, los usa. Pero declara que no son todo el hombre, toda la civilización, todo nuestro destino. Como la salud, como los placeres, como los honores, como la riqueza, la ciencia no es más que un bien secundario, por cuanto no es hecha más que para el mundo presente. Esto es del todo evidente.

Señores, no estamos aquí bajo más que de pasada, no somos llamados a habitar eternamente la mansión de la inmortalidad. Luego la vida futura es lo principal, y la presente lo accesorio. Luego la religión tiene razón al colocar la vida futura por encima de la vida presente. Y tanta más razón tiene, cuanto el hombre vese impulsado a sacrificarlo todo por la vida presente con desprecio de sus eternos destinos. ¿No es preciso que la religión reaccione contra esta inclinación de la naturaleza a no ver más que la tierra? El librepensamiento remacha el hombre a la materia y lo trata como si no tuviera otra misión que cumplir que las funciones de la vida animal. La religión nos estima más, y nos trata más noblemente. Y tiene razón.

II. La religión está en lo justo cuando subordina la vida presente a la vida futura.

También esto se cae de su propio peso. Porque la

vida futura, no sólo domina la vida presente, sino que la explica, la rige, la gobierna. ¿Qué hay, en efecto, en la vida presente? Tres cosas: injusticias, desigualdades, duelos; y estas tres cosas, sin la vida futura, son inexplicables, escandalosas, desconcertantes.

1.° Nada hay como la vida futura para *sancionar las injusticias* de la vida presente.

Que la vida presente está llena de injusticias, no puede negarse. Contad, si podéis hacerlo, en el curso de la historia todos los Caínes que mataron a sus hermanos, todos los Judas que entregaron a sus maestros, todos los Tiberios y Nerones que convirtieron en juego indigno la vida de sus súbditos, todos los Sejanos que adularon a Tiberio en sus rencores, todos los Cromwells que devoraron tranquilamente los frutos de su usurpación triunfante y que vivieron en paz con el mundo entero en el trono usurpado por perfidia. Contad, si podéis hacerlo, en los tiempos modernos, todos los crímenes de la pluma, de la palabra, de la conducta que han quedado impunes, todos los conquistadores injustos que han asesinado a los pueblos débiles, todos los grandes ladrones que fueron amnistiados e incensados, todos los estafadores que explotan con éxito la credulidad popular y vivieron del dinero de los otros, todos los cobardes que vendieron su honor y su conciencia para conservar sus bienes y sus puestos. La vida presente está llena de injusticias. Esto es demasiado claro.

Se impone una sanción. No existe aquí bajo. No existe más que en la vida futura. Escuchad sobre esto las enseñanzas de la religión. Ella nos dice que hay una distinción esencial e indestructible entre el bien y

el mal, que, hace un siglo, pudieron fácilmente cambiar la división del territorio francés, y hacer de 32 provincias 86 departamentos, pero que no se cambiará jamás la división del territorio sagrado de la moral; el bien y el mal constituirán siempre la partición absoluta. Ella nos dice que Dios no ve con los mismos ojos la amistad y la traición, la generosidad y la avaricia, la irreverencia y el respeto, la piedad y la blasfemia, la lujuria y la castidad, los que roban y los que son robados, los que matan y los que son inmolados, los que abusan de la vida y los que la dan por la verdad y por el bien, por la religión y por la patria. Ella nos dice que Dios tendrá su hora, y que hay allá arriba un tribunal infalible que revisará los juicios de la opinión, rectificará las leyes y vengará la conciencia. Ella nos dice que las injusticias de la vida presente quedan subordinadas a las sanciones de la vida futura. Esto es simplemente hijo del buen sentido.

2.º No hay como la vida futura *para compensar las desigualdades de* la vida presente.

No es posible negar que la vida presente está sembrada de desigualdades. Este problema no es menos angustioso que el precedente. Veámoslo. ¿Qué más desigual, qué más inmerecido que la repartición de los bienes de esta vida? ¿Cuál es el crimen de ese niño nacido en el último grado de abyección y de miseria, y cuál es el mérito de ese otro, en cuya cuna tienen asiento la opulencia y los honores? ¿Por qué ese hombre es cojo de nacimiento, diforme, necio, en tanto que su vecino está superabundantemente provisto de fuerzas físicas y morales? ¿Por qué entre éste y aquél hay diferencias profundas de actitud, de educación, y, por consiguiente, de condiciones sociales? La

quimera de una igualdad absoluta es tomada hoy en día en serio por multitudes descarriadas. Pero los sueños no pueden reemplazar ni suprimir la esencia de las cosas. Las desigualdades sociales son consecuencia de la desigualdad de los dones naturales. Son indestructibles. Dios es quien ha hecho eso, y los hombres no lo desharían. Aun con todos los temperamentos imaginables y todas las reformas realizables, la vida presente está, y lo estará siempre, sembrada de desigualdades. Esto es demasiado claro.

Se impone una compensación. No existe ni puede existir aquí bajo. No existe más que en la vida futura. Escuchemos sobre esto las enseñanzas de la religión. Nos dice ella que el padecimiento es una prueba, y que hay que aceptar sin murmurar, por pequeña que sea, la parte que Dios nos ha dado de los bienes de este mundo, porque más allá de la vida presente hay eternales reparaciones y compensaciones infinitas. Nos dice ella que, si nada hubiese más allá de la tumba, sería preciso pedir a la tierra, el goce inmediato e ilimitado. Esto equivaldría a ver quien gozaría más, y más deprisa, y por todos los medios. El mundo se convertiría en un campo de batalla, en el que reinaría soberanamente el odio de clases, la guerra social abierta o latente. La religión nos dice que, para pacificar la tierra, es preciso enlazarla con el cielo. Nos dice que las desigualdades de la vida presente están subordinadas a las compensaciones de la vida futura. Esto es simplemente hijo del buen sentido.

3.º Nada como la vida futura *para consolar los duelos* de la vida presente.

Que la vida presente está entristecida por duelos

inevitables, no puede negarse. Perdemos nuestros amigos. Perdemos nuestros vecinos. Perdemos nuestros parientes. Les damos sepultura. Metemos en el ataúd sus despojos fríos, y volvemos del camposanto con los ojos mojados por las lágrimas, el corazón desgarrado, el alma vacía y consternada.

Se impone una consolación. No existe, no puede existir aquí bajo. No existe más que en la vida futura. Escuchemos sobre esto las enseñanzas de la religión. Nos dice ella que los duelos de familia y la muerte tienen por objeto recordarnos que la vida presente no es la verdadera vida, sino únicamente el vestíbulo y preludio de una vida mejor. Nos dice ella que el mundo actual no es, en el plan divino, más que la cuna del hombre, la preparación de un mundo superior. Te dice ella, a ti, hermano afligido, que la bondad de Dios te devolverá una hermana, y a ti, esposa inconsolable, te devolverá tu esposo, y a ti, padre desolado, te devolverá tu hijo. La religión nos dice que, para consolar la tierra, es preciso enlazarla con el cielo. Ella subordina los duelos de la vida presente a las eternales reuniones de la vida futura. Esto es sencillamente hijo del buen sentido.

No se diga, pues que la religión se ocupa demasiado en la vida futura. Acerca de esto, no puede ser más razonable. Pone las cosas en su punto, y cada una en su puesto.

Así sea.

CONFERENCIA CUADRAGESIMA

La religión se cuida demasiado de la vida futura y poco de la vida presente

2.º LA RELIGIÓN SE CUIDA POCO DE LA VIDA PRESENTE

SEÑORES:

La religión tiene razón en cuidarse de la vida futura. Pero se la acusa de que se cuida poco de la vida presente, y de que es indiferente, extraña, si no hostil, a la marcha social, al progreso del bienestar, a los intereses de este mundo. Esta acusación carece de fundamento. Me propongo mostraros en el día de hoy cómo se conduce la religión con relación a la riqueza. Esto es simplemente admirable. La religión: 1.º fomenta la producción de la riqueza; 2.º Reglamenta el uso de la riqueza.

I. La religión fomenta la producción de la riqueza.

1.º La riqueza solamente se produce si hay se-

guridad, si el derecho de *propiedad* es reconocido y respetado. Si el obrero no está seguro de gozar del fruto de su trabajo, si la riqueza, una vez producida, no hubiera de pertenecer más que a la comunidad, nadie se interesaría vivamente por su producción. "Es cierto—dice Voltaire—que el poseedor de un terreno cultivará mucho mejor su heredad que la de otro." Esto es claro. Ahora bien, la religión tomó siempre la defensa de la propiedad contra sus adversarios, y la ha tomado en este siglo en particular contra los socialistas. Luego la religión fomenta la producción de la riqueza.

2.° ¿Qué es preciso además para producir la riqueza? Es preciso un *trabajo* sostenido y moderado. Si no se trabaja, la riqueza huye al fondo de la tierra; si se trabaja demasiado, el obrero se debilita, se agota, y bien pronto se ve condenado a una impotencia forzada por el resto de sus días.

Ahora bien, el cristianismo ha alentado sin cesar el trabajo. Coloca la pereza en el número de los pecados capitales. Ha suscitado ejércitos de religiosos agricultores para luchar contra la esterilidad de la tierra. Ha creado el trabajo libre, mucho más moral, noble y fecundo que el trabajo de los esclavos de la antigüedad. Y, de hecho, el verdadero cristiano es, de todos los hombres, el que vive más en menos tiempo. Limpia su vida de todas las futilidades que malgastan el tiempo. Sabe que la verdadera piedad no consiste en la duración de las oraciones, sino en la abundancia de las obras. Sabe que al final de la jornada, el padre de familias estará allí, con esa justicia, que no perdona ni siquiera una palabra inútil, con esa liberalidad que no deja sin recompensa un vaso de agua dado en su nombre. De aquí su continua atención a no perder un momento; el tiempo vale tanto para él como el cielo, que es su recompensa. Mas al propio tiempo que la religión suscita y alienta el trabajo, lo modera, lo contiene dentro de sus justos límites. Por la institución del domingo y de las fiestas, vela para que el obrero no agote prematuramente sus fuerzas, y pueda proporcionar larga carrera de trabajo. Concilia admirablemente la necesidad del trabajo y la necesidad del reposo. ¿Qué más se desea? ¿Cómo puede afirmarse seriamente que la religión es opuesta a la riqueza de las naciones?

3.° Si consultamos la *historia*, comprobaremos que jamás las naciones desenvolvieron tan gran potencia de acción como cuando obraron bajo la inspiración del cristianismo. Y en verdad que el siglo de las Cruzadas no careció de ardor para las grandes cosas, ni puede dirigirse el reproche de holgazanería a los siglos XII, XIII y XIV; siglos ciclópeos, que cubrieron el suelo de Europa de innumerables monumentos, cuya belleza, solidez y grandiosidad asombran y confunden nuestra debilidad. "El siglo XV—dice Guizot—fué el de mayor actividad exterior de los hombres, siglo de viajes, de empresas, de descubrimientos, de inventos de todo orden." No hablo del siglo XVII. Conocéis sus magnificencias incomparables y sus glorias inmortales. Señores, os ruego que me digáis si nuestro tiempo dejará testigos tan multiplicados y esplendentes de su paso, como el tiempo de nuestros padres. En cinco o seis siglos, cuando la religión y el librepensamiento salden sus cuentas y hagan el balance de sus obras, ¿de qué lado estará la más amplia parte de la vida transcurrida, la mayor suma de recuerdos, el mejor empleo de la actividad humana? Señores, no vacilo

en responderos. Ante el tribunal de la historia, el librepensamiento no aportará casi otra cosa que ruinas, en tanto que el cristianismo podrá vanagloriarse de todo el mal que haya evitado y de todo el bien que haya hecho, no solamente en el orden espiritual y moral, sino también en el orden material y puramente humano. La religión fomenta el movimiento social, el progreso del bienestar, los intereses de este mundo. Favorece la producción de las riquezas. Pero todavía hace más.

II. La religión reglamenta el uso de la riqueza.

La riqueza no es un mal, pero es un peso, es un peligro. Podríamos compararla al fruto de la viña. El vino es excelente. La Sagrada Escritura nos dice que regocija el corazón del hombre, y el gran apóstol Pablo escribía a su discípulo Tito diciéndole que bebiese un poco de vino para cuidar su estómago. Esto no obstante, hay un peligro en este licor. Tomado en gran cantidad, embriaga, turba la razón y rebaja al hombre a nivel del bruto. Lo mismo ocurre con la riqueza. No es un mal, pero es un peligro. ¿Qué no se hace por adquirirla? ¿Y qué no hace uno cuando la posee? Ahora bien, en presencia de este poder formidable, la religión levanta tres barreras que la limitan y la hacen inofensiva y saludable. Estas tres barreras son la moderación, la justicia y la caridad.

1.º *La moderación.*

Los que mucho poseen tienen necesidad de moderación. ¡Ay de ellos y de la sociedad, si se dejan arrastrar a un goce sin freno y sin límites! Los compadezco, y compadezco a sus víctimas. La religión los

modera. Les predica el desprendimiento y la mortificación. Los amenaza con los castigos eternos. Les muestra a Jesucristo nacido en la paja, trabajando para ganar su vida en un taller, desnudo sobre la cruz desnuda, y les dice: "¡He ahí vuestro Dios, adoradle! ¡He ahí vuestro modelo, imitadle! ¡He ahí vuestro juez, temedle!" Porque si la religión se calla, si la alejáis de las cumbres de la voluptuosidad, en donde precisamente es más refinada la voluptuosidad, y más ardiente la ambición, y más implacable la venganza, y más imperiosas todas las pasiones por los medios mismos que, para satisfacerlas, tienen a su alcance... ¿qué ocurrirá? Romperéis el dique del lado en que las aguas se precipitan con mayor violencia, y alejaréis el remedio de aquellos lugares en que hace el contagio los mayores estragos. Esto sería sencillamente insensato; porque los que más riquezas poseen son los más necesitados de moderación.

Los que poco poseen quizás tengan más necesidad de ella. el obrero debe desconfiar más que el opulento del goce exagerado. Si no tiene religión, sucumbirá casi fatalmente el obrero a la sed de placeres facticios. Todos los días vemos esto; es un espectáculo que nunca se lamentará bastante. Por lo contrario, bajo la inspiración de la religión, consagra el obrero ante todas cosas su ganancia a satisfacer sus necesidades que Dios le ha procurado. Piensa primeramente en el alimento, en el vestido, en el blanqueo y calefacción, en el alquiler. Si, satisfechas sus necesidades, le queda algún dinero, piensa en los días malos, en los días sin trabajo, en los días de enfermedad; piensa en el tiempo en que tendrá que establecer a sus hijos, piensa en la vejez, y así es como pasa su vida en un relativo bienestar. Si no logra la fortuna, evita por lo

menos la miseria; si tiene poco, sabe contentarse con ello, y es más feliz que el que vive en la orgía y acaba en la vergüenza.

La religión reglamenta el uso de la riqueza inspirando la moderación a cuantos la poseen.

2.º *La justicia.*

Prohibe *el robo*, aun el robo oculto y astuto, que nadie ve, que evita la acción de todo tribunal, aun el robo ligero e insignificante, que el uso autoriza y la opinión absuelve. Somete la industria al yugo de la buena fe, el comercio, a la ley de la probidad severa, y el arado, a la mirada de Dios, que ha limitado el campo de los dos vecinos. La religión prohibe el robo.

Manda la restitución. La declara absolutamente necesaria a la salvación. Repite sobre esto las palabras tan exactas y concisas de San Agustín: "Sin restitución, no hay perdón, *non remittitur peccatum nisi restituatur ablatum.*" Enseña que cuando uno posee injustamente el bien de otro, es preciso devolvérselo a cualquier precio, todo entero, sin dilación, y sin disgusto, aunque deba uno trabajar diez o veinte años para reconquistar un nombre sin tacha y sin deudas, y no dejar en la tierra un solo acreedor. ¡Ah, señores, si la religión pudiera hablar libremente, y si los hombres quisieran oirla, cuánto mejor se portaría el mundo y cuánto más derecho andaría! ¡Cuán bien adquirida sería la riqueza, cuán bien empleada y cuán equitativamente repartida! Porque, al mismo tiempo que la religión prohibe el robo y ordena la restitución, reivindica en favor del trabajador el *justo salario,* que le hace participar en una medida razonable de los beneficios de la riqueza producida. Por boca del gran papa León XIII, prohibe a los patronos "ambicionar

provechos y ganancias rápidas y desproporcionadas, contrarias a la equidad y perjudiciales al obrero." Y precisando más, afirma que "el salario no debe ser insuficiente para la subsistencia del obrero sobrio y honrado." La religión no quiere que se considere el trabajo como una mercancía cualquiera sometida a la ley de la oferta y la demanda. A sus ojos, el trabajo es el medio de vivir; debe hacer vivir al que lo produce. El trabajo del obrero es una suma de fuerzas vivas; se le debe la restitución de esas fuerzas. La justicia lo exige... ¿Pero es que el mundo podría marchar nada más que con la fría y estricta justicia? No ciertamente. Por bien arreglados que estén los rodajes de la máquina social, preciso es un poco de aceite para que funcionen sin accidentes.

La religión acaba, pues, de reglamentar el uso de la riqueza inspirando a los que la poseen que se sirvan de ella con moderación y justicia.

3.º *La caridad.*

La religión declara que lo superfluo de los ricos es lo necesario de los pobres. La religión advierte a los ricos que, en el tribunal de Dios, toda la discusión quedará reducida a esta simple fórmula: "El cielo con la caridad, no hay cielo sin caridad." Y bajo la influencia del cristianismo, hace ya veinte siglos que vemos descender torrentes de beneficios desde las cumbres a los valles de la sociedad. No insisto más. Más adelante volveré sobre este punto.

La religión fomenta la producción de la riqueza. La religión reglamenta el uso de la riqueza. ¿Quién, tras esto, se atrevería sostener que la religión es indiferente u hostil a los intereses materiales de este mundo? Los intereses materiales de este mundo descansan

en los principios de la religión cristiana. El cristianismo no salva solamente las almas. Es también la garantía del orden temporal. Porque la ciencia del bienestar procede de la ciencia del bien, y la ciencia del bien, de la ciencia de la verdad. Si queremos vivir, es preciso, bajo todos conceptos, volver a Dios y a la religión, porque la religión tiene las promesas de la vida futura y las promesas de la vida presente.

Así sea.

CONFERENCIA CUADRIGESIMOPRIMERA

La religión se cuida demasiado de la vida futura y poco de la vida presente

2.º La religión se cuida poco de la vida presente

SEÑORES:

Se reprocha a la religión que no se cuida bastante de la vida presente. A esto he contestado que la religión no se opone en modo alguno, sino que, por lo contrario, es favorable al bienestar temporal y a la riqueza de las naciones... Se insiste, y algunos sostienen, que la religión no trabaja en mejorar la suerte del obrero. Ahora bien, hay que afirmar lo contrario, porque, en primer lugar, ella le aparta de todos los vicios que contribuyen a empobrecerlo y acaban por precipitarlo en el abismo. Esto es lo que me propongo demostrar en el día de hoy.

I. La primera causa de la miseria es la frecuentación de la taberna.

La multiplicidad de tabernas no es ciertamente un

signo de civilización, sino más bien el signo de la decadencia moral de un pueblo. Los economistas, los médicos, los jurisconsultos, los moralistas denuncian con voz unánime los efectos mortales de la taberna para la bolsa del obrero, para su cuerpo, para su inteligencia, para su corazón, para su familia. En ellas se beben cada año más de mil millones de alcohol. ¡Cuántas cosas se harían con esa montaña de oro en provecho del obrero! En ellas no sólo dilapida el obrero su dinero, sino también su salud. Allí se emponzoña, se hace incapaz de trabajar, se vuelve tísico, y, al debilitarse, llena de consunción los hijos que han de nacer, degrada la raza y corrompe la sangre de varias generaciones. Allí el obrero se embrutece con excesos vergonzosos, se materializa. Allí entierra la dicha de su mujer y de sus hijos. Allí consume su salario como un egoísta. Allí olvida a los suyos, y él, que debería ser su apoyo y su sostén, se convierte para ellos, con sus prodigalidades y arrebatos, en llaga y desolación. La multiplicación de las tabernas es una verdadera llaga social y una fuente abundante de miseria.

Ahora bien, ¿quién se atreverá a decir que la religión es responsable de este mal? Hace todo lo posible por combatirlo. Condena la intemperancia, truena contra la embriaguez, y quisiera poner diques al torrente del sensualismo. ¿Es culpa suya si no es escuchada, si se desafían sus advertencias, si el Estado alimenta y cultiva vicios ventajosos para el fisco, pero deplorables para la salud y la moralidad de la nación?

II. Otra causa de la miseria es el menor precio de los trabajos agrícolas.

Señores, durante todo un año os he hablado del fenómeno aterrador de la despoblación de los campos. Acordaos de lo que ya os tengo dicho. El habitante de los campos, seducido por la esperanza de un salario más elevado, y de una vida más fácil, abandona su aldea, y parte para la opulenta y espléndida ciudad. ¡Qué felicidad! Aquí no tendrá que labrar la tierra soportando la lluvia, ni segará expuesto a los ardientes rayos del sol; trabajará menos y será mejor pagado, mejor alimentado, mejor vestido. Pero ¡ay! los brazos sobran en la ciudad y el trabajo es escaso; los días sin jornal son frecuentes, y si bien los salarios son más elevados que en el campo, el precio de las subsistencias es mucho más elevado en la ciudad... Muy pronto el aldeano trasplantado se considera más desgraciado que cuando cultivaba la tierra de sus padres, y si cantinúa viviendo en la ciudad, vegetará en la miseria. Si vuelve a su país natal, lleva consigo la impiedad, la corrupción, el escándalo, la holganza. La deserción de los campos es una verdadera llaga social y una fuente abundante de miseria.

Ahora bien, ¿quién se atreverá a decir que la religión es responsable de este mal? Hace todo lo imaginable para combatirlo. Recomienda a todos los hombres que no se dejen llevar de la ambición, sino que permanezcan, a menos de una vocación extraordinaria, en la condición en que lo hizo nacer la Providencia. Protesta contra el éxodo insensato del campo a la ciudad, y repite las palabras de la Sagrada Escritura: "No odiéis el trabajo de los campos, que fué creado por el Todopoderoso." ¿Es culpa suya si no es escuchada, y si multitudes insensatas vienen a buscar en la ciudad la miseria, el vicio, el raquitismo y la tuberculosis?

III. Otra causa de la miseria es el amor del lujo.

Nada más funesto que *el amor del lujo*, el gusto de los placeres y diversiones, el gusto de los hermosos vestidos, de los muebles caros, de las habitaciones elegantes, de la vida cómoda, de la buena mesa. Esta pasión impulsa ciegamente a los padres y a los hijos a procurarse lo superfluo y lo inútil, cuando carecen de lo necesario. El marido no piensa más que en partidas de placer cuando sólo debiera pensar en trabajar. La mujer se ocupa de futilidades cuando debería ocuparse en la educación de sus hijos. La joven no sueña más que en cintas y encanjes, no piensa más que en lucir y en agradar, cuando debiera prepararse un porvenir serio y honesto. No les prediquéis el precio del *ahorro*, ni les pidáis que economicen la pieza de cinco pesetas que les permitiría más tarde construirse un hogar, dar una posición a su hijo, elegir un marido para su hija, libertarse poco a poco de las angustias del salario. No. El ahorro representa un gran esfuerzo y un sacrificio muy duro. No tienen valor para resignarse a él. ¿Qué digo? El amor de los gastos locos no tarda en conducir a las *deudas*. Se despliega un lujo costosísimo, y ni las telas ni la confección han podido pagarse. Endeudados, no encuentran ya crédito en parte alguna. Pronto no encuentra ni pan en las panaderías, ni carne en las carnicerías... ¿Qué resta por hacer sino maldecir de la sociedad e invocar el genio de las revoluciones? El amor del lujo es una verdadera llaga social y una fuente abundante de miseria.

Ahora bien, ¿quién se atreverá a decir que la religión es responsable de este mal? Hace todo lo posible para combatirlo. Condena las locuras del lujo. Hace una virtud de la mortificación, de la renuncia de uno

mismo. Enseña al hombre a contentarse con poco, a no crearse necesidades facticias. La escuela sensualista gusta a todos: "Gozad lo más posible, y lo más deprisa posible, y por todos los medios posibles." Enciende así en las almas una sed que luego no puede apagar, y no logra más que preparar decepciones tanto más crueles cuanto suceden a esperanzas más ardientes. La religión, por lo contrario, dice a todos: "Sabed abstenerse y contentaos con lo necesario, si no podéis obtener lo superfluo." Esto es propio del buen sentido. ¿Es falta suya sino es escuchada, y si tantos desgraciados prefieren a su palabra, que no engaña jamás, las mentiras interesadas e impudentes de los histriones que anuncian un paraíso terrestre imaginario y siempre irrealizable?

IV. Otra causa de la miseria es la inmoralidad.

La antigüedad decía que era preciso defender las ciudades contra la corrupción de las costumbres con más cuidado del que se pone en defenderlas de las enfermedades contagiosas y de las invasiones del enemigo. La antigüedad tenía razón. Cuando un hombre se entrega al desenfreno, pierde muy pronto el sentimiento de su dignidad y grandeza. Degrada su alma y con mucha frecuencia arruina su cuerpo. Viejo a una edad precoz, vésele pasear sus miembros temblorosos y su faz innoble. Es la vergüenza de la especie humana. Es el oprobio de la sociedad. La inmoralidad es una verdadera plaga social y una fuente abundante de miseria.

Ahora bien, ¿quién se atrevería a decir que la religión es responsable de este mal? Hace todo lo posible para combatirlo. Declara que solamente los que tienen el corazón puro verán a Dios, y que la carne y la san-

gre no poseerán el reino de los cielos. Trabaja sin cesar en la reforma, en el mejoramiento, en la santificación de las almas, por consiguiente, en el saneamiento de las costumbres. Se habla del *culto de las letras y de las artes* y del desarrollo de la razón humana para mejorar a los hombres. ¡Qué grosera ilusión! Jamás fué más inteligente el hombre, más instruído, más artista, que en Grecia y Roma, y, esto no obstante, jamás se hundió más bajo en el lodo de la depravación. Y en nuestros días, ¿es que la impotencia de la ciencia para corregir las costumbres no es una verdad tan clara como el sol? Se hace circular la instrucción por las calles, pero, desgraciadamente, el nivel de la moralidad no se eleva como el nivel de la intelectualidad. Señores, la religión es la que forma las costumbres, porque sólo ella obra sobre la conciencia. Ella es tambien la que, en la hora presente, vierte una gota de pureza en la corrupción universal. ¿Es falta suya si no es escuchada, y si nos vemos obligados a contar por millares las víctimas de la inmoralidad contemporánea?

V. Finalmente, otra causa de la miseria consiste en la enfermedad.

La enfermedad no es, ciertamente, siempre el castigo de un pecado personal y la consecuencia de algún exceso. Pero con frecuencia lo es. Algunos se matan por una labor inmoderada y sin tregua. Muchos, por el vicio, que seca en sus fuentes la salud de las jóvenes generaciones. Es un axioma conocido que la guerra ciega menos vidas que la intemperancia.

Ahora bien, ¿quién se atrevería a decir que la religión es la responsable de semejante mal? Hace cuanto puede para combatirlo. Anatematiza cuanto contribuye, por lo general, a alterar la salud: la mala conducta, la

intemperancia, el trabajo prolongado y sin descanso semanal. ¿Es falta suya si no se la escucha, si se hace cuanto ella prohibe, y si no se hace todo cuanto ella ordena?

Y concluyo. La religión es favorable al bienestar del obrero. En efecto, el pueblo más feliz es aquel en el cual hay mayor suma de moralidad, de austeridad, de orden, en una palabra, mayor suma de virtud. Ahora bien, la religión propende a destruir los vicios, que son las principales causas de la miseria. Luego, si se aceptara su suave influencia, el mundo sería al propio tiempo mejor y más dichoso. Esto es innegable. Un teorema de geometría no sería más evidente.

No se nos hable, señores, *de la supuesta redención del pueblo* fuera de la religión cristiana y por la sola virtud de la razón moderna. Todo eso no es más que una fantasmagoría, una pieza teatral hábilmente representada en provecho de un puñado de francmasones que explotan la credulidad del pueblo. No, no se rescatará al pueblo ahogando en su corazón la noción del verdadero Dios, y en su vida la práctica de la verdadera religión, ni entregándolo atado de pies y manos a los asaltos de las pasiones y a las excitaciones de una prensa obscena e impía. Una sociedad en la cual las clases populares están saturadas de incredulidad y sistemáticamente descristianizadas, es una sociedad mal organizada, que no merece vivir. Y los que aplican con propósito deliberado semejante sistema, son criminales, cuya responsabilidad es difícil medir. Reaccionemos, señores, contra la irreligión, y afirmemos y propaguemos nuestra fe cristiana, que es la mejor garantía de la dicha eterna para las almas y de la dicha temporal para las sociedades.

Así sea.

CONFERENCIA CUADRAGESIMOSEGUNDA

La religión se cuida demasiado de la vida futura y poco de la vida presente

2.º La religión se cuida poco de la vida presente

Señores:

Dicen algunos que la religión no se cuida de la vida presente, que no trabaja en mejorar la suerte del obrero. Esto es falso. En primer lugar, la religión destruye las principales causas de la miseria, y luego, ha establecido multitud de instituciones de la más elevada utilidad social, que concurren directamente a asegurar el bienestar de las masas. Me propongo mostraros hoy esto. El espectáculo es verdaderamente admirable.

I. La religión instituyó el domingo.

¿Hay algo más saludable, más francamente popular

que esta institución? El domingo, ese día tan profanado en este siglo, es el día del *descanso* para el cuerpo que no puede más, el día de la *instrucción* para la inteligencia que se eleva y se lanza a las alturas, el día de la *edificación* del corazón que entra dentro de sí mismo, se dilata y se remonta hacia Dios, el día de la *sociabilidad* para los padres, los amigos, los conciudadanos, a los que el trabajo aisla duramente la semana, el día de la *libertad* para el servidor, el día de la igualdad en la oración, el día de la fraternidad de todos los hombres bajo la mirada del Padre que está en los cielos. Es el día que detiene la *sobreproducción*, que restablece el equilibrio entre la oferta y la demanda, y procura, por ello mismo, la elevación del salario. Es el día de Dios, y al propio tiempo, el día del hombre y el día del pueblo.

Preciso es estar loco y embrutecido por la pasión antirreligiosa para negar, ó solamente discutir, la utilidad de la instrucción dominical. He aquí los hechos. La superioridad del obrero inglés, la inteligencia con la cual defiende sus intereses, y forma con sus camaradas potentes asociaciones, depende en gran parte de que guarda intacta la libertad de su domingo. Para él, la fábrica descansa desde el sábado a mediodía. El resto de la jornada se dedica a repasar las máquinas y a los pequeños trabajos domésticos, de tal modo que el domingo, desde la mañana a la noche, todo el mundo es libre. Entre nosotros, todas las reformas serán vanas mientras no se devuelva al obrero la libertad del domingo. En el Parlamento y en las administraciones políticas, los más feroces librepensadores gozan de ella a sus anchas. ¿Por qué no asegurarla a los que soportan un trabajo cien veces más pesado que el suyo? Esta es la primera y más segura limitación del trabajo.

La religión instituyó el domingo. Hay que volver

al domingo. Y se volverá. Y, vencido por la naturaleza de las cosas, por la voluntad divina, dirá el mundo: "La religión tiene razón. Hizo bien en instituir el domingo. Porque al instituirlo, miró por el bienestar del género humano."

II. La religión instituyó el celibato religioso, que contribuye al bienestar de los trabajadores.

Primeramente, *elevando los salarios.* ¿Cómo? Los salarios disminuyen hasta llegar a ser insuficientes, cuando hay exceso de obreros, superabundancia de brazos, y se cotizan con baja. Merced al celibato religioso, los obreros son en menor número, y los brazos son más raros, por consiguiente, más buscados y mejor pagados. La miseria general queda atenuada. Además, el celibato religioso constituye especialmente el bienestar de los trabajadores.

Haciéndoles multitud de servicios. Se acusa de ordinario a los sacerdotes, a los frailes, a las religiosas, de que nada hacen por el mundo presente, y aun que son enemigos del pueblo. Semejante acusación sería idiota si no fuera criminal. ¿Nada hacen por el pueblo los *benedictinos,* que roturaron las llanuras, desecaron los pantanos, sanearon el suelo y formaron la agricultura? ¿Nada hacen por el pueblo los *Hermanos de las Escuelas cristianas,* que emplean su vida en la pobreza voluntaria, que se levantan todo el año a las cuatro de la mañana, para instruir y educar la infancia y la juventud del pueblo? ¿Nada hacen por el pueblo las *Hermanas de la Caridad,* que hallan en su fe y en su corazón remedio para todos los males, consuelo para todos los dolores, y a las que el mundo entero conoce, admira y venera? ¿Nada hacen por el pueblo esas

Hermanitas de los Pobres, que, sin ayuda de ningún servidor, cuidan más de 40.000 ancianos, que, con las migajas de la mesa de los ricos, con el residuo de café, las legumbres recogidas en los mercados, la sopa recogida en los cuarteles, alimentan una legión de pobrecitos? ¿Nada hacen por el pueblo *esas religiosas* de todo orden, de todo hábito, de todo nombre, que van a cuidar a los pobres obreros a sus propias casas, sin aceptar tan solo un vaso de agua, que sostienen cunas, asilos, escuelas, asilos de huéfanos, hospicios, que abarcan en su abnegación todas las edades, todas las necesidades, todas las miserias?

"No—responde el librepensamiento,—no; todas esas criaturas consagradas al celibato religioso, todas esas criaturas ideales, que no viven más que para el pueblo, que mueren en su servicio, no son dignas de vivir. Uno es libre de asociarse para explotar minas imaginarias y robar impunemente el dinero público. Pero uno no es libre de vivir en común y en la virginidad para servir gratuitamente a los pobres. Uno es libre de asociarse para hacer con habilidad el mal, pero no es libre de asociarse para hacer abierta y simplemente el bien."

Señores, el librepensamiento dirá y hará todo lo que quiera. El buen sentido y la equidad natural guardan sus derechos y proclaman que la religón es la grande y verdadera bienhechora de las clases populares. Ella instituyó en su favor el domingo... luego, el celibato religioso. Pero ha hecho todavía algo más y mejor.

III. La religión instituyó obras de previsión y de caridad, que tiene por objeto prevenir y curar la miseria, y que, de hecho, la previenen y curan eficacísimamente.

Expliquémonos con claridad. La religión no se pro-

pone difundir por todas partes el bienestar y suprimir completamente la miseria. No hace semejantes promesas, que serían criminales, pues son irrealizable. Mejoremos en lo posible el estado social, pero no olvidemos que, cuando hayamos hecho todas las reformas imaginables, quedará todavía en el mundo una multitud de desgracias incurables. La tierra es pobre; trabajándola con ahinco, dará algunas riquezas demás, pero nunca en proporción de las necesidades y deseos. Mas no solamente la tierra es pobre, sino que el hombre está expuesto a mil accidentes que le precipitan en la miseria y desconciertan todas sus previsiones. Si, pues, no es sincero, y si no quiere engañar al género humano, no hay que prometerle lo que no puede darle, es decir, la exención del padecimiento y la felicidad universal. La religión no promete esto, sino que, impotente para suprimir el dolor, hace lo increíble para disminuirlo, instituye

1.º *Obras de previsión y preservación.*

¿Qué no hizo *en lo pasado* para poner al obrero en estado de bastarse a sí mismo y defenderse de la miseria? Fundó las corporaciones que unían juntos a maestros y oficiales, patronos y aprendices, que hacían de cada oficio o negocio, una familia, con su patrimonio, sus escuelas, su hospicio y su caja de socorros, su capilla, sus fiestas y sus banquetes... corporaciones que suprimían los abusos de la concurrencia, y reglamentaban las horas de trabajo y los salarios, con lo que garantizaban al obrero su ganancia y su reposo necesarios. De una plumada, destruyó la Revolución estas corporaciones, y a pretexto de conceder la libertad al obrero, ha hecho de él un asalariado y un proletario, es decir, un hombre que nada posee, que ya no se apoya en nadie, arrancado del suelo, convertido en nómada de la civilización, viviendo al día de un jornal siempre incierto, y corriendo el país de un extremo a otro, en busca de una posición más segura y mejor retribuída, que no encuentra jamás. Conmovida de semejante situación, la religión procura remediar este mal, y por eso la vemos

En la hora presente moverse e ingeniarse para preservar al obrero de la miseria. Alienta *la participación en los beneficios,* en manera alguna obligatoria, pero libremente consentida por el patrono en relación con sus obreros. Aprueba y suscita las *sociedades de socorros mutuos,* que asisten a los enfermos y a los maltratados de la vida, los cuales, con sus cotizaciones capitalizadas, pueden asegurar retiros a los ancianos. Ve con buen ojo y fomenta las sociedades *cooperativas* de consumo y de producción, las cuales procuran con la mayor economía posible todos los objetos necesarios a la vida, y hacen, de los obreros, accionistas y verdaderos patronos de una fábrica, de un taller, de un almacén. Invita a patronos y obreros a entenderse para organizar, espontáneamente y bajo formas diversas, *seguros* contra la enfermedad, la vejez, la falta de trabajo y los accidentes. Aconseja al mundo del trabajo la fundación de *sindicatos* patronales, obreros y mixtos, que son, en forma moderna la resurrección de las antiguas corporaciones. Impulsa a la institución de *cajas* de ahorro, y de crédito rural y popular. ¿Y qué más? Procura *trabajo*..., remueve el cielo y la tierra para hallar una colocación, un empleo renumerador a los que de él carecen. Y cuando no puede preservar al proletariado de la miseria, no por eso se desalienta, sino que instituye

2.° *Obras da caridad y de consuelo.*

El mal que no puede prevenir, se ingenia en disminuirlo y curarlo. Provoca *limosnas* y las vierte abundantemente en el hogar del pobre. Funda para los niños escuelas, obradores, asilos de huérfanos, y, para los enfermos y los vencidos de la vida, hospitales y refugios; asilos para los ancianos, y para todas las miserias, instituciones de toda especie. Si decís que el paganismo no hizo nada por el bienestar de las masas, que sólo supo construir baños, anfiteatros, prisiones, circos y acueductos, sin que ni siquiera le asaltara el pensamiento de construir un solo hospital, habréis dicho la verdad. Si decís que la *irreligión* es estéril, nadie os contradirá, porque el librepensamiento carece de obras. Pero no podréis usar semejante lenguaje con relación al catolicismo, porque veinte siglos se alzarían de repente indignados como un solo hombre, para exclamar con Chateaubriand: "Dios de los cristianos, ¿qué es lo que no has hecho? Por todas partes a donde vuelvo mis ojos, no veo más que los monumentos de tus beneficios." La religión, dicen algunos, nada hace por la vida presente. Semejante objeción, señores, no tiene fundamento. Esto no obstante, se la repite, se discute de nuevo, se tiene el cinismo de volver constantemente sobre ella. Hay que refutarla, hay que confundirla, hay que pulverizarla. Esto es lo que acabo de hacer, y esto es lo que vosotros haréis cuando se os presente ocasión para ello.

Así sea.

CONFERENCIA CUADRAGESIMOTERCERA

Hay demasiados abusos

1.° ¿Es esto verdad?

Señores:

Para no verse obligados a respetar y practicar la religión, ocurre con bastante frecuencia que se la rechaza con palabras que parecen más objeción perentoria, y que no son más que fútil pretexto. Se dice: *Hay demasiados abusos.* A esta objeción quiero dirigirle dos preguntas: 1.ª ¿Es esto verdad? 2.ª ¿Qué prueba esto? ¿Es verdad que hay en la religión tantos abusos? Estudiemos primeramente la cuestión desde el punto de vista de lo pasado.

I. ¿Hubo abusos en lo pasado del catolicismo?

Esto es innegable. Y tanto más podemos confesarlo, cuanto la religión no es responsable de ellos. Los san-

tos no temen hacer oir a la Silla Apostólica, al episcopado, al sacerdocio, a los monjes, a los reyes y a los pueblos, los públicos y severos reproches de su virtud indignada. Y al obrar así, saben bien que no ofenden a la Iglesia, ni compromenten su santidad.

Hubo pues abuso en lo pasado del catolicismo. La Iglesia fué siempre irreprochable en su doctrina, en su moral, en su culto, pero sus hijos y sus ministros no lo fueron siempre en su actitud y en su vida. Se han visto pontífices indignos de la tiara y de la mitra. Se han visto sacerdotes avaros, simoniacos, pervertidos. Se han visto monasterios mancillados, en los que la vocación no estaba representada más que por el hábito. En el rebaño de los fieles, se han visto barbaridades y desórdenes vergonzosos. Y aun se han visto grandes injusticias cometidas en nombre de la religión, invocando la verdadera fe. Por ejemplo, *Duquesne* era el mejor marino de su tiempo, y y a pesar de sus grandes servicios y numerosas hazañas, Luis XIV le rehusó siempre los honores y títulos que merecía. ¿Por qué esto? Porque aquel hombre ilustre era calvinista. El Rey se lo confesó un día. "Señor—respondió Duquesne,—cuando yo combatía por vos, no pensé que profesabáis una religión diferente de la mía." Luis XIV no tenía razón. A pretexto de religión, no tenía derecho a ser injusto con Duquesne. He ahí un abuso. Podrían citarse otros.

Pero no tendríais razón si os escandalizarais de ellos.

1.° Porque, en primer lugar, *los hombres han sido siempre hombres,* es decir, seres libres y débiles, libres de hacer el bien y el mal, débiles contra el mal y para el bien. La religión guia la libertad, pero no la suprime. La religión acude en auxilio de la debilidad, pero no impide su existencia. La religión recuerda sin cesar a los fieles los motivos más poderosos de practicar la virtud, pero no los hace virtuosos a pesar de ellos y sin ellos. Pedir que no haya abusos, sería pedir que los hombres dejaran de ser débiles y dejaran de ser libres, sería pedir que no fueran hombres, sería pedir lo imposible. Hubo, pues, abuso en lo pasado del catolicismo. Esto no podría dejar de ser, por cuanto el catolicismo se dirige a hombres, y a una multitud de hombres.

2.° Diseminados *en el espacio inmenso de veinte siglos.* Pensad en esto, señores. La religión cristiana nació hace ya mucho tiempo de la palabra y sangre de un Dios. No data de ayer. En su larga existencia ha conocido todas las variedades y todos los extremos de la fortuna. Contra su vida naciente conspiraron todos los poderes, el poder de la fuerza y el de la habilidad, el poder del odio sabio y el del odio salvaje, el poder de los literatos y el poder de la pasión del pueblo. Luego, Constantino, Teodosio, Carlomagno, San Luis, fueron sus hijos y protectores. Hemos vestido la púrpura real, nos hemos sentado en los tronos. Hemos presidido los consejos en que se ventilaban los destinos de los pueblos. Hemos extendido por toda Europa el cetro de una soberanía que ha sido para ella fecunda en beneficios. Finalmente, desde la cumbre de las cosas humanas, hemos caído ¡ay cuántas veces! en los profundos abismos de la desgracia. La religión encontró la desconfianza, la cruel y cobarde ingratitud, la persecución astuta, la proscripción brutal, el desprecio de los sabios y los golpes de la muchedumbre, la lengua embustera de los calumniadores elegantes y la pesada mano de los groseros ganapanes. La religión ha atra-

vesado todas las situaciones... Y en el desarrollo *de semejante drama*, que ha tenido hombres por actores y el mundo entero por teatro y veinte siglos de duración, ¿os asombraríais de encontrar algunas lagunas y cierto número de abusos? Vuestro asombro no sería razonable. Esto fué, y no podrá dejar de ser. Hubo abusos en lo pasado del catolicismo.

II. Pero no hubo tantos como se ha supuesto.

Imaginaos que yo no conozco París, y que, queriendo conocer esta ciudad famosa, me dirijo a un parisiense amigo mío, y le digo: "Mostradme la capital." Me toma de la mano, y durante ocho días, me pasea y me guía. Pero tiene buen cuidado de no mostrarme las hermosas avenidas, los grandes bulevares, los soberbios monumentos, los museos, los palacios. En cambio me enseña las callejuelas sucias, mal habitadas, apenas iluminadas... el depósito de cadáveres desconocidos, con sus repelentes desnudeces... las cloacas, con todos sus circuitos nauseabundos... las tiendas ambulantes y los cafés conciertos, que fomentan el vicio y la inmoralidad, y después de ocho días de carreras desenfrenadas por los puntos más feos de la capital, me dice: "¡He ahí París!" Esto carece de sentido común. Pues bien, así proceden muchos escritores y oradores cuando hacen la historia del catolicismo. En esta historia no quieren ver más que el mal, no el bien. Suprimen todo lo que es grande y hermoso, y ponen de relieve todo lo defectuoso y reprensible. De Aquiles, no ven más que el talón. Del sol, no señalan más que las manchas. Del Océano, no consignan más que la espuma. A sus ojos, los esplendores del catolicismo no son nada, y reducen toda su historia a algunos abusos que la malicia de los

hombres ha introducido en ella. Es esto una verdadera demencia y una soberana injusticia. Pongamos algunos ejemplos.

Se habla de la *edad media*, y no quieren ver en ella más que abusos. Se citan los servicios del feudalismo, el derecho de mano muerta, el derecho del señor, el diezmo, y se exclama: "¡Horrible, espantoso!" La edad media está juzgada. Era una época bárbara, abominable... Ahora bien, semejante manera de juzgar lo pasado puede tener éxito en una reunión pública, ante auditorios caldeados e ignorantes, pero en el fondo, nada significa. Es una pura mentira. Sí, ciertamente, hubo abusos en la edad media. Las pasiones eran ardientes, y con frecuencia la fuerza predominaba sobre el derecho. Esto no obstante, ¡qué época tan maravillosa aquella! La fe era viva, y elevaba a las almas a maravillosas alturas. La Iglesia defendía a los débiles contra los fuertes. Leváronse a cabo las Cruzadas, cubrióse Europa de catedrales maravillosas... Seamos indulgentes con los descarríos de lo pasado, pero imitemos, si podemos, sus virtudes.

Se habla *del poder de los papas* en la edad media, y sólo se quieren ver abusos. Es una estupidez y una injusticia. Durante largos siglos los papas salvaron la civilización oponiéndose enérgicamente a la corrupción que todo lo invadía, conteniendo las miras ambiciosas y despóticas de los emperadores alemanes, manteniendo a los príncipes en los límites de la moderación y a los pueblos en la justa simisión. "En realidad—dice Guizot,—el pontificado, y únicamente el pontificado, supo ser la potencia mediadora... conciliadora. Ella puso la piedra fundamental del derecho internacional

levantándose contra las pretensiones y pasiones de la fuerza bruta." Acusar a los papas de la edad media, condenarlos en masa, señalar los pocos excesos que pudieron cometer y ocultar cuidadosamente los inmensos servicios que hicieron, es un procedimiento deshonroso y ruin, que ultraja al propio tiempo al buen sentido, a la equidad natural y a la verdad histórica.

Se habla *de la vida monástica* en lo pasado y no quieren ver en ella más que abusos. Esto sería ridículo si no fuera culpable. Acabo de leer, escrita por un sacerdote de esta diócesis, la *Historia de la abadía de Ferrières-en-Gâtinais* y la *Historia de la abadía de Micy-Saint-Mesmín*, cada una de las cuales vivieron 1.300 años. Durante su larga existencia, estas dos instituciones conocieron algunos desfallecimientos pasajeros debidos a la debilidad humana y a la miseria de los tiempos. Los monjes eran hombres, no ángeles, y tuvieron que atravesar tiempos difíciles. Pero en conjunto, ¡cuántas virtudes practicadas! ¡cuántos beneficios repartidos! Centenares de ellos fueron santos hasta el heroísmo, y millares de ellos fueron para la patria bienhechores de primer orden por sus ejemplos de fervor y piadosa regularidad, por su inagotable caridad, por su generosas iniciativas, por su ciencia eminente e incontestable superioridad en la ciencia de sus contemporáneos.

Se habla de las *corporaciones obreras* del antiguo régimen, y no se quiere ver en ellas más que abusos. Esto es también una tontería y una injusticia. Alabarlas sin reserva y decir que no hubo inconvenientes ni abusos en aquella organización del trabajo, sería una exageración, y, por consiguiente, una falsedad. Pero ¡cuántas ventajas procuraron las organizaciones del mundo del trabajo! Protección moral y material del aprendiz, protección del trabajador en todas las fases de la vida, garantía leal de los productos y seguridad para el público, etc.... Cierto que no fueron pocos los edictos y ordenanzas reales que perjudicaron esta magnífica red de asociaciones corporativas, pero la Iglesia, inspiradora del sistema corporativo, no tiene que responder de ellos. Y, de hecho, hoy, para salvar al obrero individualizado, volvemos al viejo sistema de la edad media. Las Corporaciones destruídas por un decreto de la Convención, resucitan bajo la forma sindical. Nos lamentamos de los abusos de lo pasado. ¡Plegue a Dios que no merezcamos de lo por venir reproches más severos que los que dirigimos tan gratuitamente a lo pasado!

Finalmente, se habla *del clero* de otras épocas, y no se quiere ver en él otra cosa que abusos. ¿Qué significa ese proceder sino una manifiesta exageración del mal, aumentada con una voluntaria ignorancia del bien, como dice el Padre Montsabré?

Por una docena de papas que fueron indignos, se olvida la prolongada sucesión de pontífices que honraron la silla de San Pedro con su sabiduría y frecuentemente con su caridad.

Por algunos centenares de obispos y sacerdotes infieles a su vocación, se olvidan los millares de almas generosas que fueron gloria del episcopado y del sacerdocio.

Por una o dos épocas de decadencia en la vida religiosa, se olvidan las edades afortunadas durante las cuales los monasterios eran planteles de santos. Por un siglo de tinieblas y degradación, se olvidan siglos y siglos de luz y de heroísmo.

Hay muchos abusos, se dice. ¿Es esto verdad? Sí y no. Sí, hubo abusos en lo pasado del catolicismo, pero no hubo tantos como se dice. Observar únicamente las sombras en un cuadro, callar el bien y no publicar más que el mal, es una soberana injusticia. "Es razonar mal contra la religión—dice *Montesquieu*—reunir en una gran obra una larga enumeración de los males que no pudo prevenir, o de los cuales no fué ocasión, si al propio tiempo no se hace la de los bienes que hizo. Si yo quisiera referir todos los males que han producido en el mundo las leyes civiles, la monarquía, el gobierno republicano, diría cosas espantosas." Así habla el buen sentido. Terminemos hoy con esas palabras.

Así sea.

CONFERENCIA CUADRAGESIMOCUARTA

Hay demasiados abusos

1.° ¿Es esto verdad?

SEÑORES:

Para evitar la religión, se dice: "Hay demasiados abusos." A esto opongo esta primera pregunta: ¿Es esto verdad? No. Los abusos que se han deslizado en la historia del catolicismo no son tan numerosos como quiere decirse. Y ahora, después de haber echado una ojeada sobre lo pasado, examinaremos lo presente.

En la actualidad se quieren ver abusos por todas partes, en la religión, y particularmente en el clero. No tienen razón, y voy a demostrarlo.

I. Se quieren ver abusos por todas partes en la religión.

Los unos por ignorancia, los otros por interés, muchos por pasión ven abusos donde no los hay.

Por ignorancia recibe el nombre de abuso una verdad, una práctica, un hecho que se ve con malos ojos y se entiende mal. Cierto aldeano, acostado a la sombra de una encina, no lejos de un tallo de calabazas, murmuraba en su sabiduría que, si él hubiera creado el mundo, hubiera hecho crecer la bellota en el tallo de calabazas, y la calabaza en las ramas de la encina. ¡Aquello si que hubiera sido digno de ver! ¡Los gruesos frutos en los grandes árboles, y los pequeños en las pequeñas plantas! Todavía murmuraba estas palabras, cuando una bellota desprendida de la encina, le dió tan fuerte golpe en la nariz, que empezó a salir sangre de ella. "¡Ah—exclamó,—bien merecido lo tengo! Si esta bellota hubiera sido una calabaza, me hubiera infaliblemente aplastado la nariz!" Así razonan con frecuencia los hombres sobre las cosas religiosas. Prescinden de lo que no saben, y dicen, por ejemplo: "Se inventan nuevos dogmas... Esto es un abuso. Nuevas peregrinaciones... Esto es un abuso. Nuevas prácticas de devoción, nuevas ceremonias... Esto es un abuso." Se engañan. No ven que la religión permanece inmutable en su enseñanza, pero acomodándose a las necesidades de todos los tiempos y de todos los países. Acusan a la religión de innovaciones y cambios, cuando deberían acusarse a sí mismos de miopía y de ignorancia.

Por interés, dispénsanse otros de practicar la religión, atribuyéndole abusos puramente imaginarios y supuestos, que la hacen inaceptable y repelente. La religión prohibe apoderarse del bien ajeno, y ordena restituirlo, si se ha robado. Prescribe el pudor, la castidad, la temperancia. Condena todos los vicios, impone el yugo de todas las virtudes. Es molesta, es intolerable. Sin percatarse de ello, busca todos los

medios de hacerla caer en falta. Cuando uno quiere matar su perro, dice que está rabioso. La religión es demasiado exigente; es preciso desembarazarse de ella a cualquier precio. La cargan, pues, de mil crímenes que no ha cometido. Le imputan no sé cuantos abusos de que es inocente... y se quedan tan frescos. ¿Por qué no tenéis religión? Hay tantos abusos... Es una escapatoria hábilmente empleada.

Finalmente, *por pasión,* muchos hombres, que quisieran destruir la religión, y no pueden, la calumnian sin rubor, pintándola con detestables colores. Ved su mala fe. Se hartan de decir que la Iglesia católica agoniza, que dentro de poco no será más que un cadáver, y al propio tiempo proclaman que es invasora, por lo que es preciso conducir a la batalla contra ella todos los poderes humanos coligados. Dicen que no es buena para nada, que no hace bien alguno al pueblo, y al propio tiempo forjan cadenas para ligar sus manos e impedirle bendecir y proteger... para poner trabas a su enseñanza, a su caridad, a la efusión de sus beneficios. Dicen que es la enemiga de la ciencia, que no sabe enseñar, y al propio tiempo la censuran por su demasiado ardor en difundir el saber, y cierran sus escuelas. La pasión antirreligiosa, señores, se acusa a sí misma de mentira, y sus contradicciones la condenan.

Hay demasiados abusos... desconfiemos, señores, de esta frase hecha, que ora procede de la ignorancia, ora del interés, con frecuencia de la pasión. En la hora presente, todo el mundo ve abusos en la religión, y añado

II. Particularmente en el clero.

1.° ¿Habéis notado *cuán exigente es el mundo, y aun injusto, con el clero?*

Hubo un vicario en San Paterno que era compañero mío; que ahora es cura decano, y al que continúo amando mucho Este vicario, muy inteligente y distinguido, era, por lo regular, muy severo con los predicadores, y fácilmente notaba al paso las imperfecciones de su palabra. Esto hacía decir al Sr. Clesse (1) estas palabras que no he olvidado nunca: "¡Ah, si uno fuera *tan severo para consigo mismo como lo es para con los otros!...*" Señores, esta reflexión podría dirigirse a muchas personas tanto más intratables con el clero cuanto más indulgentes con sus propios vicios. Fariseos hipócritas, se lo permiten todo, llevan una vida privada deplorable, son esclavos de las más bajas pasiones. Por esto precisamente se niegan a reconocer que el clero es más casto de lo que ellos pueden serlo, y reprochan al sacerdote una palabra, una sombra y un nada. Su pudor se alarma por la menor cosa. ¡Ah, desgraciados, si uno fuera tan severo para consigo mismo como lo es para el clero!... Pero no. Todo el mundo sabe las consideraciones que se guardan a los enemigos de la religión, con qué solicitud se ocultan sus maldades, con qué cuidado se echa tierra a sus escándalos, con qué indulgencia se les interrumpe... si es que se les interrumpe. Y todo el mundo sabe también con qué severidad se trata al clero, acusándole a menudo sin pruebas, y aumentando siempre la falta, si es que existe.

(1) Antiguo párroco de San Paterno, predecesor inmediato del señor Gibier.

Las exigencias de muchos con respecto al clero son verdaderamente extraordinarias e insaciables. Mirad: *Llega un sacerdote a la estación*, y un mozo de cuerda se ofrece a llevarle la maleta. Se niega el sacerdote. "Ni siquiera da a ganar diez céntimos al pobre pueblo", murmura el mozo. A esta reflexión, cede el sacerdote, le entrega la maleta, y naturalmente, marcha con las manos vacías. "¡Haragán!—dice un obrero viéndole pasar—¿No podría llevar por sí mismo su maleta?" Si no salimos de nuestras iglesias, de nuestras casas, de nuestras sacristías, se nos acusa de pereza, de orgullo, de espíritu burgués, de desdén para con los que padecen. Pero si nos dirigimos a todos, si nos extenuamos buscando las miserias para consolarlas, si nos mezclamos con nuestros conciudadanos para hacerles bien, con la juventud para preservarla del vicio, con la clase obrera para hacer que reinen en ella las obras de la justicia y de la caridad, se nos llama invasores, ambiciosos, entrometidos.

Son exigentes con el clero hasta la estupidez, hasta la malevolencia, hasta la más irritante injusticia. Cierto día, en una reunión pública, un librepensador interrumpía a cada instante al *abate Garnier*, y repetía hasta la saciedad: "Todos los curas son ladrones y explotadores del pueblo."—"¿Soy yo también un cura?"—dijo el abate Garnier.—"Sí"—"¿Qué te he robado?"—Silencio.—"Cítame nominalmente un cura que te haya robado algo."—Silencio también.—Entonces el abate Garnier dijo: "Vaya, amigo mío, me das lástima. Alguien se ha burlado de ti. Se te ha dicho: El trabajo no marcha... El clero tiene la culpa.—El pan está caro... El claro tiene la culpa.—Llueve... El clero tiene la culpa.—No llueve... El clero tiene la culpa... Siempre el clero tiene la culpa.—Se te ha dicho

eso, y has acabado por creerlo. Pero reflexiona un poco, presta oídos a tu buen sentido, y tras breve examen, te apresurarás a exclamar muy alto: "¡Dios mío, qué burro he sido!"

Señores, os lo aseguro, muchas personas se muestran propicias a ver abusos por todas partes en el clero, y son exigentes con los sacerdotes hasta la más irritante injusticia.

2.º Esto no obstante, me responderéis sin duda que *hay malos sacerdotes* Sí, hay malos sacerdotes. Esto es inevitable. Entre doce apóstoles, hubo un Judas. Judas es la excepción. La excepción existe; no es permitido negarla. Hay malos sacerdotes. Pero escuchadme bien.

Hay pocos *con relación a los siglos pasados*. No creo que jamás el clero haya ofrecido, en su conjunto, una conducta más irreprochable. Hijos de su siglo, colocados en medio de un mundo perverso, rodeados de malos ejemplos, expuestos por virtud de su mismo ministerio a los más graves peligros, rara vez son los sacerdotes atacados del común contagio. Sí, algunos sacerdotes han caído, pero me asombro de que hayan caído tan pocos.

Son pocos *con relación a las otras corporaciones*. De todas las profesiones liberales, el clero es sin contradicción la corporación más moral. El ministro de Justicia, M. Darlán, comprobó, en 1897, que en el clero los casos de criminalidad son de 7 por 100.000 individuos, en tanto que en las otras profesiones se elevan a 15, a 40, a 80, a 281. Estas cifras son de M. Tarde, jefe de la oficina de estadística del ministerio de Justicia. Hay poquísimos sacerdotes malos. ¿Pero que es lo que de ordinario ocurre?

Que *se generaliza*, que se prevalen de la debilidad de un solo sacerdote para condenarlos a todos.

Conocéis las hermosas palabras *del rey San Luis* cuando decía: "Si por desgracia viese que un sacerdote se olvidaba de sus deberes y cometía alguna acción condenable, le cubriría con mi manto."

No es así como procede el mundo. Cuando un sacerdote olvida sus deberes, pronto corre la noticia: todos los periódicos, todas las lenguas viperinas del departamento se hacen eco de ella. Pero se dice cien veces más de lo que se sabe. Virtuosos periodistas fingen una irritación profunda y sobreexcitan a la multitud. Y lo que ha hecho uno solo es imputado a todos.

Escuchad sobre esto, a San Agustín: "Cuando una mujer está convicta de adulterio—dice,—no condenéis a las otras mujeres, no expulsáis a la vuestra de vuestra casa, no acusáis a vuestra madre. ¿Por qué, pues, cuando un cristiano está convicto, removéis cielo y tierra para hacer pasar todos los cristianos por culpables?" Pues bien, con respeto al clero, no es lícito tampoco concluir de lo particular a lo general, y hacer pesar sobre el sacerdocio entero las faltas de uno solo de sus miembros. Si un oficial ha traicionado... no habría razón para decir: "He ahí lo que son los oficiales." Si cae un sacerdote, sería injusto decir: "He ahí lo que son los sacerdotes." Razonar así, sería un ultraje al buen sentido y a la justicia más elemental.

Señores, se dice: "Hay demasiados abusos en la religión y en el clero." ¿Qué pensáis de ello? En cuanto a mí, pienso que los que dicen esto, no lo piensan, o que, si lo piensan, son famosos bobalicones. Sí, señores, en la hora presente hay abusos, muchos abusos, demasiados abusos. Pero no hay que buscarlos precisamente

entre los sacerdotes, sino en las porciones pantanosas de la sociedad, en donde la divina religión del Crucificado es ignorada y combatida. Allí la decadencia es vertiginosa; allí, como la lava fangosa y candente de la montaña pelada, los abusos se suceden y se amontonan hasta engullirnos a todos. ¡Oh Dios mío, tened piedad de nosotros! ¡Tened piedad de la porción todavía sana de la patria! ¡Tened piedad de nuestros sacerdotes y de nuestros fieles!

Así sea.

CONFERENCIA CUADRAGESIMOQUINTA

Hay demasiados abusos

2.º ¿QUÉ PRUEBA ESTO?

SEÑORES:

Dicen algunos: "Hay demasiados abusos en la religión." ¿Es esto verdad? No. Y ahora añado: "Y aunque fuera verdad, ¿qué probaría esto? Los abusos nada prueban contra la religión y prueban mucho en favor de ella." Esto es lo que me propongo demostraros en el día de hoy.

I. Los abusos nada prueban contra la religión.

1.º Primeramente *son una excepción en la religión.* Ya os he dicho, pero debo repetirlo. Una excepción no hace la regla. No es permitido concluir de lo particular a lo general. No se juzga a todos nuestros guerreros por la cobardía de uno solo, y algunos granos de zizaña no destruyen todas las esperanzas de la cose-

cha. Los abusos que se notan en la Iglesia, abusos que con frecuencia se inventan, que casi siempre se exageran de un modo increíble, no son más que una excepción. Además, no proceden de la Iglesia.

2.º *No son efecto de la religión,* sino resultado de la ignorancia, de la debilidad, de las pasiones humanas. Los hombres pueden abusar de todo, de la religión como de todo lo demás... Si se hubiera de destruir lo que da lugar a los abusos, ¿qué institución quedaría en pie? Ni una sola.

Las gentes ciegas o mal intencionadas dicen: "Hay abusos en las procesiones; luego no hay necesidad de más procesiones. Hay abusos en las cofradías; luego no hay necesidad de más cofradías. Hay abusos en los conventos; luego no hay necesidad de más conventos. Hay abusos en los sacerdotes; luego no hay necesidad de más sacerdotes. Hay abusos en los obispos; luego no hay necesidad de más obispos. Hay abusos en los templos; luego no hay necesidad de más templos. Hay abusos en los sacramentos; luego no hay necesidad de más sacramentos. Hay abusos en la Iglesia; luego ya no hay necesidad de Iglesias." Señores, semejante manera de raciocinar es absurda, y si se quiere continuar hasta el fin, se llegará a consecuencias irracionales y monstruosas.

Veamos por un momento hasta donde puede conducirnos esto. Esto nos conduce directamente a la destrucción radical de la naturaleza, del hombre y de la sociedad.

Se abusa de los beneficios de la naturaleza. ¿Hay que destruir el fuego porque los malhechores abusan de él para destruir los palacios y las cabañas? ¿Hay que destruir el hierro porque los asesinos abusan de él para inmolar a los que quieren despojar? Hay que destruir la viña porque ciertos individuos abusan del vino hasta embriagarse, hasta rebajarse al nivel de la bestia? Esto sería absurdo.

El hombre es con mucha frecuencia víctima *de sus potencias físicas y espirituales.* ¿Hay que suprimírselas? ¿Hay que quitarle su sangre porque puede verse atacado de apoplegía? ¿Hay que quitarle el vigor de sus brazos, porque puede servirse mal de ellos? ¿Hay que quitarle su inteligencia, porque puede caer en error y hacerse un arma del sofisma? ¿Hay que quitarle la libertad porque puede emplearla en el mal? ¿Hay que quitarle la palabra porque puede, hablando, ultrajar el buen sentido, el pudor, la caridad, la justicia, y ultrajar al mismo Dios? ¿Hay que quitarle la propiedad, porque puede aplastar con ella a su prójimo y procurarse goces culpables? ¿Hay que quitarle la familia, la mujer, los hijos, porque puede embrutecerlos y deshonrarlos? No, todo eso sería absurdo y criminal.

La sociedad está llena de abusos. Los códigos permiten, consagran y legitiman una multitud de cosas que la conciencia reprueba. Sus mallas son muy estrechas o muy anchas, pues ora retienen un indigente hambriento que roba un pan, ora dejan escapar un rico burgués que estafa, hace ya veinte años, centenares de millones. ¿Diréis que hay que quemar los códigos por la mano del verdugo y arrojar al viento las cenizas? La *imprenta* lo mismo se presta al mal que al bien, y hay una multitud de hombres que de ella se sirven para propagar la mentira, la impudicia, la estupidez, la sinrazón. ¿Diréis que hay que maldecir el arte de Gutemberg, destruir un invento tan precioso y romper todas las prensas? Las *letras y las artes* son a menudo vehículos del error y del vicio; se abusa de la pintura,

de la escultura, de la poesía, se sirven de la historia, de la elocuencia, de la filosofía, para conspirar contra la verdad y contra la virtud. ¿Diréis que hay que romper la lira porque Homero cantó los falsos dioses, que hay que renunciar a la música, porque a veces es voluptuosa y desmoralizadora, que hay que proscribir la elocuencia, porque hay oradores perversos? El poder ciega con frecuencia a los que lo ejercen y es injusto con los que lo soportan. Hay tiranos y monstruos, y más de una vez, a la faz del cielo mudo y de la tierra escandalizada, se han visto vencidas y pisoteadas las más nobles causas. ¿Diréis que todo poder es ilegítimo, que los que mandan no son dignos de vivir, y que una sociedad, puede marchar sin ser gobernada? No, eso sería absurdo, criminal, antisocial.

Pues bien, señores, juzguemos la religión según los principios con que juzgamos todo lo demás. Hagamos una distinción entre las instituciones y los abusos que pueden hacerse de ellas. Pues del mismo modo, cuando se trata de la religión cristiana, tengamos buen cuidado de no imputarle los abusos de que no es responsable. Los abusos 1.º no son más que una excepción, pero un rasgo furtivo de fealdad no quita a una fisonomía su carácter de belleza; 2.º esos abusos no proceden de la religión, sino que son simplemente resultado de la libertad humana, que puede siempre deteriorar las mejores cosas. Luego no prueban nada contra la religión. Pero voy más lejos todavía.

II. Los abusos prueban mucho en favor de la religión.

Prueban su santidad y su divinidad.

1.º *La religión es santa,* porque *siempre luchó contra los abusos.* Esto es maravilloso, señores. La religión, en vez de fomentar los abusos y aprobarlos, no cesa de combatirlos. Cuando el mal amenaza invadir sus miembros, lo denuncia, lo estigmatiza, lo reprime, en cuanto de ella depende. Su doctrina y sus santas leyes no se doblegan jamás.

Aun en los más desordenados siglos, en aquellos que se llaman siglos de hierro y de bronce, hubo siempre concilios que recordaron la regla, y santos que la practicaron y protestaron con sus virtudes contra la corrupción de los tiempos. Tras las rebajamientos del siglo X, aparece el pontificado regenerador de Gregorio VII, toda cuya vida no fué más que un combate a muerte por la justicia y santidad de las costumbres... Viene luego el glorioso pontificado de Inocencio III, que inaugura el siglo XIII, siglo de la realeza cristiana, del apostolado, de la ciencia sagrada, de las grandes obras, de las eximias virtudes.

Si es verdad que hubo en la vida monástica períodos de decadencia y eclipses transitorios, hubo siempre Bernardos, Benitos de Aniano y Rancés, para reducir los institutos religiosos a la regularidad primitiva y, para asombrar al mundo con el heroísmo de su vida.

La Iglesia no esperó a Lutero para pronunciar la gran palabra Reforma; la herejía protestante escandalizó a Europa y destruyó la cristiandad; nada reformó; no fué, como dice Bossuet, más que una reforma al revés. Sin Lutero, la Iglesia se hubiera reformado por sí misma, sin sacudidas, sin violencias, sin todas las disoluciones del protestantismo, que dislocaron y llenaron de estragos la obra de Jesucristo. Bien lo demostró en el Concilio de Trento. Todo lo depuró y todo lo renovó. No, la Iglesia jamás aprueba los abusos, sino que quiere su desaparición.

Y si a veces los tolera, es porque, al propio tiempo

que es santa, es prudente, es madre, y no pudiendo extirparlas en el acto, espera el momento favorable, la ocasión oportuna. "La Iglesia—dice San Agustín—colocada en medio de la paja y de la zizaña, tolera muchas cosas; pero jamás hace ni aprueba lo contrario a la fe y a las costumbres. Jamás se calla cuando debe hablar."

La religión es santa, señores, porque siempre protestó contra el mal, siempre luchó contra los abusos.

2.º *La religión es divina, porque ha sobrevivido a todos los abusos.* He aquí lo que todavía es más maravilloso que lo que acabo de decir. Contemplad ese fenómeno único en el mundo.

La Iglesia católica *tiene veinte siglos de existencia.* Ya es algo. ¿Pero qué hizo en esos veinte siglos? En primer lugar, *¿a quién se dirige.* Se dirige a hombres, es decir, a seres libres, a seres débiles, a seres apasionados, a seres singularmente rebeldes a la acción evangélica. Después, *¿cuáles son sus instrumentos,* sus mandatarios, sus apoderados? Hombres, siempre hombres. No son ángeles, puros espíritus, señores, los que os aportan el Evangelio. Son seres compuestos como vosotros de carne y hueso formados como vosotros de un limo grosero. Además, para hacerse respetar y obedecer, la Iglesia no tiene *ejército ni policía.* Las sociedades civiles están siempre cubiertas de hierro y rodeadas de esbirros que las protegen. La Iglesia carece de todo eso. Sólo cuenta con su palabra para cautivar a las almas. Y con ella vive, marcha, progresa. Los *abusos* que *sin cesar* brotan del género humano, como el agua de un viejo muro, intentan invadirla y descomponerla. Vive, marcha y progresa, a pesar de todo.

A su lado, las sociedades puramente humanas quisieran también mantenerse de pie, durar como ella. Pero, por desgracia, muy pronto el tiempo las toca con sus alas, marchita su belleza, quebranta su poder, consume su vida, altera y descompone su unidad. Muy pronto caen con gran estrépito, cubren el suelo de la historia con sus despojos, y dejan a la posteridad el rescoldo de sus grandes ruinas. Estos edificios no reposan más que sobre la tierra. Tiembla la tierra, y todo acaba. ¡Cuántos pueblos cayeron en esos veinte siglos! Pero de la Iglesia nada de eso puede decirse... Sobrevive a todos los abusos. Queda en pie. ¿Por qué? Porque es divina. Porque su tierra, su fondo, su raíz y verdaderamente su savia, es Dios mismo.

Tened confianza, señores. Si hay abusos en la religión, muéstrensenos, y con alma y vida trabajaremos en extirparlos. Pero el musgo ligero que se adhiere a la corteza del roble, no impide que el roble sea un gran árbol. Esto mismo ocurre con la religión. Es viviente, y en este mundo en que todo se transforma en ruinas, únicamente ella permanece en pie, animada de una vida enteramente divina. Pasarán los perseguidores; borrará la posteridad desdeñosamente con el pie la huella de su nombre y su memoria, en tanto que la religión de Jesucristo proseguirá triunfalmente su carrera hacia la eternidad.

Así sea.

CONFERENCIA CUADRAGESIMOSEXTA

Hay demasiados abusos

2.º ¿QUÉ PRUEBA ESTO?

SEÑORES:

Voy a terminar hoy la refutación de la objeción corriente, que se formula así: "Hay demasiados abusos." ¿Es esto verdad? No. Y aun cuando fuera verdad, nada probaría contra la religión. Para atacar al catolicismo, se alegan sin cesar los malos sacerdotes. No tienen razón. Porque

1.º La religión no hace los malos sacerdotes;

2.º Los malos sacerdotes no deshacen la religión.

I. La religión no hace los malos sacerdotes.

El clero es una *corporación* importante, muy extendida, diversificada. Sólo en Francia somos más de 60.000 curas de ciudad y de aldea, vicarios todavía muy jóvenes y sacerdotes de cabellos blancos, misioneros,

profesores, limosneros... ¿qué sé yo? La jerarquía sacerdotal comprende una variedad inmensa de edades, de índoles, de funciones... Ahora bien, ¿qué responderíais a un hombre que dijera: "Hay en la administración de correos o de hacienda empleados infieles; luego esas administraciones no son dignas de confianza alguna, y no merecen más que nuestro desprecio." Semejante razonamiento sería injusto. ¿Es que una gran administración es responsable de las faltas de algunos de sus miembros? Evidentemente que no. Pues bien, ¿es mucho pedir que no se confunda la corporación sacerdotal con los pocos renegados que la deshonran? Esto no puede ser más justo. Pedimos también especialmente que no se atribuya a la religión la caída de los malos sacerdotes. También es esto de estricta justicia.

El clero es la reproducción y *continuación del Colegio Apostólico*. En el Colegio Apostólico, de 12 apóstoles, hubo un traidor, Judas. Judas era ladrón, hipócrita, sacrilego. Estaba en la última cena, y tras un rostro en apariencia tranquilo, y sonriente, ocultaba un corazón podrido, y en el momento mismo en que abrazaba a su Maestro, le vendía por algunas monedas de plata. ¿Por ventura fué Jesucristo el que formó a Judas? ¿Fué Jesucristo quien puso tanta negrura en su alma, tanta falsedad en sus labios, tanta ignominia en su conducta? No por cierto. Pues igualmente, ¿es la religión la que hace los malos sacerdotes? ¿Es la religión la que pone lodo en esos vasos de elección y ajamiento en esas frentes descoronadas y como quemadas por el rayo? No ciertamente. Voy a deciros cómo se produce esto. Prestadme toda vuestra atención.

El clero es *como un gran árbol*, con algunos frutos

corrompidos. Ahora bien, el fruto picado por un ser invisible, que cae del árbol en el cual debía madurar, no prueba en manera alguna que el árbol es un árbol muerto, o un árbol malo, y que sus otros frutos son frutos detestables. Si cae del árbol ese *fruto picado,* no debemos atribuir su caída a la savia que circula por las ramas del árbol, sino a un gusano llegado de fuera Los malos sacerdotes no son otra cosa que frutos picados... ya por el gusano del orgullo, ya por el de las pasiones. Si caen, no acuséis a la savia vivificante que circula por el cuerpo de la Iglesia. Si hubieran conservado comunicación con ella, no hubieran caído jamás. Si caen, acusad únicamente al gusano dañino llegado de fuera. ¿Pero quién es ese gusano dañino? Un periódico inmoral o impío, una ocasión peligrosa, una sociedad corruptora. En la Iglesia santa los malos sacerdotes son los frutos picados.

Son las *mondaduras,* son las escorias, que provienen, no de la religión, siempre irreprochable, sino de la naturaleza humana, siempre caduca. Señores, las mondaduras que no están en la olla, no deben impediros comer la sopa. Ahora bien, los malos sacerdotes no pertenecen ya a la Iglesia. La Iglesia los rechaza y los condena. Importa mucho saber esto. La religión no hace nunca a los malos sacerdotes. Y añado:

II. Los malos sacerdotes no deshacen la religión.

1.° Decidme: ¿qué pensaríais de mí si se me ocurriera razonar con vosotros de este modo:

Encuéntranse a veces *en las familias* padres beodos, madres desnaturalizadas, hijos sin corazón... Luego la familia es una institución perversa que es preciso aniquilar.

Encuéntranse a veces en los *concejos municipales* gentes viciadas, capaces de toda clase de maniobras, o imbéciles que no abren la boca más que para decir desatinos. Luego los concejos municipales son instituciones deplorables que es preciso aniquilar.

Encuéntranse a veces en las corporaciones de *panaderos,* de *carniceros,* de *especieros,* hombres sin conciencia, que engañan a sus clientes. Luego la profesión de panadero, de carnicero, de especiero es una profesión peligrosa que es preciso aniquilar.

Encuéntranse a veces en la corporación de *médicos,* algunos sin escrúpulos; en la de farmacéuticos, varios envenenadores. Luego las corporaciones de médicos y farmacéuticos son instituciones dañinas que es preciso aniquilar.

Encuéntranse a veces en el *ejército francés* traidores y cobardes... Luego el ejército francés es una sociedad de traidores y asesinos que es preciso aniquilar.

Si razonara yo de este modo, ¿no diríais que razono como un necio?

Pues bien, ¿qué diréis de los que razonan así: "Encuéntranse a veces en la Iglesia malos cristianos, malos religiosos, malos sacerdotes... Luego la Iglesia es una institución perversa que es preciso aniquilar?" Diréis que razonan como necios, y seréis lógicos.

2.° *Insisto todavía,* porque estáis expuestos a oir sobre este asunto tantas divagaciones, tantos desatinos, tantas maldades, que debéis pertrecharos para defenderos y cerrar la boca de los groseros que atacan vuestra fe y vuestro clero. Digo y repito que hay que distinguir entre el sacerdote y la religión, que el sacerdote es hombre, y que por esto mismo puede caer, en tanto que la religión es divina, y por esto mismo, no

puede perecer. No, el mal sacerdote no deshace la religión; no prueba nada contra la religión, no arrastra en su caída y en su ruina al catolicismo, que es inmaculado, invulnerable, inmortal. El geómetra, por la perversidad de su espíritu, no puede impedir que la geometría sea verdadera. El juez sin dignidad ni conciencia, no puede quitar a la ley su carácter obligatorio. El orador que abusa de la palabra para engañar a sus oyentes, para explotar la credulidad y las pasiones populares, para vilipendiar las justas causas, no puede desacreditar la elocuencia. Los hombres de letras y los artistas, que se sirven de la pluma y de la pintura para fomentar la impiedad y la lujuria, no pueden hacernos olvidar que las letras y las artes son nobles cosas, nobles ocupaciones, nobles instrumentos de civilización. Pues bien, del mismo modo, el sacerdote, por culpable que lo supongáis, no puede impedir que Dios sea la verdad, que el Evangelio sea la luz del mundo, que la Iglesia sea divina, que los sacramentos sean santos, que la religión sea necesaria y obligatoria.

Escuchad las hermosas palabras de *Donoso Cortés*, que os indican claramente la distinción que hay que hacer entre el sacerdote y la religión que representa. Donoso Cortés, embajador de España en París, mostrábase muy asiduo en acudir a los sermones del cura de su aldea, y como sus amigos se asombraran de ello, no pudiendo comprender que a un hombre de su genio pudiera interesarle lo que ellos llamaban una voz ruda, grosera y humanamente menos grande que la suya, contestóles: "Cuando el sacerdote habla, veo a Dios detrás de él." Escuchad todavía, uno de nuestros más eminentes filósofos contemporáneos, *Bonald*. Tenía este la costumbre de descubrirse ante su hijo, porque su hijo era sacerdote... y a un sujeto, que no podía enten-

der esto, díjole un día: "Desde que mi hijo recibió la sagrada unción, *major me est*, es mayor que yo. Y continuaba ante él con la cabeza descubierta. Todo esto nos revela, señores, que la verdad, la santidad y la divinidad de la religión, son independientes de la edad, del talento, del valor moral de sus ministros. Los malos sacerdotes no prueban nada contra el cristianismo. Los malos sacerdotes no deshacen la religión.

3.º *Esto es todavía verdad en otro sentido.* Los malos sacerdotes, los infieles a su religión, los renegados, los apóstotas, quisieran destruir la religión, suprimirla... pero no lo lograrán. Sus dientes se gastan como los de las víboras sobre la lima.

El infiel a su religión es un ser degenerado, un ángel caído... Sólo una cosa debería hacer; callarse, *ocultarse* y procurar rehabilitarse por la humildad y el arrepentimiento, lavarse sus manchas con sus lágrimas. Esto estaría bien, sería hermoso. Pero, de ordinario, no tiene el valor de tomar semejante actitud. Por lo contrario, muchas veces el infiel a su religión está *lleno de odio*, porque está roído de remordimientos. La instrucción gratuita que recibió y el pan de la caridad que comió en el seminario, pesan sobre su conciencia como losa de plomo, y quisiera libertarse de ello. El recuerdo de su primera vida, que fué dichosa y pura, le produce una humillación insoportable, que lo exaspera y lo aloca. La obsesionante visión de la sotana que llevó un día, le llena de furor... El templo lo importuna, y su impiedad quisiera aniquilar al Dios que abandonó. No hay peor cabeza, ni ser más venenoso que un cura que se despojó de sus hábitos.

Pero no todo se reduce a remordimientos; *también hay temores*. El temor de hacerse sospechosos a sus

nuevos compañeros, de no darles suficientes prendas... Entonces se le ve llevar su irreligión hasta el fanatismo, escupir con toda su boca lo que adoró, encarnar en la tierra la furia de los infiernos.

El cura que se ha despojado de sus hábitos, es, por otra parte, *despreciado e impotente*. Los mismos impíos, que de él se sirven, lo acechan en silencio, y dicen por lo bajo: "El pájaro que se ensucia en su nido, es un pájaro sucio." Y la religión, que quisiera destruir, desafía sus furores, que no pueden durar más que un día. Lutero, monje apóstota, Lamennais, sacerdote renegado, hicieron mucho mal. La Iglesia les ha sobrevivido y continúa haciendo bien. Los tránsfugas del santuario son generalmente seres dañinos, pero no deshacen la religión, que continúa siendo superior a todos los desfallecimientos, que continúa siendo paciente, porque es inmortal.

Así sea.

CONFERENCIA CUADRAGESIMOSEPTIMA

Necesitamos algo positivo, y la religión es un asunto de imaginación y sentimiento

SEÑORES:

He ahí la objeción que vamos a estudiar y resolver esta mañana. Dicen algunos: "Necesitamos algo positivo, y la religión es un asunto de imaginación y sentimiento. Nada entendemos, ni queremos entender de eso." Protesto, señores, de esa afirmación, y declaro que nada es tan positivo como la religión considerada en su dogma, en su historia y en su acción externa.

I. En su enseñanza, la religión es algo muy positivo.

La religión nos habla de Dios. ¿Es esto asunto de imaginación y sentimiento? En manera alguna. Sin duda que Dios no es apreciado por los sentidos. Su naturaleza es espiritual. No sería Dios si fuera accesible a los órganos corpóreos. ¿Pero desde cuándo tenemos necesidad de ver, de oir o de tocar una persona

para estar seguros de que ha vivido, o de que vive? Basta experimentar sus obras. Basta ver, oir, tocar algo que revela su paso, que reaviva su recuerdo, que atestigua su inteligencia. Sé que existieron Mozart y Bossuet, aunque no pueda verlos, ni oirlos, ni hablarles. ¿Pero por qué sé que Mozart y Bossuet existieron? Porque tengo a la vista sus obras maestras... Lo mismo ocurre con Dios. No lo veo, pero el universo y todas sus maravillas me ponen sobre su huella, y afirmo que existe:

Sí, es un Dios oculto el Dios en quien hay que creer.
Más por oculto que esté, para revelar su gloria,
¡Qué ilustres testimonios desfilan ante mí!
¡Responded, cielos y mares; habla tú también, oh tierra!

Elevarse del efecto a la causa, deducir de la vista de un cuadro que ha sido preciso un pintor, proclamar a Dios en presencia de la magnífica organización del universo..., nada más sencillo, nada más razonable, nada más positivo.

La religión nos habla de la *otra vida.* ¿Es esto también un asunto de imaginación y de sentimiento? En manera alguna. En resumen, hay aquí bajo una cuestión capital; ¿Para qué fué creado el hombre? ¿Adónde vamos? ¿Cuál es nuestro destino? ¿Para qué estoy en el mundo?... Obrero, ¿no estás aquí bajo más que para forjar los metales, construir edificios, cavar la tierra, y morir? Y tú, rico, capitalista, burgués, ¿no estás aquí bajo más que para alojarte bien, comer bien, consumir hoy y morir mañana? Encorvado por el trabajo, arrastrado por el torbellino de una vida febril, me dices que no piensas en eso. Te engañas. Un día llegará, un día fatal, en el que esta pregunta soberana: "Adónde voy?, se formulará con toda cla-

ridad a tu espíritu. Será el día en que una enfermedad inexorable te clavará en el lecho del dolor, será el día en que la muerte quebrantará tu corazón, visitándote a ti y a tus hijos. Rico o pobre, cualquiera que seas, es necesario que sepas para qué estás en el mundo y cuál es tu destino. Señores, si ignoramos nuestro destino, dejamos de ser hombres, somos un rebaño, no la gran familia humana. Ahora bien, la religión es la única que nos revela las sanciones y realidades del más allá. Luego nada menos quimérico, nada más positivo que ella.

II. En su historia, la religión es también algo muy positivo.

Sois un hombre positivo, necesitáis algo positivo a vuestros ojos, los *grandes personajes* que han ocupado el escenario de la historia no merecen el desdén. Consentís en prestar alguna atención a guerreros como Alejandro, César y Napoleón, a legisladores como Moisés, Numa, Solón y Licurgo. a escritores como Homero y Virgilio, a filósofos como Aristóteles y Platón, Bossuet y Descartes. Pues bien, ¿es que podéis pasar en silencio a Jesucristo, a ese coloso divino, que llena y domina la historia? ¿Es que podéis dejar de verle? ¿Es que podéis considerarlo como una cantidad despreciable? Pero no; el que se niegue a detenerse ante Jesucristo, el que se jacte de conocerlo, ese no es hombre positivo, ni siquiera es hombre serio.

Sois hombre positivo, y necesitáis algo positivo; por consiguiente, creéis *en los números,* sabéis contar. Pues bien, hay en el mundo 200 millones de católicos. Es un buen número ¿verdad? Pero este número es actual. Contando tres generaciones por siglo, tenemos 600

millones por término medio de católicos cada 100 años, y en veinte siglos, cerca de 15.000 millones. Esta enorme cifra ¿no merece que los amigos de lo positivo se fijen en ella? Pasemos a otra cosa.

Sois hombre positivo, necesitáis algo positivo, y contáis con el tiempo como con un valor positivo. El tiempo es oro, decís con los anglosajones. Pues bien, si el tiempo tiene tan gran valor a vuestros ojos, ¿qué pensáis y qué decís de una religión que dura desde hace veinte siglos, sin desmayos, sin envejecimiento, sin experimentar cambio alguno? ¿Tenéis muchos ejemplos de esta índole en las sociedades comerciales o industriales, que son, en general, tan efímeras... o bien, en los imperios, en los reinos, en las repúblicas, que tan rápidamente desaparecen de la escena del mundo?

Vamos, hombres prácticos, contemplad un poco este fenómeno que os saca los ojos: "En medio de la movilidad insesante de la historia, la Iglesia permanece inmóvil. Siempre perseguida, siempre triunfante. Sin otras armas que la cruz, sale victoriosa de todas las luchas. Siempre joven, siempre viviente, entierra a todos sus enemigos." Ciertamente, esto es positivo, verdaderamente positivo, o bien, hay que decir que no hay nada positivo en el mundo. Escuchadme todavía.

Sois hombre positivo, y necesitáis algo positivo; por consiguiente, creéis *en las obras de la Verdad, del Bien y de la Belleza*. Pues bien, ¿es que el cristianismo no ha sembrado de maravillas los tres dominios de la Verdad, del Bien y de la Belleza? Si tratáis de quimera la religión cristiana estáis obligados a mutilar todas las producciones artísticas, porque ella, por todas partes, ha impreso su huella en la pintura y en la escultura, en la arquitectura y en la música. Si tratáis de quimera la religión cristiana, estáis obligados a destruir todas

las ramas de la literatura, porque ella ha puesto su sello en la esfera del pensamiento y de la poesía. Si tratáis de quimera la religión cristiana, estáis obligados a dar un paso más adelante, y saquear todas las fundaciones caritativas, porque únicamente a ella encontraréis en el origen de las grandes instituciones de caridad. Si tratáis de quimera la religión cristiana, estáis obligados a hacer en la historia un vacío horrible, porque hace ya dos mil años que la religión cristiana es la más augusta de las realidades, y la potencia más bienhechora, más fecunda, más positiva que pueda imaginarse. Pero todavía hoy,

III. En su acción externa, es la religión algo eminentemente positivo.

Por todas partes encontráis y tocáis con el dedo su influencia.

Un pensador eminente de nuestros días, un filósofo amigo sincero del hombre, *Le Play*, después de pasar largos años recorriendo y estudiando el mundo, declara con cifras y hechos que la prosperidad y decadencia de los pueblos siguen muy de cerca el respeto o el desprecio de la religión y del decálogo. Y lo demuestra, no como cristiano, sino como observador imparcial y muy sereno, no como hombre de imaginación y sentimiento, sino como hombre que ha visto, y ha visto con sus propios ojos... He ahí algo positivo, pero he aquí lo que todavía lo es más.

Es un hecho de experiencia, confirmado por la medicina, que la religión favorece en gran manera la *higiene*. La razón es muy sencilla. Un hombre religioso lleva una vida ordenada, sobria, temperada; no comete excesos de ninguna especie; no se deja llevar de las pasiones. Una conducta tan prudente es el mejor seguro

contra las enfermedades y una garantía moral de longevidad. Por desgracia, a la hora presente, ¡cuántos jóvenes sanos son ajados y arruinados por el vicio, porque carecen ya del freno religioso para contener los instintos impetuosos y malos, para poner un bozal a esos perros salvajes que devoran tantos adolescentes! No lo dudéis, señores, no está lejos de la religión la higiene, y, en este sentido también, la religión es algo positivo, eminentemente positivo.

Además, ¿qué os interesa todavía? Os interesa mucho, y con razón, la prosperidad temporal de *vuestra familia*. ¡La felicidad de vuestra familia! No es esta ciertamente una cuestión de imaginación y sentimiento; es para vosotros una cuestión vital. Ahora bien, decidme: ¿No es la religión la que atrae la bendición de Dios sobre vuestros hogares?

¿No es la religión la que preserva a los padres y a los hijos contra el lujo, contra los tocados exagerados, contra la vida de placeres y todos esos gastos ruinosos, por los cuales tantas personas se dejan arrastrar?

¿No es la religión la que alimenta y hace florecer en la casa el amor del trabajo, los hábitos de orden y economía, la paciencia en las adversidades y en las penas?... He ahí, si no me engaño algo positivo.

Por otra parte, os engañaríais en gran manera si pensaseis que, practicando la religión, no podíais ser ya *hombres de comercio*, hombres de ciencia, hombres de industria. La religión no os perturbará en vuestras empresas, no disminuirá en lo más mínimo vuestra actividad, vuestra expansión: por lo contrario, hará descender sobre vuestros negocios la bendición de Dios. Os apartará de toda injusticia, y procurará la confianza de las personas honradas. La religión bien practicada es una recomendación para el comerciante y el industrial. El

hombre de negocios que cree en Dios y le teme, será siempre más estimado, más respetado, más honrado que el descreído que no cree ni en Dios ni en el diablo.

Finalmente, señores, ¿queréis convenceros de que la religión es algo eminentemente positivo? Poned atención en esto. Desde que la religión es *molestada y perseguida*, los intereses materiales de todos padecen y están en peligro. Toda persecución religiosa acaba en un impuesto. Una providencia justa quiere que las malas acciones sean al propio tiempo malos negocios. La confiscación de los bienes del clero, en 1790, fué. desde el punto de vista económico, el primer acto de una trilogía, el segundo del hundimiento de los asignados, y el tercero la bancarrota de los dos tercios. El resultado más claro de la persecución religiosa es: 1.º Alarmar todos los intereses; 2.º Disminuir el vuelo de la producción y del consumo; 3.º Ver aumentar, aumentar cada día, aumentar siempre el recibo de la contribución. Si la religión es algo muy positivo. Hay ciegos que no lo ven, pero es evidentísimo.

Démosle, pues, gran participación en nuestros pensamientos, en nuestro corazón, en nuestra vida. Merece nuestra estimación, nuestro amor, nuestro sacrificio. Es bienhechora y divina; seamos sus discípulos, agradecidos y dóciles. Es desconocida y atacada; seamos apóstoles suyos y solícitos propagadores.

Así sea.

CONFERENCIA CUADRAGESIMOCTAVA

La religión... ya no hace falta

1.º PALABRAS CULPABLES

SEÑORES:

Continúo el estudio de las objeciones contemporáneas contra la religión en general, y noto hoy una grosera invectiva, cuya fórmula popular es: "La religión... ya no hace falta." Estas palabras revelan cuatro caracteres. Son culpables, impotentes, peligrosas y cobardes. Esta expresión es culpable porque es la expresión del odio y de la injusticia.

I. La religión... ya no hace falta. Palabras de odio.

¿Cuántas veces no han resonado en el espacio de *diecinueve siglos?* Su forma ha variado, pero su acento es siempre el mismo, furioso e implacable.

Durante trescientos años se persigue a los cristianos

en las ciudades, en los campos, en los desiertos, en las catacumbas, y la sangre de los mártires corre a torrentes en los anfiteatros y en los circos a los gritos de un pueblo amotinado: "¡Los cristianos a los leones! ¡Los cristianos a los leones! La religión... ya no hace falta."

"La religión... ya no hace falta", repite Juliano el Apóstata, quien persigue, no con la carnicería, sino con el espíritu, no con la espada, sino con la ley, expulsando a los cristianos de las escuelas y de los cargos públicos;

"La religión... ya no hace falta", exclaman sucesivamente los *bárbaros,* que no tienen más que un instinto, el instinto de la destrucción, y que todo lo destruyen a su paso;

Los *musulmanes,* que, con la cimitarra en una mano y el Corán en la otra, desgarran, ensangrientan, despedazan la cristiandad;

Los *emperadores de Alemania,* que, arrastrados por la ambición y el lujo, ultrajan las santas leyes de la moral cristiana y los derechos del sacerdocio;

Los *protestantes,* que, durante cien años, vierten torrentes de injurias contra la Iglesia, el papa, los misterios, los sacramentos, las indulgencias, el culto de la Virgen y de los santos;

Los *enciclopedistas,* que es una secta, o mejor, un ejército. Voltaire es su jefe. Sustituído por veinte subalternos, tiene ministros por cómplice: Choiseul en Francia, Aranda en España, Tanucci en Nápoles, Pombal en Portugal; reyes por prosélitos: Federico II, José II, Catalina II; y todo ese mundo se conmueve, se agita, se concierta y se lanza al asalto del cristianismo, gritando "¡La religión... ya no hace falta! ¡Aplastemos al infame!"

Sigue luego *el Terror,* que ejecuta lo que preparó la

filosofía, que todo lo anega en sangre, que declara abolida la superstición en Roma y en París. Pone sobre el papa Pío VI su mano sacrílega y le lleva de prisión en prisión, y cuando muere en Valence, el 29 de Agosto, anuncia los funerales de la Iglesia. "Es el último de los papas", dicen los impíos con voz unánime.

No, la religión no muere tan deprisa como quieren sus enemigos. Tiene larga vida. Resucita en 1802 con el Concordato de Napoleón y *El Genio del Cristianismo* de Chateaubriand.

¡Cuántas veces también *en el siglo XIX* resonaron las palabras de odio "La religión... ya no hace falta." Puede afirmarse que la cuestión religiosa es, si no la cuestión exclusiva, la cuestión dominante, por lo menos de nuestro tiempo.

Disfrazada bajo símbolos extraños y pueriles, oculta en antros tenebrosos, presente en todas partes, apenas visible, la *masonería* lanzó, en la prensa, en la opinión, en las asambleas deliberantes, la consigna siempre antigua y siempre nueva: "La religión... ya no hace falta."

Y, bajo la presión de esta consigna, hemos visto derrumbarse las unas tras las otras, las unas sobre las otras, todas nuestras inmunidades y *libertades religiosas.* La religión ha sido expulsada sucesivamente de la escuela por la neutralidad, del matrimonio por el divorcio, de los tribunales por la laicisación del juramento judicial, de los campos por la supresión de las capellanías militares. La religión ha sido expulsada de los cementerios neutros, de las oficinas de beneficencia, en donde el sacerdote no ocupa ya su puesto, de las escuelas normales de jóvenes de ambos sexos privadas ya de capillas y sacerdotes, del Panteón secularizado... de todas partes.

¡La religión... ya no hace falta! Por consiguiente, si bien es verdad que "todos los ciudadanos son igualmente admisibles a todos los empleos, y que nadie debe ser inquietado por sus opiniones, aun las religiosas," ¡fuera los católicos de todos los empleos... a la puerta cuantos creen en Dios!

¡La religión... ya no hace falta! Por tanto, aunque todo el mundo tenga el derecho de asociarse, habrá una casta de parias que no tendrán ni permiso para comer dos en la misma mesa, ni para dormir dos bajo el mismo techo! ¡Fuera de la ley las *Congregaciones religiosas!* ¡A la calle los que sirven a Dios y al prójimo con la práctica de la pobreza, de la obediencia y de la castidad! ¡Fuera! ¡A la calle las humildes *Hermanas,* que cometen el crimen imperdonable de enseñar a las niñas, al propio tiempo que a leer y a escribir, a juntar las manos, a invocar al Padre que está en los cielos! ¡A la calle todas esas mujeres, que son ornamento de la Iglesia, la poesía de la religión, la flor del género humano! ¡Sí, a la calle el sacerdote, el religioso, la buena Hermana... porque la buena Hermana, el religioso, y el sacerdote, son la religión... y la religión... ya no hace falta! Palabras de odio. Es demasiado claro.

II. La religión... ya no hace falta. Palabras injustas.

Porque, finalmente,

1.º *¿Qué puede echarse en cara a la religión?* En vano busco. No veo más que dos cosas que puedan reprochársele: su divinidad y sus beneficios. Procede de Dios, y hace bien a los hombres. He ahí su crimen, su único crimen... pero con la circunstancia agravante,

que ella confiesa su crimen, que no lo lamenta, que rehusa obstinadamente corregirse de él.

Se conjura a la Iglesia para que declare *si es verdaderamente divina*. Y la Iglesia responde hoy lo que dijo ayer, ante la masonería lo que dijo ante la herejía, ante la herejía lo que dijo ante los tiranos: "¡Sí, lo soy!" En recta razón y en buena justicia, la impiedad debería discutir esta respuesta. Pero no, la impiedad no discute, decide. Científicamente hablando, la oposición librepensadora no existe, nada tiene que oponer a nuestro símbolo, ni un dogma, ni siquiera un error. Se contenta con decir y repetir: "¡La religión... ...ya no hace falta! ¡La religión ya no hace falta!" Se contenta con sobreexcitar, con amotinar, con exasperar a la prensa, a la opinión, al poder... Y ahuecando la voz, crispando los puños, haciendo un llamamiento a la razón, dice: "¡Qué! ¿Pretende la Iglesia que es divina? ¿Afirma siempre y en todas partes, en los mismos términos, con las mismas pruebas, con la misma inflexibilidad y la misma serenidad, que es divina? ¡Pero esto es intolerable! Desaparezca, pues, perezca, suprímasela, y no se hable ya más de ella... ¡La religión... ya no hace falta!"

Y luego, *sus beneficios* son todavía un crimen más irremisible que su divinidad. Porque en verdad que es asombrosa la divina religión de Cristo. Hace bien aun a los que la quieren mal y la persiguen. Inunda al mundo entero con su ternura y su perdón. Suaviza a los ricos y apacigua a los poderosos. Ensalza a los humildes y consuela a los que padecen. Purifica a las almas. Alimenta y sanea la vida de familia. Aprueba y sobreexcita la energía del patriotismo. Enseña a los hijos del pueblo y mendiga para los que tienen hambre, y se cuida de los desheredados. Sus labios destilan

la verdad. ¡Oh delirio! En vez de reconocer todos sus preciosos dones, se le niegan, se desfiguran, se maldicen, discuten su origen y valor, y lo que es más horrible todavía, con frecuencia aquellos a quienes más beneficios ha hecho la religión, aquellos que fueron educados sobre sus rodillas. y comieron su pan, son sus más despiadados enemigos, los que la abofetean con la mayor impudencia, con la más negra ingratitud. ¡La religión... ya no hace falta! Palabras de soberana injusticia.

2.° *¿Cómo pueden pronunciarse semejantes palabras en tierra de Francia?*

La religión hizo a Francia. Escuchad sobre este punto a un profano, un incrédulo, Taine: "El primer cimiento de Francia fué puesto por el eclesiástico, por el obispo, cuyo poder misterioso detiene al bárbaro, salvaguarda la tierra, la aldea, la ciudad; por el monje, vestido de piel y flaco, que rotura y construye, que domestica los animales semisalvajes, que funda la granja, el molino, la fragua; que recoge a los miserables, los alimenta, les da ocupación, los casa, y de su campamento hace una aldea, y luego un pueblo." Y tanto que un gran filósofo alemán y protestante, Leibniz dirá hablando de estos monjes: "El que ignore sus servicios o los desprecie, sólo tendrá de la virtud una idea muy estrecha." La religión hizo a Francia; extirpar la religión, equivaldría a cortar la raíz principal de la gran encina cuya sombra ha cubierto a cincuenta generaciones de nuestros antepasados.

¿Es que durante todo el siglo que acaba de finir, no ha estado invenciblemente asociada la religión a las alegrías, a las tristezas, a las empresas y preocupaciones de la patria? Estábamos con vosotros en 1804, cuan-

do, en el atrio de Nuestra Señora, el papa Pío VII dió el beso de paz a las victorias del Primer Cónsul. Estábamos con vosotros en 1848 cuando bendecíamos los árboles de la libertad, y Mons. Affre ahogaba en su sangre los últimos fuegos de la guerra civil. Estábamos con vosotros en 1870, cuando nuestros zuavos pontificios salvaban en Loigny el honor del ejército francés. Estamos con vosotros en el Tonkín, en Madagascar, en China, en Levante, en todas partes donde flota la bandera nacional. Como la sangre riega y vivifica todas las fibras del cuerpo humano, la religión se mezcla en todas las parcelas de la nación, por lo que extirparla, sería extenuar, empobrecer y desarticular el país entero. La religión... ya no hace falta. Palabras culpables... palabras de odio, palabras de injusticia que son un ultraje a Dios y a la patria.

A pesar de todo, no es inútil, señores, que estas palabras se pronuncien distintamente... Porque nos dictan nuestro deber, y pueden llegar a ser nuestra palanca. En la hora presente, la situación es clara y luminosa. Los hipócritas que perseguían el clericalismo, se desenmascaran y se dirigen ahora contra el catolicismo. Se persigue a Dios y a la religión. A nosotros, señores, nos toca reaccionar contra la insolencia y brutalidad de semejante empeño. A nosotros por nuestras palabras y nuestros actos, nos toca responder: ¡La religión... es necesaria. Queremos a Dios Credo!

Así sea.

CONFERENCIA CUADRIGESIMONONA

La religión... ya no hace falta

2.º PALABRAS IMPOTENTES

SEÑORES:

Esta grosera invectiva: "La religión ...ya no hace falta", es una frase culpable, porque expresa el odio y la injusticia. Y añado que es una expresión impotente. No prosperó en lo pasado, no prosperará mañana, no puede prosperar. Veámoslo. En los días sombríos que atravesamos, el espectáculo es revelador y reconfortante.

I. La religión... ya no hace falta. Estas palabras no prosperaron en lo pasado.

¿Tengo necesidad de trazar aquí la historia del catolicismo? Sabéis muy bien que, en nuestra larga existencia, que va de San Pedro a León XIII, hemos encontrado en nuestro camino los más diversos enemigos,

los más formidables, los más encarnizados: el genio, la astucia, la fuerza, la ley. Los hemos vencido a todos, y duermen en la tumba que quisieron abrirnos. La lima gastó los dientes de todas las víboras. Séame permitido citar algunos ejemplos de ayer y anteayer.

"¡Aplastemos al infame!", había osado decir y escribir el corifeo del filosofismo del siglo XVIII. Y nada aplastó. En cambio, hace ya más de un siglo que Voltaire murió desesperado, en tanto que la religión vive, y la antorcha del Evangelio da la vuelta al mundo, y los misioneros recorren las naciones más lejanas, en las que hacen amar a la vez a Dios y a la patria.

El filosofismo no fué más que un relámpago precursor de la tempestad; la *Revolución* fué el rayo que lo pulverizó todo: el trono y el altar, la Iglesia y el Estado, el cetro y la cruz. Voltaire, no hizo más que hablar, Mirabeau destruyó. Pero bien pronto fué él también derribado, y sobre sus cenizas humilladas se levantó la religión. La viruela o el libertinaje se encargan de matar a Mirabeau, y Dios se encarga de salvar a su Iglesia. En la escena del mundo apareció un joven general en jefe de veintisiete años, que había cogido en un mes cien estandartes y ganado veinte batallas, y conquistado a Italia al galope de su caballo, que acababa de deshacer al pie de las Pirámides los escuadrones mahometanos y de amenazar al corazón del poder colonial inglés, y que, además, acababa de atravesar los Alpes, y aplastar a Austria en Marengo. *Napoleón* no era más que un soldado de genio, educado en la incredulidad general y en los prejuicios irreligiosos de su tiempo. Pero, como hombre inteligente, sabía que el género humano tiene necesidad de un culto, y que, para Francia ese culto, no podía ser otro que el catolicismo. Napoleón se pone al habla, pues, con Pío VII, el genio fulminante de la guerra con el dulce genio de la paz... y de este encuentro nace el Concordato, que une el mundo antiguo con el nuevo, la Francia de lo presente con la de lo por venir. El siglo XIX saluda en su cuna la religión resucitada..

Luego, a su vez, sucumbiendo a la embriaguez del poder y al impulso de una ambición sin límites, porque no tenía freno, Napoleón pone la mano en el Pontificado. El que come papa, muere de indigestión. De repente el Imperio se derrumba y vuela en trozos como un vaso de arcilla. Es la retirada de Rusia, es la invasión. Es la isla de Elba. Napoleón llega a ella el 4 de Mayo de 1814, y veinte días después, el 24 de Mayo, Pío VII, libertado por los desastres de su perseguidor, entra en Roma, que le lleva en triunfo. Secuestrado, enfermo, casi moribundo en su prisión de Savona, había dicho: "Estoy tranquilo; mi causa es segura, porque la Iglesia no puede morir." Era verdad.

La religión... ya no hace falta. Palabras impotentes. No prosperaron en lo pasado. ¿Pero están a punto de prosperar? No.

II. La religión... ya no hace falta. Estas palabras no prosperarán mañana.

Podría temerse, si tomáramos en serio las predicaciones y triunfos momentáneos de la impiedad contemporánea. En efecto, parece que va a sonar la hora del hundimiento definitivo, que estamos abocados a un verdadero cataclismo religioso. Las defecciones y las traiciones se multiplican. Los católicos son denunciados como enemigos públicos, y perseguidos como seres dañinos. ¿Será verdad que, al impulso de la im-

piedad como a los golpes de una catapulta de bronce, la torre, es decir, la religión, esté a punto de desmoronarse? No lo creáis.

En primer lugar, *ayer,* ¿qué es lo que no se emprendió contra la idea religiosa? Desde hace unos treinta años, los debates parlamentarios podemos decir que giran en torno de un asunto único: la cuestión clerical, la cuestión católica. Hace treinta años que una prensa poderosa, rica y disciplinada, vierte diariamente sobres las cosas santas la injuria, el ridículo y la calumnia. Hace treinta años que se suscitan contra nosotros todos los rigores legales del antiguo régimen, a los cuales añaden sin cesar nuevos rigores. ¿Cómo la vida cristiana no ha sido totalmente sumergida bajo las oleadas de lodo y bajo las artes destructoras? Esto no puede explicarse más que por una intervención especial de la Providencia. Humanamente hablando, deberíamos haber caído. De hecho nos mantenemos de pie, organizados, apretados, pacientes como el yunque, impasibles en la tempestad. He ahí la historia de ayer.

¿Y hoy? ¿Es que tenemos el aspecto de la gente que muere, que exhala el último suspiro? Nada de eso. En *Alemania,* de 6 millones de católicos que había hace cien años, se cuentan ahora 18 millones, y tienen en el Reichstag una situación preponderante. En *Inglaterra,* en veinte años se ha decuplicado el número de católicos; hacen allí grandes progresos, y dada la importancia y extensión del imperio británico, estos progresos tienen una importancia excepcional. En los Estados Unidos, en el espacio de un siglo, el catolicismo ha pasado de un cuarto de millón, a 12 millones. Y en *el resto del mundo* es fácil comprobar un progreso semejante. El catolicismo es un océano que tiene sus mareas. En tanto la marea católica sube, en tanto baja.

En estos momentos, la marea católica sube. Rechazada de un país, se infiltra en otro, y luego, hay que tener presentes dos hechos muy significativos, a saber: 1.º que en los tiempos modernos, el catolicismo gana en intensidad, lo que pierde en extensión; 2.º que las persecuciones son al catolicismo lo que a las mareas los vientos que las activa. Esto sentado, debemos reconocer que hoy la marea católica está en vías de subir, o a punto de elevarse, casi en todas partes. Se rompe o se detiene, en ciertos países, contra calzadas o pequeños obstáculos que echará abajo mañana.

Algunos me detienen y me dicen: *¡Mañana!* Pero ¿qué pensáis que ocurrirá en Francia al catolicismo? ¿Es que la Iglesia no será separada del Estado? ¿Es que no será suprimido el presupuesto de cultos? ¿Es que no se derrumbará todo: el templo, el claustro, la casa del cura, la escuela libre, el colegio cristiano? No sé nada. Todo es posible. Pero lo que sé es que la religión no perecerá. Esto es lo cierto. No se envolverá en un lienzo para descender a la tumba. Nada ni nadie podrá aniquilar el Evangelio, ni arrojar a Jesucristo, ni quitar a la Iglesia de Francia el resorte divino del apostolado. Y si es preciso, reivindicaremos por el martirio la libertad de hacer bien, y jamás la religión habrá sido más potente, porque jamás sus servidores habrán sido más heroicos. Estoy tranquilo sobre los destinos del cristianismo. Nuestros sucesores contemplarán lo que nuestros padres contemplaron, la victoria de Jesucristo y el triunfo de la Iglesia.

La religión... ya no hace falta. Palabras impotentes. No prosperaron en lo pasado. No prosperarán jamás.

III. La religión... ya no hace falta. Estas palabras no pueden prosperar.

Tienen en contra suya a Dios y al género humano; la palabra de Dios y las necesidades del hombre. Dios quiere que permanezca la religión. *El mismo lo dijo.* Dios se hizo hombre, Jesucristo predijo las ruinas de Jerusalén, y aún no había pronunciado el siglo su última palabra, cuando la ciudad era un montón de ruinas. Jesucristo predijo su resurrección, y en el día predicho, salió glorioso del sepulcro. Jesucristo predijo la duración de su Iglesia hasta el fin de los tiempos, y la Iglesia durará a pesar de todo y contra todo. Aunque fuese atada y desangrada, reviviría, porque posee promesas formales, y no puede morir. Dios lo dijo, *El es más fuerte que el diablo.* El diablo es muy fuerte en la hora presente. Los impíos no creen en su existencia, y, sin embargo de ello, no son más que sus vulgares domésticos. Muy hábil para hacerse negar, los maneja, y tira las redes. El siglo XX se estrena con una erupción infernal. La lucha queda entablada entre Lucifer y Jesús. Jesús será el más fuerte. Dios quiere la permanencia de la religión.

El *hombre* no quiere, en modo alguno quedarse sin religión. Tiene necesidad de ella para vivir y para morir.

La religión está en el hombre en estado de instinto irresistible e incomprensible. Cuando la creen muerta, se despierta. Cuando se intenta asfixiarla, se resiste. Cierto inspector primario visitaba una escuela, y procuraba asegurarse de que se observaba en ella la neutralidad, es decir, que no se enseñaba en ella la religión. En aquel momento se desencadenaba sobre la aldea una tempestad. De repente resuena un tremendo

trueno, y los niños horrorizados hacen todos juntos la señal de la cruz. ¡Pobre inspector! Acababa de decir a aquellos buenos niños: " La religión... ya no hace falta. La escuela es neutra." Pero instintiva, espontáneamente, el género humano le respondía: "¡Dios manda! ¡La religión hace falta!"

Hay quien dice: "No tengo necesidad de religión." Esto es fácil de decir, cuando uno tiene salud, cuando está sumergido en el movimiento febril de la vida, cuando se siente arrastrado por las pasiones, siempre ingeniosas para velarnos el término fatal de la existencia. Pero cuando el cuerpo decae, cuando la vida se nos escapa, cuando un secreto terror del alma nos advierte que la muerte nos acecha, ya no se dice: "No tengo necesidad de religión." Herido de muerte en el campo de batalla, Bayard se encuentra rodeado de generales enemigos, que llaman cirujanos para curarle. "Os doy las gracias—les dice el héroe—por vuestra cortesía. Pero nada tengo que hacer ahora con los médicos; nada podrán hacer por mí. Lo que anhelo ahora es ver un buen sacerdote." Sí, el hombre tiene necesidad de religión para vivir y para morir. Y estas palabras: "La religión... ya no hace falta", son contrarias, no solamente a la voluntad de Dios, sino también a los más arraigados instintos de la naturaleza humana. Son palabras impotentes. No prosperaron en lo pasado. No prosperarán mañana. No pueden prosperar.

A estas palabras opongo otras, que fueron pronunciadas por Mons. Dupanloup en la Asamblea nacional: "Señores—decía,—la religión no os amenaza; os falta." ¡Ah, esto sí que es verdad! Perecemos de inanición religiosa. En este día de su centenario, ¿no os parece que el ilustre obispo de Orleáns se levanta de

su tumba para repetir a la nación descarriada: "¡Franceses, pensad en la religión y convertíos! ¡La religión no os amenaza; os falta!" ¡Dios le escuche!

Así sea.

CONFERENCIA QUINCUAGESIMA

La religión... ya no hace falta

3.° Palabras peligrosas

Señores:

Esta frase estúpida y criminal: "La religión... ya no hace falta", no puede prosperar de un modo absoluto y universal. Pero puede obtener un éxito local, momentáneo y parcial; por ejemplo: puede prosperar entre nosotros, en Francia, por lo menos en cierta medida. Es, pues, una frase peligrosa. Porque si, por desgracia, prosperaba, ¿qué sería de la moral, del pueblo, de la patria? Procuraré responder a esta pregunta aterradora.

I. La religión... ya no hace falta. ¿Qué sería de la moral si esta frase prosperara?

Fas est et ab hoste doceri. Escuchad las palabras de un enemigo. En Junio último, hablando al alcalde de

Aquisgrán, decía Guillermo II: "Por más que seamos hombres modernos, llenos de vitalidad y ávidos del triunfo, yo os aseguro que todo el que no haga de la religión la base de su vida, está perdido." En labios de un emperador protestante, semejante declaración es interesante y significativa. La creo fundada en razón, y en efecto, suprimida la religión,

No veo en qué puede convertirse la moralidad. ¿Qué haréis *del joven,* si no podéis echar mano de la religión para encadenar sus pasiones, para defenderlo de olas peligrosas, de las olas de cieno, para preservarlo o librarlo del naufragio? ¿Qué haréis *de la joven,* si no podéis serviros de la religión, para transfigurar su belleza por el pudor, su espíritu por arraigadas creencias, su corazón por puros amores, su vida por nobles sacrificios? ¿Qué haréis del *rico,* si no podéis valeros de la religión para moderarlo y enternecerlo, para detenerlo en la pendiente del goce ilimitado, para impulsarlo por las ásperos senderos de la justicia y de la caridad? ¿Qué haréis del *obrero* si no contáis con la religión para prohibirle la envidia que exaspera, el libertinaje que envilece, la desesperación que mata? ¿Qué haréis del *industrial,* del comerciante, del bolsista, del hombre de negocios, si no disponéis de la religión para decirle: Sed honrados, aun con peligro de vuestros intereses, aunque la ley no os vea? ¡Qué haréis del *artista,* del literato, del potentado, si no tenéis a vuestro alcance la religión para impedirle que abuse de la palabra, del pincel, de la dominación? ¿Qué haréis de la familia, si no está en vuestro poder la religión para apaciguar los disentimientos, para santificar el lecho nupcial, para aceptar la pesada carga de una familia numerosa, para presidir las labores, las preocupaciones, las alegrías, las tristezas del hoger? No, verdaderamente, la religión suprimida, no veo en qué puede convertirse la moralidad.

O mejor dicho, veo en que puede convertirse. Taine escribió: "Solamente el cristianismo puede retenernos en la pendiente fatal, sólo él puede refrenar el deslizamiento insensible mediante el cual, y con todo su peso original, retrograda nuestra raza hacia sus bajos fondos." A la hora presente, entre nosotros, retrocede el cristianismo, y la moral retrocede con él. Retrogradamos hacia los bajos fondos. Regresamos al paganismo y a todas las consecuencias que lleva consigo. ¿Quién no lo ve? Lo desórdenes se multiplican en la tierra. Las costumbres se hacen peores. Las mismas leyes, la del divorcio en particular, excitan al libertinaje. El becerro de oro tiene innumerables adoradores, y ante sus altares se verifican las grandes estafas por pontífices de alto *vuelo,* impunes e incensados. Con esto, las nuevas generaciones nos preparan un porvenir que espanta a los más prudentes. El niño sale escéptico de la escuela, si no ateo. El mal crece a medida que desaparecen los ancianos. Si los que llegan a la plena madurez de la existencia sólo tienen ya nociones confusas de Dios y de la ley moral, ¿qué será de sus hijos y de los hijos de sus hijos? ¡Ah!, siniestros enterradores del cristianismo, ¿qué tenéis para ponerlo en su lugar? Nada, nada, sino negaciones y ruinas. Señores, la religión es indispensable a la marcha del mundo, a la evolución de las esferas, al balanceo universal, si puedo hablar así. Si desaparece, quedará trastornada la regla y norma de las cosas. La moralidad carecerá de base, de nervio, de sanción.

II. La religión... ya no hace falta. ¿Qué sería del pueblo si esta frase se realizara?

¿Qué es el pueblo? Es la gran masa que trabaja y padece, es la inmensa mayoría, son las cuatro quintas partes del género humano. Ahora bien, suprimida la religión,

No sé qué sería del pueblo. Si le quitáis la fe que le predica la religión, *¿que os queda decirle?* Le diréis que tiene derecho a la felicidad, a la felicidad inmediata e ilimitada. ¡Amarga irrisión! ¿Tiene derecho a la felicidad? Pero por la historia, por la experiencia de seis mil años, todo el mundo sabe que esto no es posible, y por un simple cálculo aritmético, todo el mundo sabe que la capital de Francia, repartida por partes iguales entre todos sus hijos, daría a cada uno algunos céntimos insignificantes por día. Prometer la dicha, el paraíso en la tierra, es burlarse del pueblo. Y si, al propio tiempo que la fe, le quitáis los servicios que le hace la religión, *¿qué os queda para darle?* Tengo hambre, exclama el pueblo... Come carne de cura, responden los impíos; y, para evitarse hacer reformas razonables y eficaces, reducen a trozos cada vez más pequeños la sotana del cura, porque esta operación exige tiempo y permite aplazar las soluciones prometidas. Estoy enfermo y padezco, exclama el pueblo... Come religión, responden los impíos; y arrojan como pasto de las malas pasiones las puras y angelicales criaturas, cuyo corazón se consume y cuya vida se extingue en la guarda de los huérfanos y de los ancianos, en el cuidado de los ciegos y de los locos, en el servicio de todas las miserias físicas y morales. Tengo hijos para educar, exclama el pueblo... Come carne de fraile, come Hermanos de las Escuelas, come

Hermanas de la Caridad, responden los impíos; y señalan a las pasiones públicas todos esos seres de abnegación, que sólo piden que se les deje continuar en silencio la obra crucificadora de la educación de la juventud del pueblo. Privado de las enseñanzas y servicios de la religión, no veo qué es lo que puede ser del pueblo,

O mejor, veo muy bien lo que será de él

En primer lugar, *será menos consolado.* Si se les quitan sus servidores más asiduos, más tiernos y desinteresados... para poner en su lugar, ¿qué? Nada. Porque ¿sabéis la diferencia que media entre un político y una Hermanita de los pobres? Pues que el político habla siempre de sacrificio al obrero, y no lo practica nunca, en tanto que la Hermanita no habla jamás de sacrificio y lo practica siempre. Admirad conmigo, señores, a la Hermana de la Caridad y a la Hermana de las escuelas. No tienen maridos ni hijos. Su esposo es Jesucristo crucificado, que les predica, con su martirio, el amor del sacrificio, y, con su vida, el amor de los pequeños y de los que padecen. Sus hijos son la inmensa familia anónima de las alumnas, a la que es preciso educar y enseñar, y todos esos desdichados, a los que es preciso asistir y reconfortar. Privar a las clases populares de todos esos servicios gratuitos, ¿no es estúpido, y más criminal que estúpido? Pero a medida que es descristianizado, no sólo se siente el pueblo menos consolado, *sino más exasperado.* Su corazón está mucho más enfermo que su cuerpo. Cuanto más recibe, menos contento está. Sus deseos carecen de medida. No hay freno para su ambición. Le atormentaban la envidia y la cólera. Necesariamente, a cada paso encuentra el dolor; no lo comprende, le enseña el puño, y lo maldice. Quisiera

suprimirlo, y no puede. Le han quitado el cielo, le han quitado a Dios ¿Qué le queda? ¿La tierra? Se le escapa. ¿El oro, el goce, los honores? Todas esas divinidades son para él inaccesibles e intangibles. ¿La ciencia? Ahonda sus aspiraciones en vez de llenarlas. Esto lo exaspera. Las clases populares nada tienen que ganar, pero sí que perderlo todo, con la ruina de la religión.

III. La religión... ya no hace falta. ¿Qué sería de la patria si se relizasen estas palabras?

El 6 de Agosto de 1875, el Presidente de la república del Ecuador, García Moreno, caía asesinado por seis disparos y catorce puñaladas. "¡Muere, asesino de la libertad!"—decía su asesino. Y García Moreno exhalaba su último suspiro en este supremo grito: "¡Dios no muere!" Es verdad. Dios no muere. Tampoco muere la Iglesia de Dios. Pero la patria puede morir, y muere cuando Dios la abandona. En efecto, suprimida la religión,

No veo qué puede ser de la patria. La patria no vive más que de *sacrificio.* Ahora bien, Dios es el príncipe único del sacrificio, porque solo él puede ser su remunerador. ¿Qué pondréis en lugar de Dios? ¿Pondréis la *solidaridad?* Pero la solidaridad no es más que una palabra, si no se arraiga en la idea cristiana de la paternidad divina. ¿Qué pondréis en lugar de Dios? ¿Pondréis *la instrucción?* La instrucción hace sabios y cultos, pero no justos y abnegados. Sin religión, con frecuencia es peligrosa la patria, y siempre insuficiente. *¿La ley?* ¿Pero es que la ley tiene acción sobre las almas? Ella no ordena más que el exterior del hombre y de la sociedad. Es incapaz de formar convicciones, costumbres, naturales. Y luego, lo que pue-

de muy bien llegar, y lo que llega de cuando en cuando, ¿y si fuese mala? Porque, en fin, como dice Montesquieu, "una cosa no es justa porque esté en la ley, sino que debe estar en la ley si es justa." ¿Y si fuese mala? Decir a un pueblo: "Obedece todas las leyes que se te hagan, por absurdas e inmorales que sean", es decirle: "Conviértete en un rebaño de bestias." La ley humana no debe suplantar a la ley divina. ¿Qué pondréis en lugar de Dios? ¿Pondréis la *fuerza?* Henos al cabo de la calle. Cuando falta el lazo moral y religioso, se le reemplaza por un yugo de hierro, por una centralización excesiva, por la presión administrativa. Cuando un pueblo ya no quiere creer, preciso es que sirva. Pero esto es odioso, y, por otra parte, completamente fortuito y precario. "Todo puede hacerse con las bayonetas, menos fundar algo." La estabilidad de un país no reposa en la fuerza. No, realmente, suprimida la religión, no veo lo que puede ser de la patria;

O mejor dicho, veo demasiado bien lo que es de ella. Veo *en torno nuestro* cuatro grandes pueblos: Inglaterra, Alemania, los Estados Unidos, Rusia, que, hace ya un cuarto de siglo, se disputan la dominación del mundo por la extensión de su comercio o de sus colonias... Estos pueblos se muestran profundamente religiosos, no sólo en la conducta particular de sus ciudadanos, sino también en sus manifestaciones nacionales o gubernamentales... Estos pueblos fundamentan su prosperidad en el sentimiento religioso, no en un ateísmo irreductible y obtuso. *Y nosotros,* y Francia, en lo exterior, como en lo interior, descendemos a medida que nos descristianizamos. Cuanto más laicos nos hacemos, más expulsamos de nuestra pobre sociedad el nombre y la ley de Dios, más se acentúa la obra de

la apostasía nacional, más se perturba y se agita la sociedad. Los mismos intereses materiales se conmueven. Despiértanse los instintos revolucionarios y se coligan por todas partes. Amenaza ruina, y marcha a la bancarrota esta brillante civilización pagana que se ha soñado edificar sobre los despojos de nuestra vieja civilización cristiana.

Cierto día, cuando Francia sufría cruelmente por las miserias de una guerra prolongada, corrió San Vicente de Paúl a arrojarse a los pies del cardenal Richelieu, y le dijo con el acento del más punzante dolor: "¡Monseñor, tened piedad de nosotros! ¡Dadnos la paz, dad a Francia la paz!" El Cardenal escuchó a San Vicente, y la guerra cesó? ¿Será escuchado hoy San Vicente de Paúl. Pero hay uno que puede escucharnos: Dios, señor de los corazones y de los acontecimientos. Volvamos a El nuestros ojos, y pidámosle la paz religiosa y social, la paz en el orden, en la justicia y la libertad.

Así sea.

CONFERENCIA QUINCUAGESIMOPRIMERA

La religión... ya no hace falta

4.º Palabras cobardes

Señores:

Termino hoy la refutación de esta grosera invectiva: "La religión... ya no hace falta." Son palabras culpables, impotentes y peligrosas. Y añado que con frecuencia son también palabras cobardes e hipócritas. Se declaran impíos, no por convicción, sino por debilidad. Se rechaza y se maldice el cristianismo porque tienen miedo de la religión y de los enemigos de la religión. Este fenómeno no es glorioso para la naturaleza humana. Por desgracia, es muy frecuente en nuestros días.

I. Muchos dicen: "La religión... ya no hace falta", porque tienen miedo de la religión.

Quizás os asombre y digáis por lo bajo: ¿Cómo?

¿Es que puede temerse la religión? ¿Es que la religión no es esencialmente buena y amable? Sí, señores, puede tenerse miedo de la religión. Sin duda que tiene aspectos consoladores y joviales, pero también ofrece *un aspecto severo y terrorífico*. Vedla. Os da para que le adoréis un Dios nacido en la paja y muerto en la cruz. Entendedla. Os predica *dogmas* que sorprenden la razón al superarla... *una moral* que prohibe toda palabra y toda acción contraria, no sólo a la ley humana, sino a la ley divina... una moral que reglamenta, no solamente el aspecto externo, sino el interno, no solamente lo que se ve, sino lo que no se ve, el deseo inadvertido, y el pensamiento más imperceptible que el deseo... una moral que emana de Dios, que procede de Dios, que tiene su sanción en Dios. Con esto, la religión nos impone *prácticas* que nada tienen de divertidas para la naturaleza. Hay que orar noche y día; hay que abstenerse el viernes, y otros días, de ciertos platos; hay que confesar las faltas por lo menos una vez al año, hay que lamentarlas, y prometer no cometerlas otra vez, repararlas, es decir, corregir los hábitos malos, perdonar a los enemigos, rechazar las mentiras, las maledicencias, las calumnias que se hayan podido cometer, devolver el bien ajeno que se retenga injustamente... y otras muchas cosas. ¿Es que todo es fácil? ¡Ah, no! Mucho más fácil es escuchar en un teatro una pieza más o menos lúbrica, que acudir a la iglesia a besar el crucifijo desnudo, cubierto de sangre, que nos mira y nos dice: Sé casto, mortificado, abnegado hasta la muerte. Mucho más fácil es no creer en nada que creer en los profundos misterios y en las sanciones terribles de la religión. Mucho más fácil es tomar varios aperetivos en el café en alegre compañía, que venir a arrodillarse ante los

tribunales que justifican a los que se acusan. Mucho más fácil es ser librepensador y librevividor que verdadero cristiano.

Y entonces, ¿qué es lo que vemos? *Muchos se abstienen* de frecuentar y de practicar el cristianismo. Tienen miedo. Esto los llevaría demasiado lejos. Rogóse a un hombre despreocupado, que vive no lejos de esta iglesia, que viniese a la misa de los hombres. "No —respondió;—sé muy bien adonde me conduciría esto." Tenía miedo de la luz, de la verdad y de las consecuencias prácticas que impone. Cierto día, conversaba el cardenal Newman con uno de sus amigos protestante, que se declaraba convencido de la divinidad de la Iglesia, pero que no tenía valor bastante para abjurar el protestantismo. La abjuración entrañaba para él la pérdida de su situación y de una parte de su fortuna. Newman coge una hoja de papel y en ella escribe la palabra Dios. Luego, presentándola a su amigo, le dice: "¿Qué lees ahí?"—"Dios"—respondió el anglicano.—"Pues bien—añadió el cardenal, sacando una moneda de oro, y cubriendo enteramente con ella el nombre Dios:—¿qué lees ahora?" El desgraciado comprendió y bajó la cabeza. Entre la religión y muchos hombres hay un obstáculo. No se quiere quitar el obstáculo. Se abstienen. Pero no es esto todo, sino que se va más allá.

La religión es importuna. No cesa de hablar porque se niegan a escucharla. Por lo contrario, para que la oigan los sordos y despierten los negligentes, habla muy alto. Y ved aquí el fenómeno que con mucha frecuencia se produce. Muchos que no quieren oirla, no vacilarían en reducirla al silencio, y, para desembarazarse de ella, la *maldicen*, murmuran por lo bajo, y a veces por lo alto: "La religión... ya no hace falta." Esto

no quiere decir que la religión es falsa o mala, sino simplemente que molesta; por consiguiente, que es antipática... Pero fueron educados cristianamente; la religión nada tiene de extraño para ellos; es una madre que le ha hecho mucho bien, que antes amaron, que abandonaron después. Querrían que desapareciese por siempre jamás, para no correr el riesgo de volver a encontrarla. La temen y la exacran con toda la acritud de sus recuerdos. Lo que os digo, señores, es la explicación de muchas incredulidades contemporáneas. Se teme a la religión. Se teme también a los enemigos de la religión.

II. Muchos dicen: "La religión... ya no hace falta", porque tienen miedo de los enemigos de la religión.

Sería preciso estar ciegos para no verlo. Los enemigos de la religión son *audaces y poderosos*. Proceden por el desprecio y el terror. Ante todas cosas, *desprecian* soberanamente la religión y a los que la practican. A sus ojos, los católicos, sacerdotes y seglares, no significamos nada, no somos hombres, no tenemos honor que perder, ni sentimientos a los cuales no pueda herirse; no somos criaturas de la misma especie que los librepensadores. Somos abstracciones, sombras, bolos insensibles, hechos para ser derribados por el primer niño que se presente. Estamos a merced del que quiera atacarnos y vilipendiarnos. Somos como un terreno perdido sobre el cual pueden depositarse todo género de inmundicias... como extraños en su patria, que no pueden aspirar a los derechos de otros ciudadanos, y que deben considerarse como muy felices si se les permite manchar la tierra de su patria con su odiosa presencia. Los enemigos de la religión no se contentan con despreciar a los católicos, *los aterrorizan*. Los mismos socialistas alemanes respetan la libertad religiosa de sus compatriotas, y reprueban públicamente a los anticlericales y a los perseguidores de los sacerdotes. En el Congreso de Munich de este año, el jefe del socialismo alemán, Bébel, decía: "Queremos la libertad para todos, sin exceptuar las congregaciones religiosas." Nuestros fracmasones proceden de otro modo. Aterrorizan. ¿Quién de nosotros no conoce hombres que, a la hora en que hablo, llevan una existencia precaria, y a veces miserable, porque se les ha puesto en el trance de elegir entre su conciencia y actos que su conciencia reprobaba? ¡Cuántos funcionarios hay que tiemblan de ser denunciados como católicos, que ocultan sus actos religiosos como si fueran crímenes, que corren el peligro de perder el pan de cada día, tan sólo por una visita a uno de esos enemigos del género humano que llevan el mismo hábito que yo!... En presencia de las amenazas y audacias del librepensamiento,

Sería preciso reaccionar, protestar, reinvidicar varonilmente la independencia de la conciencia y de la fe. Algunos lo hacen, pero no todos. *Muchos se callan* y se ocultan. No se atreven a pronunciar las palabras valerosas por las cuales quedarían vengadas las creencias escarnecidas y el culto ridiculizado. No se atreven a dar ejemplos de cristianismo público, en los cuales serían alentados y reconfortados los pusilánimes y los vacilantes. No se atreven a apoyarse en el obstáculo y lanzarse más allá. Tienen miedo. El ojo en acecho, el oído atento, temblando el corazón, palidecen y se desconciertan al primer anuncio de persecución. Esperan, para profesar abiertamente la religión, que triunfe en este mundo, y que dé honor y provecho el re-

conocerla por reina de la tierra. Hasta entonces, se mantienen prudentemente silenciosos e invisibles. Y con frecuencia hacen más y peor;

Se ponen a aullar como los lobos. Por miedo, por fanfarronada, por afectación, no por convencimiento, se les ve unirse a la banda de perseguidores, y se les oye gritar con los impíos: "La religión... ya no hace falta." Saben muy bien que la religión hace falta, que es buena, útil, necesaria para ellos, para sus hijos, para la nación; pero como no tienen el valor de defenderla, se deciden a maldecirla. Como dice el proverbio ruso: Muerto el león, no faltan valientes que le arranquen las melenas.

¿Por ventura invento? No. Refiero. ¡Cuántos hombres en la hora presente, caen rabiosamente sobre la religión.

Para proceder como los demás;

Para hacerse perdonar su educación cristiana;

Para obtener el perdón de su pasado fiel a Dios;

Para evitar las reprimendas de una impiedad todopoderosa;

Para merecer las alabanzas y provechos que se dan a la apostasía.

Su anticlericalismo no es más que un escenario en el cual representan la comedia y se conquistan la popularidad. Tienen la religión en el corazón, y la blasfemia en los labios. Rezan en casa, y se declaran librepensadores en la plaza pública. Los hay que reciben al sacerdote en su última enfermedad, y se hacen enterrar por la iglesia, después de haber presidido durante veinte años los entierros civiles de todo su distrito. La religión... ya no hace falta. Esta grosera invectiva no es con frecuencia otra cosa que la expresión

de la cobardía, de la debilidad y del miedo; se proclaman impíos porque no tienen el valor de mostrarse cristianos.

Señores, seamos valientes:

En presencia de la religión. Aceptadla toda entera, con sus misterios, sus preceptos, sus sacramentos. Sí, sin duda, es exigente y severa. Pero también es verdadera, y buena, y saludable. Nuestra gloria consiste en obedecerla libremente. Y si hay mérito en practicarla, ¿no es este mérito el germen de una recompensa eterna? Seamos valientes.

En presencia de los enemigos de la religión. Si es preciso, sabed ser impopulares, para ser honrados, independientes, católicos. Como dice Montesquieu, "la religión es el bien del pueblo y el bien del Estado. Combatirla, es un atentado social." Conservando y profesando vuestra religión, defendéis, pues, los intereses nacionales. Y si no se os comprende, si se os molesta, ¿qué importa? Poseéis en vosotros y para vosotros vuestra conciencia y Dios. Esto es lo esencial. Esto es todo.

Así sea.

TABLA ALFABÉTICA

DE NOMBRES PROPIOS

TABLA DE MATERIAS

Págs.

CONFERENCIA SEXTA

El hombre carece de alma

CONFERENCIA SEPTIMA

Cuando uno muere, todo muere

CONFERENCIA OCTAVA

¿Es que Dios se cuida de nosotros?

CONFERENCIA NOVENA

Sólo creo lo que veo

CONFERENCIA DECIMA

Sólo creo lo que entiendo

CONFERENCIA UNDECIMA

¿Qué sé yo?

CONFERENCIA DUODECIMA

Yo soy librepensador

Págs.

CONFERENCIA DECIMOTERCIA

Yo no pienso así

CONFERENCIA DECIMOCUARTA

Todas las religiones son buenas

CONFERENCIA DECIMOQUINTA

¿De qué sirve la religión?

CONFERENCIA DECIMOSEXTA

¿De qué sirve la religión? *(Continuación)*

CONFERENCIA DECIMOSEPTIMA

¿De qué sirve la religión? *(Conclusión)*

Págs.

CONFERENCIA DECIMOCTTAVA

No tengo religión, y no me encuentro del todo mal

CONFERENCIA DECIMONONA

La religión es negocio de sacerdotes

CONFERENCIA VIGESIMA

La religión es buena para los niños

CONFERENCIA VIGESIMOPRIMERA

La religión es buena para las mujeres

CONFERENCIA VIGESIMOSEGUNDA

La religión es buena para el pueblo... para los ricos

CONFERENCIA VIGESIMOTERCERA

La religión es buena para el pueblo... para los ricos *(Continuación)*

CONFERENCIA VIGESIMOCUARTA

La religión es buena para el pueblo... para los ricos *(Continuación)*

Págs.

CONFERENCIA VIGESIMOQUINTA

La religión es buena para el pueblo... para los ricos *(Conclusión)*

CONFERENCIA VIGESOMOSEXTA

Yo ya tengo mi religión

CONFERENCIA VIGESIMOSEPTIMA

Ruego a Dios misericordioso en mi casa

CONFERENCIA VIGESIMOCTAVA

La religión ha muerto

CONFERENCIA VIGESIMONONA

No tengo religión, pero soy hombre honrado
1.º ¿Es eso verdad?

CONFERENCIA TRIGESIMA

No tengo religión, pero soy hombre honrado
2.º ¿Es eso verdad?

Págs.

CONFERENCIA TRIGESIMOPRIMERA

No tengo religión, pero soy hombre honrado
3.º ¿Es eso verdad?

CONFERENCIA TRIGESIMOSEGUNDA

No tengo religión, pero soy hombre honrado
4.º ¿Es eso verdad?

CONFERENCIA TRIGESIMOTERCERA

Mi religión consiste en hacer bien a los demás

CONFERENCIA TRIGESIMOCUARTA

Yo practico la religión natural

CONFERENCIA TRIGESIMOQUINTA

La razón me basta

CONFERENCIA TRIGESIMOSEXTA

Los cristianos no valen más que los otros
1.º Afirmación falsa

CONFERENCIA TRIGESIMOSEPTIMA

Los cristianos no valen más que los otros
2.º Sospecha injusta

Págs.

CONFERENCIA TRIGESIMOCTAVA

Los cristianos no valen más que los otros
3.º Inducción ilegítima

CONFERENCIA TRIGESIMONONA

La religión se cuida demasiado de la vida futura y poco de la vida presente
1.º La religión se cuida demasiado de la vida futura

CONFERENCIA CUADRAGESIMA

La religión se cuida demasiado de la vida futura y poco de la vida presente
2.º La religión se cuida poco de la vida presente

CONFERENCIA CUADRAGESIMOPRIMERA

La religión se cuida demasiado de la vida futura y poco de la vida presente
2.º La religión se cuida poco de la vida presente

CONFERENCIA CUADRAGESIMOSEGUNDA

La religión se cuida demasiado de la vida futura y poco de la vida presente
2.º La religión se cuida poco de la vida presente